

Pilar Bonet

Náufragos del imperio

Apuntes fronterizos



Galaxia Gutenberg



PILAR BONET

Náufragos del imperio

Apuntes fronterizos

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2023

© Pilar Bonet, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023
Imagen de portada:
Plaza Lenin de Simferópol, Crimea,
en marzo de 2015.
Fotografía de la autora

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-19738-32-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Margarita, mi hermana

Índice

Introducción

Criterios de transcripción de topónimos y nombres propios

Mapa

Mariúpol

De la seducción a la guerra

De la seducción al chantaje (2004-2014)

Del chantaje a la guerra (2014-2022)

Derribando a Lenin (Kiev, Járkov, Donetsk)

Apuntes de Crimea

La anexión

La otra conferencia de Yalta

Entre dos mundos

La sonrisa

Nuestro cónsul en Yalta

No es su guerra

Apuntes del Donbás

Gentes recias

Marginales al asalto del poder

Guerra y vida

Aleksandr Zajárchenko

Las vidas de Izolyatsia

La fábrica

El centro cultural

El campo de concentración

Kiev

Soledar: retorno al este

El gran exilio

La profesora de ucraniano

Cronología orientativa

Agradecimientos

Introducción

Este es un libro de fragmentos escritos con la intención de encajarlos en un puzle todavía inacabado. Son relatos, perfiles, sucesos y reflexiones que giran en torno a las relaciones entre las gentes de Rusia, un país que se niega a dejar de ser un imperio, y las de otro, Ucrania, que defiende su libertad y busca su lugar propio en Europa. Este libro trata también sobre los vínculos de ambos Estados con el pasado y con la Unión Soviética, que fue su casa común antes de que emprendieran cada uno su camino.

Este no es un manual de historia ni un ensayo sistemático sobre la alta política, ni tampoco un libro de cuentos, sino una suma de momentos reales que tal vez puedan arrojar alguna pista sobre los procesos que culminaron con la invasión rusa de Ucrania en 2022.

En nuestro continente dos países eslavos vecinos luchan entre sí; uno por restablecer una identidad idealizada y el otro por forjar su identidad del futuro. Su pugna afecta a toda Europa y está en el origen de la guerra. Ninguno de los agravios acumulados entre Rusia, por un lado, y Ucrania y los países occidentales que la apoyan, por otro, justifica ese implacable ataque. Este libro trata sobre todo de ofrecer datos para comprender cómo se llegó hasta esta tragedia que ha costado la vida a centenares de miles de personas.

Con la anexión de Crimea y el apoyo a los secesionistas del este de Ucrania, Rusia rompió con el sistema de relaciones internacionales sobre el que había basado casi un cuarto de siglo de su historia postsoviética. En 2014 el tiempo se dividió en un antes y un después. Los textos que siguen a continuación se refieren a aquel año y a los años posteriores, con excepción de un capítulo («De la seducción a la guerra»), que cubre un periodo más amplio y que consideré necesario para enmarcar las experiencias narradas.

En todos estos textos sobre gentes, espacios y sucesos he tratado de reflejar una realidad dinámica que se prolonga hasta hoy. No son estampas aisladas, sino cristales de un calidoscopio o, dicho de modo doméstico, retales de tela destinados a unirse en una sola prenda. Puede que solo tenga algunas pequeñas piezas del puzle, pero todas ellas son vividas.

Mi visión es periférica y fronteriza y no se centra en la evolución interna de Ucrania o de Rusia como países, sino en encuentros y desencuentros humanos en el contexto histórico dado.

Estos textos han sido redactados desde el periodismo, pero son también reflexiones y apuntes particulares anotados a vuelapluma mientras viajaba. Algunas de esas reflexiones se confirmaron con el tiempo; otras, no. Escribí desde mi propia experiencia sobre personajes con los que traté, situaciones que viví y acontecimientos que acaecieron en una de las varias épocas por las que pasé, a lo largo de 34 años como corresponsal del diario *El País*, en los espacios soviéticos y postsoviéticos.

Para este libro me he valido de mis cuadernos de trabajo, de mis diarios de viaje y también de materiales inéditos acumulados, entre ellos entrevistas y conversaciones, muchas veces confidenciales, que por mi vertiginoso ritmo de trabajo no alcanzaba a publicar o no estaba autorizada a hacerlo en su momento. He cambiado los nombres de los interlocutores que confiaron en mí, al igual que las circunstancias personales que permitirían identificarlos, pero todos ellos son verdaderos y sus historias, también.

La estructura básica de esta obra consiste en dos bloques que aspiran a ser simétricos; uno de ellos está dedicado a Crimea y el otro al Donbás. Cada bloque consta de una serie de apuntes fechados, cuyo origen son mis diarios de viaje, y de otra serie de apuntes temáticos en forma de pinceladas de color, comentarios, ideas o perfiles de distinto formato. Para ayudar a contextualizar los acontecimientos vividos he recurrido a algunos apoyos históricos, que están visualmente diferenciados del resto del texto. Completan el conjunto varios relatos autónomos que están intercalados entre los bloques («Mariúpol», «No es su guerra», «Las vidas de Izolyatsia» y «La profesora de ucraniano»). La idea es posibilitar una lectura a varios niveles. No sé si lo he conseguido.

Criterios de transcripción de topónimos y nombres propios

La transcripción de los topónimos y nombres propios que figuran en este libro ha sido una tarea de gran dificultad, por razones de diversa índole.

La gran variedad de formas existentes para transcribir del ucraniano al castellano no responde en gran parte a la fonética en este idioma. En muchos casos, esas formas reflejan las transcripciones al inglés, que son aplicadas de forma mecánica por muchos medios de comunicación en español.

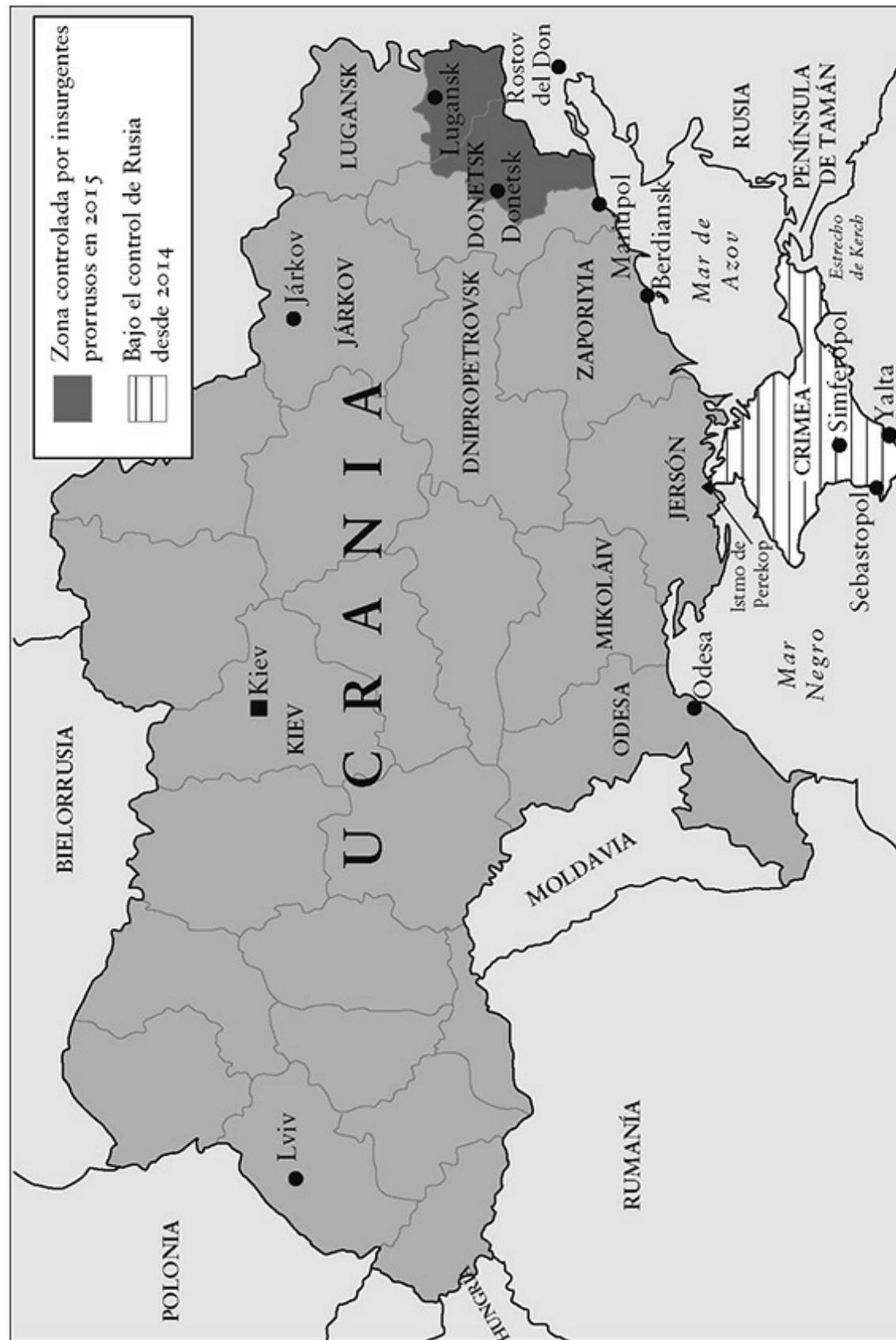
Tras largas y complejas discusiones con varios expertos, he adoptado criterios personales que me atrevo a calificar como eclécticos, ya que parten de los lugares, las situaciones y los hablantes concretos.

Adopté las formas ortográficas arraigadas en castellano para topónimos de relevancia clave (como Kiev o Járkov), cuyo uso en la actualidad está en proceso de transición (Kyiv, Járkiv). Me he apoyado en las notas explicativas que tiene la Fundación del Español Urgente (Fundéu) sobre este tema, pero no en todo. He recurrido a las transcripciones oficiales ucranianas (tratando de adaptarlas a la pronunciación castellana), a no ser que los topónimos fueran mencionados en ruso por mis interlocutores o prevalecieran así en el entorno donde me relacioné con ellos.

Durante los episodios descritos traté de respetar a esos interlocutores y he transcrito su habla a partir de la lengua en la que se expresaron y la identidad lingüística –insisto, lingüística– de la que se sentían partícipes: ucranianos para los cuales su lengua materna o la lengua que han elegido personalmente es el ucraniano, y ucranianos de lengua materna rusa o que se expresan en ruso. Para ello, he considerado cada uno de los casos de forma individual, lo que ha sido una arriesgada apuesta en la que no sé si he acertado.

Los intentos de apoyarme en opiniones autorizadas fueron a veces frustrantes: Mis consultas con personas habituadas a manejar el castellano y el ucraniano de forma habitual producían variantes diversas y los intentos de dirimir entre ellas arrojaban a menudo otras nuevas, incrementando así el número de opciones.

En resumen, asumo plenamente las responsabilidades por mis decisiones y no pretendo sentar cátedra ni me atrincheró en la ortografía. Las lenguas son entes vivos. Los topónimos y también los nombres propios se ven afectados por circunstancias de diversa índole: ideológicas, históricas, políticas y sociológicas. Pueden evolucionar, ser sustituidos por otros, caer en desuso y también renacer de sus cenizas.



Mariúpol

A fines de octubre de 2019, se celebró en Mariúpol un foro económico internacional para convertir la mayor ciudad ucraniana ribereña del mar de Azov en una vitrina de bienestar y desarrollo que impresionara a los vecinos de las autodenominadas «repúblicas populares» de Donetsk y Lugansk.¹

Aquel otoño, la población de la localidad era de 460.000 habitantes, a los que había que sumar las decenas de miles de desplazados procedentes de los territorios no controlados por Kiev. Según datos del ayuntamiento local, cada año, desde 2014, llegaban a la ciudad entre 30.000 y 60.000 personas, parte de las cuales se quedaban aquí mientras otra seguía camino hacia destinos más lejanos.

La línea de frente estaba a menos de treinta kilómetros del centro urbano y en algunos barrios aún podían oírse tiroteos esporádicos. Pese a la amenaza constante que se cernía sobre ella, Mariúpol no quería vivir pendiente de la guerra, que tantos sobresaltos le había ocasionado a partir de 2014, y se orientaba con vitalidad hacia el futuro.

La primavera de 2014 fue un agitado periodo para Mariúpol, donde, al igual que en otras localidades sudorientales de Ucrania, los secesionistas asaltaban los edificios públicos más emblemáticos, sustituían las banderas ucranianas por las suyas propias, saqueaban los arsenales de las fuerzas del orden y nombraban «alcaldes populares» para consolidar estructuras paralelas de poder. Con letales episodios de ofensivas y contraofensivas, la pugna por Mariúpol duró casi tres meses, del 16 de abril al 13 de junio.

Tras su reconquista por Kiev, Mariúpol sustituyó a Donetsk como capital de la provincia del mismo nombre, desgarrada por la guerra. A fines de agosto, los separatistas, apoyados por Rusia, se lanzaron a la conquista de Mariúpol y tomaron la localidad de Novoazovsk el 25 de agosto. Tres días después, el Consejo de Seguridad de la ONU celebró una sesión en la que Estados Unidos y Reino Unido acusaron con «pruebas abrumadoras» a Moscú de haber mandado a los insurgentes tropas y equipos para el ataque.

Pese a la evidencia, Rusia negó estar implicada en la ofensiva. Los rebeldes se hicieron con la localidad de Shiróokino el 7 de septiembre, pero no entraron en Mariúpol. La ciudad se había salvado, pero a partir de entonces estuvo en la línea de frente, en el punto de mira de los rebeldes ansiosos de conquistar uno de los dos principales puertos ucranianos del Azov (el otro es Berdiansk). La oportunidad de los insurgentes llegó en 2022, con la invasión rusa. Mariúpol estuvo cercada entre el 24 de febrero y el 20 de mayo de 2022, cuando se rindieron los últimos resistentes en la acería de Azov (Azovstal).

Mariúpol no quería pensar en el pasado. Sus dirigentes esperaban ayuda de los inversores occidentales y de las instituciones financieras internacionales. El foro económico reflejaba el optimismo del presidente Volodímir Zelenski y era el primero en su género en el este de Ucrania.

A él asistían el jefe del Gobierno y varios ministros, altos ejecutivos de empresas y bancos internacionales, funcionarios de la Unión Europea y de la ONU, y diplomáticos extranjeros.

Si de verdad quería inversiones, Zelenski debía conseguir que el público olvidara dos palabras: «corrupción» y «guerra».

En la mañana del 29 de octubre, una comitiva de vehículos oficiales procedentes de Zaporíyia se paró junto a un arco metálico que, en plena carretera, marcaba las lindes entre esa provincia y la de Donetsk. El cortejo se dirigía a Mariúpol.

Un pasajero enfundado en un elegante traje gris se apeó de uno de los coches. Era el presidente de Ucrania, quien dio por inaugurada la nueva carretera de Zaporíyia a Mariúpol. Aquella no era una formalidad cualquiera ni una calzada cualquiera, sino un hito en la «Gran Construcción», el programa estrella del presidente para crear una red de comunicaciones logísticas y económicas, y también simbólicas y culturales, entre las tierras de Ucrania.

La carretera que Zelenski acababa de inaugurar tenía doscientos kilómetros de longitud y, de ellos, 170 habían sido construidos por la nueva Administración ucraniana en un tiempo récord inferior a tres meses.

Los habitantes de Mariúpol esperaban mucho de la nueva vía, pues el aeropuerto local, cerrado hacía cinco años por razones de seguridad, seguía sin funcionar por su proximidad a las zonas de combate, a diferencia de otros tres aeródromos ya reabiertos (Zaporíyia, Járkov y Dnipró). El alcalde de Mariúpol, Vadim Boychenko, aseguraba que solo se necesitaba una «pequeña inversión» para ponerlo en funcionamiento.

Recién restaurado, el Teatro Dramático dominaba la perspectiva del centro de la ciudad. Junto al edificio, un grupo de manifestantes esperaba al presidente. Enarbolaban pancartas con reivindicaciones ecológicas y se quejaban de la contaminación del aire provocada por Azovstal e Ilich, las dos acerías locales, con plantillas de 11.000 y 17.000 trabajadores respectivamente. Los dos gigantes industriales de Mariúpol eran parte del consorcio Metinvest, perteneciente al oligarca Rinat Ajmétov.

El foro económico se celebraba bajo una amplia carpa desplegada junto al Teatro Dramático, un elegante edificio en estilo neoclásico soviético construido en 1960 para satisfacer el gusto por las artes escénicas de una culta y multicultural ciudad portuaria. Mariúpol debe su nombre a los griegos que llegaron desde Crimea a partir de 1778, cuando Catalina II reasentó a la población cristiana de la península recién conquistada para el Imperio. Los griegos imprimieron carácter a la ciudad, donde en 2001 quedaban 21.923 personas de esa comunidad (el 4,3% de la población), que en vísperas de la Segunda Guerra Mundial suponía un 11% de sus habitantes.

En el interior de la gran carpa, los camareros, que llevaban crujientes *croissants* y espumosos cafés, iban y venían entre los ejecutivos reunidos para escuchar al dinámico presidente de Ucrania. «Mariúpol será el comienzo del nuevo Donbás», afirmaba Zelenski ante aquel público internacional que incluía una delegación de la Unión Europea acompañada de un grupo de periodistas, entre los que me encontraba.

Mariúpol era atractiva por su clima, su posición geográfica, su potencial agrícola e industrial y por sus cualificados especialistas. «El foro supone el comienzo de una nueva fase de inversión en nuestra historia», sentenció el presidente.

En la ciudad se inauguraban aquel día varios proyectos de desarrollo financiados por la UE y sus Estados miembros. Bruselas expresaba así su solidaridad con la reforma en Ucrania. Europa quería ayudar a Mariúpol y le ofrecía sus tecnologías para abastecerla de agua potable de calidad y otras posibilidades de desarrollo. Aprovechando la visita del presidente, se inauguraba allí el primer centro para impulsar empresas *start-up* del este de Ucrania. Se llamaba «1991 Mariúpol» y se había instalado en la renovada biblioteca municipal.

En aquel clima de expectativas era difícil imaginar que, menos de tres años más tarde, Mariúpol sería destruida con saña por las tropas invasoras rusas, y que, en lugar de «agua potable de calidad», los supervivientes del asedio, sin agua, sin gas y sin electricidad, harían cola para recibir ayuda humanitaria después de meses de bombardeos.

Aquel foro económico quería transmitir un mensaje optimista, pese a que Mariúpol estaba prácticamente encapsulada en un territorio hostil. Los secesionistas, ayudados por Rusia, acechaban desde el norte y el este; Rusia, además, obstaculizaba el tráfico naval por el mar de Azov. Desde la anexión de Crimea, Moscú actuaba como reina y señora del estrecho de Kerch, que había compartido fraternalmente con Ucrania en el pasado.

A veintisiete kilómetros de Mariúpol estaba el puesto de control de Gnutovo, por el que en octubre de 2019 pasaban diariamente 4.500 personas y 2.000 automóviles, según contaba el oficial responsable en una visita sobre el terreno. A la zona controlada por Kiev, los ciudadanos acudían principalmente a cobrar sus pensiones ucranianas y a obtener dinero en efectivo, ya que en el territorio rebelde los cajeros automáticos no funcionaban.

La línea de separación entre ambas zonas era una franja que, en algunos puntos, llegaba a estrecharse hasta medir únicamente 2,5 kilómetros. En el lado controlado por Ucrania estaba Gnutovo, y en el lado controlado por los secesionistas, Novoazovsk. De norte a sur la línea de frente entre las «repúblicas populares» y Ucrania tenía casi quinientos kilómetros de longitud, donde el alto el fuego era precario, pese a los esfuerzos de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) por consolidar zonas seguras en ella. Bajo la égida de la OSCE, un contingente de observadores internacionales registraba las transgresiones de los acuerdos alcanzados en 2015 en Minsk.

Mariúpol era acogedora y vibrante, y en ella prosperaban las iniciativas culturales y sociales. Entre sus numerosas organizaciones no gubernamentales había un creativo sector *underground*. El Halabuda Coworking Space, fundado en 2014 por desplazados de Donetsk, estaba entre las instituciones de éxito con las que la Unión Europea colaboraba.

Halabuda, un nombre que podría ser traducido como La Choza o La Barraca, era un espacio abierto a todo tipo de actividades sociales y culturales. Allí intervenían los escritores e intelectuales que visitaban la ciudad, y se debatían los temas de interés y los problemas de la comunidad, incluidos los de los estudiantes residentes en las zonas rebeldes, que eran retenidos por las autoridades secesionistas para evitar que se matricularan en las universidades controladas por Ucrania. En Halabuda, quienes habían perdido su hogar podían sentirse como en su casa, como en su «barraca» o en su «choza».

Desde el punto de vista cultural, Mariúpol era un entorno de libertad, pero desde el punto de vista económico, era una prisionera de Rusia. El tráfico marítimo languidecía. A bordo de una

patrullera de vigilancia fronteriza, dimos un paseo de reconocimiento por las aguas costeras del Azov. Desde la cubierta del *Capitan Chúsov* contemplamos una bella puesta de sol otoñal y nos sumergimos en la melancolía. Aquel mar, ahora tan dormido, fue en el pasado el escenario de un intenso tráfico naval.

Los problemas del puerto de Mariúpol eran también los del vecino puerto de Berdiansk. Las largas esperas impuestas por Rusia para atravesar el estrecho de Kerch aumentaban los riesgos y los costes a las navieras, aseguradoras y contratistas que transportaban metal, carbón y los productos industriales del Donbás. Los puertos agonizaban y no podían mantener las plantillas de miles de empleados que tuvieron en otros tiempos.

En el foro, Zelenski, inagotable y secundado por sus ministros, gritaba como un vendedor callejero: «No pierdan la oportunidad de invertir en Ucrania». En la antesala, bajo la carpa, se apilaban los folletos para atraer inversores. En ellos, destacados sobre un mapa, se indicaban los proyectos ofertados por la administración regional de Donetsk. En su inmensa mayoría, aquellas propuestas de inversión estaban situadas en las proximidades de la línea de separación o, para ser más exactos, en la misma línea de frente, en lugares como Volnovaja, Mariinka, Yasinuvata, Mironivski, Bajmut, Soledar o Siversk.

¡Aquellos ucranianos eran verdaderamente optimistas! Sus propuestas eran de lo más variado. Bajmut solicitaba quince millones de dólares para construir invernaderos para el cultivo de hortalizas, frutas y bayas; Toretsk quería veintisiete millones para otro invernadero especializado en tomates; Novogrodívka pedía 3,2 millones para fabricar conservas con pescado del Azov; Pokrovsk esperaba inversiones para transformar su deteriorado cine Mir en un «cine moderno y un centro cultural», y Limán a su vez quería 2,2 millones para la instalación de un parque acuático. Mariúpol aspiraba a una planta de procesamiento de pescado y apostaba por la energía solar.

Aquellos folletos que presentaban la región de Donetsk a los inversores eran una verdadera filigrana creativa, ya que trataban de ser honestos y atractivos a la vez. Leerlos era como moverse en un espacio resquebrajado. Entre gráficos y fotos, los textos hacían equilibrios como si saltaran entre minas, se referían a lugares turísticos magníficos (que ya habían dejado de serlo), a potentes empresas (que ya estaban en decadencia), al aeropuerto donde «los vuelos civiles están temporalmente cancelados» y a la ruta norte-sur de la provincia, donde camiones y trenes tenían que «desviarse» para evitar «los territorios ocupados». Todos estos obstáculos eran mencionados de paso, como si nada pudiera alterar aquel viaje al futuro emprendido ya por Mariúpol.

Con los colegas ironizamos sobre aquellos folletos que normalizaban una realidad volátil. Nos parecieron descabellados y nos hicieron reír. Hoy siento vergüenza, porque lo que verdaderamente pedían aquellos ingenuos y entrañables proyectos sobre la línea de frente no era dinero, sino confianza en el porvenir. Eso es lo que no comprendí entonces.

La ciudad que recorrimos en 2019 no existe ya.

Tras el 24 de febrero de 2022, Mariúpol fue arrasada por las tropas rusas y sus aliados separatistas. Los invasores se ensañaron con la población civil. Mariúpol fue destruida en un 90%.

Víctima de los bombardeos fue el Teatro Dramático, que había servido de refugio a quienes permanecieron en la ciudad y sufrieron el asedio. Durante semanas, los civiles acosados se hacinaron en los sótanos, las salas y los vestíbulos del teatro, con capacidad para ochocientos espectadores. El 16 de marzo Rusia lanzó un furibundo ataque de artillería sobre el edificio, aunque en el pavimento de la plaza frente a él se había escrito la palabra *Deti* («niños» en ruso) en letras gigantes para que pudiera verse desde el aire.

El techo del teatro, que había sido el símbolo de Mariúpol, se desplomó y convirtió el patio de butacas en una tumba colectiva. Perecieron centenares de personas, aunque las estimaciones varían. En mayo de 2022, la agencia AP calculó en seiscientos el número de muertos.

Más de 100.000 habitantes abandonaron la ciudad llena de cadáveres. Imagino que muchos utilizaron la carretera que el presidente Zelenski había inaugurado en una mañana de otoño del primer año de su mandato. «Hasta el hormigón huele a guerra / No hay tiempo ni motivo para pensar qué pasará mañana», había escrito el poeta y músico Sviatoslav Vakarchuk en unos versos dedicados a Mariúpol, la Ciudad de María.

Después, Rusia se presentó como la salvadora de aquellos a quienes antes había agredido fieramente. Protegidas por el Ejército ruso, llegaron a Mariúpol las organizaciones humanitarias del invasor. Como turistas necrófilos, sus representantes se fotografiaron ante Azovstal, la acería donde los combatientes ucranianos resistieron hasta el final. Excitados por encontrarse en un lugar tan simbólico, los rusos mandaban mensajes de WhatsApp a sus conocidos. «Estoy en Mariúpol», «He visto Azovstal».

Emocionados y satisfechos, los «benefactores» repartían agua, pañales y latas de conservas a los niños locales que, agradecidos, mostraban los regalos a los periodistas y se dejaban fotografiar por sus autocomplacientes agresores.

En septiembre de 2022, el Kremlin patrocinó un concierto al aire libre frente a las ruinas del Teatro Dramático. El día 10 de aquel mes, unos uniformados tocados con gorros marcados con una «Z» (la letra que Rusia convirtió en el símbolo triunfante de su agresión a Ucrania) vigilaban la plaza del teatro. Algo más apartado, había otro cordón de vigilancia formado por soldados.

El concierto se titulaba «En nombre de la vida» y oficialmente estaba dedicado al 79 aniversario de la liberación de Mariúpol de los nazis alemanes. A distancia y por la espalda, las cámaras de televisión rusas enfocaban al público, que no llegaba a llenar la plaza convertida en patio de butacas.

La orquesta tomó posiciones frente a las ruinas del edificio, ante una acribillada fachada. En el renegrido frontón que la remataba resistían las estatuas alegóricas de los oficios clásicos de la villa. Un minero, un obrero metalúrgico y una campesina con una gavilla de trigo en las manos formaban el grupo escultórico central, que estaba flanqueado por seis musas portadoras de instrumentos musicales. El minero, el metalúrgico, la campesina y las musas estaban intactos, aunque tiznados por el humo; habían «sobrevivido» al bombardeo por estar debajo de la única sección del tejado que no se desplomó.

El concierto de Mariúpol fue un macabro remedo del que el maestro Valeri Guérguiyev dirigió el 5 de mayo de 2016 en el anfiteatro de Palmira, donde la orquesta del teatro Mariinski de San Petersburgo tocó para celebrar la victoria de las tropas sirias y rusas sobre el Estado

Islámico. Desde una gigantesca pantalla, Putin, que a la sazón se encontraba en la localidad de Sochi, en la costa del mar Negro, arremetió contra el terrorismo internacional. Entre el público estaban el ministro de Cultura de Rusia, Vladímir Medinski; el director del museo del Hermitage, Mijaíl Piotrovski; un grupo de corresponsales occidentales especialmente invitados y, sobre todo, muchos soldados.

En Mariúpol, más de tres años después, Promsviazbank, el principal banco del sector militar-industrial ruso, patrocinó el evento en el que la orquesta de la Sección de Intendencia de la Administración Presidencial de Rusia puso la música. En lugar de un mensaje del líder ruso, un actor se encargó de leer unos versos del «poeta» Konstantín Frolov. No era un poema cualquiera, sino la versión literaria de un mensaje clave del dictador, que en castellano quedaría más o menos así: «Si de repente un loco da la orden de transformar en ceniza el fruto vivo / en las ruinas de antiguas plazas y calles, / mil cohetes volarán a la vez. / El cielo se cubrirá con un velo sombrío / y la luz blanca se desvanecerá en el horror, arrastrada por una ola monstruosa. / No te escondas detrás de un muro de piedra. / No te refugies en un escondrijo subterráneo. / Sí, moriremos. Pero todo el globo terrestre / se convertirá al instante en cenizas. / Y nosotros, vestidos con nuestros uniformes de gala, / le haremos una última pregunta al Mesías: / Di, ¿para qué necesitamos este mundo, / si en él no hay lugar para Rusia?». ²

Tras el apocalíptico mensaje, la orquesta de la Sección de Intendencia de la Administración Presidencial de Rusia acometió la cuarta sinfonía de Piotr Chaikovski.

«En el Mariúpol ruso sonará música rusa», sentenció solemne el jefe de los separatistas de Donetsk, Denís Pushilin, que ahora disponía también sobre el destino de Mariúpol. Música rusa y solo rusa, a diferencia de Palmira, donde habían sonado también melodías de Johann Sebastian Bach.

Los rusos habían llevado la muerte a Mariúpol y ahora, a modo de «bálsamo», le llevaban la música, además de latas de conservas, gachas, agua y pañales para los bebés. Por la Pascua, los rusos mandaron incluso un cargamento de huevos duros, bendecidos por los jerarcas de la Iglesia Ortodoxa del patriarcado de Moscú.

Y por si fuera poco, el Gobierno ruso proyectaba a su manera la «resurrección» de Mariúpol. Bajo la égida del Ministerio de Obras Públicas, un instituto de planificación urbana de Moscú elaboró un *master plan* para reconstruirla. La publicación cultural rusa *The Village*, en su página de web, difundió el folleto descriptivo, según el cual la ciudad pasaría de tener 212.000 habitantes en 2022 a 450.000 en 2035, es decir, si las estimaciones se cumplieran, tardaría más de trece años en recuperar la población anterior a los bombardeos rusos. Pero para entonces Mariúpol, centro industrial y portuario, sería una ciudad verde con carriles bici y un Teatro Dramático Ruso, en lugar del Teatro Dramático destruido. ³

Con el águila bicéfala rusa en la portada, el folleto que anunciaba la reconstrucción se asemejaba a los que se editan para las promociones inmobiliarias. Al hojearlo, recordé aquel otro folleto que en el otoño de 2019, en un foro económico de Mariúpol, buscaba inversiones para reanimar la economía en las tierras del frente, y pensé que precisamente allí, donde los ucranianos habían afirmado la vida, los rusos celebraban la muerte.

1. Aquel evento se denominó «RE: THINK. Invest in Ukraine».

2. El 18 de octubre de 2018, en un foro internacional, Putin, refiriéndose al uso de armas nucleares, afirmó que «el agresor debe saber que la venganza es inevitable, que será destruido y nosotros seremos las víctimas de la agresión, y, como mártires, iremos al paraíso y ellos simplemente la diñarán porque no les dará tiempo a arrepentirse».

3. Puede consultarse en: <https://www.the-village.ru/all-village/rassledovanie/master-plan-Mariupolya> (Concepto del *master plan* del desarrollo de Mariúpol).

De la seducción a la guerra

DE LA SEDUCCIÓN AL CHANTAJE (2004-2014)

La invasión rusa de Ucrania en 2022 es la culminación de un proceso que comenzó en las elecciones presidenciales ucranianas del otoño de 2004, en las que se presentaba una clara disyuntiva entre dos orientaciones geoestratégicas. Los favoritos eran Víktor Yanukóvich, primer ministro desde 2002, y Víktor Yúshenko, su antecesor en este cargo. El primero había sido gobernador de la provincia de Donetsk y el segundo, presidente del Banco Nacional de Ucrania.

Las regiones occidentales del país y también las élites europeas y de Estados Unidos preferían a Yúshenko, que era el defensor de un proyecto de integración euroatlántica. Yanukóvich, en cambio, era más receptivo a los proyectos integradores euroasiáticos liderados por Rusia, el principal cliente de la industria metalúrgica y de construcción de maquinaria del Donbás, su región natal.

Aquel otoño, Occidente seguía mostrándose distanciado del presidente ucraniano, Leonid Kuchma (en el cargo desde 1994), debido a los escándalos que habían salpicado su gestión desde 2000, especialmente la misteriosa desaparición del periodista Gueorgui Gongadze.

Ucrania participó inicialmente en el proceso destinado a formar el Espacio Económico Único (EEU), la idea promovida por Vladímir Putin para integrar a los Estados postsoviéticos en un modelo que se inspiraba en la Unión Europea (UE). Pero Kiev mantuvo reservas sobre aquel proyecto que vinculaba a Rusia, Bielorrusia y Kazajistán, pues su aspiración era una zona de libre comercio y no la unión aduanera que perseguían los otros tres países.

En Yalta, en septiembre de 2003, el presidente de Ucrania y sus otros tres colegas aprobaron el concepto para la formación del EEU y el 20 de abril de 2004 la Rada Suprema (Parlamento unicameral ucraniano) ratificó aquel documento (con el voto en contra de la oposición), pero le añadió una cláusula según la cual Kiev solo participaba en el desarrollo del EEU en el marco que le permitía su Constitución. Rusia no aceptaba formar una zona de libre comercio, alegando que esta tendría efectos muy negativos sobre su propia economía debido a las previsibles reexportaciones vía Ucrania (procedentes de terceros países hacia Rusia y desde Rusia a terceros países). Kuchma no quería poner en peligro sus perspectivas de acercamiento e integración en la UE, sino obtener ventajas de ambas partes.

Ucrania ya no fue más lejos en el proyecto integrador ruso, aunque tuvo el estatus de observador en la Comunidad Económica Euroasiática, la entidad que desarrollaba los planes agrupadores de Moscú. Ucrania se incorporó mucho más deprisa que Rusia a la Organización Mundial del Comercio (OMC), pues gracias a sus concesiones y desarme arancelario pudo

ingresar en aquella organización en 2008, mientras Rusia, que peleó por unas condiciones más proteccionistas, lo hizo en 2012.

La primera vuelta electoral se celebraba el 31 de octubre. Poco antes, Putin viajó a Kiev, oficialmente para conmemorar el 60 aniversario de la liberación del nazismo, y allí desplegó su capacidad de seducción. Ucrania era un «país europeo con un sistema legal desarrollado» al que no había nada que enseñar puesto que «ella puede enseñar a otros», dijo en una entrevista para tres canales de la televisión ucraniana.¹

En directo ante las cámaras, Putin insistió en que Ucrania saldría muy beneficiada de la integración euroasiática. «Rusia y Ucrania son sobre todo países europeos, aunque el territorio de Rusia llegue hasta el océano Pacífico», afirmó. Y son europeos «por su cultura, por la mentalidad de la población y por su modo de vida». «La cultura eslava es una parte sustancial de la cultura europea, y debemos ser también parte de la economía y la defensa», sentenció el mandatario. En una deferencia hacia sus interlocutores, Putin recitó en ucraniano unos versos de Tarás Shevchenko, el poeta decimonónico considerado el fundador de la literatura ucraniana moderna, y contó que había esquiado en los Cárpatos durante su luna de miel.²

Putin apelaba a los sentimientos de sus vecinos un año después del conflicto en torno a Tuzla, una isla ucraniana situada en el estrecho de Kerch. En septiembre de 2003, desde su litoral en la península de Tamán, Rusia comenzó a construir un dique en dirección a la isla, una superficie arenosa de aproximadamente 3,5 kilómetros cuadrados donde se alzaban varias viviendas de pescadores, un par de residencias de veraneo y algunos almacenes portuarios. Tuzla era importante por su emplazamiento, desde donde se controlaba la entrada en el mar de Azov.

Cuando Rusia acometió las obras del dique, las autoridades ucranianas se alarmaron. ¿Acaso quería Moscú ocupar Tuzla? El Kremlin escurría el bulto y responsabilizaba de la construcción a las autoridades del krái de Krasnodar.³ Estas, a su vez, se la transferían a las asociaciones de cosacos locales, y mientras tanto las obras avanzaban.

Ucrania envió un destacamento de guardas fronterizos a la isla y, durante más de un mes, las relaciones entre Moscú y Kiev fueron tan tensas que el jefe de la Administración Presidencial rusa, Aleksandr Voloshin, llegó a amenazar con lanzar una bomba. «Rusia nunca dejará el estrecho de Kerch a Ucrania. Ya basta con que Crimea sea hoy ucraniana y que apenas hemos podido tranquilizar a la gente sobre ello. Ya basta de burlarse de nosotros. Si es necesario, haremos todo lo posible y lo imposible para defender nuestra posición. Si es necesario, lanzaremos una bomba allí», habría dicho el funcionario a un grupo de periodistas ucranianos en una reunión a puerta cerrada en Moscú.

En comparación con las amenazas de usar armas atómicas que Putin y otros dirigentes rusos profirieron posteriormente, la bravata de Voloshin parece infantil. Pero en 2003 sus palabras resonaron en Kiev como un aviso de las nuevas realidades rusas.

Durante el mandato del presidente Borís Yeltsin, el Ejecutivo ruso rechazó de modo sistemático la idea de arrebatarle territorio al país vecino, aunque una parte del Legislativo nunca aceptó las fronteras establecidas en 1991, coincidentes con las lindes administrativas entre las extintas repúblicas socialistas soviéticas de Rusia y de Ucrania. Además, de acuerdo con el memorándum de Budapest, Moscú, Estados Unidos y Reino Unido se constituyeron en garantes

de la soberanía e integridad territorial de Ucrania.

El presidente Kuchma tenía buenas relaciones personales con Putin. Juntos habían visitado Crimea; juntos habían rendido homenaje a los combatientes soviéticos contra el nazismo y juntos querían construir un puente sobre el estrecho de Kerch en el futuro. La reacción del jefe del Estado ucraniano a la febril actividad constructora rusa en el estrecho fue tibia. Kuchma la calificó de «hostil» y dijo: «Los buenos vecinos no hacen eso».

Los políticos occidentales se limitaron a exhortar a los dos vecinos eslavos a que resolvieran el contencioso de forma amistosa y negociada, lo que finalmente ocurrió. Los ucranianos constataron que solo obtendrían un apoyo limitado por parte de los países que en 1994 se declararon garantes de sus fronteras y su independencia a cambio de que renunciara al arsenal nuclear heredado de la Unión Soviética.

Lamentar aquella renuncia *a posteriori* no tenía sentido. Ucrania no hubiera podido gestionar su parte del legado nuclear soviético, de haberlo conservado. «El control de las armas atómicas estaba en Rusia. En 1997 caducaban todas las cabezas nucleares de misiles estratégicos con combustible líquido y sólido y había que sustituirlas, porque se volvían peligrosas y nadie hubiera acometido su desguace. No es que no quisiéramos [mantener las armas nucleares], es que no podíamos, porque no teníamos con qué sustituirlas, y porque eran dirigidas desde fuera de Ucrania», razonaba el primer presidente de Ucrania, Leonid Kravchuk, en 2016.⁴

En octubre de 2004, Putin aún confiaba en ganarse a los ucranianos. «En una primera etapa tras la desintegración de la Unión Soviética, la misma Rusia debía tomar conciencia de que los Estados surgidos en el espacio postsoviético no eran formaciones cuasi soviéticas, sino países independientes y plenos, y como tales deben ser tratados», dijo el mandatario ruso en Kiev. Según el político, Ucrania y Rusia «habían resuelto todos los problemas sobre las fronteras tanto terrestres como marítimas», y eso significaba el «reconocimiento total y absoluto y el respeto a la independencia de Ucrania, no solo en la frontera terrestre, sino también en la frontera marítima». Quedaban aún cuestiones a resolver por los expertos, pero «en principio», todos aquellos temas estaban «cerrados».⁵

La segunda vuelta en las elecciones presidenciales, el 21 de noviembre de 2004, dio la victoria a Yanukóvich, pero Yúshenko afirmó que los comicios habían sido amañados a favor de su contrincante y acusó a la Comisión Electoral Central de complicidad en el fraude.

Fue así como comenzó la llamada Revolución Naranja. Para apoyar a Yúshenko, llegaron a Kiev oleadas de gentes de provincias, especialmente del oeste y centro del país. La avenida Jreschátik, la arteria central de la capital, se convirtió en un gigantesco campamento y fue anegada por un mar de lazos, bufandas y prendas color naranja. También los seguidores de Yanukóvich, gentes curtidas en las minas y en los altos hornos del este y el sur, llegaban en grupos menos entusiastas y más compactos que los «naranjas». Cuando se cruzaban en la calle, las dos masas entablaban civilizadas discusiones en las cuales los «naranjas» se mostraban paternalistas y los «azules» (tal como se les vino a llamar), resignados.

Conducidos en autobuses desde Donetsk o Krivi Rig, metalúrgicos, mineros y obreros de la industria pesada viajaban toda la noche y arribaban de madrugada a Kiev. Fatigados y ateridos, marchaban coreando consignas con desgana. Si los periodistas occidentales expresaban interés

humano y dejaban de preguntarles cuánto les habían pagado por acudir a manifestarse a la capital, aquellos rudos proletarios abandonaban su actitud defensiva y hablaban de sus precarias condiciones de trabajo, de sus escasos sueldos y de la dureza de su vida.

En Kiev los altavoces de los «naranjas» repetían los ritmos del grupo de rock Okean Elzy: «Разом нас багато, разом нас багато, нас не подолати» («Juntos somos muchos, juntos somos muchos, no nos vencerán») y los ciudadanos coreaban el nombre de Yúshenko. Yanukóvich, alegaban, representaba la continuación de las prácticas arraigadas en una región corrupta poblada por gentes bárbaras y refractarias al modelo europeo que Yúshenko aseguraba representar. Pese a momentos de tensión y rumores sobre movimientos de tropas desde Moscú, no hubo incidentes graves ni se derramó sangre, lo que se valoró entonces como una señal de madurez ciudadana.

Desde la disolución de la URSS, los dos primeros presidentes de Ucrania, Leonid Kravchuk, un exfuncionario comunista responsable de Ideología, y Leonid Kuchma, exdirector de una fábrica de misiles, se las habían ingeniado para mantener el equilibrio entre las «dos Ucránias», pero en 2004 aquella época tocaba a su fin.

Paralelamente al conflicto que se dirimía en Kiev, las tendencias centrífugas, dirigidas aún hacia la autonomía o el federalismo, se fortalecían aquel otoño en el este del país. En la ciudad de Sievierodonetsk, en la provincia de Lugansk, los diputados de las regiones orientales celebraron un congreso en el que amenazaron con crear una «Autonomía del sudoeste» y con pedir el respaldo del líder ruso. Las propuestas autonomistas sonaban también en Járkov, a cuarenta kilómetros de la frontera rusa.

El Tribunal Supremo de Ucrania invalidó la segunda vuelta de las elecciones presidenciales tras escuchar una exposición exhaustiva de los variados fraudes registrados. La descripción de aquella pillería política constituía de por sí un ilustrativo compendio de prácticas comunes en el espacio postsoviético. La mayoría de los dirigentes en los Estados surgidos en 1991 no querían elecciones honestas.

A instancias del presidente Kuchma y de varios mediadores internacionales, entre ellos el responsable de la política exterior de la Unión Europea (UE), Javier Solana, y el jefe de la Duma Estatal rusa, Borís Gryzlov, las autoridades ucranianas decidieron celebrar una tercera vuelta electoral. El 26 de diciembre de 2004, en el «desempate» entre Yanukóvich y Yúshenko, la victoria fue adjudicada al segundo.

Al zanjarse el conflicto electoral, las iniciativas autonomistas y federalistas quedaron en hibernación hasta que resurgieron con fuerza en 2014 y, estimuladas por Rusia, derivaron hacia el independentismo.

En lo fundamental, la Revolución Naranja no cambió la política de la UE en relación a Ucrania. Bruselas no quería abrir las puertas a un futuro ingreso de un país dominado por oligarcas corruptos, pero tampoco quería dejarlo a merced de Rusia y menos aún formar un club trilateral con Moscú y Kiev. Así que Ucrania tuvo que conformarse con ser socio de la Política de Vecindad Europea (PVE), una iniciativa lanzada por la UE en 2004.

El Kremlin desconfiaba de la serie de protestas callejeras contra irregularidades electorales que se había iniciado en 2000 en Serbia para continuar después en Bielorrusia en 2001 y en

Azerbaiyán y Georgia en 2003. Desde la Administración Presidencial en Moscú, las llamadas «revoluciones de colores» (por los nombres asociados a la mayoría de aquellas protestas) se veían como una amenaza a la propia Rusia inspirada por Estados Unidos y Occidente. El temor obsesivo de Putin y sus allegados es clave para entender el desarrollo de los mecanismos represivos en Rusia.

Con Yúshenko como líder, Ucrania impulsó con energía una política de afirmación nacional. El presidente electo juró su cargo junto al estandarte de Bogdán Jmelnitski (1595-1657), un *getman* (líder cosaco) que combatió contra turcos polacos y rusos antes de firmar el Tratado de Pereyáslav con Rusia en 1654. Aquel documento que garantizaba a los cosacos la protección del zar Alejo I se interpreta de modo diverso en Moscú, que lo considera una sumisión de los ucranianos, y en Kiev, que lo ve como un trato entre iguales. Al elegir el estandarte de Jmelnitski, Yúshenko afirmaba que Ucrania existió desde mucho antes de que se formara la Unión Soviética.

Las grandes expectativas generadas por la Revolución Naranja no se materializaron. El equipo de Yúshenko continuó con las prácticas opacas que caracterizaron la gestión de sus predecesores. En las elecciones parlamentarias de marzo de 2006 venció el Partido de las Regiones, la fuerza encabezada por Yanukóvich, que de ese modo recuperó el puesto de primer ministro (esta vez bajo la presidencia de Yúshenko, su antiguo rival). En 2007, Yanukóvich pasó a la oposición, donde atravesó un periodo difícil, pues incluso su partido (financiado por el oligarca Rinat Ajmétov) le dio la espalda. Pese a todo, el político de Donetsk salió adelante con ayuda de especialistas en imagen norteamericanos.

En las elecciones presidenciales de febrero de 2010, Yanukóvich logró la victoria que le fue negada en 2004. Después, con paisanos de su confianza, formó una estructura piramidal de *smotriashi* (en la jerga carcelaria «vigilante», «controlador», responsable de sector en un grupo delictivo). En todos los niveles de la Administración, estos vigilantes ejercían como «cajeros» al servicio del presidente y su entorno. A los clanes regionales enfrentados por el dominio político y económico se sumó así uno nuevo, el de la «familia» de Yanukóvich. Aleksandr, uno de los dos hijos del presidente, controlaba la red de agentes y clientes y, por su profesión de dentista, fue apodado «el estomatólogo». Los clanes ya establecidos en Donetsk acogieron mal la ambición de los Yanukóvich.

DEL CHANTAJE A LA GUERRA (2014-2022)

El conflicto entre las dos Ucránias, esquivado en 2004, estalló en 2014. La división entre las regiones, orientadas hacia Europa o hacia Rusia, era cultural y económica, pero los políticos de todo el país compartían más de lo que parecía a primera vista y formaban un gremio al servicio de los oligarcas rivales que los financiaban. El espacio para una Ucrania común se formaba lentamente.

La idea de Ucrania que Yanukóvich tenía al llegar al poder era la de un Estado puente entre Occidente y Rusia. Durante varios años, Kiev y la UE habían estado negociando un Acuerdo de

Asociación (AA) que debía firmarse en noviembre de 2013. La fecha se aproximaba y Kiev no cumplía la condición exigida por Bruselas de liberar a Yulia Timoshenko, la ex primera ministra de Ucrania condenada a siete años de prisión por haber firmado unos gravosos contratos de suministro de gas con Rusia en 2009.

Los representantes de la UE presionaban a Yanukóvich para que allanara los últimos obstáculos al acuerdo. El interés de los europeos era tal que incluso estaban dispuestos a olvidar temporalmente a Timoshenko. En Moscú reinaba la misma impaciencia que en Bruselas, aunque en sentido contrario. Esta vez, a diferencia de 2004, Vladímir Putin prefirió el chantaje a la seducción para convencer a los «hermanos» ucranianos de que solo tenían futuro junto a Rusia.

Ya en el verano, Moscú había declarado a Ucrania una guerra comercial que afectaba a las exportaciones más dependientes del mercado ruso. En julio, Rusia suprimió las cuotas libres de aranceles para los tubos de acero y, con pretextos sanitarios, vetó los caramelos y bombones ucranianos. Siguieron limitaciones a la entrada de alimentos y de vagones ferroviarios.

Como argumento para retener al país vecino, los dirigentes rusos insistían en la complementariedad de sus economías. En realidad, los sectores industriales de los dos Estados no solo cooperaban sino que también competían entre sí. En el Kremlin, la voluntad de autosuficiencia se había ido imponiendo al concepto de «interdependencia». De hecho, ya antes de 2013, Rusia había empezado a desvincularse de su vecino y a crear una industria alternativa en su propio suelo.

Putin presionó a Ucrania aprovechando para ello la cuantiosa deuda que este país tenía con Gazprom, la compañía estatal exportadora de gas ruso. En Járkov, en 2010, Yanukóvich accedió a prolongar hasta 2042 el estacionamiento de la flota rusa del mar Negro en Crimea, que, según los acuerdos bilaterales vigentes, debería haber concluido en 2017. A cambio, Ucrania obtuvo un 30% de descuento en el precio del gas.

El dominio de Rusia en el mercado europeo de los hidrocarburos estaba asegurado por los contratos a largo plazo, que regulaban el suministro por gaseoductos y oleoductos. El poder de Gazprom, sin embargo, comenzó a debilitarse cuando en el mercado aparecieron otras fuentes energéticas alternativas, como el gas licuado, el petróleo a precios *spot* y el gas de esquisto.

Para diversificar el abastecimiento energético, Yanukóvich firmó en 2013 varios acuerdos con multinacionales occidentales para la exploración de los depósitos de gas en el este del país y en la región del mar Negro. Uno de aquellos acuerdos, con la petrolera Shell, preveía la exploración del subsuelo de Donetsk y Járkov mediante fractura hidráulica. La anexión de Crimea y la guerra en el Donbás impidieron que se realizaran aquellos planes, rechazados por la población local.

Simultáneamente a la guerra comercial, Moscú emprendió una «cruzada» contra el sentimiento de independencia de Ucrania. El 27 de julio de 2013 se celebró en Kiev el 1025 aniversario del bautizo del príncipe Vladímir, el caudillo tribal eslavo (nacido alrededor de 960 y fallecido en 1015) que es una figura de referencia para ambos países. Putin visitó Kiev como invitado de Víktor Medvedchuk, un político ucraniano opuesto a la integración en Europa y personalmente vinculado con el jefe del Estado ruso.

A los festejos en memoria del bautizo de Vladímir y la cristianización de la Rus medieval

asistió también Cirilo, el patriarca de la Iglesia Ortodoxa rusa. Presidente y patriarca afirmaron la unidad de los dos países eslavos. Para Putin, ucranianos y rusos constituían «un solo pueblo» y su «unidad espiritual» era tan «sólida» que no se sometía «a ninguna autoridad estatal o eclesiástica».

«Mande quien mande, no puede haber una autoridad superior a Dios», dijo en Kiev el líder ruso. Las «interminables discusiones sobre el gas con Ucrania», sin embargo, «hacen olvidar» que «en verdad somos países hermanos» y eso es «lo principal», había comentado antes en Moscú.

Con independencia de las celebraciones eslavas, el sentimiento proeuropeo predominaba ya sobre el proruso en la sociedad ucraniana. En abril de 2013, un 41,7% de la población prefería la integración en la UE a la integración con Rusia (32,7%) en la Unión Aduanera, según sondeos del centro Razumkov de Kiev. En enero de 2014, la UE aumentaba su ventaja (45,7% frente a 27,7%).

Moscú y Bruselas competían por Ucrania y Yanukóvich fluctuaba. Por sorpresa, el Gobierno ucraniano anunció el 21 de noviembre que Kiev no iba a suscribir el AA. Para protestar contra el súbito cambio de rumbo, miles de personas se concentraron en la avenida Jreschátik de la capital y allí, en el mismo lugar donde nueve años antes nació la Revolución Naranja, surgió la protesta permanente conocida como el Euromaidán.

En la noche del 30 de noviembre al 1 de diciembre fuerzas de orden público cargaron contra unos jóvenes que se habían reunido junto al andamiaje desde el que se instalaba el gran árbol de Año Nuevo de la capital. Hubo decenas de heridos y del árbol solo quedó el armazón. La tensión aumentó.

El domingo 1 de diciembre, enardecidos proeuropeos arrancaron adoquines de la calzada frente a las sedes gubernamentales con la intención de lanzárselos a los agentes del orden desde las barricadas. Aquellos europeístas violentos peroraban sobre el «carácter asiático y bárbaro de los rusos» como opuesto al «carácter europeo de los ucranianos» y buscaban la complicidad de los occidentales en sus afirmaciones rotundas sobre lo que era o no europeo.

Tras quemar los puentes con la UE, Yanukóvich buscó en China alternativas que no cuajaron. Rusia le dio una nueva oportunidad y en diciembre el presidente de Ucrania firmó en Moscú un paquete de acuerdos que contemplaban cuantiosas inversiones rusas, recuperaban proyectos conjuntos estancados (de aviación, por ejemplo) y daban luz verde a la construcción del puente que convertiría el estrecho de Kerch en el tramo clave de una nueva ruta comercial euroasiática. Además, Yanukóvich obtuvo de Rusia un préstamo de 15.000 millones de dólares y descuentos en el precio del gas. El presidente de Ucrania afirmó que estudiaría detenidamente el ingreso en la Unión Aduanera y trató de convencer a sus conciudadanos de que esta era compatible con la asociación con la UE. Por unos días, pareció que Kiev y Moscú volvían a cooperar y que la estabilización de sus relaciones iba a permitir a Ucrania salir de la crisis.

Pero la impresión fue ilusoria. En enero de 2014 la Rada Suprema (el Parlamento ucraniano) aprobó varias leyes que reforzaban los poderes de los órganos de orden público y restringían los derechos de los ciudadanos. En la interminable batalla campal de las calles de Kiev se produjeron los primeros muertos.

El 18 de febrero llegó el desenlace de la revuelta: los disparos de unos francotiradores provocaron una reacción en cadena y desembocaron en una matanza. Las *Bérkut* (unidades de intervención especial dependientes del Ministerio de Interior) y la policía dispararon contra los enfurecidos manifestantes y estos, a su vez, asaltaron y quemaron edificios públicos. Según datos de la Fiscalía ucraniana, 2.442 personas se vieron afectadas en los enfrentamientos del Euromaidán; de ellas 721 eran agentes del orden público y el resto, civiles. Murieron 104 activistas y 17 agentes. Cerca de trescientas personas fueron juzgadas (agentes del orden y funcionarios, básicamente), de las cuales unas sesenta fueron declaradas culpables. Con todo, nunca se llevó a cabo una investigación oficial exhaustiva sobre el origen de aquella confrontación.

En la madrugada del viernes 21 de febrero, tras una larga discusión nocturna, Yanukóvich llegó a un compromiso con los líderes de la oposición parlamentaria al Partido de las Regiones – Vitali Klichkó (Alianza Democrática Ucraniana por la Reforma, UDAR), Arseni Yatseniuk (Batkivschina o Unión de Todos los Ucranianos «Patria») y Oleh Tiahnibok (Unión Pan-ucraniana «Svoboda»)–, en presencia de altos funcionarios enviados a Kiev por Alemania, Francia, Polonia y Rusia.

«Todos eran conscientes de que no controlaban el Euromaidán y que por tanto no podían imponerle sus decisiones», según recordaba Leonid Kozhara, por entonces ministro de Exteriores de Ucrania, refiriéndose a los líderes de la oposición. Yanukóvich, contaba el exministro, «parecía nervioso y los representantes occidentales intentaban animarlo».⁶

El acuerdo entre el presidente y la oposición preveía elecciones presidenciales anticipadas antes de fin de año, el restablecimiento de la constitución de 2004, la formación de un Gobierno de coalición nacional y la retirada de las fuerzas de orden público enviadas a la capital para reforzar la vigilancia de las sedes oficiales.

Los testigos internacionales avalaron el compromiso con su firma. La excepción fue Vladímir Lukín, el enviado del presidente Putin que también participó en la negociación y redacción del acuerdo. «La mayoría de mis observaciones fueron aceptadas. Creía que habíamos logrado un buen documento, pero no era compatible con la revolución», recordaba Lukín en 2015.⁷ «Yo, personalmente, argumentaba a favor de la firma», manifestó. Puso sus iniciales al pie del texto y lo envió a Moscú para que «allí decidieran» si lo avalaban. Pero Moscú dispuso otra cosa. Lukín opinaba que la razón por la que «no fue firmado por nuestra parte» fue que el documento no recogía el «deseo» de Moscú (transmitido «oralmente») de que «en la nueva Constitución se reflejara que Ucrania era un Estado multifacético y que se procedería una federalización». Inmediatamente después de la firma, Yanukóvich se marchó y las *Bérkut* y otros órganos de orden público comenzaron a recoger sus cosas.

El mismo viernes, la Rada restableció la constitución de 2004, que contemplaba un modelo presidencial-parlamentario en contraste con el modelo presidencialista vigente. Yanukóvich no llegó a firmar aquella ley, aunque sí cumplió su promesa de ordenar a las fuerzas del orden público que se retirasen de las calles.

Con sus camiones, autobuses y equipo antidisturbios, los uniformados abandonaron el barrio del Gobierno, donde habían permanecido más de tres meses atrincherados. Tras su marcha,

durante un rato aquel «campo de batalla» abandonado pareció extrañamente silencioso y vacío hasta que, esa misma tarde, activistas radicales del Euromaidán ocuparon las oficinas del presidente. En opinión de Kozhara, «aquel asalto fue la primera violación de los acuerdos firmados varias horas antes, pero era un secreto a voces que iba a ocurrir».

Yanukóvich se había marchado de Kiev en la tarde del viernes, recordaba su ministro de Exteriores. Por la noche, abandonó su ostentosa residencia en Mezhyirya, en las afueras de la capital, y se dirigió a Járkov.

Mientras, el Euromaidán despedía a sus muertos. En el centro de Kiev, en ataúdes abiertos yacían las víctimas de las refriegas, amortajados en ropa de camuflaje por la que asomaban camisas bordadas ucranianas. Los asistentes, conmovidos, guardaban silencio o entonaban cantos fúnebres. Vitali Klichkó les pidió perdón por haber estrechado la mano del presidente y la multitud descontenta dio a Yánukovich un ultimátum para que dimitiera antes de las diez de la mañana del día siguiente.

El sábado 22 de febrero el jefe del Estado no compareció ante el Parlamento, que le había esperado para firmar la legislación aprobada en desarrollo del acuerdo del día anterior. Los diputados acusaron al presidente de inhibirse de sus obligaciones y responsabilidades constitucionales y, con estos argumentos, lo cesaron en votación mayoritaria, lo que jurídicamente era una decisión controvertida y no contemplada en la Constitución.

Entretanto, por televisión, Yanukóvich afirmó que él era el legítimo presidente del país. Estaba en Járkov para asistir al Congreso de las regiones del Sudeste de Ucrania, que reunía a políticos, en su mayor parte federalistas o autonomistas. Moscú daba gran importancia al evento a juzgar por el alto nivel de su delegación, que incluía a los gobernadores de las regiones fronterizas con Ucrania, además de los jefes de los comités de internacional de las dos cámaras parlamentarias. A Ucrania la representaban diputados locales de Donetsk, Lugansk, Járkov y Crimea, además del gobernador de la provincia de Járkov, Mijaíl Dobkin, y representantes municipales. Muchos de los que se apuntarían más adelante a la causa secesionista esperaban que aquel foro produjera «decisiones radicales», como la federalización de Ucrania, o deslegitimara la decisión del Parlamento en relación a Yanukóvich, pero «nada de eso sucedió y el congreso solo sirvió para desfogarse sin generar ideas sobre lo que había que hacer», explicaba uno de sus participantes.

Tras la sesión de la Rada Suprema del 22 de febrero, Kozhara llamó a Yanukóvich desde Kiev por una línea de comunicaciones blindada de la época soviética. El ministro suponía que el presidente estaba aún en Járkov, pero su llamada fue desviada a la centralita de servicio en Crimea, donde le colgaron el teléfono. Kozhara pensó que el jefe del Estado había llegado ya a la península tras una estancia breve en Donetsk, «donde nadie le esperaba».⁸

En Kiev, Oleksandr Turchínov, recién elegido jefe del Parlamento, fue designado como presidente en funciones de Ucrania hasta que se celebraran elecciones. En plena crisis, el Parlamento votó a favor de derogar la ley sobre la política lingüística del Estado, un documento que en 2012 había introducido el concepto de «lenguas regionales» asegurando así el uso oficial de estas en los territorios donde existía una minoría representativa (el 10% de los hablantes como mínimo). La derogación no llegó a entrar en vigor, pues el 3 de marzo Turchínov se negó a

firmar la ley. Sin embargo, aquella inoportuna y torpe iniciativa fue aprovechada por el Kremlin para acusar a los nuevos dirigentes ucranianos de discriminar a los rusoparlantes.

La forma en que Yanukóvich fue apartado del poder dio pie a Moscú para hablar de un golpe de Estado contra el legítimo presidente del Estado y también para desvincularse del compromiso de respetar la integridad territorial de Ucrania. Ignorando la convocatoria de comicios presidenciales anticipados (fijados para el 25 de mayo) y sus obligaciones internacionales, el Kremlin adoptó sin trabas la narrativa que mejor servía a sus propios intereses expansionistas.

«Golpe de Estado», «persecución de la lengua rusa», «fascistas y neonazis». Estas fueron algunas de las etiquetas que en adelante servirían a Putin para justificar su política en relación a Ucrania, desde la anexión de Crimea y el apoyo a los secesionistas del Donbás en 2014 hasta la invasión en febrero de 2022.

Al huir Yanukóvich, el Partido de las Regiones se derrumbó, arrastrando tras de sí la columna vertebradora del Estado. En las localidades del este y el sur, defensores y adversarios del Euromaidán se enfrentaban por el control de la calle y de las sedes institucionales, y también se fraguaban precipitadamente las alianzas del futuro. En Járkov, en Donetsk y otras ciudades, las gigantescas estatuas de Vladímir Lenin, el fundador de la URSS, se convirtieron en objeto de una pugna por derribarlas o conservarlas. Paralelamente, grupos rusófilos marginales articulaban sus relaciones con instituciones rusas, que ahora necesitaban de ellos después de haberlos ignorado o infravalorado durante años.

Los adversarios del Euromaidán probaban sus fuerzas y trataban de formar estructuras paralelas; asaltaban los centros de poder, elegían los autodenominados «alcaldes populares» y aprobaban de forma asamblearia declaraciones de independencia que planeaban «legitimar» por medio de referéndums.

El modelo de la revuelta contra los desorientados gobernantes en funciones de Kiev se repitió con algunas variaciones en las provincias del sudeste del país, desde Járkov hasta Odesa. Para dar un sentido ideológico común a las protestas, el Kremlin encontró un término unificador: Novorossia (Nueva Rusia). Así fue como una unidad administrativa ya inexistente del Imperio zarista adquirió un nuevo sentido instrumental.⁹

Bajo la bandera de Novorossia, Moscú intentó crear en el sudeste de Ucrania una franja compacta bajo su influencia que aseguraría la continuidad del espacio entre Crimea y el territorio reconocido de la Federación Rusa. Ese esquema desestabilizador para el Estado ucraniano dio resultado en el Donbás, donde el vacío de poder era más profundo que en otras regiones, pero fracasó en Járkov, en Odesa y en el resto de territorios donde se ensayó.

De las turbulencias de 2014 quedan aún incógnitas, como los detalles del periplo de Yanukóvich desde que abandonó Kiev hasta que reapareció en Crimea, tras pasar por Járkov y Donetsk. Un año después de la anexión de la península, Putin reconoció que Rusia había custodiado a Yanukóvich en una arriesgada fuga desde Donetsk a Crimea porque, según dijo, existían «planes para eliminarlo físicamente».

Según Leonid Grach, antiguo dirigente comunista de Crimea, Yanukóvich fue «conducido» a Rusia en helicóptero desde la península en la noche del 23 al 24 de febrero en una operación especial de los servicios secretos de la flota rusa del mar Negro. Poco después, en la noche del 26

al 27 de febrero, efectivos de las fuerzas de intervención especial rusas enmascarados y no identificados tomaron la sede del Parlamento local, la Rada de la República Autónoma de Crimea (RAC). En las medallas conmemorativas de agradecimiento que el Kremlin repartió a todos los participantes en la anexión figuran las fechas del 20 de febrero y el 18 de marzo de 2014. La segunda coincide con la ceremonia de incorporación de Crimea a Rusia, pero ¿por qué se grabó en ellas la fecha del 20 de febrero?

Cabe preguntarse si fue precisamente durante la discusión nocturna para superar la crisis, es decir, en la noche del 20 al 21 de febrero, en Kiev, cuando Putin optó por arrebatarse a Ucrania parte de su territorio, convencido ya de que ni la seducción ni la amenaza ni el dinero, y menos aún Yanukóvich, podían procurarles el aliado dócil que él había deseado. En palabras del politólogo e historiador Serguéi Markedónov, Moscú se decantó por «nuestra Crimea» (*Krimnash*) en lugar de por «nuestro Yanukóvich». Y eso cambió radicalmente el rumbo de los acontecimientos.

El Partido de las Regiones había gobernado teniendo en cuenta los intereses rusos y, al desmoronarse, Rusia tuvo que buscar con urgencia nuevos apoyos, adaptados a las nuevas circunstancias. En Donetsk, a falta de alternativas, Moscú apostó por personajes políticamente irrelevantes. En Crimea, en cambio, el Kremlin pudo apoyarse en activistas con minorías parlamentarias y también en «supervivientes» del Partido de las Regiones.

Tanto en Crimea como en el Donbás aparecieron los «alcaldes populares», como Alekséi Chali (Sebastopol), Pável Gúbarev (Donetsk) o Valeri Bólotov (Lugansk), que tuvieron una función aglutinadora y movilizadora en la Primavera Rusa, tal como Moscú llamó a ese periodo revolucionario.

Los líderes secesionistas en Crimea y en el este de Ucrania pidieron a Rusia que protegiera y absorbiera su territorio. En la península los llamamientos procedían del presidium de la Rada de la RAC y de las autoridades rebeldes que ocuparon la administración municipal de Sebastopol. En el Donbás, las peticiones al Kremlin procedían de activistas sin legitimidad.

En Crimea, la anexión fue rápida y prácticamente incruenta, y tras ella en la península comenzó una época de relativa estabilidad como Distrito Federal de Crimea, al frente del cual fue nombrado el contraalmirante Oleg Belávntsev, el representante de Putin, que se instaló en Simferópol. En 2016 aquella unidad administrativa fue disuelta e integrada en el Distrito Federal del Sur, con centro en Rostov del Don.

El traslado de los administradores designados por el Kremlin desde Simferópol a la gran ciudad del sur de Rusia dejó a los crimeos a merced de los políticos locales. Moscú desoyó las numerosas quejas de sus nuevos e inicialmente esperanzados ciudadanos cuando los nuevos dirigentes locales, individuos formados en el ambiente delictivo de los años noventa, procedieron a repartirse el botín de la anexión, en forma de terrenos, inmuebles, negocios y otros bienes del patrimonio de Crimea.

En el Donbás la sublevación sí estuvo acompañada de violencia. Varios líderes independentistas perecieron víctimas de atentados, que se atribuían de forma rutinaria a supuestos saboteadores ucranianos, aunque entre los secesionistas se sospechaba de otros hipotéticos ejecutores, desde los agentes de seguridad de Moscú hasta rivales locales.

El objetivo inequívoco e inmediato de Rusia en Crimea fue la anexión. En el Donbás, en cambio, la actitud de Moscú fue más ambigua. Allí el proyecto Novorossia, concebido para unificar y articular la revolución en todo el sudeste de Ucrania, no estaba maduro en la primavera de 2014, pese a los esfuerzos de distintos grupúsculos (OPLOT, Milicias Populares de Donbás, Partido Novorossia, la Guardia Eslava, el Frente Popular de Járkov o el Bloque Ruso).

En un intento de controlar el calendario de los fogosos «guerreros del imperio» en Donbás, Putin quiso frenar los referendos en Lugansk y Donetsk, convocados para el 11 de mayo, pero ya era demasiado tarde.

En Crimea y en Donbás, las llamadas «unidades de autodefensa», que eran conglomerados de cosacos, agentes de servicios de seguridad, militares en la reserva, jubilados y chalados varios, apoyaron a los rebeldes. Los «voluntarios» llegaban de Rusia y sobre el terreno se mezclaban con otros grupos locales afines. Agentes rusos encauzaban el extravagante cortejo de defensores de la causa rusa.

Entre los encargados de escenificar las revueltas estaba el ruso Ígor Girkin, alias *Strelkov*. El coronel Strelkov era un gran aficionado a las reconstrucciones de batallas históricas y durante dieciséis años había trabajado para el Servicio Federal de Seguridad de Rusia (FSB por sus siglas en ruso). El 21 de febrero llegó con una misión a la península. Él fue uno de aquellos asaltantes del Parlamento que acosaron a los diputados de la RAC para que entraran en la sala de sesiones a refrendar con su voto el proceso secesionista.¹⁰ Más tarde, Girkin llegó a ser «ministro de Defensa» de los separatistas de Donetsk.

La narrativa del Kremlin exageró en extremo el vínculo especial de Crimea con Rusia en detrimento de otras comunidades que, como los tártaros o los griegos, habían residido o residían en ella desde mucho antes de que concluyera la conquista de Catalina II en 1783.

Tras la anexión, los rusos se apresuraron a borrar la presencia ucraniana de la geografía y la toponimia de Crimea y a cultivar sus propios mitos, especialmente la visión de sí mismos como salvadores y protectores.

En el centro de Simferópol, muy cerca del Parlamento, fue erigido un monumento a los soldados rusos, que inicialmente fueron denominados «hombrecillos verdes» y también «gentes amables». En él, un soldado de uniforme y con el rostro descubierto protege a una niña acompañada por un perro. La obra tiene la impronta melodramática de las esculturas patrióticas soviéticas, pero la realidad es que los militares rusos que ocuparon Crimea en febrero de 2014 iban enmascarados, armados hasta los dientes y sin distintivos de identificación.

La extensa frontera con Rusia fue decisiva para los independentistas del este de Ucrania, pues les aseguró el apoyo económico y militar ruso y les permitió superar el bloqueo que Kiev les impuso en 2017. Los rusos ayudaron a los secesionistas lo justo para que sobrevivieran. Cuando era necesario, cruzaban la frontera para ayudar a las milicias locales en sus combates tanto defensivos como ofensivos. También enviaban los «camiones humanitarios», unos vehículos incontrolados que oficialmente llevaban bienes y productos a la depauperada población.

A medida que los secesionistas se fortalecieron, Rusia fue reduciendo la fauna de cosacos, marginales y provocadores de primera hora, y los sustituyó en parte por militares profesionales,

aunque negaba rotundamente su presencia. Rusia se mantenía alerta y vigilaba gracias a los *kurátori* (tutores), que enviaba a los territorios levantiscos para asesorar a los líderes secesionistas. Los *kurátori* procedían de distintos departamentos de la Administración rusa, tenían misiones específicas y tutelaban asuntos políticos, económicos, militares y de seguridad.

En la primavera de 2014, la vida de los territorios secesionistas comenzó a desviarse de la dinámica de Ucrania y a adquirir una trayectoria propia vinculada a Moscú. En aquella atmósfera, el 25 de mayo de 2014, el oligarca Petró Poroshenko fue elegido presidente del Estado ucraniano, sin los votos de las «repúblicas» populares y de Crimea.

Poroshenko era un político experimentado que continuó la guerra con los secesionistas pero que también buscó una salida diplomática. Esto se tradujo en los Acuerdos de Minsk, firmados conjuntamente con la canciller alemana Angela Merkel, el presidente francés François Hollande y el ruso Vladimir Putin bajo los auspicios de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) en febrero de 2015. Crimea fue dejada al margen de toda discusión, porque Putin consideraba incuestionable la anexión de la península (para él «incorporación» o «reunificación» con Rusia).

Los Acuerdos de Minsk redujeron el nivel de violencia en el Donbás. Con la ayuda de la OSCE se creó una zona de interposición a lo largo de los 480 kilómetros de frente, se reguló el uso de las armas pesadas y se estableció una misión de observadores internacionales que fijaban las transgresiones del alto el fuego.

Sin embargo, el clima de desconfianza persistió e incluso se incrementó. Ucrania se resistió a impulsar las reformas legislativas previstas en los acuerdos, que habían sido firmados cuando Kiev estaba en posición de gran debilidad ante los separatistas apoyados por Rusia. El proceso de Minsk se estancó entonces en una interminable discusión sobre la forma de aplicar lo acordado; en esencia, qué debía ser primero: las elecciones locales en los territorios secesionistas o el acceso a la frontera con Rusia.

En 2019 la sociedad ucraniana, cansada de la interminable corrupción y de la guerra, clamaba por el cambio. Aquella fue la hora de Volodímir Zelenski, un exitoso actor y productor que divertía a Ucrania con sus series televisivas, entre ellas la cómica *Servidor del pueblo*, sobre las aventuras de un maestro convertido casualmente en presidente de Ucrania.

La realidad imitó la ficción. El cómico Zelenski derrotó de forma rotunda a Petró Poroshenko y tomó posesión como presidente de su país en mayo de 2019. Tenía 41 años, una posición desahogada, ninguna experiencia en política y un partido formado de prisa y corriendo y bautizado con el nombre de su famosa serie.

La prioridad de Zelenski era acabar con la guerra en el este y para ello intentó abrir un proceso negociador con Putin, quien desde un principio se mostró arrogante y despectivo con él y ni siquiera lo felicitó por su triunfo en las urnas. El dirigente ruso intentó justificar su descortesía refiriéndose a Zelenski como «ese hombre» que «nos llama enemigos y agresores». «Es un buen actor», comentó en San Petersburgo, pero «una cosa es representar a alguien y otra es ser alguien». Para ser estadista, explicó con prepotencia, se necesitan «otras cualidades» como «saber explicar a millones de personas los motivos por los que se toman las decisiones y sobre todo tener la valentía y el carácter de asumir las responsabilidades por las consecuencias de esas

decisiones».

En diciembre de 2019, Putin y Zelenski negociaron en París, junto con los dirigentes de Francia y Alemania, sobre el conflicto de Donbás, que, aun habiendo reducido su intensidad, continuaba segando vidas.

Con el tiempo, la figura política de Zelenski comenzó a sufrir el mismo proceso de erosión que se había repetido cíclicamente con sus cinco antecesores en el poder. La paz no llegaba y los problemas de Ucrania eran los mismos que en el pasado, solo que, esta vez, la formación política gobernante era más inexperta que los veteranos diputados fogueados en un sistema corrupto pero previsible.

Como la lava de un volcán en erupción, la guerra sepultó temporalmente el malestar de la sociedad, estableció nuevas prioridades y reveló otras facetas de los líderes. El 23 de febrero de 2022, Zelenski apareció por última vez en público vestido con traje y corbata. Se dirigió a los rusos y les advirtió: «Nos defenderemos». «Si atacan, verán nuestros rostros; no nuestras espaldas, sino nuestros rostros», subrayó en el idioma ruso, que era su lengua materna.

A partir del 24 de febrero, Zelenski militarizó su atuendo y pasó a vestirse con prendas verde oliva. Ese día, pidió a los rusos a que salieran a manifestarse contra la guerra en la plaza Roja o en la calle. Su llamamiento encontró poco eco en el país agresor.

En los peores momentos del ataque ruso a Kiev, Zelenski, rodeado de su equipo de gobierno, salió al patio del edificio presidencial para decirles a sus compatriotas: «Estamos todos aquí. Defenderemos nuestra independencia, nuestro país».

«Necesitamos municiones y no un transporte» fue su respuesta cuando le brindaron la posibilidad de trasladarse a Polonia y formar un Gobierno en el exilio.

Un día después de la invasión, Putin exhortó a las fuerzas armadas de Ucrania a que dieran un golpe de Estado contra «esta pandilla de drogadictos y neonazis que se instalaron en Kiev y tomaron como rehén a todo el pueblo ucraniano». El hombre responsable de la muerte de centenares de miles de personas se permitía tratar así a un ucraniano de origen judío que había perdido a varios de sus tíos abuelos en el Holocausto.

Desde que Rusia invadió Ucrania, Zelenski ha hablado cada día con sus compatriotas en una experiencia de comunicación sin precedentes. Infatigable y tozudo, conforta y levanta los ánimos de sus conciudadanos y, a distancia o en persona, interviene en los parlamentos extranjeros y en los foros internacionales en busca de ayuda y armas.

La diferencia entre Putin y Zelenski es contundente. El primero se encierra en un búnker, se distancia de sus interlocutores mediante largas mesas y solo recibe a gentes previamente sometidas a severos controles médicos. Zelenski filma sus vídeos en la calle, mantiene la sintonía con la sociedad y visita a la tropa en el frente.

Putin es rehén de ideas mesiánicas, de mitos históricos y de la nostalgia del imperio, lleva la impronta de la Unión Soviética y tiene un vitriólico sentido del humor. Zelenski vive en una realidad más prosaica, no tiene nostalgia ni complejos y sabe reírse de sí mismo. Poco después de la invasión, exhortó a Putin a negociar. «Siéntate conmigo a la mesa [...] pero no a treinta metros como [el presidente francés Emmanuel] Macron y [el canciller alemán Olaf] Sholz. Soy el vecino, no hace falta mantenerme a treinta metros. No muerdo. Soy un hombre normal», dijo

el 3 de marzo de 2022.

Desde 2014 hasta el 31 de diciembre de 2021, la guerra en el Donbás se cobró por lo menos 14.400 vidas (de ellas 3.404 civiles). En el primer año después de la invasión se registraron 8.006 muertos civiles como mínimo (entre ellos 487 niños) y 13.287 heridos.¹¹ Además, dieciocho millones de personas estaban necesitadas de ayuda humanitaria y catorce millones, desplazadas.¹²

Las estimaciones occidentales cuentan por centenares de miles los muertos y heridos en el frente. Desde la Segunda Guerra Mundial, el continente nunca había vivido tanta violencia y sufrido tanto dolor, y todo porque un país amante de la libertad no quiso someterse a otro despechado y embrutecido.

1. La entrevista, con los canales nacionales ucranianos UT-1, Inter y 1+1, tuvo lugar el 26 octubre 2004. Puede consultarse en: <http://www.kremlin.ru/events/president/transcripts/22661/videos>.

2. «Pasan los días y pasan las noches. / Cogida con las manos la cabeza / piensas: ¿por qué / no vendrá el apóstol / de la verdad y de la ciencia?». *Tarás Shevchenko, poesías escogidas*, editorial Dnipro, Kiev, 1986 (no figura el nombre de la persona responsable de la traducción).

3. «Krái» es el término ruso empleado para referirse a algunas de las regiones administrativas del país.

4. Entrevista de la autora con Leonid Kravchuk en Kiev, el 21 de octubre de 2016. Para más detalles sobre el tema véase «Todos los misiles de Ucrania apuntaban a EEUU», publicado en *El País* el 7 de diciembre de 2016.

5. Las declaraciones pueden cotejarse en <http://www.kremlin.ru/events/president/transcripts/22661/videos>.

6. Entrevista de la autora con Leonid Kozhara, en Kiev el 10 diciembre 2014.

7. Conversación entre Vladímir Lukín y la autora del 30 de junio de 2015 en Moscú. El resto de las citas de este párrafo pertenecen a la misma conversación.

8. *Ibid.*

9. En el capítulo 4 se da más información sobre Novorossia.

10. Programa *Polit-ring*, 23 de enero de 2015, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=G04tXnvKx8Y>.

11. Las cifras pueden consultarse en este documento de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos: <https://cutt.ly/xwqu19DD>.

12. Véase el siguiente comunicado de prensa de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos: <https://cutt.ly/5wqu0lgj>.

Derribando a Lenin (Kiev, Járkov, Donetsk)

Kiev, octubre de 2013

Ucrania y Rusia tienen mucho en común, pero sus metas son diferentes. Moscú tiene ambiciones globales e intenta redefinir las reglas de juego que se establecieron al desmembrarse el Imperio soviético; Ucrania se ve a sí misma como una potencia regional y afirma su nueva identidad frente a las presiones del «hermano mayor», que a menudo no la considera un país independiente sino una parte de su propio cuerpo.

Vista desde Ucrania, Rusia parece más oriental, más volcada sobre Asia y más represiva. En el metro de Moscú los policías piden la documentación a los pasajeros de aspecto caucásico o centroasiático. En el de Kiev, más pobre y descuidado que el moscovita, no hay agentes del orden público apostados en sus accesos, flanqueados por pequeños y mal ventilados kioscos de baratijas, pilas eléctricas, frituras y flores.

Kiev, 6 de noviembre de 2013

Se celebra el 70 aniversario de la liberación de Kiev de los ocupantes alemanes. La avenida Jreschátik ha sido decorada con fotografías de veteranos de la guerra, muchos de ellos vestidos y peinados con dejadez. Algunos van de uniforme y lucen medallas en las que apenas se distinguen la hoz y el martillo o la estrella roja.

«Ellos están entre nosotros», reza el lema que presenta a estos ancianos, aislados, solos, sin que se sepa quién luchó con quién o contra quién. La ambigüedad está en el corazón del festejo. El término «Unión Soviética» no se prodiga, aunque así se llamaba el país desaparecido que venció a los nazis alemanes.

Por la avenida desfilan chicos en uniforme de campaña, unos como soviéticos y otros como partisanos. En la plaza, hay banderas de Ucrania, una bandera roja no desplegada y un tanque con la inscripción «Por la patria» en el lateral, pero sin la imagen de Stalin. Para completar el cuadro aparece un conjunto de chicas en minifalda que nada tienen que ver con la guerra.

«Me irrita que en este desfile no ondee la bandera roja ni se grite “Por Stalin y por la Patria”. No soy estalinista, pero en honor a la verdad, a esta reconstrucción le falta alma. ¿Por qué renunciar a los símbolos?», comenta Svetlana Pávlovna, una jubilada de 76 años que nunca viajó al extranjero porque fue ingeniero óptico en la fábrica de armamento Arsenal y tuvo acceso a información secreta. «Ahora ya puedo decir que me dedicaba a microfilmear el equipo militar que salía de nuestra fábrica, para documentar la producción que habíamos repartido por toda la Unión Soviética», explica. «Mi marido también trabajaba en Arsenal montando maquinaria»,

prosigue. «Tenía unas manos de oro, viajó mucho, estuvo en Vótkinsk, en Jabárovsk, y se irradió en Nóvaya Zemlyá, porque allí realizaban pruebas nucleares y luego comían carne de reno sin analizarla.»

«En la fábrica, intentamos llevar la correspondencia en ucraniano, pero la sección de personal se opuso, porque en ella trabajaba gente que llegó desde Rusia cuando Arsenal regresó a Kiev tras la evacuación. Estaban celosos y nos llamaban *benderezi*¹ cuando hablábamos en ucraniano. Ahora rechazan nuestros bombones, nuestra famosa tarta de Kiev, nuestra producción metalúrgica, nuestros tranvías, nuestros vagones...»

«Cuando la URSS se desintegró, en los hangares de Rusia el polvo se acumulaba sobre los tanques y a nuestra producción óptica le pasaba lo mismo. Se complementaban, pero no había nadie que combinara las dos cosas. Cuando por fin se pusieron de acuerdo, resultó que nuestros almacenes de instrumentos ópticos estaban vacíos porque alguien los había saqueado», cuenta Svetlana.

La ingeniera dice sentir pena por el destino de la fábrica Arsenal, que fue toda una leyenda en la Unión Soviética. «La han fragmentado en almacenes y comercios y en gran parte la han privatizado, aunque la oficina de proyectos sigue existiendo porque los buenos cerebros no desaparecen de un día para otro.»

Svetlana Pávlovna lleva una bufanda de dibujo atigrado y un gran bolso negro del que saca dos vasitos de plástico y un frasco de vino de Massandra que se trajo de Crimea. «Paso mis vacaciones en Feodosia, en una residencia que se está deteriorando, mejor dicho, que dejan que se deteriore para así privatizarla», puntualiza.

Sentadas en un banco, apuramos el vino y volvemos a llenar los vasitos con el café de un termo que también sale de su bolso. Rematamos el tentempié con dos bombones de chocolate. Svetlana Pávlovna ha escuchado por la radio que la fábrica que los produce se plantea reducir personal debido a las restricciones importadoras de Rusia. «¿Cómo se puede tratar así a nuestros dulces?», exclama.

Kiev, 8 de noviembre de 2013

En la sede de la fábrica Roshen, Petró Poroshenko, su propietario, me habla de los bombones que Rusia veta desde el verano. Este hombre, al que llaman «el rey del chocolate», es un «oligarca» y posee una de las principales fortunas de Ucrania.

«Nuestra colaboración con Rusia siempre fue mutuamente ventajosa, y está muy mal que la política empiece a predominar sobre la economía. La firma del Acuerdo de Asociación (AA) con la UE no supone que Ucrania se vaya de Rusia. Ucrania se va del mundo soviético, se va de la URSS, y Rusia debería marcharse también de ahí», subraya el empresario, que es diputado de la Rada y miembro del Comité Parlamentario de Integración en Europa.

Poroshenko ve «cosas extrañas» en las comisiones de inspección rusas que, según él, prohíben los bombones sin motivo. «Dos de los cinco miembros de la comisión que nos mandaron representaban estructuras comerciales de nuestros competidores en Rusia», dice. «Huele mal. Esto es corrupción», sentencia.

Rusia es el mercado principal de Roshen, que además tiene fábricas en aquel país. De la empresa dependen hasta 22.000 puestos de trabajo, según Poroshenko.

«¿Qué es lo que no les gusta a los rusos, la leche o el chocolate?», le pregunto.

«Lo que no les gusta es Ucrania», responde, y pasa al tono «patriótico»: «Roshen se ha convertido en un símbolo de soberanía de Ucrania y Ucrania es un país que no se doblega a las presiones, un país que lucha por el derecho a decidir de forma independiente», dice. «Los rusos», continúa, «han intentado convencer a otros países postsoviéticos para que hagan inspecciones fitosanitarias de nuestros productos y se sumen al boicot, pero no lo han conseguido.»

«El AA es el único camino para reformar este país no competitivo y con un sistema judicial dependiente. Yo quiero cambiar este país para que sea más eficaz», concluye, y a regañadientes se deja fotografiar junto a una bombonera generosamente repleta.

Kiev, 22 de noviembre de 2013

Putín quiere impedir a toda costa que Ucrania se vaya hacia Europa y se modernice, lo cual sería bueno para todos, porque obligaría a Rusia a modernizarse también. Ahora Rusia es cada vez más arcaica y está más sumida en el marasmo de una clase resentida y agresiva, con enormes complejos de inferioridad (y armas nucleares), una clase oscurantista que funciona a base de propaganda de estilo soviético, pero mucho más perversa.

Kiev, 1 de diciembre de 2013

Manifestación para exigir la dimisión del presidente y del primer ministro. El ambiente es festivo. La riada humana desciende desde la universidad por el bulevar Shevchenko y marcha entre la estatua de Lenin y la bella chica de una valla publicitaria. De repente, unos enmascarados echan a correr y rompen las cristaleras de la alcaldía con unos bates de béisbol. Son miembros de grupos nacionalistas radicales, como El Tridente de Stepán Bandera y el Sector de Derechas. Este último ha sido creado para oponerse a «los mercenarios del gobierno» y a las *Bérkut*, me explica uno de los asaltantes, que dice ser oriundo de Ternópil, en el occidente de Ucrania. Frente a los vidrios rotos, una elegante dama atribuye el asalto a los «agentes de Moscú».

Kiev, 20 de enero de 2014

La cuesta adoquinada que conduce a las sedes del Gobierno y del Parlamento se ha convertido en el escenario de una batalla. Lo que sucede en la calle de Grushevská, frente al estadio del club de fútbol Dinamo no augura nada bueno.

Los manifestantes prenden fuego a los neumáticos y el humo irrita la garganta. ¡Cómo han cambiado las cosas desde el otoño! El hotel Dnipró, un emplazamiento privilegiado en la plaza de Europa, es una sombra de lo que fue. Al establecimiento se accede ahora por un oscuro pasillo lateral, después de que la puerta principal se cerrara por razones de seguridad. Tras el mostrador,

solloza Margarita, la recepcionista: «Esto es muy triste y tengo miedo a que acabe muy mal», afirma, secándose las lágrimas. Los periodistas son los únicos clientes, porque los ejecutivos que en el pasado desayunaban con acompañamiento de piano dejaron de venir a este lugar incómodo e incluso peligroso, a medio camino entre el escenario del Euromaidán, y el barrio del Gobierno. Los activistas han convertido el patio interior del Dnipro en un escondrijo de cócteles molotov.

El exboxeador Vitali Klichkó, el jefe del grupo parlamentario de oposición UDAR, ha visitado a Yanukóvich en su villa de las afueras de Kiev. Es pronto para decir en qué desembocarán esos contactos, porque un sector cada vez más amplio del Euromaidán ya no escucha a nadie y se concentra en la batalla con la Policía.

En la medianoche del 21 al 22 entran en vigor las llamadas «leyes dictatoriales», que dotan al presidente de los «instrumentos legales» para reprimir a los manifestantes.

Contemplando los centenares de muchachos enmascarados con garrotes, palos y botellas que suben por la calle Grushevski, me parece un milagro que hasta ahora los traumas más graves sufridos por unos y otros hayan sido huesos rotos, conmociones cerebrales, cráneos abiertos y pérdida de dedos y ojos. El Euromaidán plantea el problema de cómo transformar el descontento popular en un instrumento político real para articular la energía de la calle y evitar que se evapore o degenera.

Kiev, 22 de enero de 2014

La cortina de fuego formada por las llamas y el humo procedentes de los neumáticos se interpone entre las fuerzas del orden público y los manifestantes. En el tejado de la Casa de Ucrania, situada en la plaza de Europa, se han apostado personas con cascos que algunos identifican con francotiradores. El edificio, aparentemente, está bajo el control del Gobierno.

La oposición ha comenzado a crear estructuras paralelas, concretamente la llamada «rada popular», un parlamento constituido por diputados de la oposición además de legisladores independientes.

En las regiones reemergen con fuerza las «dos Ucránias». En Ternópil, el Comité de Resistencia Nacional envía a ciudadanos movilizados a Kiev en apoyo del Euromaidán. En Odesa, el gran puerto del mar Negro, el Parlamento regional, reunido en sesión extraordinaria, ha exhortado al jefe del Estado a atajar «de forma decidida» el «golpe de Estado» de «radicales y provocadores» que «amenaza la seguridad nacional». El Parlamento de la República Autónoma de Crimea (RAC) ha responsabilizado de los sucesos de Kiev a los líderes de la oposición y a sus «exigencias ilegales», como celebrar elecciones anticipadas a la presidencia de Ucrania. «Los habitantes de Crimea nunca participarán en elecciones ilegítimas, no reconocerán sus resultados y no vivirán en una Ucrania de partidarios de Bandera», afirmaba un comunicado de la cámara, refiriéndose al ultranacionalista Stepán Bandera.

Las emociones se han desatado. Individuos de paisano vinculados con los servicios de seguridad hostigan a los activistas de la oposición y caldean los ánimos. Un sector del Partido de las Regiones, promotor de las «leyes dictatoriales», está ahora dispuesto a convocar una sesión extraordinaria del Parlamento para anularlas.

Kiev, 3 de febrero de 2014

Los expresidentes de Ucrania Leonid Kravchuk y Víktor Yúshenko asisten a la presentación del «Libro blanco del nazismo», un grueso volumen con aspiración de registrar las tendencias radicales y antisemitas en Europa. Los ponentes, venidos de Rusia, tratan de provocar a los expresidentes para que condenen como «nazis» a los manifestantes del Euromaidán. Ellos resisten educadamente los embates hasta que Kravchuk, irritado, recuerda a sus interlocutores que Ucrania tiene ya una ley para luchar contra el nazismo y el fascismo. «La tarea de esta mesa redonda no es discutir adónde quiere ir Ucrania. Esto lo decide el pueblo ucraniano», ha exclamado el primer presidente de Ucrania.

Manifestantes y defensores del orden público dan muestras de cansancio después de casi tres meses de enfrentamiento. En el vestíbulo del hotel Kiev, en el barrio gubernamental, los agentes de las *Bérkut* dormitan sin quitarse los chalecos antibalas, en espera de su turno de servicio. Si prescindimos del uniforme, estos chicos tienen el mismo aspecto que los que se manifiestan en el Maidán. «El apetito desmedido de la “familia” de Yanukóvich ha llevado a Ucrania a esta situación», sentencia Víktor Lysytskyi, un diputado de la Rada procedente de Mikoláiv.

Desde su campamento instalado en plena plaza de la Independencia, los veteranos de la guerra de Afganistán (1979-1989) aprovechan sus contactos con los *silovík* (término genérico para los cuerpos militares, de seguridad y orden público) para rebajar las tensiones de la calle. Por su experiencia en aquella contienda expansiva de la URSS, los «afganos», que se encuentran a ambos lados de las barricadas, son más responsables y más prudentes que los adolescentes exaltados.

Los manifestantes han organizado un servicio médico de urgencia en la «tierra de nadie» entre manifestantes y policías. Allí estaba el doctor Serhiy Gorbenko, que está preocupado por su hijo Sviatoslav, estudiante de lenguas extranjeras en Járkov. Gorbenko cree que el chico está muy desprotegido frente a los grupos prorrusos que operan en aquella ciudad.

Sviatoslav Gorbenko se presentó voluntario para defender Ucrania contra las milicias independentistas en el Donbás y pereció en el otoño de 2014 en los combates por conquistar el aeropuerto de Donetsk.

Kiev, 22 de febrero de 2014

El programa televisivo de debate presentado por el periodista Sávik Schúster ha concluido. Los participantes nos disponemos a marcharnos. Ya en el vestíbulo, nos quedamos paralizados ante el monitor que retransmite en directo la ceremonia de despedida de las víctimas del Maidán. Después de tanta sangre derramada nada será ya igual.

Kiev, 23 y 24 de febrero de 2014

El domingo una multitud de kievitas se lanza a visitar la residencia de Yanukóvich en Mezhyhirya, un extravagante complejo de ostentosas construcciones de pésimo gusto. El lunes, en los edificios ocupados en la avenida Jreschátik, los líderes del Maidán intentan que sus

seguidores entreguen las armas de las que hicieron acopio en los días del Euromaidán.

Járkov, 25 de febrero de 2014

En Járkov mandan el gobernador regional, Mijaíl Dobkin, nombrado por las autoridades centrales del Estado, y el alcalde electo del municipio, Guenadi Kernes. Los dos son miembros del Partido de las Regiones y en sus biografías se entretajan la política y el dinero. La personalidad de Kernes es compleja. Cuenta un psicólogo local que en una ocasión pegó a su esposa y después en la ciudad apareció una enorme valla publicitaria con el letrero «Oksana, te quiero».

A lo largo de su carrera política, el alcalde Kernes había sufrido varios atentados y uno de ellos, a fines de abril de 2014, lo dejó paralizado. El político falleció de complicaciones causadas por la COVID-19 en diciembre de 2020. Tenía 51 años y a la hora de la verdad apostó por Ucrania.

En torno al monumento de Lenin montan guardia los partidarios y los que se oponen al derribo de esta estatua de granito considerada la mayor del mundo en su género. Los protectores de la estatua no defienden una ideología comunista, sino el derecho a decidir localmente si quieren que su Lenin, el Lenin de sus abuelos, sea abatido por activistas foráneos y se convierta en una víctima más del *Leninopad* (la caída de los Lenin), un término construido por analogía con *listopad* (la caída de las hojas), como se llama el mes de noviembre en ucraniano.

Para calmar los ánimos, los partidarios del derribo han prometido que no actuarán unilateralmente, sino que esperarán a decidir por referéndum. Sus promesas no convencen a los protectores de Lenin.

Por la noche, unos jóvenes que dicen ser de Járkov conversan en ucraniano frente a la Administración provincial. Interpelados sobre su relación con este idioma, dicen que el ruso es su lengua materna, pero que hablar en ucraniano es su «opción personal».

En la plaza, Kernes se dirige con energía a los manifestantes del «antimaidán» e intenta hacerse oír. De pie sobre una camioneta, tan pequeño como incansable, el alcalde arenga a sus seguidores en esa plaza, que llevó el nombre de Dzerzhinski, el fundador de la Policía política de la URSS, hasta ser rebautizada como plaza de la Libertad en 1991. Aquel año, los activistas antisoviéticos quisieron, pero no lograron, derribar a Lenin.

Járkov, 26 de febrero de 2014

Por la mañana, activistas «antimaidán» tratan en vano de colgar una bandera rusa en la fachada de la Administración provincial. Sigue un trasiego de enseñas que concluye con un estandarte de Járkov colgado en la fachada.

En la plaza, los defensores de Lenin hablan en ruso, pero reaccionan ofendidos a la pregunta de si saben hablar en ucraniano. Con unas cuantas frases demuestran que conocen bien ese idioma. El ruso es su «opción personal».

En la Administración montan guardia los activistas promaidán. Muchos van enmascarados incluso en el interior del edificio. «Es por un temor justificado, porque esta gente ha sido perseguida y acosada», me dice el amigo psicólogo. En Járkov hay grupos paramilitares dispuestos a apoyar a las *Bérkut*, cuyos integrantes, desmoralizados y abatidos, han vuelto a sus cuarteles locales desde Kiev.

Las nuevas autoridades han dado orden de búsqueda y captura contra Evgueni Zhilin, el líder de Oplot, una organización que apoyó a estas fuerzas de intervención especial contra los manifestantes en Kiev. Oplot es una entidad surgida en los ambientes de los clubes de hinchas de fútbol que exaltan la fuerza y cultivan diversos mitos. En Ucrania existen muchos de estos clubes, que se mueven en terreno resbaladizo entre la ideología y la violencia y que, en ocasiones, se involucran o son instrumentalizados para causas políticas.

Un intelectual ruso de pensamiento imperial me recomendó hablar con el activista Konstantín Dolgov. Le llamo. Dolgov dice que llegó anoche a Járkov procedente de Moscú, adonde volverá mañana para participar en el programa propagandístico más agresivo de la televisión rusa. Se presenta como periodista y como tecnólogo político que trabajó para el Partido de las Regiones. Las *Bérkut*, que se enfrentaron a los manifestantes en Kiev, se sienten traicionadas, afirma. Las autoridades rusas, asegura, han ofrecido a los miembros de aquel cuerpo en vías de disolución la posibilidad de trasladar su residencia a su territorio.

El Partido de las Regiones, explica, se ha quedado sin líderes. Esa fuerza política, que hasta hace unos días aglutinó el sector prorruso de Ucrania, está agonizando, pero por ahora no hay otras fuerzas similares preparadas para recoger su herencia. Dolgov cree que esa opción «surgerà inevitablemente porque hay demanda para ello».

A Dolgov le preocupa que el Euromaidán de Járkov esté formado por activistas locales, es decir, por gentes del este de Ucrania, y no por obcecados nacionalistas llegados del oeste. Para él, eso es perturbador, porque indica que la ideología nacional ucraniana ya no es un producto foráneo, sino que ha calado también en Járkov. «Lo que tenemos no es una división del país en una zona prorrusa y otra prooccidental, sino una forma de ser y de identificarse con Ucrania que ha penetrado en distinta proporción también en las regiones del Este», señala. El divorcio pacífico de corte checoslovaco ya no es posible, concluye.

Velada en casa de Slava Torbakov, junto con sus padres jubilados, Larisa y Borís, que trabajaron como respetados ingenieros en las grandes fábricas de la ciudad. Pertenecen a la aristocracia técnica local y tienen un gran piso lleno de libros.

Larisa dice haber cambiado de identidad en 2004 durante la Revolución Naranja, cuando descubrió que no era ni rusa ni soviética, sino «ucraniana rusoparlante». La mujer disfruta de la literatura en ucraniano; le gustan Maria Matius, Vladímir Lis y también Serhiy Zhadán. Borís, oriundo de Leningrado, no ha llegado a ese nivel. Entiende el ucraniano, pero no puede leerlo con placer.

Para Larisa el monumento a Lenin está asociado a la represión. Para Slava, en cambio, es un entorno emocional vinculado a recuerdos de su vida, como las fiestas del 7 de noviembre, en la que se conmemora la Revolución bolchevique o el día de su boda. Para él, la plaza resulta inimaginable sin monumento, aunque hoy los recién casados prefieren fotografiarse sobre un

fondo menos politizado.

Járkov, 27 de febrero de 2014

«Nuestras acciones son pacíficas, no hemos agredido a nadie ni hemos transgredido la ley. Pero el relevo político en Kiev ha desatado las pasiones», dice el escritor Serhiy Zhadán, que es oriundo de Járkov. Conversamos sentados en los peldaños de la escalinata de la Administración provincial. Zhadán es uno de los coordinadores del Euromaidán local, que resiste desde fines de noviembre.

«El sábado [22 de febrero] se celebró un gran mitin al que acudieron 30.000 personas. Nos reunimos tranquilamente junto al monumento de Lenin, pero, por la noche, los activistas que permanecieron allí fueron agredidos por nuestros oponentes», cuenta el escritor. «¡Seamos claros!, todas las agresiones vienen del otro lado y pienso que las autoridades las alientan», exclama.

Y después matiza: «Tanto en el Euromaidán como en el Antimaidán hay personas preocupadas por el futuro, y las discrepancias entre nosotros no son tantas. Intentamos encontrar un lenguaje común con los que están al otro lado de las barricadas».

«A la ciudad han venido gentes de Ucrania occidental expresamente para derribar el monumento a Lenin, pero la mayoría somos de aquí y no planeamos hacerlo de forma violenta. Es más, ya hemos declarado oficialmente que no consideramos fundamental esta cuestión y que la posponemos.»

«Al principio nos pronunciamos a favor de demolerlo y luego acordamos debatir el tema con tranquilidad y resolverlo de forma legal. Así que hemos reflexionado y aprendido», explica, interrumpido constantemente por activistas que le llaman por el móvil o vienen a la escalera a consultarle y de paso se ofrecen a traerle un bocadillo o un café.

«Nuestros oponentes creen que el monumento no debe ser derribado. Yo creo que sí, pero estoy dispuesto a discutirlo y no voy a ir con un palo a destruirlo. Podemos hacer un referéndum y ponernos de acuerdo.»

Admite Zhadán que Ucrania tiene un conflicto de lenguas, pero prefiere no hablar de ello ahora, mientras el ambiente esté tan caldeado. «Estoy en contra de la rusofobia y de la ucranianofobia. La política lingüística de Ucrania es desacertada, porque ha ido a favor de unos y en contra de otros, pero la discusión sobre la lengua puede posponerse por algún tiempo; ahora hay que buscar los puntos de contacto y de comprensión mutua para recuperar la calma.»

«Vivo aquí y siempre hablo en ucraniano. Intento tener una actitud democrática hacia la lengua de mi interlocutor y espero que mi interlocutor me respete a mí. Entiendo que en este país un gran porcentaje de la gente habla en ruso y eso no se puede ignorar», explica.

«Nosotros también podemos darles garantías a los rusoparlantes preocupados por el futuro. Nosotros, los activistas del Euromaidán, no estamos por la prohibición del ruso ni por reescribir la historia o privar a la gente de su iglesia y de sus puntos de vista.»

«Lo más importante ahora es completar el cambio de poder en el país y subrayar las cosas que nos unen. La marcha de Yanukóvich resuelve el principal problema de la sociedad

ucraniana, pero no todos los problemas, porque no se trata solo de Yanukóvich, al que apoya una parte de la sociedad, convencida de que los miembros de las *Bérkut* son héroes y de que es aceptable disparar contra la multitud», dice. «Esa parte de la sociedad», continúa, «rechaza integrarse en Europa y los cambios en Ucrania, y lo hace por miedo o por necesidad de sentirse segura. Todos somos ciudadanos de Ucrania y tenemos que encontrar un compromiso aceptable.»

«Ahora, cuando parece que lo más difícil ha pasado, es cuando comienzan los problemas reales, porque quienes están en el poder hoy no son más fiables que sus antecesores. Hay que cambiar toda la mecánica de las relaciones sociales. En el Maidán, clamamos por la paz, y en el Antimaidán, ellos gritan lo mismo. ¿Cómo pueden gentes que gritan las mismas consignas considerarse enemigos? No creo que el país se escinda, pero se necesitan muchos esfuerzos conjuntos para avanzar. Ya hemos pagado un precio demasiado alto, tenemos demasiados muertos.»

El 2 de marzo Zhadán resultó herido durante un asalto de las fuerzas «antimaidán» a la Administración provincial. Le pegaron en la cabeza con un bate de béisbol cuando se negó a ponerse de rodillas, como querían sus atacantes. En Járkov, al igual que en Donetsk, el 7 de abril fuerzas opuestas al nuevo Gobierno proclamaron la República Popular de Járkov y formaron un «parlamento» asambleario, pero la decidida intervención de las autoridades y de las fuerzas de seguridad, que tomaron la alcaldía, evitó que Járkov siguiera el camino de las provincias vecinas.

En febrero de 2014, cuando conversábamos en la escalera de la Administración, Zhadán tendía puentes entre dos Ucránias que desconfiaban la una de la otra. En junio de 2022, el escritor admitió que la guerra había cambiado radicalmente las cosas. Hasta 2014 «unos no entendían lo que pasaba en el este y otros no entendían lo que pasaba en el oeste del país». «Ahora, todo ha cambiado», afirma. A Járkov llegan voluntarios y ayuda de toda Ucrania. «Vienen del occidente del país, de la Transcarpatia, de las tierras del centro. Y esto prueba que hoy somos verdaderamente un solo país y que no tiene importancia si se trata del oeste, del sur o del norte. Y esto seguramente es irreversible.» «Es evidente que la ciudad (Járkov) cambia [...]. Vas por la calle y notas que se habla mucho más en ucraniano. Y no tiene que ver con la lengua ucraniana como tal, sino con la toma de posición.»²

Járkov-Donetsk, 28 de febrero de 2014

Salida a las cinco de la mañana con rumbo a Donetsk. Recorrido por un paisaje jalonado por edificios semiderruidos, chimeneas renegridas, hierros oxidados y montañas de carbón y de tierra esquilmada. Las siluetas de estos fantasmas se recortan siniestras en el amanecer en un panorama idóneo como escenario de una película sobre la degradación del mundo tras una catástrofe nuclear.

Al entrar en la provincia de Donetsk, la carretera se ha transformado bruscamente. Hasta aquí llegó el asfalto y más allá reinan los baches y los cráteres, lo que parece una prueba bastante convincente de que los fondos destinados a renovar la infraestructura viaria para el campeonato europeo de fútbol de 2012 desaparecieron antes de completar aquel trabajo. Son tantas las carreteras en mal estado en Ucrania que una ya no sabe dónde hay una normal.

Clarea el día. Pasamos frente a los altos hornos de Kostiantinivka y un letrero sarcástico que dice «Kostiantinivka espera sus inversiones» saluda al viajero. «La opción es el poder popular», viene a decir otro cartel de la campaña antieuropea de Víktor Medvedchuk.

En Donetsk, como en Járkov, la estatua de Lenin es el centro del debate público, pero las dos grandes ciudades del este son muy diferentes. Járkov es más sofisticada que Donetsk, que a mí me parece un entorno de relaciones feudales entre los mineros que arriesgan la vida y los patrones que privatizaron las minas junto con sus esclavos.

En los años noventa los mineros iban a Kiev y protestaban repiqueteando con sus cascos en el suelo frente a la Rada Suprema. En los chistes de moda de la época, los nuevos ricos de Donetsk eran caracterizados como horteras, vestidos con americanas de color berenjena, prendas que por entonces se asociaban con un cierto entorno delictivo, con dinero y prepotencia, pero sin gusto.

Hoy, las lujosas tiendas en el centro exhiben bonitas ropas de reconocidas marcas extranjeras. La decoración del hotel y en el vecino restaurante Liverpool es de estilo británico, lo cual subraya que esta ciudad fue fundada por un galés en el siglo XIX.

El gran patrón de Donetsk, Rinat Ajmétov, ha tomado partido y apoya al nuevo Gobierno de Kiev. Ajmétov protege así su patrimonio y también a las decenas de miles de personas que trabajan para él. Moscú no va a poder contar con el hombre más rico de Ucrania.

«Yanukóvich integraba un espectro político particular formado sobre todo por rusoparlantes del este de Ucrania y de Crimea. En estas regiones su marcha se vive como una traición», sentencia Serguéi Buntovski, economista, dirigente de la organización La Rus del Donbás y diputado del Parlamento local de 2006 a 2010.

La élite política de Donetsk había organizado un plan para apoyar a Yanukóvich y oponer resistencia a las autoridades provisionales en Kiev, pero se desbarató porque, en el momento decisivo, Ajmétov tomó partido por los nuevos gobernantes de Kiev, según cuenta Buntovski.

«Esperábamos que el presidente pusiera orden y estábamos dispuestos a acudir a Kiev para ayudar a la Policía a disolver a los manifestantes. Por eso, para nosotros fue un shock cuando Yanukóvich renunció a luchar, firmó el acuerdo con la oposición y se marchó», dice.

«La élite local de Donetsk», prosigue, «estaba inicialmente dispuesta a defender la región y los representantes regionales y municipales llegaron a crear un consejo coordinador de defensa, por si aparecían grupos de nacionalistas radicales por aquí. Pero ese trabajo organizativo quedó interrumpido el viernes 21 de febrero.» «Ya antes de que Yanukóvich se fuera, el Partido de las Regiones y los funcionarios locales paralizaron la protesta como si hubieran llegado a un acuerdo con los que se hicieron con el poder central. Y fue Ajmétov, que controla las autoridades regionales, quien inspiró todo eso», afirma el político.

«Ajmétov tiene negocios en todas partes, incluida Europa, y no está interesado en la confrontación. Por eso el domingo [23 de febrero] el gobernador y los oligarcas se reunieron y decidieron no enfrentarse a Kiev y proteger así los intereses de Ajmétov. Tengo la impresión de que ya se habían puesto de acuerdo antes con las nuevas autoridades ucranianas para respetar sus negocios. Mientras existió, el Partido de las Regiones canalizaba las protestas. Ahora, los servicios de seguridad de Ucrania en Donetsk piden denunciar a cualquiera que se interese por el

federalismo, porque lo identifican con el separatismo, y el alcalde ha dicho que todos los que exhortan a la confrontación son provocadores y que hay que detenerlos», prosigue Buntovski.

«Hoy no hay en la ciudad ni una sola fuerza política organizada que pueda sacar a la gente a la calle y tomar el poder», opina. «A diferencia de Crimea, donde hay partidos que compiten entre sí, en Donetsk el Partido de las Regiones usurpó el derecho de hablar en nombre de los rusos, aunque en realidad defendía los intereses de los oligarcas», concluye.

En Járkov y en Donetsk mis interlocutores coinciden. «Hasta el último momento Rusia no ayudó a los partidos prorrusos de Ucrania», dice Buntovski. Y añade: «En el pasado, cuando me dirigía a diversos funcionarios de Rusia, siempre me contestaban que ellos trabajaban únicamente con el Partido de las Regiones y que no iban a ayudar a nadie más. Ahora se ha iniciado un proceso espontáneo de organización sin recursos materiales ni financieros y hay que unir a los descontentos».

No es posible demorarse en Donetsk. El Parlamento de la RAC ha sido ocupado por unos enmascarados. Hay que llegar cuanto antes, pero, considerando el horrendo estado de las calzadas y la nieve acumulada en ellas, sería imposible recorrer de noche los ochocientos kilómetros que median hasta el istmo de Perekop. Saldremos de madrugada.

1. Partidarios del ultranacionalista ucraniano Stepán Bandera (1909-1959).

2. Entrevista con Serhiy Zhadán del 29 junio 2022 para *gordonua.com*. Disponible en: <https://cutt.ly/Dwqu88cT>.

Apuntes de Crimea

LA ANEXIÓN

En nombre del «restablecimiento de la justicia histórica», Vladimir Putin inició una expansiva política de revisión de fronteras. En 2014 la «presa» fue Ucrania, a la que Moscú comenzó a arrebatar territorios que en algún momento del pasado habían pertenecido al Imperio ruso o a la Rusia soviética.

Con la invasión de Crimea en febrero de 2014, Rusia cruzó una línea roja y violó las normas del derecho internacional. El derrocamiento del presidente Yanukóvich sirvió a Putin como coartada para pretender «salvar» de unos supuestos agresores ultranacionalistas a la República Autónoma de Crimea (RAC) y a Sebastopol, las dos unidades administrativas de la península del mar Negro.

De los 2,4 millones de residentes en Crimea, el 64% eran rusos, el 24% ucranianos y el 10,21% tártaros, según el censo de 2001, el último realizado por Ucrania. El líder del Kremlin sabía que podía contar con el apoyo de la comunidad rusa, que incluía miembros de la Flota del Mar Negro, además de sus familiares dependientes y militares jubilados.

En febrero de 2014, mientras Kiev era escenario de una batalla campal entre los activistas del Euromaidán y las fuerzas del orden público y unidades antidisturbios, los rusos de Crimea pedían que se anulara la transferencia de territorio, a tenor de la cual sesenta años antes la República Socialista Soviética de Rusia (RSSR) había entregado Crimea a la jurisdicción de la República Socialista Soviética de Ucrania (RSSU).

En la Unión Soviética las fronteras internas tenían carácter administrativo –y no político– y sus reajustes y delimitaciones no eran inusuales. Rusia y Ucrania habían reajustado sus lindes en diversas ocasiones y también en diversos sentidos.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Crimea se había quedado prácticamente despoblada. Acusados de colaborar con los ocupantes nazis, los tártaros, sus habitantes autóctonos, fueron deportados en masa a Asia Central en 1944. En la posguerra, para remontar la deprimida economía local, las autoridades centrales de la URSS estimularon la inmigración de rusos y ucranianos. Solo en 1989 el Parlamento soviético condenó la deportación y los tártaros pudieron regresar libremente a Crimea, pero su retorno fue la fuente de numerosos conflictos con los rusos y ucranianos que los habían reemplazado (en sus casas y en sus trabajos) durante su exilio.

La transferencia de Crimea a Ucrania no fue un antojo del dirigente comunista Nikita Jruschov, como pretende la narrativa nacionalista rusa, sino un intento de relanzar la agricultura en aquel territorio castigado por la guerra, la deportación y la sequía. «La economía común, la cercanía territorial y las estrechas relaciones económicas y culturales» entre Crimea (que por entonces tenía rango de «provincia») y la RSSU fueron las razones alegadas oficialmente para efectuar la transferencia.

Desde Ucrania era más fácil y más lógico administrar los recursos, especialmente el agua. En 1957, las autoridades soviéticas acometieron la construcción del canal de Crimea del Norte, que permitía desviar agua del río Dniéper por un sistema de regadío que arrancaba en la provincia de Jersón y que hasta mediados de la

década de los setenta se fue diversificando y ampliando por Crimea.

El 1 de diciembre de 1991 Ucrania aprobó en referéndum la declaración de independencia proclamada tras el fallido golpe de Estado de agosto en la URSS. Crimea la apoyó con sus votos. Pocos días después, Ucrania se convirtió en un Estado independiente y soberano en virtud del acuerdo entre los líderes de las tres repúblicas eslavas, que disolvieron la Unión Soviética durante una reunión en los bosques de Bielorrusia, dando así por expirado el tratado fundacional de la URSS de 1922. A muchos rusos les costó aceptar que Crimea –su Crimea– se hubiera quedado en Ucrania.

Mientras Borís Yeltsin fue el presidente de Rusia, Moscú respetó la integridad territorial de Ucrania en las fronteras de 1991, que antes habían sido las lindes entre las repúblicas socialistas soviéticas vecinas. Durante la década de los noventa, Yeltsin frenó el revanchismo de los sectores nacionalistas rusos. Pero tras la llegada de Putin a la jefatura del Estado en 2000, la situación cambió, lo que se puso de manifiesto en octubre de 2001 en el Congreso de los Compatriotas Rusos, que se celebró en Moscú con la misión de crear una comunidad de intereses única entre los rusos residentes en Rusia y los que se encontraban más allá de las fronteras de este país. Rusia iba a «luchar de forma consecuyente» para que todos los compatriotas, «dondequiera que vivieran, tuvieran los mismos derechos», manifestó Putin en aquel foro.

El nuevo mensaje del Kremlin caló en Crimea. «Hoy todas las repúblicas de la ex-URSS son deudoras de Rusia», escribía Mijaíl Bájarev, director del periódico *Krimskaya Pravda* («La verdad de Crimea»), tras regresar a Simferópol entusiasmado por el dinamismo de Moscú e inspirado por el congreso al que asistió como delegado.

«¡Definitivamente regresaremos a ti, patria! Y no regresaremos solos. Con nosotros volverán tus ancestrales tierras rusas y la población no solo rusa, sino la gente de otras nacionalidades, que se sienten felices de reunirse con la Gran Rusia floreciente», escribió de forma profética Bájarev el 27 de octubre de 2001.

«Estoy obligado a sentirme ciudadano de Ucrania, pero esto no me alegra. En el pasado sí me alegraba de vivir en Ucrania porque era parte de un gran Estado. Ahora no me queda más remedio», me decía Bájarev en junio de 2005 en su despacho en Simferópol.

«En mis documentos, han escrito mi nombre como Mijailo, aunque yo soy Mijaíl. ¿Quién es este Mijailo? Me han quitado el patronímico, que no está en mi pasaporte. Hace tiempo que hay dos Ucránias y dos pueblos. Tenemos religiones diferentes. Sus héroes son nuestros antihéroes. Cuando voy a Rusia, tengo la sensación de que aquel es mi país, aunque tenga que pasar el control de pasaportes. Vivo en Crimea, pero las autoridades no me respetan, ni a mí ni mis necesidades ni mis deseos. Nunca me sentiré miembro de la nación ucraniana, si la crean así», continuaba el periodista.

En 2014, tras la anexión de Crimea, Bájarev fue condecorado por el Kremlin por sus servicios a Rusia. Su hijo, Konstantín, con el que se turnaba en la dirección de *Krimskaya Pravda*, fue elegido diputado de la Duma Estatal de Rusia (la cámara baja del Parlamento ruso) e igualmente condecorado.

En febrero de 2014 los barcos de la Flota del Mar Negro rusa, que habían sido enviados a la ciudad costera de Sochi (Rusia) para reforzar la seguridad de las Olimpiadas de Invierno, de las que Moscú era anfitriona, regresaron a sus bases en Sebastopol con las bodegas repletas de equipo militar para «asegurar el retorno» de Crimea a Rusia.

En la madrugada del 27 de febrero, fuerzas de intervención dependientes de Departamento Central de Inteligencia del Ministerio de Defensa de Rusia, el GRU, asaltaron la sede del Parlamento de la República Autónoma de Crimea (RAC). Les apoyaban efectivos de la Flota del Mar Negro y de las *Bérkut*. En torno a los asaltantes enmascarados y sin identificación pululaba un público variopinto y gritón que los rusos habían trasladado a Crimea a modo de comparsa para secundarles en la toma de la península.

Sobre el terreno, solo la comunidad tártara presentó cierta resistencia a la anexión rusa por medio de sus

propias instituciones representativas, que eran paralelas a las del Estado. El Mejlís, su máxima autoridad permanente, se escindió entre los que rechazaron la anexión y los que se resignaron o se dejaron convencer de que Rusia les ofrecía un futuro mejor que Ucrania. Rusia garantizó a los tártaros que su lengua y su cultura serían preservadas e intentó vincular los intereses de la comunidad tártara de Crimea con los de la comunidad tártara de Tatarstán (república de la Federación Rusa rica en hidrocarburos y situada en las inmediaciones del Volga), pero el Kremlin dio muy pronto marcha atrás en este intento, aparentemente por temor a que ambas comunidades pudieran establecer lazos solidarios al margen de Moscú. Una vez dominada la península, Rusia cambió de registro, clausuró el Mejlís, al que declaró «organización terrorista» en 2016, y reprimió a sus líderes, encarcelándolos o prohibiéndoles entrar en la península. Los tártaros que no quisieron abandonar la tierra de sus antepasados tuvieron que adaptarse a las nuevas realidades.

Simferópol, 18 de febrero de 2014

Vuelo matutino desde Moscú para asistir a una sesión de la Rada de la RAC dedicada al 60 aniversario de la transferencia de la península desde la Rusia soviética a la Ucrania soviética. Para este evento, que despierta mi curiosidad, me he acreditado con gran esfuerzo en un desconfiado centro de prensa que no quería aceptar corresponsales extranjeros.

Nada más aterrizar suena mi móvil: «Antes de cubrir la noticia de mañana hay que cubrir la de hoy». En Kiev hay enfrentamientos callejeros y muertos. Tengo que salir cuanto antes hacia allí. No voy a poder profundizar en el estado de ánimo de Crimea ni averiguar lo que se está tramando aquí.

Simferópol, 19 de febrero de 2014

Frente a la sede de la Rada y el Consejo de Ministros de la RAC se han concentrado varias docenas de personas, en su mayoría maduras, que llevan banderas rusas con el logotipo del partido Unidad Rusa y pancartas con lemas como: «Rango estatal para la lengua rusa», «No queremos ser una colonia de la Unión Europea», «Con Rusia para siempre», «Ucranianos, rusos, bielorrusos. Juntos haremos renacer la patria».

En la Rada de la RAC, los parlamentarios locales no tienen una idea clara sobre la magnitud de los enfrentamientos en Kiev, pero saben que entre los muertos hay tres de sus paisanos, servidores del orden público, que fueron enviados desde la península a la capital para reforzar la defensa de las instituciones estatales y del presidente.

En la sala de sesiones los diputados guardan un minuto de silencio en memoria de los tres defensores de la legalidad que perecieron en «cumplimiento de su deber» luchando con «las fuerzas radicales del Maidán». Dos de ellos eran tenientes de las tropas del Ministerio del Interior y el tercero, un suboficial de las *Bérkut*.

Los parlamentarios modifican el orden del día. Ya no quieren conmemorar el aniversario.

La Rada está integrada por cien diputados, de los cuales ochenta representan al Partido de las Regiones, la fuerza política que ha tratado de integrar a los rusos de Ucrania en el proyecto estatal de Kiev. En la cámara hay también una minoría de diputados con programas abiertamente prorrusos que miran hacia Moscú (tres de Unidad Rusa y cinco de Unión). La oposición

propiamente dicha la ejerce el grupo Kurultai-Ruj (cinco diputados), que es apoyado por los tártaros, una comunidad que, alegando su condición de pueblo autóctono, aspira a crear su propia autonomía étnica.

La conmemoración de la entrega de Crimea a Ucrania es una «experiencia dolorosa y no una fiesta», advierte Svetlana Sávchenko, diputada de Unión. «Crimea está en la periferia de Ucrania» y Ucrania es «un Estado construido sobre el principio viciado de la negación de uno de sus pueblos», continúa. Y recuerda el referéndum de marzo de 1991, en el cual la ciudadanía soviética se pronunció mayoritariamente a favor de la continuación de la URSS (lo que no impidió que ese Estado desapareciera aquel mismo año). «Si la situación en Ucrania no se estabiliza, debemos plantear la restitución de Crimea a Rusia», añade Nikolái Kolésnichenko, diputado del Partido de las Regiones.

A la sesión asisten los representantes del Servicio de Seguridad, del Ministerio del Interior y de la Fiscalía del Estado de Ucrania. El Servicio de Seguridad ha iniciado una investigación por posible separatismo después de que el pasado 4 de febrero el presídium de la RAC decidiera formar un grupo de trabajo para enmendar la constitución local y pedirle a Vladímir Putin y al Parlamento de la Federación Rusa que se constituyesen «en garantes de la inviolabilidad de la autonomía de Crimea».

Los diputados se dirigen al presidente de Ucrania, Víktor Yanukóvich, para exigirle que actúe de «forma decidida» y tome «medidas extraordinarias». «Esto es lo que esperan de usted los centenares de miles de habitantes de Crimea que le votaron [...] confiando en que habría estabilidad en el país», señala el mensaje que ha redactado el presídium del Parlamento.

En Crimea (a diferencia del resto de Ucrania) el ruso tiene rango de lengua oficial y de comunicación interétnica, y está legalmente en pie de igualdad con el ucraniano, pero el margen de maniobra de la república autónoma (la única existente en Ucrania) se ha visto reducido progresivamente con el tiempo. En el Parlamento se habla de la necesidad de ampliar las competencias de Crimea, que hoy, en virtud de la Constitución local (estatuto de autonomía) de 1998, son muy inferiores a las que tenía en la constitución de 1992.

Crimea fue una república autónoma integrada en la Rusia soviética desde 1921 a 1945, año en la que fue degradada a la categoría de provincia (*oblast*) en la que, primero como parte de Rusia y desde 1954 como parte de Ucrania, permaneció hasta el 12 de febrero de 1991, cuando recuperó su estatus de república autónoma bajo jurisdicción ucraniana.

En mayo de 1992 Crimea aprobó una constitución que caracterizaba a la península como «Estado», unido a Ucrania por «relaciones contractuales» (de hecho, confederales), con tres lenguas estatales (ruso, ucraniano y tártaro), su propia ciudadanía y su propio presidente.

En marzo de 1995, las autoridades centrales en Kiev abolieron aquel marco jurídico que daba a Crimea múltiples posibilidades. En 1998 una nueva constitución sometía plenamente la península a la política de Kiev. Esta constitución, que impedía todas las desviaciones autonomistas e independentistas, estaba vigente cuando Rusia se anexionó Crimea en 2014.

«Somos un símbolo de la amistad de Rusia y Ucrania, por eso Crimea suscita ese odio entre los fascistas rusófobos», y los «rusófobos a veces llegan al poder», dice Vladímir Konstantínov,

el presidente del Parlamento, quien llama a «impedir que esas fuerzas tengan la mínima oportunidad de realizar sus fines». Konstantínov pide un cambio de estatus y más competencias para defender los intereses de todos los habitantes de Crimea, y asegura que «Crimea no desea destrozarse el Estado ucraniano».

«Nos hemos resignado a muchas cosas, y de repente, este conflicto», me dice Grigori Ioffe, el vicepresidente del Parlamento al que entrevisto después de la sesión, durante la cual él ha repetido varias veces el término «canallas» refiriéndose a los activistas del Euromaidán, que considera «gente exaltada e insatisfecha» mezclada con «mercenarios». Según él, las posibilidades de que estalle un conflicto serio con ellos son muy altas. «Queremos este país y solo pedimos que nos quieran a nosotros, pero en Kiev no nos quieren, nos consideran gente de segunda y no importa quién esté en el poder», dice.

Ioffe niega que el presidium de la RAC en bloque se haya dirigido a Putin para pedir la intervención de Rusia. Se trata de una «iniciativa privada de uno de los diputados, que había propuesto a Rusia participar en un proceso constitucional de la península habida cuenta de que Crimea había pertenecido a Rusia», matiza precavido. «Crimea es un caso muy especial», advierte. «El nombre de Ucrania no figuraba en el referéndum de enero de 1991, a resultados del cual se formó la autonomía», matiza.

Efectivamente, el 20 de enero de 1991, existiendo todavía la URSS, en la provincia de Crimea tuvo lugar un referéndum para recuperar el estatus de «autonomía» del que se había visto privada en 1945. Ucrania no era mencionada en él.

La pregunta planteada a los ciudadanos era si estaban de acuerdo en «restablecer» la República Autónoma de Crimea como sujeto de la Unión Soviética. Participó el 81,37% de los votantes y de ellos, el 93,26% estuvo de acuerdo. La consulta tenía un fin muy específico: firmar, en pie de igualdad con Ucrania y las otras repúblicas federadas (es decir, las unidades administrativas superiores a las autonomías), el Tratado de la Unión que se estaba elaborando en Moscú para reconfigurar el sistema de relaciones entre las repúblicas de la URSS. Finalmente, el intento de golpe de Estado del 19 de agosto de 1991 impidió la firma del tratado.

«Los “guerrilleros” de “Svoboda” (Libertad), El Sector de Derechas y otras organizaciones extremistas han declarado una movilización general y exhortan a la gente a acudir a las barricadas con armas de fuego. [...] Esto ya no es una acción pacífica de protesta», esto es «el principio de una guerra civil, sobre la cual el Parlamento de Crimea ha advertido en repetidas ocasiones», señala la declaración del presidium de la RAC. «Todavía hay una oportunidad de conservar las bases del sistema constitucional y la unidad de Ucrania. Mañana puede no existir. En caso de que siga aumentando la confrontación civil, el Sóviet Supremo (Rada o Parlamento) de la República Autónoma de Crimea se reserva el derecho a convocar a los habitantes de la autonomía en defensa de la paz social y la paz en la península», afirma el documento.

Chongar, Simferópol, 1 de marzo de 2014

La península de Chongar es el último territorio de la provincia de Jersón antes de entrar en Crimea. Llegamos de madrugada, cruzando el mar de Sivash. El chófer, Alekséi, ha conducido

toda la noche desde Donetsk y ahora avanzamos por una estrecha carretera sobre un paisaje de marismas que reflejan la luz tamizada del amanecer. En el otoño de 1920, durante la guerra civil, este fue el escenario helado del acoso final de la caballería del Ejército Rojo al Ejército Ruso, que, al mando del barón Piotr Wangler, se había acuartelado en Crimea, antes de partir hacia el exilio.

A la entrada de la localidad de Chongar hay un puesto de control. En torno a una estufa de hierro que hace también de fogón, un grupo de hombres, vestidos de cosacos, de camuflaje o de civil, beben té mientras montan guardia. Los vigilantes, unos enmascarados y otros no, afirman que están aquí para impedir que agresivas formaciones de «nazis» vengan a atacar la península.

Uno de los centinelas se presenta como Alek y dice ser miembro de las *Bérkut* de Sebastopol. Este cuerpo de élite atraviesa un momento delicado, pues los nuevos mandatarios provisionales de Ucrania le exigen responsabilidades por haber obedecido a los dirigentes del Estado que ordenaron reprimir a los manifestantes del Euromaidán de Kiev.

«Yanukóvich sigue siendo el presidente y nosotros le hemos jurado lealtad a él y a la Constitución. No hemos traicionado ni hemos abandonado a nadie. Cumplimos con nuestra obligación, que era la de defender los edificios estatales en Kiev», explica Alek. «Las *Bérkut* están suspendidas en sus funciones hasta que se investigue cuál fue su actuación y es injusto que les hagan pagar por cumplir las órdenes de quienes mandaban entonces y ahora se han dado a la fuga», añade.

«Lucharemos hasta el final porque no nos han dejado otra opción. Pueden decir lo que quieran, pero nosotros no hemos violado la ley», dice el oficial. En el puesto de Chongar hay una veintena de desmovilizados de las *Bérkut*. Una investigación imparcial supondría examinar también el comportamiento de las fuerzas radicales, que recurrieron a la violencia en el Maidán.

La península está bloqueada por tierra, mar y aire y en todos los puntos estratégicos hay enmascarados rusos. En Simferópol, la sede del Parlamento, los intrusos son protegidos por individuos de paisano.

Al aeropuerto civil han llegado camiones Kamaz sin matrícula, pero nadie duda de que los vehículos, como los hombres, son rusos. Lo controlan todo. Entre el personal de tierra del aeropuerto corren los rumores. Unos opinan que los enmascarados han venido a restablecer a Yanukóvich en su cargo y otros, que llegaron con la misión de proteger a Crimea de las fuerzas incontroladas del Euromaidán.

Mi contacto, un periodista de Kiev que dirige un diario local en Simferópol, apenas me dedica unos minutos. Tiene prisa, dice, porque se va hoy a llevar su coche a la capital. Asegura que regresará dentro de dos días, pero es obvio que no volverá. En realidad, tiene miedo, por el coche y por él.

Sebastopol/Simferópol, 2 de marzo de 2014

A la bahía de Sebastopol se desciende por una carretera serpenteante jalonada de pizzerías y locales de ocio. Retengo un nombre: club nocturno Kalipso. En el agua, de un lado a otro del puerto, los rusos han colocado una barrera metálica para bloquear a los buques ucranianos.

En las calles de esta ciudad, que es sede de la Flota Rusa del Mar Negro, se anuncia aún el concurso de belleza «Miss Sebastopol», convocado para elegir una candidata al título de Miss Ucrania. El acontecimiento es ya irrelevante.

Frente al ayuntamiento los voluntarios se apuntan para rechazar al «invasor», tal como llaman a los representantes de Ucrania, mientras los cosacos y los miembros de los llamados «grupos de autodefensa territorial», vociferantes y con los ojos desorbitados, acusan de espionaje a los corresponsales extranjeros.

Los provocadores que gritaban y echaban espuma por la boca son posiblemente el recuerdo más desagradable que tengo de aquellos días, pero a otros les provocaban emociones positivas. Una culta funcionaria rusa me contaba que «aquellos rostros llenos de entusiasmo y alegría» la habían emocionado. La funcionaria viajó especialmente a Crimea para compartir aquellos sentimientos y ella veía «entusiasmo y alegría» donde yo había visto «rapacidad» y «fanatismo».

«Seremos rusos», exclama mi chófer mientras emprendemos el regreso a Simferópol. «Lo malo no es que Crimea sea de Rusia, sino que los bandidos estarán en el poder», sentencia. «Putin no es eterno y todos los imperios se han hundido. Rusia se escindirá y los chinos se aprovecharán de ello», afirma, filosófico.

En Simferópol, unos individuos exaltados, parecidos a los que hemos visto en Sebastopol, avasallan al diputado del Parlamento de Ucrania Petró Poroshenko, que se ha atrevido a venir a la península. Ha anochecido ya cuando el «rey del chocolate», impasible, se aleja a pie del Parlamento local, cuyos dirigentes no han querido recibirlo y acaban de darle con la puerta en las narices. Mientras tanto, la multitud enardecida se lanza a su acoso y jalea: «*Rossia!*», «*Rossia!*» (Rusia, Rusia), «*Bérkut!*, *Bérkut!*».

«He venido sin armas», exclama Poroshenko, intentando hacerse oír en aquel griterío.

«Fuera de Crimea», «Fuera, fuera», vociferan los acosadores, que llevan prendidas en la ropa cintas de San Jorge (parte de una condecoración zarista, convertida después en símbolo de la victoria contra la Alemania nazi y asociada más tarde a la política nacionalista rusa).

En aquel remolino de seres ansiosos de revancha, Poroshenko reconoce a la periodista que el pasado otoño le entrevistó sobre las exportaciones de bombones y chocolates a Rusia. Me tiende la mano y, al estrechársela, noto las miradas torvas de los matones, que parecen calibrar si deben acosarme también a mí.

Simferópol, 6 de marzo de 2014

En Crimea los rusos bloquean las cadenas de televisión ucranianas.

«Esta Rusia que lleva el fusil al hombro no es la Rusia que queremos», comenta Vladímir Kazarin, profesor de Literatura rusa, en su despacho de la Universidad de Tavrida. Kazarin es presidente de la Sociedad de Cultura Rusa de Crimea, que fue fundada en 1991. Se queja de la indiferencia mostrada hasta ahora por Moscú ante los programas culturales rusos en la península. La «Rusia de la espada» aventaja hoy a la «Rusia de la cultura».

En Crimea se está moldeando una nueva élite política. Grupos marginales, hasta hace poco

enfrentados entre sí, se aglutinan para apoyar a los dirigentes que el Kremlin designe para representar al Estado ruso en la península. En la comunidad tártara, unos ponen por encima de todo la lealtad a su tierra de origen y otros calibran si Rusia es mejor opción que Ucrania.

Relajados, tomando café y haciendo tertulia, unos patriotas locales confiesan soñar con una Crimea europea y multicultural, en la que se fundieran con armonía las herencias de los muchos pueblos que recalaron en estas costas del mar Negro a lo largo de los siglos. Sueñan con que Crimea sea el armónico punto de confluencia de diversas civilizaciones y no un apéndice de algo ajeno dominado por unos monopolistas avasalladores. Esta posición favorable a que Crimea se convierta en un sujeto internacional independiente no tiene ninguna proyección pública y no va más allá de esta sobremesa.

Los «patriotas de Crimea» entienden que necesitan la protección de Rusia para sobrevivir en esta nueva etapa, pero hubieran querido participar en su gestación, discutir sobre cómo encauzarla, o por lo menos les hubiera gustado tener más tiempo para asimilar este giro inesperado de su historia: ¿Estado independiente?, ¿Estado asociado?, ¿república autónoma en Ucrania o provincia rusa?

Las decisiones no las toman en Simferópol y tampoco hay tiempo para el debate. Moscú tiene prisa y, sin esperar al referéndum, ya ha enviado los sellos oficiales para uso del funcionariado local después de la consulta.

La fecha del referéndum fijada para el 25 de mayo (fecha de las elecciones presidenciales en Ucrania) se adelantó primero al 30 de marzo y, después, al 16 de marzo. Las preguntas que se plantearon a los peninsulares fueron: «¿Está usted por la incorporación de Crimea a Rusia en calidad de sujeto de la Federación Rusa?», «¿Está usted por el restablecimiento de la Constitución de la república de Crimea de 1992 y por el estatus de Crimea como parte de Ucrania?».

Inicialmente, la consulta no mencionaba a Rusia y se limitaba a preguntar: «¿Está usted a favor o en contra de que la República Autónoma de Crimea tenga independencia estatal y sea parte de Ucrania sobre la base de tratados y acuerdos?».

Simferópol-Kerch, 7 de marzo de 2014

En la televisión local debaten sobre las tendencias separatistas en el mundo. Los participantes, que se presentan como «crimeos» (tal como se llaman los oriundos de la península), asumen que Cataluña abandonará España y que Escocia hará lo propio con Gran Bretaña, y todo eso sucederá por la vía de los referéndums. Dicen que ellos, los crimeos, quieren conservar su identidad y al mismo tiempo ser parte de Rusia.

La situación de los militares ucranianos en Crimea es lamentable. Sus dirigentes en Kiev los han abandonado y no les dan orden de oponerse a los rusos, que se aprovechan de su desmoralización.

La unidad de defensa antiaérea cercana a Kerch es de gran importancia estratégica por disponer de un sistema de radares con una cobertura de cuatrocientos kilómetros a la redonda. Aleksandr, subjefe de esta unidad, relata cómo se intensifica la presión rusa: «Los rusos llegaron esta semana al mando de un teniente coronel de Infantería de Marina. Nos pidieron que les

entregáramos las armas alegando que ellos las guardarían para defendernos si nos atacaban. ¿De quién nos tenían que defender? Nos negamos».

«Después, nos pidieron que juráramos lealtad a Crimea y también nos negamos, porque hemos jurado lealtad a Ucrania», cuenta el oficial, de pie en la entrada de su acuartelamiento, al borde de la carretera que une el puerto de Kerch con el interior de la península.

Sopla un fuerte viento. Varios camiones militares sin placas de identificación acechan frente a la entrada, a ambos lados de esta calzada por la que pasan interminables columnas de blindados y el equipo bélico llegado en transbordador desde la región rusa de Krasnodar. «Los rusos nos pidieron que desmontáramos o destruyéramos nuestras instalaciones de radar, y cuando nos negamos, enviaron aviones y helicópteros para interferirlas. Más tarde, vinieron los manifestantes civiles, que nos llamaban fascistas y nos gritaban “Kerch, Crimea, Rusia”. Lo soportamos sin poder hacer nada. Nuestros mandos en Kiev nos han dicho que nos mantengamos aquí, que sigamos cumpliendo nuestras obligaciones y que no entreguemos las armas. Los habitantes locales, sobre todo los tártaros, nos traen comida, aunque no nos faltan provisiones», afirma el oficial.

A tenor de los acuerdos bilaterales entre Moscú y Kiev, los militares rusos tienen limitados sus desplazamientos por la península y no deberían estar junto a esta unidad de defensa antiaérea, pero los rusos actúan como amos de Crimea y se saltan todas las reglas. Los dirigentes políticos de Kiev han humillado moral y materialmente a los defensores de Ucrania en Crimea, hasta en lo más prosaico. «En febrero se demoraron en pagarnos el sueldo», admite Aleksandr.

El comportamiento de los rusos descrito por este oficial se repite en otras guarniciones. Para disolver la eventual resistencia de sus colegas ucranianos, los rusos actúan en varias fases. Primero, se presentan en las unidades militares identificándose verbalmente ante sus mandos. Después, les piden que les entreguen sus armas con el pretexto de que quieren «custodiarlas y protegerlas de la incursión de las fuerzas extremistas y terroristas» que, según ellos, están a punto de atacar la península. Simultáneamente, los intrusos rodean la unidad ucraniana y aumentan progresivamente la presión sobre ella mediante el creciente despliegue de equipo y vehículos militares. Al mismo tiempo, ante los cuarteles se manifiestan los llamados «grupos de autodefensa de Crimea». Estos grupos, formados en apariencia por civiles inofensivos, son de hecho elementos de la guerra psicológica contra los uniformados ucranianos, que difícilmente pueden disolverlos o disparar contra personas indefensas, entre ellas mujeres y niños.

La campaña para intimidar a los militares de Ucrania incluye también intentos de comprarlos o de seducirlos con promesas de una vida mejor. Si los uniformados siguen resistiéndose, los rusos vuelven mejor armados y equipados y exigen en un tono más perentorio las armas que los ucranianos se negaron a entregarles antes, o simplemente las toman por la fuerza.

El modelo de «atracción-intimidación» aplicado a las fuerzas armadas de Ucrania acuarteladas en Crimea se repitió en parte ocho años después. En la madrugada del 24 de febrero de 2022, mientras sus tropas cruzaban la frontera, el presidente Vladímir Putin se dirigió a los militares leales a Kiev y, apelando al pasado soviético compartido, aludió a la «defensa común» de la patria contra «los invasores nazis». Con estos argumentos, los mismos que había empleado para ocupar Crimea, Putin exhortó a los soldados a desobedecer las «órdenes delictivas» de sus autoridades «neonazis» y de la «junta antihumana» que se habría hecho con el poder en

Kiev. El líder ruso prometió a los que depusieran las armas que podrían volver «libremente» a sus casas con sus familias.

En Sebastopol los secesionistas prorrusos reparten octavillas de propaganda a favor del referéndum: «Sebastopol-Crimea-Rusia son nuestra única patria. Juntos somos más fuertes, más ricos y estamos más seguros en el mundo. Ucrania, nuestra hermana, merece algo mejor».

Ucrania es «un país del tercer mundo», «ocupa el primer puesto en Europa en alcoholismo infantil», allí la «situación de la industria, la agricultura y el sector bancario es catastrófica», los jóvenes «no tienen perspectivas» y «la edad de jubilación coincide prácticamente con la expectativa de vida». «No puede ser peor», afirma el texto. En Rusia, en cambio, «se incrementarán las pensiones en un 100% o 150% y Crimea se desarrollará como destino turístico gracias a las inversiones públicas y privadas que extenderán la temporada vacacional a todo el año». En Rusia «la juventud tendrá nuevas posibilidades de educación, podrá formarse en Moscú o San Petersburgo». En Rusia, «el carácter federativo del Estado garantiza la igualdad de derechos y la representación de todos los pueblos y comunidades».

Sudak, 12 de marzo de 2014

El alcalde se prepara para recibir a los turistas rusos, que en su opinión tienen grandes ventajas respecto a los ucranianos y polacos. «Los rusos gastan sin reparos, no se traen ni las patatas ni la carne ni los macarrones de casa, y no tratan de sacar el máximo partido a su dinero», dice.

Simferópol, 13 de marzo de 2014

Quizá por el momento histórico que estamos viviendo, esta vez capto con más intensidad que en el pasado la riqueza del microcosmos que es Crimea. Después de estar aquí dos semanas, Simferópol se ha convertido en algo familiar.

Los periodistas que llevamos tanto tiempo en esta ciudad nos confundimos ya con sus habitantes autóctonos. Nos saludamos por las callejuelas llenas de mercerías, pizzerías, papelerías y tiendecitas de calcetines y ropa interior, nada que ver con las redes de las grandes empresas multinacionales. Me cruzo con un colega de una televisión alemana, que vuelve del barbero. Le comento que fui anteayer a la peluquería.

Con la peluquería tuve suerte. Me la recomendaron las chicas de la perfumería, donde entré a comprarme unas cremas (las mías se habían acabado) y de donde salí con un tubo de pomada infantil de la marca Caperucita Roja, producida en San Petersburgo.

A ritmo de Charles Chaplin en *Tiempos modernos*, una tártara diligente adecentó mi cabeza en una hora para que pudiera acudir con un aspecto aceptable a la rueda de prensa del dirigente de turno, un tipo que, como la mayoría de los que cortan el bacalao hoy aquí, perteneció a un grupo mafioso en la década de los noventa. Pero los mafiosos de entonces son hoy «gente de orden» muy inspirada por la gesta patriótica de la Gran Rusia.

Bajchisarái, 16 de marzo de 2014

Hoy el teniente coronel Vladímir Dokucháyev, de la unidad A3825 del Ministerio de Defensa de Ucrania, no ha acudido a nuestra cita junto a la verja de entrada al batallón de ingenieros de Bajchisarái (la capital simbólica de la comunidad tártara de la península) como ha venido haciendo en los días anteriores a este «referéndum», esa truculenta consulta en la que hoy se decide el futuro de Crimea.

Al acercarnos a la verja, en vez del teniente coronel Dokucháyev aparecen cuatro enmascarados. Surgen de detrás de los árboles que jalonan el camino hacia el acuartelamiento. Visten traje de camuflaje y no llevan señas de identificación. Sin mediar palabra, nos apuntan con sus fusiles automáticos. «Fusiles Kaláshnikov del modelo AK 100, una modificación del AK 47 y del AK 75, con dos cargadores y una capacidad total de 120 cartuchos», precisa pedante el chófer.

¿Pertenecen estos enmascarados a las tropas de élite del GRU a las que se había referido Dokucháyev en una de nuestras conversaciones?

Frente a la verja, donde otros días platicamos con el oficial, hay una señal de *Stop*. Antes de convocar a las urnas, los rusos han intensificado su campaña de intimidación para neutralizar a los militares ucranianos. La unidad A3835 es solo un ejemplo.

«Son Kaláshnikov con 120 balas», repite con calma el chófer, refiriéndose a los fusiles que apuntan hacia nosotros. «¿Qué hacemos? ¿Seguimos o damos la vuelta?», susurra.

El silencio es total y el lugar está desierto, si exceptuamos a los enmascarados que nos contemplan a través de sus mirillas.

Nos alejamos de la verja y telefoneamos al teniente coronel Dokucháyev. Esta vez, el oficial no va a salir a conversar con nosotros. Supuestamente, estos militares de la unidad A3835 deberían haber ido a votar, pero los rusos se lo han impedido.

No lejos de allí, varios oficiales de la Policía ucraniana, de uniforme y con todos los atributos de su rango y de su país bien visibles (colores nacionales y tridentes incluidos), votan en un colegio de Bajchisarái, la localidad más reacia al referéndum. «Nuestro uniforme es ucraniano, pero nuestro corazón es ruso», responde uno de aquellos oficiales a mi pregunta sobre cómo puede participar en esta votación siendo militar ucraniano. En realidad, no tiene mucha importancia si esos policías votan o no. «No hay listas de electores actualizadas», asegura una fuente informada de Sebastopol.

En las semanas que precedieron al referéndum, diversas guarniciones y unidades militares ucranianas de Crimea habían esperado instrucciones desde Kiev, pero todo lo que obtuvieron de los responsables del Estado fueron evasivas y frases convencionales: «Tengan paciencia», «Crimea es y será ucraniana», «Pronto resolveremos su caso». Eran palabras que sonaban grotescas a los oídos de muchachos que resistían no ya por patriotismo, sino por decencia y autoestima, porque para librarse del juramento prestado necesitaban que un representante legítimo del Estado los eximiera de sus responsabilidades.

Kiev callaba, y la Rada Estatal no resolvía el problema de los miles de militares estacionados en sus cuarteles de Crimea. Mientras tanto, en Sebastopol, el buque insignia *Donbás* y otros dos buques más izaron la bandera rusa, y la principal academia militar de la marina, la antigua Najímov, se metamorfoseó en una academia de marina rusa.

El 24 de marzo, cuando la unidad A3835 fue finalmente ocupada por los rusos sin disparar ni un solo tiro, los militares sitiados decidieron con quién querían estar y, según declaró por entonces el teniente coronel Dokucháyev, entre un 30% y un 40% de los efectivos de la unidad estaba dispuesto a mantener la lealtad a Ucrania. Y esos tenían que marcharse.

«No nos dio tiempo a esperar ninguna decisión de nuestro ministerio y nuestro presidente, porque [los rusos] ocuparon la unidad». «Como no teníamos permiso para usar las armas, ninguno de nosotros las usó ni se disponía a usarlas, aunque ahora el ministro de Defensa grita que dio la orden. ¿Qué orden? ¿Disparar sobre la gente desarmada?», exclamaba el oficial.

«Para que no hubiera víctimas, mantuvimos conversaciones y cumplimos las condiciones que nos impusieron, a saber: entregar las armas y darles a los compañeros la posibilidad de decidir quién quería ir a servir al territorio de Ucrania y quién quería quedarse», explicaba Dokucháyev. «Toda la ayuda que los ucranianos nos prestaron fue en vano por la incapacidad de nuestros dirigentes de tomar las decisiones adecuadas.»¹

En Kiev el nombre de Dokucháyev fue incluido en la lista de traidores a la patria, pero para entonces el teniente coronel ya servía en las Fuerzas Armadas de Rusia. Moscú lo incorporó al sistema de rotaciones al que sometió a los oficiales que se cambiaron de bando. Las huellas del oficial se perdieron en los inmensos espacios de Rusia. Tal vez tuvo suerte y no lo enviaron a luchar contra sus antiguos compatriotas en 2022.

Simferópol, 18 de marzo de 2014

Converso largamente con Yuri Meshkov, que fue el primer y único presidente de Crimea, desde febrero de 1994 hasta marzo de 1995, cuando ese cargo existió en el marco de la Constitución local de 1992. Meshkov fue expulsado de la península por las autoridades de Ucrania y tenía prohibido regresar, pero no ha podido resistir la tentación de hacerlo ahora que se cumple el sueño de incorporarse a Rusia que él no supo o no pudo realizar.

En Simferópol, pocos hacen caso a este hombre que cumplirá 69 años en octubre. Se pasea junto al Parlamento y en un corrillo discute en la calle con algunos ciudadanos ya entrados en años que aún le reconocen.

Sentado en el comedor del hotel Ucrania, Meshkov expresa sentimientos contradictorios. Está contento de que Crimea se una a Rusia por fin, pero siente amargura porque nadie reconoce su labor en este sentido, cuando fue presidente, y también porque no fue invitado a la ceremonia del Kremlin para celebrar la incorporación de Crimea a Rusia. A la ceremonia asistieron esos a los que él llama «canallas» y «traidores» que «intervienen en nombre del pueblo de Crimea sin haber arriesgado nada y que ahora se van a repartir todos los puestos claves».

«No solo no me han invitado a la ceremonia, sino que la televisión rusa ha censurado las entrevistas conmigo. Me ocultan, me difuminan», exclama Meshkov. «*De iure* sigo siendo presidente», afirma este político que se niega a reconocer el derecho de Ucrania a abolir la Constitución local de 1992 y el puesto de presidente de Crimea. «Nunca fuimos parte de Ucrania. Fuimos un territorio ocupado», se consuela el desubicado Meshkov, cuyos méritos, si los tuvo, han sido olvidados por los protagonistas de hoy. Según dice, ni siquiera han querido contratarlo en Sebastopol como profesor en una filial universitaria de Moscú. Su hora ha pasado. Meshkov deambula por Simferópol como un fantasma.

Simferópolis, 22 de marzo de 2014

Ninguna línea aérea internacional podrá volar ya a Simferópolis, porque no se lo permiten los estatutos de la Asociación de Transporte Aéreo Internacional (IATA, por sus siglas en inglés). A partir de ahora solo habrá vuelos «internos» a Moscú y al resto de la Federación Rusa.

El aeropuerto está en «periodo de transición» y un servicio de orden formado por civiles custodia la terminal. A los vuelos hacia Moscú se accede aún por la zona de Internacional. Las funcionarias de aduanas siguen llevando los galones e insignias de Ucrania y timbran el pasaporte con el sello ucraniano.

Moscú, 2 de abril de 2014

En un colegio de Moscú, al que la embajada de España mima por estar especializado en la enseñanza del español, un profesor de Historia me muestra una sala repleta de vitrinas con restos arqueológicos procedentes de Crimea: ladrillos antiguos, trozos de ánforas, piedras grabadas, testigos de la historia de la península. En la última vitrina está el decreto por el que Putin se apropió de Crimea. El maestro me enseña un vídeo sobre sus excursiones de verano cuando iba a excavar a Crimea con sus alumnos, pese a no tener permiso para ello. Al acabar la expedición, volvían a Moscú con todos sus hallazgos sin tener conciencia de que aquello no era suyo y de que estaban cometiendo un delito. «He ido por mi cuenta cada año desde 1979, y acompañado por mis chicos, desde 1995», dice, orgulloso. El profesor explica que a fines de los ochenta depositó grandes esperanzas en Occidente. «Pero Occidente me ha defraudado por querer rodear a Rusia de instalaciones militares. Eso no es lo que había prometido», agrega. El autoritarismo ruso, dice, no le preocupa.

Moscú ha robado Crimea a Ucrania furtivamente, con artimañas y con mentiras, que presagian nuevos conflictos y nuevas mentiras. Comienza una etapa de desconfianza total.

Krimnash es un neologismo que fue declarado palabra del año en Rusia en 2014. Está formado por la combinación de *Krim* (Crimea) y *nash* (nuestro). Del término se derivan los sustantivos *krimnashist* – partidario de la anexión de Crimea– y *krimnashism*, defensa incondicional del carácter ruso de Crimea. Esta palabra que despertaba y reavivaba la conciencia perdida de ser una gran potencia unió a la sociedad rusa en torno a un expansivo proyecto común que prescindía del derecho internacional y de la historia de décadas y hasta de siglos.

En la primavera de 2014 asistí en Moscú a un acto en el que intervenía el ministro de Exteriores ruso, Serguéi Lavrov. «*Krimnash*», exclamó, al verme, un ayudante de ministro al entrar en la sala. «Eso está en contra de la legislación internacional», respondí, porque fue lo primero que se me ocurrió. El ayudante, con el que había tenido una buena relación de trabajo hasta entonces, pasó de la jovialidad al fastidio. «¡Y qué nos importa a nosotros la legislación internacional!, al diablo con la legislación internacional», gritó irritado mientras seguía a su jefe hacia el pódium.

Un par de años después, las tarjetas de crédito VISA funcionan perfectamente en Crimea, a pesar de las sanciones occidentales. Ya no es necesario llevar dinero en efectivo para pagar los servicios. En Moscú lo comento en mi banco, filial de un prestigioso banco europeo. «¿Y por qué no iba a funcionar?», pregunta el empleado bancario con gesto desconcertado. «¿Qué sanciones?» «Crimea es nuestra, Crimea es nuestra y

siempre ha sido nuestra», exclama. Y de repente, todos los demás empleados corean a mi interlocutor y sus voces resuenan en toda la oficina: «Crimea es nuestra», «Crimea es nuestra».

Sebastopol, 9 de mayo de 2014

Se celebra el 69 aniversario de la victoria de la URSS en la Segunda Guerra Mundial, y una alegría delirante domina la «ciudad-héroe», en la que confluyen riadas de visitantes llegados desde Rusia y también desde distintas localidades de Crimea.

Esta vez la fiesta es exclusivamente rusa sin que importe que la victoria de 1945 fuera de la URSS y, por lo tanto, compartida con otras repúblicas soviéticas, por no hablar ya de los Aliados occidentales.

Antes de la anexión, la Flota del Mar Negro de Rusia y las Fuerzas Marítimas de Ucrania desfilaban conjuntamente el 9 de mayo, porque el recuerdo y la memoria común dominaban aún sobre la exhibición de poderío militar de los «hombrecillos amables». Los uniformados ucranianos estacionados en Crimea han partido ya con sus banderas vencidas sin combate.

Cosacos, marineros, niñas y niños en uniformes militares de estilo «retro» desfilan por las calles de Sebastopol, exhibiendo las cintas de San Jorge. Van a pie, en coches de época y en motos con sidecar. En lugar prominente está Aleksandr Zaldastánov, el jefe del club de motociclistas Los Lobos Nocturnos. *El cirujano*, tal como le apodan, lleva un chaleco de cuero con la inscripción «Rossia» y asegura estar satisfecho de que Ucrania haya «desaparecido». «Ucrania es parte de Rusia y no existe como país», me dice mientras posa subido a una enorme moto. «Ucrania es la madrastra de Crimea; Rusia es su madre», añade.

En los veintitrés años transcurridos desde que la Unión Soviética dejó de existir, Ucrania no logró borrar la huella de la URSS en Crimea. Los rusos han tenido más éxito a la hora de borrar las huellas de Ucrania, ya sean colores, letreros o topónimos. Durante varias semanas, se han empleado a fondo y visualmente casi lo han conseguido. La capacidad de tergiversación de su propaganda oficial es tan fuerte que han logrado convencerse a sí mismos de que Ucrania, la víctima de la agresión, es el agresor indiscutible.

Como si estuvieran resarciéndose de un sufrimiento prolongado, los manifestantes expresan con crudeza su animadversión. Sus puntos de referencia en el tiempo varían. Unos sitúan el inicio de sus males en 1954 y otros en 1991. «Esos *jojli* [término despectivo para referirse a los ucranianos] nos han ocupado durante sesenta años», comenta una mujer. «Hemos vencido tras veintitrés años de opresión y por fin hemos vuelto a nuestra casa en Rusia», le contesta su interlocutora.

Los canales de televisión rusos (los únicos permitidos ahora) repiten y magnifican los enfrentamientos en el Donbás y la tragedia de Odesa, donde 48 personas perecieron el 2 de mayo en choques entre seguidores del Euromaidán y del Antimaidán. Sobre el telón de fondo de violencia en otros lugares de Ucrania, los residentes de Crimea respiran con alivio y creen que los «hombrecillos verdes» les han salvado de un destino semejante.

Simferópolis, 10 de mayo de 2014

Estos crimeos exaltados se portan como si acabaran de convertirse en ciudadanos de Roma. En la plaza de Lenin cuelgan letreros de solidaridad con las ciudades de Odesa y Sloviansk (Sloviansk en ucraniano), que más bien parecen mensajes de ánimo enviados por un viajero que logra subirse a un tren en marcha a otros que no han tenido la misma suerte y corren a lo largo de la vía intentando alcanzarlo. En Donbás todavía no son ciudadanos del imperio.

Una chica de la ciudad ucraniana de Dnipropetrovsk (hoy Dnipro) confía en que el haber estado en Crimea durante el referéndum le dé derecho a obtener el pasaporte ruso. Para ella, Ucrania se ha convertido de repente en un lugar sofocante, donde la única salida es emigrar.

El rublo va sustituyendo a la grivna; las banderas tricolor rusas, a las enseñas azul y amarillo. Los tridentes han desaparecido. Las instituciones locales se adaptaron a las dos nuevas unidades administrativas de la Federación Rusa –la república de Crimea y la ciudad de Sebastopol–, que juntas han pasado a formar el Distrito Federal de Crimea. Para el otoño se preparan elecciones parlamentarias, en las que competirán, reestructuradas, las fuerzas políticas locales.

La economía no acaba de despegar. Las transacciones inmobiliarias están congeladas, porque Ucrania ha bloqueado el catastro y porque las sanciones dificultan los negocios. A principios de mayo el banco nacional de Ucrania dejó de funcionar en Crimea, y Rusia va a compensar a quienes perdieron sus depósitos. El dinero que fluye desde Moscú es la nueva locomotora de la península.

A los habitantes de Crimea que quisieron seguir siendo ciudadanos de Ucrania se les dio el plazo de un mes para que renunciaran a la ciudadanía rusa. Para abril ya se habían repartido 300.000 pasaportes rusos y solo 3.000 personas habían rechazado la ciudadanía rusa, que les era otorgada automáticamente si no la rehusaban de forma explícita.

Las líneas de tren entre Crimea y la parte continental de Ucrania siguen funcionando. Los aduaneros y los guardafronteras rusos examinan el visado de corresponsal. De nuevo, suenan las preguntas de rutina: «¿Qué dicen en Occidente de nosotros?», «¿Creen que somos agresores?», «¿Ocupantes?». Y al devolver el pasaporte, aconsejan: «Escriba la verdad».

Después de que Ucrania bloqueara el canal de Crimea del Norte, los campesinos de las estepas septentrionales de la península dan por perdida la cosecha de arroz y las fábricas sufren la falta de agua y de materias primas. Los militares, los policías y los jubilados, sin embargo, reciben sueldos mucho más altos que en Ucrania y parecen haber salido ganando con la anexión.

Kiev-Simferópolis, 19 agosto de 2014

De Kiev a Simferópolis en tren. Comparto «coche de lujo» con el representante de una empresa importadora de plátanos de Ecuador que, según dice, ha cerrado su planta de distribución en Donetsk, después de que los independentistas los asaltaran y les exigieran un impuesto revolucionario. Los 35 empleados de la planta han sido evacuados a lugares más seguros.

El principal supermercado de la ciudad está semivacío. Para disimularlo, las latas de conservas se alinean en los estantes a intervalos regulares. De momento, Crimea sobrevive gracias a Ucrania, pues su principal ruta de abastecimiento llega por el istmo de Perekop. A los

ocupantes rusos no les gusta, pero por ahora no tienen alternativa para impedir ese tránsito. Los transbordadores que operan en el estrecho de Kerch no dan abasto.

Anna (nombre ficticio) es una funcionaria de la Administración de Crimea con la que simpaticé en los días de la anexión. «Vivimos en un mundo de mentiras, todo es un decorado. Todos tienen miedo», dice.

«Este es un Estado policial. Estoy segura de que Ucrania recuperará Crimea, pero será a costa de la desintegración de Rusia, que se ahogará en sus problemas económicos. Muchas personas se arrepienten de haber apoyado la anexión, al descubrir que estamos en manos de ladrones», opina. Anna expresa sus sentimientos en la calle, donde está segura de que nadie más la está escuchando.

La camarera de un café tártaro en el centro de Simferópol procede de Uzbekistán, adonde Stalin envió a sus abuelos al exilio en 1944. La chica, de veintidós años, lleva diez en Crimea y su familia estaba en pleno traslado desde Samarcanda cuando llegaron los «hombrecillos verdes». El servicio de emigración de Rusia la presiona para que adopte la ciudadanía rusa, porque de lo contrario, le dicen, no podrá ni trabajar, ni estudiar, ni tener prestaciones sociales. Los tártaros más devotos, explica la joven, se han marchado a Lviv, al oeste de Ucrania, porque en Crimea temían ser acusados de fundamentalismo islámico. Las nuevas autoridades son mucho más rígidas y suspicaces que las ucranianas. Los funcionarios del Servicio de Seguridad de Rusia están muy preocupados por la posible resistencia de los tártaros locales y mantienen conversaciones «profilácticas» con los más moderados.

Simferópol, 20 agosto de 2014

Reanudo el contacto con Mijaíl (nombre ficticio), un empresario local con quien discutí acaloradamente sobre el futuro de Crimea la pasada primavera. Desde entonces, Mijaíl ha viajado extensamente por Rusia y cuenta que, estando en Vladivostok, adquirió conciencia de ser un verdadero patriota ruso al descubrir que el solo hecho de ser crimeo le unía con lazos invisibles a aquella ciudad abierta al Pacífico.

Mijaíl se relaciona con gente influyente de la nueva Administración peninsular y también con funcionarios municipales que le adjudican obras a dedo. El empresario se jacta de haber traído mercancías desde España a Crimea, pese a las sanciones internacionales, y apoya el veto ruso a las importaciones de frutas y verduras desde Occidente. «Putin ha sido muy astuto, porque ha actuado de modo que los europeos no tuvieran tiempo de vender las cosechas, que ahora se les pudrirán», dice con malicia. La escasez de agua y las dificultades de transporte por el estrecho de Kerch son, a su juicio, los problemas locales más acuciantes.

Los desplazados del Donbás llegan en masa a Simferópol; Los ricos compran propiedades para afincarse y los más modestos buscan trabajo. Creo advertir que los reciben con sentimiento de superioridad. Después de todo, los zares veraneaban en la aristocrática Crimea y no en el industrial Donbás. Como si fueran los verdaderos protagonistas de una gesta heroica, los peninsulares muestran cierto desdén hacia los hombres que llegan del Donbás por no estar defendiendo su «patria».

Simferópol, 22 de agosto de 2014

En la calle mis interlocutores se expresan con más libertad que en los despachos y a menudo manifiestan ideas opuestas a las que defienden oficialmente en los espacios cerrados.

Nikolái (nombre ficticio) es un intelectual con responsabilidades en la política cultural de la península. Para él es importante dejar constancia por escrito de que «Crimea fue protagonista de su destino y que se incorporó a Rusia por su propia voluntad».

«A la larga, dentro de diez o veinte años, Rusia se desintegrará y Crimea será independiente, y entonces será necesario saber cuál es nuestra historia y tener nuestra propia legitimización respecto a nosotros mismos, una legitimización más válida que la de Rusia. Hay que construir la sociedad civil en Crimea», dice.

Interesante visión de futuro: la legitimación basada en la construcción de una sociedad civil local frente a la legitimación basada en la interpretación rusa de su pasado imperial y de su historia.

«Siempre he sido independentista y nunca creí en el proyecto ucraniano», asegura Nikolái. «La desintegración de Ucrania legitimaría a Crimea, al justificar “lo que pasó” [la anexión rusa] como una operación para salvar la península.»

Me encuentro por casualidad con un viejo amigo ruso. Es residente en una ciudad de los Urales a la que se dispone a volver tras haber veraneado con su familia en una de las residencias costeras de impronta soviética. En sus maletas viajan quince botellas de vino de Massandra.

Este año, el Gobierno ruso ha potenciado el turismo de masa en Crimea mediante subvenciones y rebajas. En la multitud de rusos de provincias que esperan para facturar su equipaje en el aeropuerto de Simferópol todo son chillidos y nervios. El bullicio es agobiante en esta jornada de fin de temporada que los rusos han podido disfrutar a buen precio.

Mi amigo, que conoció Crimea en otra época, ha tenido la impresión de que el tiempo aquí parece congelado y que, si fluyera en alguna dirección, lo haría en dirección al pasado y no hacia el futuro. En el palacio de Livadia ha visitado una exposición de «tufillo clerical» dedicada a la familia de los Románov y organizada, en su opinión, «para demostrar que Ucrania es una formación artificial».

Simferópol, 24 de agosto de 2014

En la biblioteca pública consulto las colecciones de periódicos locales atrasados. En otoño de 2013, la misma gente que ahora se desgañita contra Occidente aceptaba becas de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés) y realizaba visitas de hermanamiento a California.

A la salida de la biblioteca paso por Silpó, el supermercado expropiado a sus propietarios ucranianos que tan desolado me pareció al llegar a Simferópol. El abastecimiento de hoy se asemeja a una liquidación a precio de saldo por fin de temporada. En los estantes, confituras de grosella y de naranja de fabricación inglesa, pistachos y almendras de Estados Unidos, aceites de oliva de Italia, España y Grecia, y hasta turrone de Jijona. Además de valor gastronómico, el surtido tiene también valor histórico y cultural porque la procedencia de las mercancías habla de

las rutas comerciales de hoy y de ayer.

Sebastopol, 25 de agosto de 2014

Óstrov (La Isla) es un elegante y caro restaurante de Sebastopol con magníficas vistas sobre la bahía. Su dueño es un ruso dedicado a la vinicultura que se instaló en la península después de la anexión.

«Sebastopol tiene que ser la capital tecnológica del mar Negro y un lugar de intensa actividad intelectual. Las sanciones pueden dificultar las cosas, pero no son eternas. Si la ciudad se desarrolla de modo dinámico, su fuerza magnética superará los problemas creados por ellas», afirma Serguéi, un asesor de Alekséi Chali, el llamado «alcalde popular» de Sebastopol.

Chali dirige en la actualidad la llamada «Estrategia de desarrollo de Sebastopol hasta 2030», que recoge diversos proyectos para convertir la ciudad en una California del mar Negro con el fin de reforzar la posición de Rusia en el mundo. Según los planes, Sebastopol ha de ser una ciudad moderna, confortable y atractiva para los científicos rusos que prefieran trabajar aquí en vez de en el interior de Rusia. «Se sentirán tan bien que ya no querrán emigrar a Occidente», afirma el asesor.

Nieto de un almirante e ingeniero de formación, Chali fundó la empresa Tavrida Electric, que compete internacionalmente en el sector electrotécnico. Cuando Yanukóvich huyó de Kiev, Chali interrumpió sus vacaciones de esquí en Austria y volvió a Sebastopol. «Fue él quien obligó a Putin a inmiscuirse en Crimea», dice el asesor. Y añade: «Su tragedia es que se ha topado con los burócratas».

Simferópol, 26 de agosto de 2014

La Administración del presidente Putin gestiona las residencias de descanso para los altos cargos del Estado, que fueron construidas en Crimea en tiempos soviéticos. Este imperio inmobiliario responde a una idea de lujo ya trasnochada y necesita de una modernización a fondo. Del legado forma parte la dacha de Forós, donde el líder de la URSS, Mijaíl Gorbachov, y su esposa, Raisa, veranearon por última vez en agosto de 1991, mientras en Moscú se fraguaba un golpe de Estado. «Nadie quiere vivir allí», subraya Iván (nombre ficticio), un politólogo asesor del Consejo de Ministros de Crimea.

Moscú aún no ha decidido qué hacer con su patrimonio inmobiliario en Crimea, pero parece dispuesta a permitir que las autoridades de la península vendan parte de él para atender gastos locales, señala el asesor.

«Putin luchó por conquistar Ucrania para Rusia y, cuando fracasó este plan, se quedó con Crimea», agrega. Y advierte: «Moscú no va a retroceder y sería peligroso confiar en la desintegración de Rusia como forma de solucionar el problema de Crimea, porque este país podría emplear las armas atómicas si se ve acosada y cree que está en peligro su supervivencia».

«Rusia quiere sustituir el sistema de seguridad imperante hasta ahora en el mundo por otro que le permita participar en la toma de decisiones globales. En la nueva configuración, Ucrania

quedaría dividida en dos zonas, una de las cuales sería responsabilidad de Rusia y otra de Occidente», continúa, «pero este modelo no es aceptable para Estados Unidos.» «La federalización hubiera sido una buena forma de organizar Ucrania, pero las autoridades centrales en Kiev temían que, de conceder autonomía a las regiones rusoparlantes, las otras minorías nacionales del Estado reclamaran lo mismo», afirma.

«Ahora solo cabe una confederación que empiece por consolidar el papel de Novorossia. El tiempo juega a favor nuestro. El presidente de Ucrania, Petró Poroshenko, creía que podría acabar pronto con la resistencia del este del país, pero para ello tendría que haber sido un dictador y aceptar que se iban a producir muchas víctimas, y Poroshenko no es un dictador», concede.

«Desde el punto de vista psicológico, Rusia está mejor preparada que Occidente para una etapa de confrontación. Nuestros visitantes rusos nos dan las gracias [a los crimeos] por haber despertado su patriotismo y su conciencia nacional», concluye el asesor.

Las mismas personas que defienden agresivamente el dominio ruso de Crimea pueden transformarse en agradables interlocutores si se renuncia a polemizar con ellas sobre ese asunto y se tratan otros temas más asépticos. Es lo que ocurre con Andréi (nombre ficticio), historiador y activo participante en la vida intelectual de Simferópol, quien insiste en que no hay militares rusos luchando en Donetsk. Niega la evidencia, pero no le contradigo y cambio de tema de conversación. Instalados ya en una longitud de onda compatible, Andréi me guía en un agradable paseo por el centro de Simferópol y me enseña un teatro que el poeta Vladímir Mayakovski honró con su visita.

Andréi se define como un ruso regionalista y asegura llevar la historia de los pueblos de Crimea incorporada a su bagaje cultural. «Los rusos del continente no entienden la diversidad, y no solo en Crimea, sino también en otros territorios como Abjasia y Osetia del Sur, a los que tratan como objetos y no como sujetos», se queja. «Crimea es un punto geoestratégico que se proyecta en muchas direcciones, hacia el Cáucaso, hacia el Mediterráneo, hacia Turquía y hacia los Balcanes.» «No solo hay que condecorar a policías y militares, sino también a los intelectuales locales, que hemos mantenido viva la cultura rusa durante estos largos años», sugiere.

Simferópol, 27 de agosto de 2014

Por la mañana, los trenes del este de Ucrania arriban a la estación central de Simferópol. Vienen cargados de fugitivos de Donetsk, Górlivka y de otras ciudades del Donbás. En un improvisado centro de acogida, los desplazados rellenan impresos y lidian con el papeleo de los servicios de inmigración rusos. Después, son trasladados en autobuses hacia el pueblo de Mazanka, donde se ha organizado un campamento provisional para distribuir a los desplazados.

En los campamentos de Crimea hay 10.000 refugiados y en las casas particulares, otros 20.000, y cada día llegan entre 300 y 350 personas más, informa uno de los responsables de la acogida. A los recién llegados no se les permite quedarse en la península; las autoridades alegan que ya hay demasiada gente y que el funcionariado local no puede atenderles por estar

concentrado en la integración de la península a Rusia. Además, «si se quedaran, los crimeos se sentirían relegados», explica un funcionario. Los crimeos ya son ciudadanos de Rusia, y sus antiguos compatriotas ucranianos son todavía extranjeros.

«Los que quieran ir a Sajalín, a la derecha. Los que quieran ir a Vladivostok a la izquierda», gritan los empleados del servicio de protección civil a los viajeros todavía confusos y forzados ahora a elegir apresuradamente uno de los dos destinos propuestos, ambos a miles de kilómetros de distancia del Donbás.

Los autobuses les esperan para conducirlos al aeropuerto; acaban de rellenar los papeles y todo está listo para partir. Dos Boeing con capacidad para 360 personas les aguardan. Por la mañana, desde Mazanka ya han salido un par de autobuses en dirección a las provincias rusas. Otras 1.400 personas partirán esta tarde en transbordador por el estrecho de Kerch.

Las historias del éxodo tienen mucho en común: bombardeos, hogares en ruinas, carreteras intransitables, rutas peligrosas y minadas, temor a los disparos y a las bombas y, en definitiva, la imposibilidad de vivir una vida normal, de ir al trabajo o llevar a los hijos a la escuela.

Los refugiados se consideran víctimas de una agresión injusta. Están dispuestos a comenzar de nuevo, convencidos de que, con excepción de Rusia, el mundo exterior no los entiende ni se compadece de ellos. Escapan de la guerra sin saber si volverán a su tierra de origen, donde algunos han dejado a sus padres escondidos en los sótanos para protegerse de los bombardeos.

«Nos vamos a Sajalín. Hemos entregado los pasaportes, que nos devolverán en el aeropuerto junto con la tarjeta de emigración, y con ella podremos vivir allí un año como refugiados temporales», dice una mujer embarazada que ha venido junto con sus hijos, de seis y tres años.

Hacia Sajalín se dirige una profesora que impartió clases de inglés en una escuela de Makiivka, destruida por un bombardeo. Hacia Sajalín parte también Stanislav, un economista de 43 años que confía en lograr un empleo en aquella isla del Pacífico. Stanislav es de Sloviansk (Slaviansk en ruso) y trabajaba en una fábrica de plataformas para poner cohetes en órbita. No puede regresar a su ciudad porque ha sido reconquistada por Ucrania y él teme ser represaliado por su vinculación con los secesionistas. Al Pacífico marcha con lo puesto.

Balneario de Yuzhni, Forós, 28 de agosto de 2014

En la costa sur de Crimea, en una magnífica cala protegida por dos grandes peñascos que parecen cortados a tajo, está el balneario donde veranea Alekséi Chali, el personaje de referencia de la Primavera Rusa en Sebastopol. El balneario pertenecía al Comité Central del Partido Comunista de la URSS y está cerca de Forós.

El 23 de febrero Chali fue proclamado «alcalde popular» de Sebastopol y desde allí dirigió la rebelión contra Kiev. Le apoyaba una multitud entusiasta y también las *Bérkut*, las unidades antidisturbios ucranianas, decepcionadas por la forma en que Kiev las había tratado. Chali ejerció como gobernador en funciones hasta el 15 de abril, y después no quiso seguir en el cargo. Está especializado en la física del plasma y su empresa fabrica y exporta sofisticados componentes eléctricos.

Disfrutando de la puesta de sol y de un vino blanco local, Chali reitera los argumentos que

sustentan la anexión. «Hay una guerra global y Ucrania no es un jugador más, sino el terreno donde discurre esta guerra.» «Antes de que la URSS se desintegrara, Estados Unidos trabajaba ya para destruir a Rusia y ha conseguido imponer la idea de que rusos y ucranianos somos distintos y no tenemos la misma raíz histórica», dice. Admite que, pese a las contradicciones, hubo una época en la cual «los científicos de uno y otro lado coincidían en su búsqueda del conocimiento objetivo y creían que unos y otros debían dejar de apuntarse con las armas».

La integración de Crimea a Rusia «no está relacionada con los acontecimientos de febrero pasado y no es el resultado del conflicto del Maidán, sino la coronación exitosa de un anhelo sostenido durante varias décadas», explica Chali.

En su opinión, Crimea fue «regalada» a Ucrania en la cumbre de los dirigentes eslavos, reunidos en diciembre de 1991 en los bosques de Bielorrusia. Ni el presidente ucraniano, Leonid Kravchuk, ni el ruso, Borís Yeltsin, tuvieron en cuenta que la península pertenecía a Rusia en 1922, cuando se constituyó el Estado que los tres dirigentes suprimieron de un plumazo.

Desde 1991, revela, hubo varias oportunidades de devolver Crimea a Rusia. Como mínimo, las ocasiones fueron tres. En 1993, el Parlamento municipal de Sebastopol y el Parlamento ruso aunaron fuerzas para demostrar que esta ciudad (que en la URSS gozaba de un estatus especial) tenía derecho a depender administrativamente de Moscú. Los violentos enfrenamientos entre el Ejecutivo y el Legislativo rusos en octubre de aquel año abortaron aquel intento de recuperar Sebastopol para Rusia, explica el empresario y político.

En noviembre de 2004, la Revolución Naranja brindó a Crimea una nueva oportunidad para escindirse de Ucrania. «Pensábamos que podíamos aprovechar la debilidad de Kiev para escapar», explica. «Pero la resolución legítima y pacífica del conflicto sobre el fraude en los comicios presidenciales nos privó de argumentos».

El tercer intento ha tenido éxito. «Hemos aprovechado la ocasión que nos ha dado el traspaso ilegal del poder en Kiev», señala.

«Las variantes federalistas, que eran posibles hace varios meses, han perdido su validez. Ahora, esto es Yugoslavia», opina Chali, partidario de celebrar en Ucrania referéndums regionales sobre un modelo confederativo en el que convivieran dos lenguas. Las regiones que no quisieran unirse a esta confederación podrían divorciarse al estilo de la República Checa y Eslovaquia.

Monasterio de San Esteban de Surozh de Kiziltash, 1 de septiembre de 2014

En lo alto de una montaña cercana a la ciudad de Krasnokámenka (en el pasado Kiziltash) se alza el monasterio ortodoxo de San Estebán de Surozh, que fue clausurado en 1923 por el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), la organización policial y de seguridad precursora del Comité para la Seguridad del Estado (KGB) y el Servicio Federal de Seguridad (FSB). A partir de entonces, aquel centro de recogimiento y meditación fundado a mediados del siglo XIX se transformó sucesivamente en un correccional para menores, una base agrícola y una residencia militar de reposo. El monasterio se reabrió como tal en los años noventa y la nueva construcción reemplazó aquí al edificio original del siglo XIX.

En 1953, Lavrenti Beria, el responsable de los órganos de seguridad de la URSS y también del programa nuclear soviético, ordenó volar el monasterio. En el interior de la montaña sobre la cual se había alzado el recinto monacal se perforaron túneles y galerías secretas para albergar los arsenales nucleares soviéticos de Crimea, al servicio de la aviación y la Flota del Mar Negro.

Krasnokámenka se transformó en una ciudad cerrada, de esas que no aparecían en los mapas y que los iniciados conocían como «Feodosia-13» o «apartado postal 105». En 1994, Rusia, la heredera de los arsenales nucleares soviéticos, retiró las cabezas atómicas de «Feodosia 13», pero las galerías subterráneas siguieron albergando los arsenales de la marina ucraniana. Tras la anexión, las autoridades ucranianas temen que Moscú pueda almacenar de nuevo cabezas nucleares en Krasnokámenka.

El camino hacia lo que es hoy el monasterio (lo que quedó del antiguo y lo que fue construido después) comienza por un corredor bordeado de alambre de espino que atraviesa la base militar. Estos días el acceso a ese corredor está cerrado por decisión del FSB, alarmado porque un grupo de peregrinos se había colado por una verja abierta, explica mi guía en esta excursión.

Dadas las circunstancias, la única manera alternativa de llegar al monasterio, a cuatrocientos metros de altura, es el ascenso por agrestes y empinados senderos en las boscosas laderas de la montaña. Debajo de las rocas están esos túneles secretos y ahora misteriosos. A mitad de camino hacia la cima se abre una panorámica extraordinaria sobre el patio lleno de vehículos de la base militar. Un blanco perfecto. Ahora entiendo por qué los servicios de seguridad rusos no quieren que el presidente se aloje al pie de las montañas.

La simbiosis extraña entre el elemento religioso, en lo alto de la montaña, y el elemento militar, en su interior, va más allá del territorio porque Nikon, el abad, fue en el pasado oficial y capellán militar en la agrupación «Feodosia-13», allí donde habían estado antes las bombas nucleares.

«Muchos crimeos, incluidos los creyentes, no sabían siquiera de la existencia de esta localidad, no sabían qué reliquias les son inaccesibles», escribió el abad Nikon en un librito en venta en el kiosco del monasterio.

Agotados, hacemos un alto en el ascenso. Ahora que el camino a través de la base está cerrado, el abad y sus novicios se ven obligados a enfilarse por este escarpado sendero para aprovisionarse. «Imagínese, el pobre abad subiendo y bajando por estas trochas con la bombona de butano o los sacos de patatas sobre la espalda. Es algo muy duro», señala mi acompañante, el teniente coronel K, alias *Watson*.

Llegamos a la cumbre sin aliento. El abad se ha ido de compras a la ciudad de Sudak y dos novicios cuidan del monasterio. Junto a sus celdas hay una pila de carbón. «No es suficiente. Habrá que traer más», exclama Andréi, uno de los dos novicios. Por las noches, él vigila, no vaya a ser que «algún tártaro de los que residen no muy lejos de aquí viniera y quemara el monasterio».

Los novicios cocinan el almuerzo siguiendo las instrucciones del abad. No comen carne, aunque prueban el pescado a veces, en las fiestas. En el pasado, Andréi fue marinero mercante y tripulante de un ballenero. Hoy lamenta haber arponeado las ballenas. No sabe cuánto tiempo

resistirá la soledad de estos parajes donde no tiene teléfono ni puede relacionarse con el mundo.

El abad Nikon, en la vida civil Nikolái Demianiuk, pereció en noviembre de 2015 cuando la avioneta CESNA en la que viajaba se estrelló contra una montaña en Crimea. Era muy aficionado a los aviones e incluso dirigía un grupo infantil de aeromodelismo. Tenía 42 años.

Simferópol, 2 de septiembre 2014

Se está produciendo un cisma entre los dirigentes tártaros obligados a exiliarse por las autoridades rusas y los tártaros que han permanecido en Crimea. Una periodista de esta comunidad habla del drama de los que han optado por quedarse y por la resistencia pacífica, ante la incompreensión y los reproches que les hacen los que se han marchado.

Simferópol, 3 de septiembre de 2014

Las variopintas milicias que ayudaron en la anexión trabajan ahora como guardianes del orden en Simferópol. Aquellos cosacos y exaltados que en febrero y marzo bloqueaban las entradas en los cuarteles y acosaban a los militares ucranianos están irritados porque la Administración local, donde esperaban encontrar un empleo estable, no les paga lo que les prometió. Las milicias resultan una molesta presencia en Simferópol.

Serguéi Aksiónov, el primer ministro de Crimea, afirma que él no puede pagar *druzhiniki* (servicios del orden formados por civiles voluntarios que existían en la URSS), pero asegura que «pagarán» a las milicias cuando se llegue a un acuerdo con el Gobierno central. El dirigente niega haber propuesto recientemente a los milicianos que se fuesen como voluntarios a ayudar a los independentistas del Donbás, como afirman dos fuentes no vinculadas entre sí. «Ni se lo aconsejé ni se lo impedí. Esa es una elección de cada uno», me dice Aksiónov.

Los residentes de Simferópol se quejan de que los milicianos actúan arbitrariamente, impiden el paso en los edificios estatales, registran e interrogan a los ciudadanos e intimidan a los empresarios, a los cuales han tratado incluso de imponer un impuesto revolucionario. Estos individuos caprichosos dependen del vice primer ministro local, Mijaíl Sheremet. Aksiónov desmiente que los milicianos se extralimiten en sus funciones. «Son mil personas en activo y solo siete han ido a parar a la cárcel», afirma.

«Si no existiera el conflicto del Donbás, ya los hubieran echado, pero les tienen miedo y no saben cómo librarse de ellos», comenta un interlocutor informado.

LA OTRA CONFERENCIA DE YALTA

Un poco de historia. Para legitimar su política en Ucrania, el Kremlin intentó transformar un concepto geográfico y una división administrativa del pasado en una ficticia identidad nacional y cultural del presente. Fue así como, en virtud de una construcción ideológica, los tecnólogos políticos de la Administración presidencial desempolvaban el término Novorossia (Nueva Rusia), que en los siglos XVIII y XIX era el nombre

que se dio a las tierras conquistadas por el Imperio zarista en lo que hoy es el sur y sudeste de Ucrania. Hasta la llegada de los rusos, aquellas vastas estepas estaban habitadas por cosacos ucranianos, tártaros y diversos pueblos nómadas.

Con configuraciones territoriales de lindes en parte movedizas, la *gubernia* («provincia», en la época zarista) de Novorossia existió dos veces, la primera de 1764 a 1783 y la segunda de 1796 a 1802. En una reorganización administrativa posterior, aquel territorio (también con ciertos cambios en sus límites administrativos) se convirtió en la Gobernación General de Nueva Rusia y Besarabia, con capital en Odesa (1822-1874).

En el siglo xx, durante la guerra civil que siguió a la Revolución bolchevique, el término Novorossia apareció (desde agosto de 1919 hasta marzo de 1920) para denominar una división administrativa de fronteras fluctuantes que se llamó «provincia de Nueva Rusia de las Fuerzas Armadas del sur de Rusia». El término cayó después en desuso y sobre aquel espacio se trazaron fronteras estatales (entre Ucrania y Moldavia) y delimitaciones provinciales.

Los separatistas del Donbás (las provincias de Donetsk y Lugansk) reaccionaron positivamente ante la entrada de Novorossia, configurada ya como instrumento ideológico, en la escena política cuando Putin rescató el término en abril de 2014. El resultado fue un efímero proyecto de confederación entre los dos territorios secesionistas que no prendió en otros potenciales miembros de la quimera. En mayo de 2015 el Kremlin congeló el plan «Novorossia» por tiempo indefinido, aunque de hecho no renunció nunca a sus intenciones de descuartizar Ucrania con pretextos que nada tenían que ver con la realidad. «Congelar» no quería decir «rechazar», y «Novorossia» siguió los pasos de otras ideas que los alquimistas de la Administración presidencial del Kremlin lanzaban para sondear la reacción de la sociedad. Si las ideas no arraigaban, el Kremlin las guardaba (o congelaba) en espera de mejor ocasión.

Yalta, 29 de agosto de 2014

Comienza hoy la «Conferencia internacional Rusia, Nueva Rusia (Novorossia), Ucrania: problemas y desafíos globales». Tras este enunciado de apariencia académica hay una bomba de relojería. Una entidad del entramado propagandístico del Kremlin (el Centro de Coordinación de la Nueva Rusia) intenta poner los cimientos de una Unión de Repúblicas Populares que reúna las provincias del sur y el este de Ucrania en una unidad administrativa y política marioneta de Rusia.

Lo que se impulsa hoy en Yalta es el desmembramiento de Ucrania como parte de un proyecto político con supuestas raíces en la historia de la Rusia imperial. Las denominadas repúblicas populares de Donetsk y Lugansk (RPD y RPL) son las primeras piezas de este plan para afianzar los intereses rusos en un territorio que en el pasado formó parte de Novorossia.

La conferencia se celebra en el hotel Inturist, que es todo un símbolo del turismo de masas soviético, y a ella asiste el comandante insurgente Alekséi Mozgovói, jefe del batallón *Prizrak* (fantasma) de la RPL. Ha llegado directamente del frente. Va en traje de camuflaje, no se quita la gorra militar y parece estar incómodo en este ambiente tan asociado con las vacaciones. Se excusa por estar junto al mar en Yalta mientras sus hombres combaten en el Donbás. «Siento vergüenza», dice.

Sin rodeos, Mozgovói se declara contrario a la creación de la Unión de Repúblicas, que es precisamente el objetivo de esta reunión. «Mi actitud es negativa porque solo el propio pueblo

puede iniciar una cosa así, pero no alguien de fuera», dice. El proyecto de la Unión de Repúblicas, subraya, solo es posible si es gestionado por gentes con experiencia directa de la guerra, pero no desde los despachos de Moscú.

«Lo más fácil es dirigir un proceso cuando no te afecta a ti personalmente, cuando no sufres los tiroteos ni los bombardeos», continúa el comandante. En su juventud, Mozgovói hizo la mili en un conjunto de canto y danza del Ministerio del Interior y fue solista de un coro cosaco. Antes de la guerra, también fue poeta.

A los que ya se están ocupando del proyecto Novorossia en otras regiones de Ucrania, como Mikoláiv, Dnipropetrovsk y Járkov, donde hay «muchos deseos de dirigir y mandar», Mozgovói les propone «comenzar a trabajar con nosotros en nuestro territorio y no en los alrededores de Moscú, donde todo es tranquilo y agradable».

«Pido a todos los ociosos que vuelvan a su casa», exclama el líder insurgente en una clara referencia a esta conferencia de verano en Yalta. Él desprecia a los burócratas y, en su opinión, solo los que han combatido por la RPL están autorizados para determinar el futuro de ese territorio.

«Nadie que no haya derramado su sangre tiene derecho a aspirar a la más mínima parte de poder en la nueva república», sentencia. A los que se mantengan fuera del Donbás y al margen de la guerra «no les permitiremos volver».

Al seminario han sido invitados extranjeros vinculados a movimientos separatistas, gentes que suelen aceptar gustosos la hospitalidad interesada del Kremlin. También algunos periodistas rusos han llegado a Yalta para escuchar a Alekséi Borodái, el propagandista moscovita que fue el «primer ministro» de la RPD, y al exministro de Defensa de aquella entidad, Ígor Guirkin alias *Strelkov*, que se ha convertido en una verdadera estrella en Rusia por haber liderado la resistencia armada en Donetsk y haber participado antes en la anexión de Crimea. Pero ni Guirkin ni Borodái ni los complacientes invitados occidentales han acudido a la cita de Yalta.

En la tribuna, rodeando a Mozgovói, se sientan Serguéi Glázev, economista y consejero del presidente Vladimir Putin, y el propagandista Maksim Shevchenko, que es miembro del Comité de Defensa de los Derechos Humanos adscrito a la Presidencia de Rusia. Ambos insisten en que Estados Unidos es el principal culpable de los problemas de Ucrania, país que ha dejado ya de existir. «Todo el Estado ucraniano es nazi» y el nazismo ha sido «inducido desde Washington». «Ucrania siempre fue, es y será parte inseparable del mundo ruso», exclama Glázev, que exhibe un impresionante bronceado adquirido en las costas de Crimea.

Los ponentes rusos parecen fanáticos en posición de lapidar a una esposa adúltera, solo que aquí la lapidada es Ucrania y su pecado es haber preferido la relación con la Unión Europea a las propuestas de Moscú para integrarse en la Unión Aduanera y la Unión Económica Euroasiática.

Mozgovói tiene su propia manera de ver la quimérica Novorossia. Quiere echar a los oligarcas del territorio de la RPL e iniciar un diálogo con los ucranianos del otro lado del frente. Son «trabajadores como nosotros, gente que salió a la calle como nosotros en el Maidán, aunque ahora representen y estén a sueldo de los intereses de los oligarcas, a los que antes habían combatido», afirma el comandante, refiriéndose a los compatriotas leales a Kiev. «El pueblo de Ucrania seguirá siendo uno solo; la única diferencia entre ellos y nosotros es que nosotros no

hemos caído bajo la máquina propagandística de Occidente», continúa. «Mientras nuestros compatriotas no entiendan que somos lo mismo, nos mataremos los unos a los otros, nos veremos obligados a hacerlo. Esta es la realidad hoy», sentencia.

En esta «conferencia» ideada como un proyecto utilitario al servicio de las ambiciones rusas, el comandante acaba de introducir un elemento peligroso, pues la búsqueda de una reconciliación fraternal entre ucranianos no encaja en los planes del Kremlin, orientados precisamente hacia la división de Ucrania.

La visión de futuro del comandante discrepa de la visión del Kremlin por ser un proyecto «antioligárquico» forjado por gente recia sobre el terreno y por aspirar a la reconciliación entre ucranianos.

Y hay algo más. A Mozgovói no le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Le preguntan qué piensa de la exhortación de Putin a los «milicianos de Novorossia» para que abran un corredor humanitario y dejen salir a los soldados ucranianos que han sido cercados por los separatistas. Muchos soldados ucranianos luchan «no por su voluntad», sino forzados a ello, dice. «Si se trata de “dejar salir del cerco a los *ukra*” acorralados, eso es cosa nuestra. Como consejo se puede aceptar y agradecer, pero es cosa nuestra», responde tajante.

Mozgovói fue asesinado en mayo de 2015, cuando viajaba en coche por la RPL. Lo ametrallaron después de que su vehículo saltara por los aires al chocar con una mina. Del atentado se responsabilizó un supuesto grupo de partisanos ucranianos, pero otros compañeros del comandante en Lugansk dudaban de esa versión. Por lo menos once líderes secesionistas fallecieron en circunstancias violentas entre 2015 y 2018, siendo 2015 el año más sangriento (cuatro de los once asesinatos) y Lugansk el lugar más peligroso. Perecían acribillados o reventados por bombas o minas, ametrallados, como Mozgovói. Uno de ellos, Guenadi Tsipkátlov, presidente del Consejo de Ministros de la RPL desde abril de 2014 hasta diciembre de 2015, fue encontrado ahorcado en 2016 en la celda donde había sido recluido por sus correligionarios, que lo acusaban de «golpe de Estado». Oficialmente fue un «suicidio», pero los informes médicos indicaban que había sido asfixiado. Por lo general, los asesinatos se atribuían a los servicios secretos ucranianos, pero el ámbito de los sospechosos era mucho más amplio e incluía desde los rivales en la política y la economía locales a los servicios de seguridad rusos.

Mientras Glázev se pierde en digresiones sobre la futura desintegración de Estados Unidos, van llegando informaciones según las cuales miles de soldados regulares rusos combaten de forma ilegal en Ucrania, adonde fueron enviados con el pretexto de participar en maniobras. Entre quienes así lo afirman está Valentina Mélnikova, representante de la Asociación de Madres de Soldados de Moscú.

Además, a partir de datos recogidos en diferentes unidades militares rusas, la Asociación de Madres de Stávropol, en el sur de Rusia, ha confeccionado una lista de cuatrocientos nombres, entre muertos y heridos. En Moscú, dos miembros del Consejo de Derechos Humanos adscrito a la Presidencia de Rusia denuncian la muerte de cien soldados rusos en Ucrania. Como miembro de este consejo, Schevchenko se apresura a subrayar que se trata de la opinión de dos personas entre más de una cincuentena de integrantes de esta institución.

En la provincia de Pskov, el diputado provincial Lev Schlösberg informa de que paracaidistas de la división aerotransportada acuartelada en aquella localidad han sido enviados a Ucrania. En

un cementerio local, cuenta, se han encontrado tumbas recién excavadas, sobre las cuales hay lápidas sin nombre y sin datos que permitan identificar a estos muertos.

«Ya tenemos suficientes evidencias de que militares rusos, militares en activo con unidades enteras, están en territorio ucraniano y participan en hostilidades allí bajo la apariencia de presuntas fuerzas armadas de las repúblicas ilegales de Donetsk y Lugansk», declara Schlösberg a la cadena de televisión Deutsche Welle.

Por si no bastara, Kiev ha apresado a varios soldados rusos en su territorio. Putin quita importancia al suceso. El 26 de agosto, en Minsk, tras entrevistarse con su colega ucraniano Petró Poroshenko, el presidente ruso afirma que patrullas fronterizas rusas se habían adentrado de forma no intencionada en el país vecino. En otras ocasiones, explica, había sido al revés y los ucranianos habían entrado en territorio ruso. «*Ijtamnet*» (no-están-allí) es la expresión irónica con la que los rusos se refieren a la negativa de Putin a reconocer la evidente presencia de sus tropas en el Donbás.

Aquel mismo 29 de agosto, mientras en Yalta se debatía sobre la futura Novorossia, culminaba en Ilovaisk uno de los episodios más sangrientos de la guerra, cuando los insurgentes, ayudados por tropas rusas, abrieron fuego contra las tropas ucranianas que trataban de huir por un corredor humanitario del cerco en el que estaban acorraladas. En aquella carnicería se produjeron centenares de muertos.

Después de las soflamas contra Washington llega el turno de preguntas. Levanto la mano y me dirijo a Mozgovói: «Como persona que cada día se enfrenta a la muerte [...], ¿cree usted que Rusia debe reconocer que envía a estos chicos para ayudarlos a ustedes?».

«No hay unidades regulares rusas que luchen en Novorossia y nunca las hubo [...]. Nunca las hubo», exclama el comandante. El público le aplaude.

Matizo: «Como periodista es mi deber preguntar si en el Donbás hay soldados organizados que luchan en cumplimiento de órdenes secretas de sus jefes».

«Eso es absurdo. En Rusia no existen esas órdenes. Si esa orden existe, enséñemela. Si no me la puede enseñar, usted miente», interviene Schevchenko. La sala lo ovaciona. La ira del público ha encontrado en mí un blanco más fácil que el embajador norteamericano en Kiev.

Shevchenko grita: «¡Calumnia, calumnia!», «¡Pruebas, pruebas!».

Comienzo a enumerar las evidencias de la participación rusa organizada, pero no me dejan. «Eso no son pruebas», espeta Shevchenko refiriéndose al testimonio de los dos miembros del Consejo de Derechos Humanos.

Los periodistas rusos sentados en la sala guardan silencio. Nadie me secunda, ni D. M., la perpetua líder juvenil comunista, a la que conozco desde hace muchos años, ni la colega de un diario liberal de Moscú que ha venido pensando encontrar aquí a Strelkov.

Trato de elevar mi voz por encima del griterío. Intento aprovechar la brecha que creo haber detectado entre las personas de la tribuna. «El único ser real aquí es usted porque se juega la vida», digo dirigiéndome al comandante. Mozgovói parece sorprendido y hasta creo notar en él un gesto de reconocimiento e incluso una cierta complicidad en una venganza común contra aquellos burócratas moscovitas. Tal vez solo lo imagino.

La discusión continúa camino del almuerzo. Schevchenko sigue negando la presencia de tropas rusas en Ucrania y ensalza a las Brigadas Internacionales que lucharon del lado de la República en la guerra civil española. «Y eran voluntarios», subraya con una comparación traída por los pelos.

En el bufet, los participantes en la conferencia se llenan los platos de comida como si cargaran camiones de grava. Ni siquiera allí cesa la discusión. Un asesor económico que, como otros paisanos del interior de Rusia, acaba de mudarse a la anexionada Crimea desde los Urales sostiene que su país no ha hecho más que seguir los pasos de Estados Unidos, que ya había transgredido el orden internacional en Kósovo, en Irak y en Siria y dejó esos territorios «mucho peor de lo que estaban».

Mi interlocutor la emprende después con la desintegración de la URSS, que según él «no tiene valor legal porque la perpetraron tres borrachos sin preguntar a nadie».

El mundo postsoviético duró más de dos décadas, pero se había edificado en un terreno movedizo. El comportamiento de estos revisionistas es semejante al de unos jóvenes que pasan junto al escaparate de un anticuario y ven expuestas allí las joyas de su abuela, que su padre había empeñado veintitrés años antes por unas deudas de juego. Al verlas, los jóvenes no entran a comprar las joyas, no tratan de negociar con el anticuario, sino que destrozan la vitrina y las roban porque creen que son suyas y que nadie más tiene derecho a poseerlas.

Llegan después las generalizaciones sobre los periodistas occidentales, los que siempre, dicen, muestran empatía por un bando e ignoran al otro. «¿Así que están ustedes seguros de que ningún diario de Occidente, ninguno, ha informado de sus sufrimientos?», les pregunto. Sí, están completamente seguros.

Y siguen las sospechas de que detrás de cada periodista occidental hay en realidad un espía. «¿Por qué se interesa tanto por los rusos que perecieron en Donetsk? ¿Por qué no se interesa también por los miembros de las *Bérkut*, que perecieron en defensa del Estado ucraniano?», pregunta una mujer que afirma representar a las madres de Ucrania.

En esta conferencia de Yalta hay un variopinto elenco de secesionistas e insurgentes con algunos de los cuales he mantenido contactos en Moscú este verano. Con contadas excepciones, mis interlocutores no eran parte de la élite que iba directamente al despacho de Vladislav Surkov, el máximo tutor del Kremlin en la aventura rusa en el Donbás. Las gentes con las que he tomado café en las terrazas moscovitas son en general más modestas y van en busca de contactos en las instituciones susceptibles de ayudarlos. Proceden de diversos puntos de la tierra prometida de Novorossia. A veces, se presentan con tarjetas pomposas que los acreditan como ministros o como jefes de gobiernos de repúblicas populares inexistentes. A Moscú van por causas variadas, como la «liberación» de los «rusinos», una pequeña comunidad eslava repartida por los Cárpatos que algunos ven como una causa útil para extender las reclamaciones rusas a los territorios occidentales de Ucrania.

En la conferencia de Yalta está el «jefe del gobierno de Podkarpatskaia Rus» (la Rus Subcarpática), quien, en vista de que Ucrania no reconocía como «etnia» a su comunidad, se dirigió a Putin para pedirle que enviara tropas. Putin, aparentemente, no respondió, pero quién sabe qué pasará en el futuro en la Rus Subcarpática.

Después del alboroto causado por mi pregunta, no sé si volveré a reunirme con aquellos emisarios que llegaban a la capital del imperio para reunirse con sus tutores rusos, en busca de apoyo político, ayuda económica y también armas. Por lo que cuentan, entiendo que el FSB les pone «filtros». Las puertas de los servicios se abren despacio ante los mensajeros que en las fases iniciales de su actividad son recibidos por agentes jubilados con experiencia de combate en Oriente Próximo u otros puntos calientes del globo.

Todos hemos almorzado y la tormenta amainó por fin. Algunas de las personas que estaban en la sala se acercan a mí y en voz baja me expresan una solidaridad que no se han atrevido a mostrar en público. Me aborda un hombre mayor que se presenta como Vladímir Permyakov, militar jubilado y presidente del club de debate Russkie (Los Rusos) de Sebastopol. En el pasado, me explica, participó en misiones de pacificación en África, Abjasia y Kósovo.

«La invito a intervenir en mi club, porque necesito gente activa y capaz de defender su punto de vista como usted lo ha hecho hoy», me dice. Permyakov me acaba de regalar la única emoción positiva del día. Le doy las gracias, pero no voy a poder visitar el club de debate de Sebastopol porque estoy a punto de marcharme de Crimea. Salgo a la calle y voy en busca de una farmacia a comprar algo para el dolor de cabeza.

En los noticiarios televisivos rusos que recogieron aquella conferencia de Yalta, pocos mencionaron el revuelo que se formó por una pregunta inoportuna, pero uno de aquellos canales, afín a los insurgentes del Donbás, mostró unas imágenes mudas del evento acompañadas por un comentario sobre la alborotadora «representante de un periodicucho». Así eran las reglas del juego.

ENTRE DOS MUNDOS

Kiev-Jersón-Simferópol, 9 de marzo de 2015

Entre Kiev y Jersón circula un tren antiguo y recalentado donde no se pueden abrir las ventanillas. Al llegar a Jersón, los viajeros se atropellan para acomodarse en los atiborrados vehículos de transporte público que se dirigen a la estación de autobuses.

Viajo en un taxi colectivo y la pasajera que se sienta a mi lado, al enterarse de que voy en dirección a Crimea, cambia de idioma (del ruso al ucraniano) y comienza despotricar contra los «invasores rusos». Su acompañante, más tranquilo, me desea «feliz viaje y, sobre todo, feliz regreso».

En el trayecto de una estación a otra, Jersón me ha parecido pobre y descuidada: las calles están llenas de baches, los edificios tienen aspecto deslucido y en los comercios cuelgan carteles de «Se traspasa».

El ferrocarril que unía Crimea a la zona continental de Ucrania dejó de funcionar en diciembre del año pasado. Junto con los cortes en el suministro de agua y de electricidad, el cese de la comunicación ferroviaria forma parte de las presiones ejercidas por Ucrania sobre Crimea.

Jersón es ahora la última estación del trayecto ferroviario y desde aquí sale un autobús en dirección a Nova Kajovka, donde hay que cambiar a otro autobús que me llevará a Chaplinka. Mientras espero al primero, entablo conversación con una mujer que va camino de Sebastopol, la

ciudad donde nació y donde reside. Vuelve a Crimea, donde trabaja como maestra, tras visitar a su hija residente en Kiev. «Cada vez viajo menos», dice, «porque esta no es manera de viajar y se me quitan las ganas». A finales de febrero, comenta, viajó a Grecia en un vuelo organizado que despegó desde el aeropuerto de Simferópol, pese a las sanciones internacionales. El avión no hizo escala en ninguna parte, pero para burlar los controles de tráfico aéreo se desvió para sobrevolar primero el territorio reconocido de Rusia. La mujer no quiere hablar de política. «Nací en Sebastopol y esa es mi tierra, pase lo que pase, y quiero quedarme allí.»

En el autobús hacia Nova Kajovka, un aparato de televisión con el sonido a tope pasa una película de dramas familiares. Atravesamos un paisaje de estepa, pero lleno de basura y de plásticos. Desde Nova Kajovka, en otro autobús, nos dirigimos a Chaplinka, y ahí surge el problema. Ese puesto de control que abre las puertas de Crimea no admite a extranjeros, así que debo dirigirme al paso de Zhankói, donde sí los admite.

Antes de la anexión rusa, los taxistas locales tenían clientes que iban a las playas de Crimea o al aeropuerto de Simferópol. Ahora, sus trayectos más largos llegan a los puestos de control en el istmo de Perekop, me dice Sasha, un taxista, que tampoco quiere hablar de política.

Comenta un periódico ucraniano que Crimea está entre dos mundos: ha dejado de ser Ucrania, pero todavía no es Rusia. La interrupción de las comunicaciones ferroviarias, sea de quien sea la responsabilidad, ha roto vínculos emocionales y la península se ha alejado de Europa por lo complicado que resulta llegar hasta ella por estos retorcidos itinerarios.

Cruzamos el canal de Crimea del Norte. Debajo de un puente, un dique de sacos terreros, amontonados por los ucranianos tras la anexión, impide al agua del Dniéper fluir en dirección a la península, lo que ha causado enormes daños a la agricultura local.

Frente al paso de Zhankói cuento más de seiscientos camiones y me canso de contarlos antes de llegar a la mitad de la fila. Llevan semanas esperando y algunos de los conductores sacan la fruta o las hortalizas del furgón para que se aireen.

En el puesto de control ucraniano un guarda fronterizo inspecciona los pasaportes. Después, hay que esperar hasta que se forma «un grupo» de un mínimo de cinco personas que, guiadas por una oficial, cruzamos la tierra de nadie por un estrecho sendero hasta la zona controlada por los guardafronteras rusos. Desde que salí de Kiev hasta que he entrado en la habitación del hotel en Simferópol han pasado veintitrés horas.

Sebastopol, 11 de marzo de 2015

Los políticos locales se baten en luchas bizantinas para hacerse oír en los centros de decisión en Moscú. Alekséi Chali, el protagonista de la Primavera Rusa, no tiene suficientes apoyos en el Kremlin y los proyectos de desarrollo de la ciudad van muy atrasados. La industria militar trabaja para sustituir las importaciones con la ayuda de países que no se han sumado al embargo, dice mi interlocutor, el asesor de Chali con el que hablé en verano.

Los militares que se pasaron a Rusia son tratados como personal de segunda. Los destinan a otras regiones, donde ocupan puestos sin posibilidades de ascenso y descubren la amplitud de las tierras rusas. Las instituciones renuevan sus plantillas, despiden al personal ucraniano con

cualquier excusa y contratan a los que llegan del interior de Rusia, entre los cuales hay «buenos especialistas de la industria militar que producen piezas únicas por encargo». Con esta renovación poblacional, si algún día se celebra un referéndum, en Crimea no habrá quien pueda votar a favor de Ucrania.

En las excavaciones de Jersonés se superponen los restos de las muchas civilizaciones que pasaron por este lugar cercano a Sebastopol, que se fundó como una *polis* griega varios siglos antes de Cristo. Para la narrativa rusa es especialmente importante la conquista de estos lugares por el príncipe Vladímir de Kiev a fines del siglo X. A juzgar por los letreros informativos, en estas ruinas han excavado e investigado numerosas instituciones financiadas desde Occidente. Fotografío sus nombres por si los borran en el futuro.

«Menos mal que Rusia tomó Crimea, paró la ampliación de la OTAN y ahora los tiene a todos al alcance de nuestros misiles», comentan unos turistas rusos. Efectivamente, Rusia domina la costa del mar Negro y puede disparar a centenares de kilómetros a la redonda.

Simferópol, 13 de marzo de 2015

Desde enero, la Universidad Tavrida, al igual que otras instituciones de enseñanza superior de la península, se han fusionado en una única universidad con un total de cerca de 3.500 enseñantes y 30.000 estudiantes, cuenta el profesor Vladímir Kazarin, que mantiene una tirante relación con los nuevos responsables educativos. La Facultad de Filología Ucraniana ha sido suprimida y reorganizada como parte de la Facultad de Filología Eslava y Periodismo. «Todas nuestras publicaciones resultan sospechosas. Antes estábamos en un país libre y ahora hay muchas cosas que no podemos hacer. Tengo miedo a que mi permanencia aquí sirva para chantajear a mi hijo, que está en Kiev», afirma el profesor.

La universidad ha sido subordinada a un ente administrativo en el que se ha multiplicado el número de funcionarios. Una parte del alumnado se ha marchado a otros centros en Ucrania, en Rusia y en países occidentales.

«Los rusos solo quieren las bases militares y han dejado el resto de la gestión en manos de los bandidos locales que quieren controlar todo», dice el profesor. Los nuevos amos continúan borrando las huellas de Ucrania. «Este año, el 7 de marzo, el día en que se conmemora el nacimiento de nuestro gran poeta Tarás Shevchenko, se celebró en un lugar marginal y hubo dos detenidos.» Cuenta Kazarin que a un maestro lo han echado de su escuela por llevar una insignia con la bandera ucraniana en la solapa.

En el centro de Simferópol está la catedral de Aleksandr Nevski, que es la reconstrucción de otra, demolida en la época soviética. Las obras fueron patrocinadas por el presidente ucraniano Leonid Kuchma y por Serguéi Kunitsin, que fue presidente del Consejo de Ministros de Crimea y a quien Putin condecoró con la Orden de la Amistad en diciembre de 2013.

En el exterior del templo, el letrero donde figuraban los nombres de Kunitsin y de Kuchma ha sido sustituido por otros tres letreros idénticos con el nombre de un único y nuevo patrocinador: Vladímir Putin. Frente a la cuarta fachada hay un tanque con una bandera roja. Los dirigentes de Crimea han confeccionado una lista de trescientas personas que no son bienvenidas

en este territorio. Serguéi Kunitsin es una de ellas.

«Estamos en la fase en la que la población piensa que Putin es bueno y los dirigentes locales malos. La gente protesta en las redes sociales, pero está dispuesta a aguantar», dice Kazarin.

Simferópol, 14 de marzo de 2015

Nikolái, el intelectual con responsabilidades en la política cultural de Crimea, continúa sus reflexiones del pasado verano. «Hay que estar preparados para la desintegración de Rusia en el plazo de veinte años, porque Rusia carece de estabilidad. No veo cómo Rusia puede mantenerse como imperio. Tanto Rusia como Ucrania se desintegrarán y estas sacudidas son parte de la desintegración general del mundo postsoviético. La cuestión es quién lo hará primero.»

Nikolái está satisfecho de su suerte, pues en Rusia se siente más valorado que en Ucrania. «El Estado ucraniano no se interesaba por mí; el Estado ruso es más exigente y más duro, pero tengo más oportunidades, funciones institucionales, representativas e ideológicas, y un estatus superior», afirma. El intelectual cree que Crimea debería crear un modelo para exportarlo a Rusia, fomentar la empresa pequeña y mediana, crear una concepción de desarrollo atractiva, atraer a jóvenes y brillantes profesionales y ser un espacio de libertad. Pero Rusia está a la defensiva.

Simferópol, 16 de marzo de 2015

Por televisión pasaron una película sobre el primer aniversario de la anexión. Se llama *Crimea. La vuelta a casa* y en su narrativa propagandística se mezclan elementos documentales, episodios teatralizados y las reflexiones de Putin. El presidente reconoce con orgullo que en la anexión participaron unidades especiales del GRU, fuerzas de la Infantería de Marina y paracaidistas. Reitera que los nacionalistas ucranianos amenazaban a Crimea tras el «golpe de Estado» en Kiev y asegura que estuvo preparado para poner en disposición de combate el armamento nuclear.

Putin se jacta de su papel en la anexión, y ese nuevo énfasis en el propio protagonismo relega a un lugar secundario la voluntad y el protagonismo de los crimeos, que fue el eje vertebrador de la argumentación rusa (en calidad de defensora de los rusos locales) en la primavera de 2014. La película distorsiona el pasado. Putin no se orienta por la realidad sino por reconstrucciones arbitrarias e interesadas.

Simferópol, 18 de marzo de 2015

La ciudad amanece nevada. En la plaza de Lenin se han levantado unas estructuras de metal y lona que encierran el monumento al fundador de la URSS, como si estuviera en una jaula. La cabeza de Vladímir Ilich, que sobresale de este andamiaje, ha sido cubierta con una tela negra, para que no asome tras el escenario donde se va a celebrar el concierto conmemorativo del primer aniversario de la incorporación de Crimea a Rusia.

«Rossia», «mátushka», «ródina», «ródina moia», «pobeda» (Rusia, madrecita, patria, mi patria, victoria), cantan repetitivos los artistas, desde los clásicos a los rockeros, ante un público que desprende efluvios de vodka y que luce cintas de San Jorge prendidas en la ropa.

Probablemente por el frío, los espectadores son escasos cuando la imagen de Putin aparece en la gran pantalla instalada en la plaza. En la calle Gorki, un hombre disfrazado de oso toca el tambor subido a un camión.

Mijaíl, el constructor con el que conversé en varias ocasiones en 2014, no tuvo beneficios en aquel ejercicio y no pudo devolver la deuda que contrajo con una empresa europea que le suministraba productos químicos para la limpieza de piscinas. «Me dediqué a construir jardines de infancia, porque nadie construye piscinas hoy, si exceptuamos las de varias residencias estatales», explica. Las residencias, situadas en la costa sur, ya se las han repartido los altos cargos del Estado entre ellos, explica Mijaíl, quien confía en que la situación mejorará gracias a la puesta en marcha del registro de la propiedad ruso, en sustitución del registro ucraniano. También confía en que este año llegarán más turistas a Crimea. «Los transbordadores que circulan por el estrecho de Kerch no estarán tan llenos de equipo militar como el año pasado, porque el equipo ya está en la península», comenta.

Rusia ha iniciado un proceso contra los tártaros por los desórdenes ocurridos el 26 de febrero del año pasado frente al Consejo de Ministros, cuando se concentraron allí dos manifestaciones, una de tártaros y otra de rusos. Es un proceso con carácter retroactivo por hechos ocurrido en un tiempo en que Crimea no estaba aún controlada por Rusia. Mi interlocutora, una tártara miembro del Mejlís, ha sido llamada a declarar ante los jueces. Opina que la represión sobre la comunidad tártara va a incrementarse. Hay malas perspectivas para las publicaciones tártaras editadas en Crimea y para la televisión local en este idioma.

Simferópol, 13 de abril de 2016

Esta vez la estación ferroviaria final en el trayecto desde Kiev en dirección a Crimea es Novooleksiivka. Desde allí, los taxistas trasladan a los viajeros al paso fronterizo de Zhankói. Los trámites son lentos y fatigosos.

En los controles falta personal y en sus cercanías aún quedan piquetes de manifestantes que agitan banderas tártaras. Son los restos del bloqueo que el empresario tártaro Lenur Islámov, apoyado por miembros del Mejlís y por organizaciones nacionalistas radicales, organizó entre septiembre y diciembre del año pasado para ahogar económicamente a Crimea.

Una de sus acciones más sonadas fue la voladura de un poste de electricidad, que dejó sin luz a la península. A remolque de las fuerzas radicales, las autoridades ucranianas prohibieron el abastecimiento a Crimea desde la parte continental de Ucrania y legalizaron así aquel bloqueo.

Los guardafronteras ucranianos no se acaban de fiar del salvoconducto que me expidió el servicio de emigración en Kiev. Comprobar su autenticidad les toma algún tiempo. Estos salvoconductos, obligatorios para los periodistas que desean ir a Crimea, son emitidos tras unas formalidades que parecen destinadas a disuadir al viajero. Para obtenerlos hay que escribir primero una carta al Ministerio de Política Informativa en Kiev explicando el motivo del viaje y

los temas sobre los que se quiere escribir. Una vez obtenido el beneplácito, hay que acudir al servicio de migración en la ribera izquierda del Dniéper en Kiev, entregar los documentos convenientemente traducidos y esperar a que expidan el salvoconducto, que es válido para una sola entrada en un plazo de tres meses. No es sorprendente pues que muchos colegas decidan venir a Crimea por el cómodo atajo aéreo de Moscú y exponerse así a ser vetados en Ucrania. Al aeropuerto de Simferópol lo califican de «internacional», pero, tras la anexión, no recibe vuelos extranjeros.

Al otro lado de la «tierra de nadie», los guardafronteras rusos están obsesionados por la seguridad. «Apunte en su cuaderno que en esos matorrales hay dos batallones de tártaros escondidos y dispuestos a atacarnos y por eso hemos tenido que reforzar nuestros efectivos», me dice el oficial que, tras echar un vistazo a mi carné de corresponsal, señala en dirección a unos arbustos próximos. Por lo demás, los guardafronteras rusos siguen con sus rituales y tratan de averiguar algo sobre la vida, las convicciones ideológicas y los contactos de los viajeros, y, especialmente, sobre su actitud hacia Rusia.

Los aduaneros rusos nos hacen esperar horas mientras inspeccionan –y casi desmontan– el coche de nuestro chófer tártaro. Las colas de centenares de vehículos procedentes de la parte continental de Ucrania que se concentraban aquí el año pasado han desaparecido. En Crimea ahora solo hay víveres procedentes de Rusia o de la propia península.

Yalta-Simferópol, 15 de abril de 2016

«Existen instrumentos para traer dinero del extranjero, pero este no es un tema para hablar en público», dice el presidente del Consejo de Ministros de Crimea, Serguéi Aksiónov, dirigiéndose a un grupo de extranjeros invitados a un foro económico en las cercanías de Yalta. Desayunan en un hotel de lujo con vistas al mar Negro.

«Si alguien tiene interés en invertir que me lo diga después en privado y yo le contaré cuáles son los trámites», continúa el político. Aksiónov no quiere explicar públicamente a sus invitados la forma de burlar las sanciones internacionales que les castigarían en caso de vender directamente en Crimea. A grandes líneas, la solución es encontrar un intermediario en Moscú que sirva para borrar las huellas del origen de la mercancía.

Al opíparo desayuno asisten todas las autoridades de la península, incluido el representante de Vladimir Putin, Oleg Belávéntsev. «*If there is the will, there is the way*», sentencia en inglés este hombre, antiguo agente del GRU que aparentemente fue expulsado de Gran Bretaña en 1983. Aksiónov evita pronunciar la palabra «Ucrania». «Somos amigos de todos los países sin excepciones, excepto del país vecino, pero con el tiempo se les pasará», dice.

La representación política occidental está formada por simpatizantes de Rusia. Aquí está el italiano Stefano Valdegamberi, miembro de la Liga del Norte y diputado del Consejo Regional del Véneto, que es también el autor del proyecto de ley para realizar un referéndum de independencia de aquella región italiana. Está el abogado Karl Eckstein, cónsul honorario de Rusia en Suiza y representante de empresas suizas en Rusia durante muchos años. Del desayuno con *croissants* y zumo de naranja da cuenta el político japonés Mitsuhiro Kimura, observador de

elecciones en territorios protegidos por Rusia, como Abjasia y Osetia del Sur. También asiste el polaco Mateusz Piskorski, que fue «observador» en el referéndum de Crimea y que es buen amigo de los propagandistas rusos. Completa el elenco el embajador de Nicaragua en Moscú, quien trasmite los saludos de Daniel Ortega a los mandamases peninsulares. Los empresarios y políticos se quejan de la actitud hostil de sus gobiernos hacia la Administración rusa y la representante del Centro Cultural Griego en Moscú, que también figura en el grupo de invitados, busca apoyo para representar *Las troyanas* de Eurípides en este «escenario ideal».

«He adoptado nuevas costumbres. Llevo conmigo todos los artilugios portadores de información, borro las huellas de mi trabajo en el ordenador. Me registraron la casa. Asustaron a mi familia. Nunca se lo perdonaré. En la URSS estábamos acostumbrados a vivir así, pero los jóvenes no están habituados», dice un colega tártaro en Simferópol.

«Muchos de nosotros se fueron, pero los que nos quedamos tenemos que adaptarnos. Los mayores buscan consuelo en la religión. Para mí, este es el momento de concentrarse en la cultura y en la historia, para no perdernos, para que quede algo de nosotros después de nosotros. Nos pusimos nuestras escafandras y vivimos nuestra vida en su interior. Pero si salimos al espacio abierto, nos golpean y nos vemos obligados a regresar a esas escafandras», explica.

Simferópol, 16 de abril de 2016

El empresario Mijaíl defiende con arrogancia la causa de los *krimnashist* y se ha contagiado del discurso oficial antioccidental; admite estar sobornando a políticos locales para poder ejercer sus actividades y ha encontrado una forma estable de traer materiales de construcción italianos vía Moscú. Sus planes en la agricultura y el turismo son ambiciosos. «Crimea está condenada a desarrollarse porque es el proyecto personal de Putin», afirma.

Converso con un abogado y antiguo policía que ahora se dedica a defender a los ciudadanos que son expropiados sin compensaciones y sin resolución judicial. La legislación aprobada por el nuevo Parlamento de Crimea está sirviendo de base para justificar centenares de expropiaciones de distintos negocios con independencia de que sean propiedad de rusos o de ucranianos, desde residencias de veraneo a tiendas y kioscos pasando por gasolineras, panificadoras y productoras de lácteos. Las expropiaciones contradicen la Constitución rusa, pero ninguna institución central del Estado lo va a reconocer y el Tribunal Constitucional se inhibe del tema.

El abogado, enérgico luchador, se arriesga mucho en la defensa de los expropiados y lleva sus casos y sus argumentos a Moscú. Entiendo que no se siente del todo seguro ni en Crimea ni en la capital rusa cuando pregunta si yo tendría influencia para que le dieran algún visado europeo en el caso de que se viera obligado a marcharse. Le digo que las embajadas europeas en Rusia no dan visados a los residentes en Crimea que se convirtieron en ciudadanos rusos después de la anexión.

Kerch-Sebastopol, 17 de abril de 2016

En el estrecho de Kerch, la construcción del puente avanza con celeridad, los obreros trabajan a

toda marcha y los pilares sustentantes asoman en la superficie del agua. En el museo arqueológico de Kerch, un edificio que en el pasado perteneció a un comerciante de tabaco, quedan los huecos dejados por las piezas de oro que, en vísperas de la anexión, salieron con rumbo a una exposición internacional junto con antigüedades de otros museos peninsulares. La muestra se quedó en Ámsterdam y su retorno es objeto de litigio internacional.

A Sebastopol, para liquidar una larga etapa de su vida, han venido Vasili, mi antiguo conocido de Sebastopol, y su esposa, Vera (nombres ficticios), que ya son residentes en Israel. La pareja quiere alquilar su apartamento en la ciudad y vender la parcela que tiene en una bella cala, donde planeaba construir un hotelito. Su propiedad está ahora en el aire, pues las autoridades rusas no reconocen los títulos de propiedad ucranianos, recalifican el suelo a su antojo y hacen trampas con los planos y los emplazamientos reales. A todo eso hay que añadir las presiones de los militares rusos, que reclaman las tierras de los militares soviéticos privatizadas después por Ucrania. ¿Quién va a comprar en estas condiciones?

El hijo de Vasili y Vera se queda en Kiev, donde trabaja como ayudante de un político. Es joven y quiere luchar por el futuro de Ucrania, pero ellos están hartos de luchar. «Resulta sorprendente ver que nuestra vida ha cabido en seis maletas», sentencia Vasili. Se cierra un ciclo. Se va aquel oficial de la flota de Ucrania que, en la primavera de 1993, me trasladó, escondida en el asiento trasero de su coche, a la ciudad militar cerrada de Sebastopol.

Yalta-Simferópol, 20 de abril de 2016

«Hay que resistir como sea hasta que construyan el puente y entonces las cosas cambiarán», dice Oleg, un empresario de Yalta que se queja de las dificultades para desarrollar el turismo sin trenes ni transportes baratos. Los tranvías de Yalta han vuelto a funcionar tras haber estado parados por falta de electricidad.

En Simferópol, un grupo de abogados locales ha firmado un acuerdo con la organización Memorial para asesorar legalmente a los ciudadanos. Natalia, que ha ejercido la abogacía en Ucrania, cree que la legislación rusa es más anticuada, más represiva y más complicada que la ucraniana. «Hemos vuelto a la situación que tenía Ucrania antes de 2012, antes de que se aprobaran unas enmiendas en el código penal procesual para agilizar los trámites», dice. «Rusia también tendrá que modernizarse, aunque ahora sus problemas son otros. Nos deslizamos hacia una nueva Edad Media. En Ucrania el 30% de las sentencias eran absolutorias y aquí la inmensa mayoría son condenatorias. A los abogados los tratan como payasos. Hablas y sabes que, aunque tengas toda la razón, los jueces hacen lo que quieren.» La abogada cree que en el sistema de justicia ruso hay más disciplina y menos corrupción material, pero que los jueces son más duros y pueden impartir condenas previamente determinadas y sin pruebas.

En el nuevo aparato de justicia de Crimea empiezan a ocupar puestos los que han venido desde el interior de Rusia después de la anexión. En el Servicio Federal de Seguridad una parte del funcionariado son «reconvertidos» del Servicio de Seguridad de Ucrania y otra, recién llegados de Rusia.

Kerch, 22 de julio de 2018

Por fin, el puente. Ante nosotros se extienden diecinueve kilómetros de autopista sobre el estrecho, desde Crimea a la región rusa de Krasnodar, desde la ciudad de Kerch a la península de Tamán. Bastan quince minutos para unir en un todo único dos mundos diferentes y para establecer una nueva relación entre las dos orillas del estrecho. Ante los residentes de Crimea se ha abierto un abanico de posibilidades: asistir a un concierto en Krasnodar e ir y volver en el día, sacar dinero de un cajero automático de Temriuk, en un banco ruso que no opera en la península debido a las sanciones, perderse en coche hacia el interior de Rusia sin hacer cola para embarcar en el transbordador. Y todo ello sin tener que estar pendiente del estado de la mar.

El puente une Crimea a Rusia como un cordón umbilical y la libera de la dependencia de Ucrania. Su construcción fue un proyecto común de Rusia y Ucrania durante muchos años y lo era todavía en diciembre de 2013 cuando el entonces presidente ucraniano, Víktor Yanukóvich, y su colega Vladímir Putin se pusieron de acuerdo para construirlo por fin.

El puente no cruza el estrecho por la zona más estrecha, sino por la más segura, y para ello se apoya también en la isla de Tuzla, aquella superficie arenosa que en 2003 fue objeto de confrontación entre Moscú y Kiev.

Hoy llueve a mares y por el asfalto encharcado circula poco tráfico. A la entrada del puente no se ven agentes de Policía ni hay control de los vehículos. Me dice un amigo que están reclutando a gente para una unidad especial de la Guardia Nacional destinada a vigilarlo.

Tamán, al otro lado del estrecho de Kerch, es un destino de veraneo modesto, una ciudad con hoteles de poca monta y playas descuidadas en las aguas verdosas del mar de Azov. Tamán se ha convertido en un lugar de paso para los turistas seducidos por las amplias posibilidades que les ofrecen Crimea y el mar Negro. En contrapartida, los crimeos se han convertido en clientes del mercado local, adonde van a comprar gasolina y todo lo que les resulta más barato que en la península.

Simferópol, 25 de julio de 2018

Dice Nikolái que la verdadera integración de Crimea a Rusia cristalizó en 2016, cuando la península fue convertida en parte del distrito del sur con capital en Rostov del Don. La Administración rusa de la península se trasladó a aquella ciudad y Crimea recuperó algo de su carácter provinciano. Nikolái cree que Rusia «carece de un modelo social para el futuro» y opina que Moscú debería prestar a los tártaros una atención muy por encima de lo que les correspondería como minoría. Además, no solo hay que reprimir, explica. En su opinión las nuevas autoridades deberían hacer un esfuerzo para atraer e integrar a la comunidad tártara, pero la Rusia de Putin no es tan sutil.

Gurzuf y campamento infantil Artek, 27 de julio de 2018

Reino de la hipocresía y crisol de propagandistas. Esta es la impresión que, tras dos días de visita, me ha dejado el campamento de pioneros que fue el sueño de la infancia soviética y el

lugar donde las dirigentes de la URSS solían invitar a los hijos de los gerifaltes comunistas extranjeros.

Artek tiene una estructura ramificada en una decena de campamentos más pequeños con servicios y dependencias comunes, entre ellas un foro con capacidad para 5.000 personas que fue inaugurado por el presidente Putin.

Emplazado en la costa sur de Crimea, el campamento tiene una superficie de casi 2,2 kilómetros cuadrados, que incluye montañas y bosques, y dispone además de varios kilómetros de costa. Parte de esta superficie y el uso exclusivo del litoral le fueron entregados al campamento tras la anexión.

Fundado en 1925, Artek dependía del Komsomol (las juventudes comunistas) en época soviética y pasó a depender del Estado ucraniano en 1991. Desde 2014 se financia a cargo del presupuesto del Estado ruso y es administrado por su Ministerio de Educación.

Artek es una forma de *soft power* ruso, cuyos agentes son esos niños entusiasmados por las distintas posibilidades de convivencia y aprendizaje que ofrece el campamento. De los 3.500 niños que forman el turno actual, 700 son extranjeros, nos dicen. Las emociones infantiles tras unas vacaciones paradisiacas son un buen instrumento para transmitir a los adultos la narrativa oficial rusa sobre Crimea.

He llegado aquí casualmente, tras incorporarme sobre el terreno a un grupo de corresponsales extranjeros venidos especialmente desde Moscú. No sé si voy a escribir sobre lo que representa este campamento, pero siento curiosidad, así que voy a fijar los puntos que no quiero olvidar.

Desde que es administrado por Rusia, Artek ha albergado a cerca de 100.000 niños de decenas de países, de ellos cerca de un 95% gratuitamente, según informan los responsables del campo. «Aquí no puede venir cualquiera», nos dicen los guías. Los niños y jóvenes, explican, tienen que presentar documentos que los acrediten como exitosos en los estudios o en los deportes, además de superar una prueba de ingreso.

Un recorrido por el lugar indica que los niños rusos vienen de muy distintas provincias del Estado (los puestos se adjudican con un sistema de cuotas) y que los huéspedes extranjeros pertenecen a la constelación del «mundo ruso» o, mejor dicho, del «mundo rusoparlante». Entre ellos hay hijos de familias mixtas, con uno de los progenitores de habla rusa, y también de personas vinculadas de uno u otro modo con Rusia y con el aprendizaje de la lengua rusa.

El director, Alekséi Kasprzhak, antiguo vicegobernador en la provincia de Tver, es pedagogo y su máxima consiste en no dejar tiempo libre a los niños. «Solo quince minutos al día», se jacta. Kasprzhak explica que Artek es el modelo para un sistema educativo que será registrado y reproducido bajo licencia, un modelo de exportación. «Aquí formamos líderes», sentencia.

Las explicaciones del director hacen pensar en la franquicia de una marca, porque Artek es sobre todo una marca. No sé si las palabras de Kasprzhak revelan ambición, arrogancia o tal vez ambas cosas a la vez. Su idea es conseguir ser los mejores en su género en una competición global, aprender en el proceso y ganar. «¡Queremos que los chicos se vayan de aquí con la sensación de que pueden hacerlo todo!», exclama.

«Verdaderamente, y en el buen sentido de la palabra, nos dedicamos a la propaganda de nuestro país, donde se vive bien y se hacen grandes proyectos en un tiempo récord, como el

puede sobre el estrecho de Kerch. Artek no es un centro de vacaciones, es un centro de educación y propaganda», dice el pedagogo.

Como los dirigentes de la península, el director evita mencionar el nombre de Ucrania y, si lo hace, es en un contexto despectivo. La gran diferencia entre la Administración ucraniana y la rusa, dice, es que «aquí ha aparecido el futuro». Y cuenta que cuando asumió el cargo las playas estaban llenas de chiringuitos, de bañistas y de barcos, es decir, de gente ajena al campamento, y que los niños estaban bajo la influencia de un ambiente disoluto.

Los vecinos de Artek piensan de otra manera. Las nuevas tierras que la Administración rusa ha entregado al macrocampamento les privan de una carretera común y les dificulta el acceso a la playa pública de Gurzuf. En el territorio incorporado a Artek las autoridades de Crimea quieren demoler cerca de trescientos edificios.

La tienda de ropa deportiva de Artek, en pleno campamento, proporciona un motivo para reflexionar sobre las diferencias entre Rusia y Ucrania. El «centro de equipamiento», como lo llaman aquí, es un recinto acristalado parecido a una vitrina o un invernadero, donde venden prendas deportivas de la marca Bosco di Ciliegi, el proveedor exclusivo de ropa para los niños de Artek y también para el equipo olímpico ruso desde 2002 a 2016.

El propietario de Bosco di Ciliegi, Mijaíl Kusniróvich, es el creador de la primera marca de ropa de lujo rusa. Las camisetas, gorros y *shorts*, con dibujos estilizados según las diferentes secciones del campamento, son para comprar y llevarse como recuerdo de vuelta a casa.

En época ucraniana, en Artek había varios kioscos de ropa deportiva y los niños podían elegir dónde comprársela, pero Kasprzhak acabó con todo aquello y lo sustituyó por una sola tienda monopolista. Ahora habla de aquello como si hubiera expulsado a los mercaderes del templo. Dos modelos de comercio, dos modelos de Estado. Rusia tiende al monopolio; Ucrania, a la competición de sujetos en constante movimiento. Toda una metáfora.

También las obras de ampliación del campamento son un monopolio, esta vez de Stroigazmontash, la empresa de Arkadi Rotenberg, el amigo de la adolescencia de Putin que ha construido el puente sobre el estrecho de Kerch. «Difícilmente podría haberse encontrado un constructor que adelanta el dinero y espera a que el Estado se lo devuelva al cabo de un año o que no se lo devuelva. Si no hubiera existido ese constructor entusiasta, seguramente no se hubiera construido nada», comenta Kasprzhak.

Al monopolio de la ropa y de la construcción, imperantes en Artek, se une el monopolio del sistema de alimentación, del que se encarga el Combinado de Comida Preescolar de Moscú, controlado por Yevgueni Prigozhin, el empresario de San Petersburgo más conocido como *el cocinero de Putin*.²

Así que el diseñador de uniformes, el constructor del puente y el responsable de la cocina pertenecen todos ellos al círculo de allegados del Kremlin.

El representante permanente de Rusia en el Consejo de Seguridad de la ONU, Vasili Nebenzia, ha venido hoy de visita con ocasión de la Asamblea Infantil de la ONU, en la que los niños juegan a dirimir conflictos internacionales. Los ayudan estudiantes de la Escuela Diplomática de Moscú, una institución allegada al Ministerio de Exteriores de Rusia con la que Artek ha firmado un acuerdo de colaboración.

Los pequeños están sentados alrededor de una larga mesa detrás de distintas banderas nacionales. En la antesala del evento, en los paneles especialmente diseñados para describir la historia de Crimea, Ucrania ni existe ni existió. Bajo el lema «Crimea tierra rusa», se afirma que «desde los tiempos prehistóricos Crimea siempre estuvo en la órbita y esfera de los intereses de la tierra rusa». ¡Desde la prehistoria! Entérense.

El 27 de marzo de 2014, la Asamblea General de la ONU votó la Resolución 68/262, en la que condenaba la anexión de Crimea. La apoyaron 100 países con el voto en contra de otros 11, la abstención de 58 y la ausencia de 24. Pero no es esta la información que propaga Artek.

«¿Quién les ha dicho que la ONU no reconoce a Crimea como parte de Rusia?», pregunta Nebenzia a los periodistas como si estuviera realmente sorprendido. «¿De dónde lo han sacado?», inquiriere. Para el representante ruso, «la mitad aproximadamente de los votos de la Asamblea estuvo en contra de la resolución, el resto se abstuvo o no votó. ¡Seamos exactos con las cifras!», exclama con aplomo.

«Artek representa el modelo de la ONU. Los niños que están aquí difundirán más deprisa la verdad sobre Crimea y sobre Artek a los países de donde vienen que aquellos que intentan imponer a la ONU la resolución politizada de la que hablan ustedes», dice impertérrito Nebenzia. «Aquí hay niños de 63 países del mundo y la votación más honesta es la de los padres que nos han confiado lo máspreciado que tienen», tercia el director.

Pequeños adúladores intuitivos con gran sentido práctico, los niños de Artek saben lo que tienen que hacer y decir para acceder a estas magníficas vacaciones de tres semanas. «Escribí una carta a Putin contándole que me gusta mucho Rusia, que Rusia es mi país favorito y que quiero vivir aquí», dice una adolescente residente en España, para la cual estas son sus terceras vacaciones en Crimea.

En virtud de acuerdos bilaterales, distintas instituciones oficiales rusas envían sus representantes al campamento para descubrir talentos e incluso ofrecerles trabajo en el futuro. El Instituto Kurchátov de Moscú, fundado en 1943 para el desarrollo de armas nucleares, imparte en Artek un curso sobre el programa nuclear soviético. Mijaíl Kovalchuk, el presidente de ese instituto, es un hombre considerado próximo al presidente Putin. «El sistema educativo es un arma», afirma Kasprzhak.

En los juegos de Artek, la Fiscalía y el Comité de Investigación del Estado rememoran juntos los juicios de Núremberg, organizados para castigar a los dirigentes nazis al término de la Segunda Guerra Mundial. Participan abogados e investigadores reales y, para no traumatizar a los niños, los papeles de «malvados» corren a cargo de los organizadores, explica el director.

A Artek vienen también representantes de la industria aeronáutica, de la compañía de ferrocarriles y de los cuerpos de intervención especial Alfa. Estos últimos gestionan un curso de enseñanza de tiro, autodefensa y situaciones extremas.

Por lo demás, aire puro, magníficos paisajes y playas. Para muchos de los niños que están aquí estos serán algunos de los días más felices de su vida o tal vez el punto de origen de una afición o una carrera. Y para los rusos del norte, el recuerdo de un verano cálido entre cipreses y pinos.

Simferópolis, 29 de julio de 2018

Estoy en mi habitación del hotel Ucrania, el mismo establecimiento donde me alojé en febrero y marzo de 2014, y me dispongo a recoger el equipaje para irme esta noche en coche en dirección a Kiev. La campana de la vecina catedral de Aleksandr Nevski da las horas y también los cuartos y las medias. Hoy, como es domingo, lo ha hecho con un repiqueteo festivo. El letrero que atribuye la reconstrucción del templo a Vladímir Putin me hace recordar que debo comparar las fotos que hice del cementerio dedicado a los soldados rusos muertos en la guerra de Crimea (1853-1856) con otras anteriores del mismo lugar. Tengo curiosidad por saber si la placa metálica que conmemora el mecenazgo ucraniano, también con el nombre de Kunitsin, ha sido sustituida por otra dedicada a Putin.

Crimea, bella, variada e inmensamente evocadora, es rehén de una pasión irrefrenable. Su amante es celoso y agresivo y no tolera nada que esté fuera de su control. Pese a los magníficos paisajes naturales, pese a la belleza de Gurzuf, tengo la sensación de estar encerrada sin aire en una esfera de cristal.

LA SONRISA

Istmo de Perekop, 23 de abril de 2016

Junto con el teniente coronel K. y un matrimonio tártaro que va a Kiev a vender un coche viejo, hemos salido de Simferópolis de madrugada para cruzar la línea divisoria entre la ocupada Crimea y el resto de Ucrania. Llegamos a la localidad de Krasnoperekopsk y de allí nos dirigimos al puesto de control de Armiansk.

Pasamos algo más de treinta minutos en la cola para cruzar los controles rusos, lo que es una marca excelente en estos trámites que son una tortura, durante los que los viajeros a menudo pasan horas de pie.

Cuando creemos estar ya listos y nos disponemos a proseguir nuestro camino, aparece un oficial del FSB. «Tome todos sus dispositivos, el ordenador, la cámara, la grabadora, y venga conmigo», me dice el oficial, un chico joven que reacciona así al detectar mi prematura expresión de júbilo cuando creía haber superado la prueba de la frontera. A estos tipos les gusta fastidiar, pensé.

El oficial es teniente del FSB y se llama Antón R., según pude leer en la placa de identidad que agitó frente a mí. Pide que lo acompañe a una caseta de madera, una construcción en forma de cubo que se alza sobre una estrecha franja de tierra rodeada de mar por ambos lados. Sobre la arena y los cañizales vecinos revolotean las gaviotas. En el interior del recinto, que no debe tener más de tres metros de ancho por tres de largo, hay una mesa y dos sillas. Antón K. se sienta tras la mesa y yo en la silla del rincón.

El oficial es alto y desgarbado, rubio y pálido. Calculo que rondará los veintidós años. Inicia la conversación de mal humor.

«¿Por qué en Europa todos están en contra de Rusia?», pregunta.

Antes de que yo pueda contestar, me explica que su país ha pasado por tres fases, «la

primera, en los años noventa, cuando todos hacían lo que les daba la gana y había un gran desorden; después vino un periodo de transición en el que se fue poniendo orden poco a poco, y finalmente la fase actual, en la que somos dueños de nuestro destino».

«Rusia», prosigue, «es un país soberano que no depende de nadie. Es cierto que a veces no somos muy democráticos y que hay autoritarismo, pero por lo menos hay orden», me alecciona.

Sigo sin responder a su pregunta y él cambia de tema y aborda la situación de los refugiados.

«¿Por qué aceptan refugiados en Europa? ¿Acaso Estados Unidos les obligan a ello? Mire Rusia. Combate en Siria, pero no acepta refugiados de aquel país. ¡En Rusia no queremos refugiados porque son un problema!», exclama.

«¿Qué le parece nuestro presidente?», inquiriere a bocajarro.

Me pregunto si en esta caseta aparentemente rudimentaria habrá cámaras ocultas que graban a los interrogados para que cualquier cosa que diga pueda ser utilizada en mi contra. No me gustaría verme en un montaje propagandístico de la televisión rusa, como uno de esos disidentes que son «desenmascarados» en público por algún delito que no cometieron. Oteo el entorno. Solo veo los tablones de las paredes, la mesa, las dos sillas, un suelo de cemento y las gaviotas revoloteando fuera. De todas maneras, mido mis palabras para evitar debates y para que R. me devuelva cuanto antes mis herramientas de trabajo.

Le digo al teniente que la gente con la que he hablado durante mi viaje a Crimea apoya a Putin, lo que es verdad si nos referimos a los asistentes al Foro Económico de Yalta, un evento destinado a atraer inversiones, donde he estado. «¡No es cierto!», exclama, «porque aquí en Crimea hay mucha gente que no quiere a Putin.»

Vaya, ya metí la pata, pienso. Pero R. parece comprender. «Solo en los últimos tiempos nuestro presidente se ha hecho popular aquí», sentencia.

Siguen las preguntas de rigor que suelen formular los oficiales del FSB cuando te tienen a su merced, atrapada en un tren o en un puesto de aduanas: que si tengo familia, que de dónde vengo en España, que si he viajado a Estados Unidos y qué hice allí la última vez que estuve. Por supuesto, no faltan las preguntas sobre Crimea: ¿Reconozco la península como parte de Rusia? ¿Fue legal el referéndum? Un desliz en la respuesta a estas provocaciones y, en teoría, podría tener problemas con la justicia por agitar contra la unidad del Estado ruso. Sigo pensando en esa cámara que yo imagino oculta entre las tablas de la caseta.

Me evado como puedo.

El teniente R. adopta un tono profesoral. «La gente de Crimea estaba acostumbrada a hacer lo que le daba la gana y ahora, con Rusia, no puede. Rusia ha traído orden a Crimea y ha evitado que la atacaran», dice.

Volvemos al tema de Europa, que, según R., «hace todo lo que le manda Estados Unidos». El teniente insiste en que Occidente mantiene una actitud hostil hacia Rusia.

Mi ordenador está sobre la mesa de R., junto con mi cámara y mi grabadora. Sobre todo, me preocupa esta última, pues, aunque subí mis grabaciones a la nube, olvidé borrar un par de entrevistas que podrían comprometer a quienes me las dieron. En un intento de encontrar una salida a este círculo vicioso, decido jugar mis cartas. Miro a los ojos al teniente y con vehemencia le digo que Rusia tiene mucha gente con talento, gente brillante y sacrificada, capaz

de cosas extraordinarias, pero que tienen un problema: no saben sonreír.

«¿Por qué los rusos son tan huraños, tan bruscos y duros, cuando podrían ser tan cariñosos y hospitalarios?», inquiero. Sigo jugando mis cartas y apostando más alto. «Yo, que llevo mucho tiempo en Rusia y que podría ser su madre, tengo buenos amigos en su país, gente encantadora a la que estimo y sé que pueden sonreír si quieren. Pero no suelen querer.»

El teniente R. no contesta. Tal vez no sabe cómo replicar. Me estoy dirigiendo a él con reproches y empatía, como si realmente fuera su madre; de hecho, intento meterme en la piel de la que yo imagino que podría ser su madre. Seguro que no tiene una respuesta preparada para este tipo de argumentación, pero este es un registro arriesgado para conversar con un oficial del Servicio Federal de Seguridad. Le pregunto por qué gente como él causan tantas molestias a personas que, como yo, han ido a Crimea para asistir al Foro Internacional de Yalta dedicado precisamente a captar inversiones para la península.

Sobre la mesa del teniente, además de mi acreditación como corresponsal está la acreditación al foro. Pero como fui a ese evento por tierra desde la parte continental de Ucrania, R. se muestra suspicaz y quiere saber por qué no viajé a Crimea cómodamente en avión desde Moscú y preferí en cambio someterme a todas estas incomodidades en el istmo de Perekop.

Aquí soy yo la que no contesto. Dejo caer una retahíla de nombres de personajes a los que he entrevistado a lo largo de los años y me preocupo de incluir a los dirigentes de la península, Serguéi Aksiónov, el jefe de hecho de la República de Crimea, y Alekséi Chali, el «alcalde popular» de Sebastopol.

El teniente inicia la retirada. «Las cosas cambiarán en Crimea cuando los de ahí dejen de enredar», dice acompañando sus palabras con un gesto dirigido hacia la parte continental de Ucrania. Entiendo que «los de ahí» son los ucranianos y todos los que están al otro lado del puesto de control.

Hay que decir que «los de ahí» no dan ninguna facilidad a los periodistas para visitar Crimea legalmente y respetando su soberanía. Viajar a Crimea en avión desde Rusia (otros vuelos no hay) entraña el riesgo de ser vetada por Kiev, que solo considera legales los viajes por territorio ucraniano, con todas las molestias que eso conlleva. Pero las molestias son también aleccionadoras y se aprende mucho de ellas.

Mi *laptop*, mi grabadora y mi cámara siguen sobre la mesa de R., que ni siquiera los ha tocado, pero yo estoy inquieta porque no me gustaría tener que dar explicaciones sobre las entrevistas con tártaros y disidentes que tengo grabadas. Llego a pensar en agarrar la grabadora y pisotearla, pero lo descarto, porque debería actuar con rapidez y porque no tendría la fuerza suficiente para destruir el comprometedor artilugio.

Cuando ya llevamos cincuenta minutos de conversación (o de interrogatorio), algo cambia. El teniente de aspecto aniñado me entrega mi equipo de trabajo y se disculpa por «las molestias causadas». No sé si es sincero o no, pero no importa.

El oficial sin duda cumple las órdenes que recibe, pero quisiera pensar que tal vez la ideología que le inculcaron en la academia tiene resquicios por los que se cuele una reacción personal ante el mundo.

No está todo perdido, me digo, mientras salimos de la caseta. El teniente me devuelve las

acreditaciones y el pasaporte y, al hacerlo, luce en el rostro una gran sonrisa, una amplia sonrisa. «¡Buen viaje!», exclama.

NUESTRO CÓNSUL EN YALTA

15 de marzo de 2014

Oculto tras cañizales y palmeras, bien sujeto a la fachada de una villa de Yalta, hay un escudo de España. Para verlo bien hay que abrir la verja del jardín y hacerse un hueco entre la cortina de vegetación. La villa está en el número 19 de la calle Pushkin, un frondoso bulevar peatonal que discurre en paralelo al río de nombre tártaro Uchan-su (Vodopádnaya, en ruso) cerca de su desembocadura en el mar Negro.

Estamos ante un «Consulado Honorario de España», como puede leerse en el escudo esmaltado de blanco, en cuyo centro está el águila con las columnas de Hércules. Se trata de un consulado acreditado en Ucrania en un territorio ocupado por Rusia, país que mañana tratará de legitimar su dominio con una consulta popular.

El cónsul se llama Aleksandr Baljovitin. Tiene una larga relación comercial y económica con España, aunque no habla castellano. Trabaja en el sector inmobiliario y, desde hace años, se dedica al comercio de muebles. En el pasado, trabajó como ingeniero en el hotel Inturist de Yalta.

Baljovitin fue nombrado cónsul honorario de España en Crimea en 2012, pero comenzó a ejercer sus funciones en el verano de 2013. A presentarlo acudió desde Kiev el embajador de España, quien departió con los dirigentes locales sobre las grandes oportunidades de cooperación en el campo del turismo. Todos estuvieron de acuerdo y celebraron con jamón y vino la visita del embajador y el nombramiento del cónsul. El consulado se inauguró en un edificio de calidad, obra de Nikolái Krasnov, el arquitecto ruso-serbio que diseñó también el palacio de Livadia, sede de la conferencia de Yalta en 1945.

Ahora aquella presentación, aquellas conversaciones y el jamón para festejar los proyectos comunes parecen pertenecer a un tiempo muy lejano, cuando los dirigentes de Crimea eran personas de confianza del fugado Yanukóvich. El futuro inmediato de Crimea dependerá de los intereses de Rusia. Y ¿qué va a pasar con el consulado honorario cuando Rusia se acomode en la península?

Baljovitin no se arredra. Está dispuesto a salir adelante, aunque todavía no sabe cómo. Sigue escribiendo sus recomendaciones sobre los solicitantes de visado locales a la embajada española en Kiev y estos días tiene entre manos el caso de tres familias que alegan ser descendientes de judíos sefardíes para adquirir la nacionalidad española y marcharse de Crimea.

3 de septiembre de 2014

Rusia ha vuelto a Crimea, pero en el escudo del consulado de España en la calle Pushkin de Yalta se afirma la presencia de Ucrania en la península. En los kioscos de la ribera del río se

anuncian excursiones por la costa, entradas para una exposición sobre la familia de los Románov en Livadia y ventas de apartamentos y otros inmuebles.

La cortina de cañas y vegetación que esconden el escudo de la vista de los transeúntes se ha hecho más densa. Antes había aquí también una bandera, pero una noche unos gamberros la hicieron girones y se la llevaron, explica el cónsul.

Baljovitin sigue ejerciendo su representación y seguirá mientras no se lo impidan. España lo acreditó de nuevo; Ucrania aprobó la acreditación y Rusia le ignora y hace como si no existiera. De los consulados extranjeros existentes en Yalta cuando la península era controlada por Ucrania solo queda el de Israel. Los de Alemania, Estonia y Lituania han cerrado sus puertas.

El registro de la propiedad ucraniano ha dejado de funcionar y la Administración rusa de la península apenas ha comenzado a formar el suyo; las operaciones financieras con los bancos occidentales están suspendidas y no hay rutas aéreas que unan la península con el mundo, si se exceptúa Rusia. De momento, los trenes aún cubren el trayecto de Simferópol a Kiev.

El cónsul se queja de las dificultades para hacer negocios y supervisa la puesta a punto de unos hoteles encargados por unos clientes rusos. Hasta ahora, no sabe cómo va a poder recibir los muebles que compró hace unos meses en Valencia. Desde la anexión, el transporte se ha encarecido, porque enviar mercancía a Crimea por el territorio ruso es más lento y más caro que por Ucrania. A través de la capital ucraniana el envío costaba 300 euros por metro cúbico; mandarlos a través de Rusia cuesta 450 euros, afirma el cónsul. La colonia española en Yalta está formada por seis obreros empleados en unas obras iniciadas antes de la ocupación.

Los cruceros por el mar Negro ya no hacen escala en Yalta ni en otros puertos de la península, pero Crimea trata de escapar del aislamiento. «Este año deberían haber pasado por Yalta 102 cruceros, pero no vinieron», dice resignado Baljovitin. Tan solo el *Adriana*, fletado por una compañía rusa con sede en Sochi, cubre cada diez días la ruta Yalta-Sebastopol-Estambul. El *Adriana* amarró en la península el pasado 30 de mayo, violando así las sanciones internacionales contra Rusia, según el servicio www.blackseanews.net, que se dedica a vigilar los movimientos de los barcos rusos. Andréi Klímenko, su director, es una de las personas que se vio obligada a dejar la península tras la anexión.

Unas líneas aéreas rusas planean volar de Simferópol a Estambul dos veces a la semana con una escala en Adler (en el territorio ruso de la costa del mar Negro), lo que permitiría borrar las huellas de la ruta directa prohibida. La escala desdoblaría el viaje en dos tramos, el primero de Simferópol a Adler, que para Rusia figuraría como un vuelo interior, y el segundo, desde Adler a Estambul, que sería un vuelo internacional perfectamente legal.

Desde la llegada de los rusos, se ha producido una reestructuración del patrimonio inmobiliario oficial, es decir, del conjunto de balnearios, *dachas* (villas), residencias oficiales de veraneo para el uso de dirigentes políticos y oligarcas. Putin le había echado el ojo a la *dacha* Glitsinia, conocida también como la «*dacha* número uno», que, construida en época del dirigente soviético Nikita Jruschov, fue ocupada por Leonid Brézhnev y posteriormente por el jefe del Gobierno ucraniano Mikola Azárov, cuenta el cónsul. Pero los servicios de escolta del presidente ruso se han opuesto a que Putin se instale en Glitsinia; argumentan que no lejos de allí hay un edificio situado a mayor altura, lo que convierte la *dacha* en un hipotético blanco.

Glitsinia es en realidad un conjunto de pabellones y, ya antes de la ocupación de Crimea, fue objeto de una reclamación de Ucrania a Rusia tras un intento de venta fraudulenta perpetrado por Ihor Bakáí, un alto dirigente de la Administración del presidente Leonid Kuchma. Bakláí aprovechó su puesto directivo para vender aquel inmueble estatal al banco ruso Vnezhtorgbank.

La Administración ucraniana siempre sospechó que Vnezhtorgbank era una tapadera y que el verdadero destinatario de Glitsinia era Vladímir Putin, y con la llegada al poder de Víktor Yúshenko declaró ilegal la transacción y recuperó Glitsinia por la vía judicial. Tras la anexión, los rusos se apoderaron de todas las propiedades ucranianas de la península.

Crimea está llena de villas de lujo que pertenecieron a los oligarcas o los políticos ucranianos. Ahora, aquellos privilegiados han sido desposeídos de su patrimonio en la península o bien se sienten incómodos en un entorno hostil.

En el bello paisaje de Magarach está la mansión de Víktor Yanukóvich, cerrada y precintada, según afirma el cónsul, que conoce muy bien este tema pues los muebles de esta residencia oficial, ampliada a costa de una vetusta explotación vinícola, son de Valencia.

Baljovitin enumera la larga lista de fabricantes del Levante español que vendían mobiliario y objetos de decoración a la élite política y económica de Ucrania. De España llegaron también las ostentosas piezas lacadas que Yanukóvich tenía en su mansión de Mezhyhirya, en las afueras de Kiev.

Dispuestos a invertir en propiedades en Crimea arriban los millonarios que huyen de la guerra en Donetsk y de Lugansk. Los delatan los coches de lujo con matrícula de estas provincias ucranianas que circulan por Yalta.

Este es un año sin turistas extranjeros y en las calles de Yalta no suenan ni el francés ni el inglés ni el alemán de otras temporadas. Los precios de los alimentos se han disparado al tener que ser transportados en transbordador desde Rusia a través del estrecho de Kerch y también por la sequía resultante del bloqueo del canal de Crimea del Norte por parte de Ucrania.

17 de marzo de 2015

El escudo sigue en su sitio. El cónsul no sabe cómo rescatar un cargamento de muebles y equipo estancado desde hace cuatro meses en la aduana ucraniana. Piensa que tal vez le resulte más barato devolver la carga que pagar las tasas de almacenamiento.

A Yalta, procedentes de Rusia, han llegado los pillos que quieren sumarse a cualquier proyecto de éxito sin aportar nada. Desde Moscú, veteranos de los servicios de seguridad (tanto del FSB ruso como de su antecesor el KGB soviético) llaman al cónsul. «Propónganos un buen tema y nosotros lo impulsaremos», le dicen. «Lo único que no quieren es pagar. Lo que venden es su presunto servicio de promoción del proyecto. ¡Quieren hacer dinero del aire!», exclama Aleksandr.

Los ricos de Donetsk que se instalaron en la zona se están comiendo sus ahorros mientras intentan encontrar su propio espacio de negocio. En Artek, cerca del campamento infantil del mismo nombre, hay un hotelito-boutique perteneciente a una familia de Donetsk. El cónsul me lleva a visitarlo y efectivamente es un lugar precioso, pero con problemas para acceder a la playa

debido a la política expansiva del campamento.

Crimea continúa anunciando sus servicios turísticos en las redes internacionales, evitando mencionar Rusia o Ucrania. Su publicidad especifica los precios en euros y destaca las facilidades de transporte (la estación de ferrocarril de Yalta, el aeropuerto internacional de Simferópol) como si fueran reales, aunque todos saben que los trenes dejaron de funcionar a fines del año pasado y los vuelos, inmediatamente después de la anexión.

22 de abril de 2016

El escudo sigue en su sitio. El cónsul se queja de que no hay compradores y vuelve a referirse a su camión de mercancía que ya lleva dos años secuestrado en la vecina provincia de Jersón. Se plantea si debe traer la mercancía desde Bielorrusia o desde Moscú y, de momento, liquida las existencias de su tienda de decoración en Yalta.

Durante varios años Aleksandr Baljovitin mantuvo el escudo de España en el centro de Yalta. Cada vez que viajaba a Crimea comprobaba la continuidad de aquel vínculo entre la península y el mundo occidental. La última vez fue en 2018.

Recuerdo que una noche, paseando por Yalta, me acerqué al llegar al número 19 de la calle Pushkin. Aleksandr no estaba. Cuando me disponía a abrir la verja, apareció una vecina: «Era cónsul en un país y ahora este es otro país». «Pero él sigue siendo el mismo, ¿no?», le repliqué. «Si lo quiere ver como persona, entonces sí», respondió.

En el verano de 2022 llamé a Aleksandr por teléfono. Había retirado el escudo de la fachada, pero no recordaba cuándo lo quitó. «Creo que fue hace un año y medio», comentó, y dijo que rebuscaría en sus papeles. Le llamo varias veces. Una noche lo hizo él. Seguía sin poder recordar el año, aunque le parecía que tuvo que ser entre 2019 y 2022. Recordaba, sin embargo, que devolvió el escudo a la embajada de España en Kiev. ¿Y cómo se lo hizo llegar? De mano en mano y en coche, contesta, y yo me pregunto cómo se puede llevar una placa metálica tan grande a través de todas las aduanas del istmo de Perekop. «Estamos encerrados. No podemos ir a ninguna parte. En Jersón hay guerra.» Aleksandr me promete que seguirá tratando de averiguar el año en el que descolgó el escudo.

1. *Pravda Ukraina*, 24 de marzo de 2014.

2. Se trata del mismo Prigozhin que fundó la compañía de mercenarios Wagner y que se hizo mundialmente famoso por la participación de sus hombres en la guerra contra Ucrania.

No es su guerra

A principios de octubre de 2022, el teniente coronel jubilado K. me llamó desde un pueblo de la estepa de Kazajistán adonde había ido a parar tras recorrer más de 5.000 kilómetros.

El teniente coronel había vivido tranquilamente durante años en Simferópol, la capital de Crimea, hasta el 21 de septiembre, cuando el presidente Vladímir Putin obligó a los ciudadanos rusos en edad militar a secundar su sangrienta aventura en Ucrania.

Para K., la movilización fue como una sacudida eléctrica que lo despertó de un letargo. Hasta entonces, ni siquiera la anexión rusa de 2014 había logrado alterar la placidez de su existencia, pese al engorro que supusieron desde entonces los desplazamientos más allá de los controles rusos y ucranianos en los pasos del istmo de Perekop.

La movilización, sin embargo, era una cosa mucho más seria para él, pues, si lo movilizaban, tendría que ir a luchar contra quienes fueron sus amigos, sus camaradas de armas y sus compatriotas. La movilización afectaba a personas de diferentes edades y, por su experiencia militar, K. era una presa codiciada. Lo mismo ocurría con su hijo, que había servido en las tropas del Ministerio del Interior de Ucrania.

El oficial había nacido en una provincia serena del centro de Ucrania, una provincia cargada de historia donde aún vivía su madre, y nunca renunció al pasaporte ucraniano, aunque le habían entregado también el ruso tras la anexión.

Decidió huir en autobús, porque pensó que era la mejor manera de pasar desapercibido. En compañía de su hijo treintañero, el teniente coronel, de 54, atravesó la península hasta la ciudad portuaria de Kerch y, desde allí, cruzó el estrecho por el puente que, desde 2018, es el cordón umbilical entre Crimea y Rusia. Su esposa, el gato, el perro y el canario se quedaban de momento en Simferópol.

La patrulla de tráfico que vigilaba el acceso de aquella ruta estratégica no se fijó en el autobús de línea que recorrió sin problema el puente de diecinueve kilómetros que une Kerch con la península rusa de Tamán. Varios días después, el puente, orgullo de Vladímir Putin, fue objeto de un atentado que inutilizó dos de sus cuatro carriles. Los desperfectos fueron reparados con diligencia, pero la idea de invulnerabilidad, que emanaba de aquella construcción de ingeniería como un halo, se había resquebrajado. Los habitantes de Crimea descubrían la fragilidad del paraíso ruso.

Al abandonar Crimea, K. había evitado ser inmolado en la «guerra santa» para exterminar a Ucrania, una cruzada que había sido bendecida por Cirilo, el patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa. Cirilo prometía la salvación eterna a los caídos en combate, pero el teniente coronel K. no entendía cómo se podía hacer compatible el fratricidio con la salvación eterna.

Desde Tamán, K. siguió camino hacia Moscú y de allí, a Omsk, en Siberia, y atravesó, también en autobús, la cercana frontera con Kazajistán por uno de los más remotos pasos de control existentes en esa línea de más de 7.000 kilómetros que separa ambos países. Por estar tan lejos de Europa, aquel paso era uno de los menos concurridos por el enjambre de ciudadanos rusos que, como el teniente coronel y su hijo, huían de la cacería del Kremlin en pos de carne humana con la que taponar las brechas del frente de Ucrania.

Al teniente coronel K. me lo recomendó a finales de febrero de 2014 un conocido que había sido oficial de la marina ucraniana. Se trataba de una persona de confianza que podía ayudarme en los desplazamientos por la península. Así fue como conocí a aquel personaje que comía demasiado, se emocionaba con facilidad y casi siempre acababa siendo engañado por aquellos en los que ingenuamente había confiado. Sin embargo, en contra de lo que pudiera parecer, la suma de esas características jugaba a favor de aquel ucraniano de corazón.

K. había servido sucesivamente en el Ejército de la URSS, de Rusia y de Ucrania. En Simferópol, durante las semanas anteriores al referéndum destinado a incorporar la península a Rusia, K. me esperaba por las mañanas a la salida del hotel. Antes de iniciar nuestro deambular por las carreteras y cuarteles de Crimea, pasábamos por un kiosco de prensa a comprar los diarios locales, *Krimskaya Pravda*, *Krimskie Izvestia* y *Krimskaya Gazeta*, y también los diarios centrales publicados en Kiev que llegaban cada mañana a Simferópol hasta que dejaron de llegar y fueron sustituidos por periódicos procedentes de Moscú.

Un día, al volver del kiosco, K. bromeó: «James Bond también compraba la prensa del día».

«Debía de ser *The Times*, Watson, pero aquí hay que conformarse con *Krimskaya Pravda*», le dije.

No sé por qué se me ocurrió llamarle Watson, tal vez por asociación entre dos personajes de ficción británicos que nada tenían que ver entre sí, pero lo cierto es que Watson se convirtió en el nombre de guerra del teniente coronel K. En contrapartida, él comenzó a llamarme Holmes. Bromeando con estas identidades ficticias y clandestinas, acabamos haciéndonos un lío y dejamos de saber quién era quién. Los nombres de guerra y la confusión entre ellos han durado hasta hoy.

Watson comenzaba la jornada relatando sus últimas averiguaciones sobre las diferencias de pensiones y sueldos entre los militares retirados de Rusia y Ucrania. También le gustaba contar las últimas incidencias en la historia de un crédito que le concedió el Privatbank (un banco ucraniano que cerró sus sucursales en Crimea) para un negocio que se fue a pique. Estaba muy angustiado porque las conexiones bancarias entre la península y el resto de Ucrania se habían interrumpido, y él ya se imaginaba a sí mismo perseguido por moroso, al no poder pagar los intereses y penalizaciones que se le acumularían.

El teniente coronel había iniciado su carrera en tiempos de la Unión Soviética; estudió en la Facultad de Infantería de Marina de la academia militar de Leningrado y ascendió hasta teniente coronel de las tropas de paracaidistas.

En agosto de 1991, cuando servía cerca de las fronteras con Noruega, Watson y su unidad militar fueron movilizados para sofocar la resistencia de Borís Yeltsin al golpe de Estado perpetrado por un grupo de altos funcionarios que se atribuían la misión de salvar a la URSS. Los

infantes de marina pasaron un día entero metidos en un avión, a punto para volar hacia Moscú y, si era necesario, lanzarse en paracaídas sobre la ciudad en apoyo de los golpistas. Pero no hizo falta. El golpe fracasó y las tropas volvieron a sus cuarteles.

Al desmoronarse la URSS, Watson se integró en el Ejército ruso y en diciembre de 1994 fue enviado a la guerra de Chechenia. Estuvo en la secesionista república del Cáucaso hasta febrero de 1995, y esa parte de su biografía debía de resultarle muy dolorosa porque no deseaba hablar de ella y, si se mencionaba, se le nublaba la vista. Pese a su laconismo, entendí que la columna de tanques rusos en la que se desplazaba por Chechenia cayó en una emboscada en la que perecieron la mayoría de sus compañeros. Watson resultó herido y sobrevivió, pero aquella carnicería marcó su vida.

Al volver a su base en el norte de Rusia, el oficial presentó su dimisión, y lo mismo hicieron otros varios camaradas de origen ucraniano. Los mandos rusos intentaron convencerles para que no se fueran. Watson se mantuvo firme y regresó a su país natal. Al ser oriundo de Ucrania, adquirió la ciudadanía de ese país, se alistó en el Ejército y, como jefe de una unidad militar, fue destinado a la República Autónoma de Crimea.

La vida en la península era plácida. En el verano, acampaba con su esposa en las calas desiertas. Por las circunstancias de su biografía, el teniente coronel tenía buenos amigos tanto en la flota rusa como en la flota ucraniana del mar Negro. En 2014, Watson no vivía su condición de ucraniano como algo enfrentado u hostil a lo ruso. Al contrario, mantenía relaciones telefónicas con sus antiguos camaradas, oficiales soviéticos jubilados dispersos por las distintas repúblicas de la URSS, a los que felicitaba en el Día de las Fuerzas Armadas y por Año Nuevo. Aquella red basada en un pasado común le salvó cuando llegó la hora de huir.

En los días que precedieron al pseudoreferéndum con el que Rusia legitimó la anexión, el teniente coronel solía llamar por teléfono a sus antiguos compañeros de armas rusos para inquirir sobre la cuantía de las pensiones y prestaciones sociales que recibiría si Crimea se incorporaba a Rusia. A menudo, manejaba la calculadora para saber si le salía más a cuenta ser ruso o ucraniano.

Watson y yo deambulamos exhaustivamente por la península. Desde Simferópol íbamos a Sebastopol y a Bajchisarái, la capital de la comunidad de los tártaros. Juntos, visitamos la estepa sedienta de agua tras el bloqueo del canal de Crimea del Norte, y también el estrecho de Kerch cuando los «hombrecillos verdes» se apoderaron de la línea de transbordadores que cubrían el trayecto que llegaba a la península de Tamán.

Con Watson me desplazé de una guarnición a otra y, a la entrada de los cuarteles, conversábamos con los militares ucranianos sitiados. Él conocía bien a aquellos oficiales que nos informaban de las presiones de los invasores rusos para que entregaran las armas.

Los militares rusos ganaban mucho más que sus colegas ucranianos y sus pensiones eran también más altas. Pero el teniente coronel K. no se hacía ilusiones sobre el futuro. «Nos pagarán más, viviremos mejor, pero nuestra situación no será estable, porque no tendremos seguridad y seremos víctimas potenciales del terrorismo o de quienes se oponen a la reintegración de las tierras rusas», dijo en una ocasión.

Fuéramos adonde fuéramos en nuestro deambular, a la hora del almuerzo procurábamos

recalar en una cantina de Simferópolis especializada en cocina de Asia Central. Era un local regentado por una familia tártara que había vuelto del exilio en Uzbekistán y estaba siempre lleno.

Circulando por Crimea, el teniente coronel me contó cómo había intentado enriquecerse con la cría de codornices. Transcribí su relato en mi ordenador: *Las desgracias que arruinaron a K. y lo han transformado en un esclavo de los bancos comenzaron cuando iba a lanzar un proyecto que le hubiera permitido vivir desahogadamente. K. pensó que el gran negocio era tener un grupo de codornices para comercializar sus huevos, porque «en veintiocho días, las codornices se hacen adultas y comienzan a poner». K. llegó a tener seis puestos de venta de cosmética, productos químicos y otras mercancías, que transportaba a Crimea desde el gran mercado al por mayor Kilómetro 7 de Odesa. El mercado se llamaba así por su ubicación y era la Meca del comercio en una amplia zona que se extendía desde los Balcanes a la costa del mar Negro. Al Kilómetro 7 iban a comprar los crimeos, los separatistas de Transnistria y los moldavos de Chisináu. Los puestos de K. eran todos ilegales, pero tenían la krisha (en ruso «protección» o «tejado») de un funcionario del servicio de Impuestos, un mandado enviado desde Donetsk con el objeto de recaudar «donativos» para sus jefes (léase: la estructura piramidal de sobornos de la época de Yanukóvich). Aprovechando una ausencia de K., el avieso funcionario hizo que se confiscaran todas sus mercancías por impago de impuestos. Era el castigo por haberse negado a que le aumentaran la tarifa del soborno. El teniente coronel estaba invirtiendo en las jaulas de las codornices en las que veía su futuro, y no podía pagar aquella suma. Los jueces a los que se dirigió ordenaron confiscarle toda la mercancía y le impusieron una multa. Así que se quedó sin las grivnas, sin la mercancía y, lo más duro para él, sin las jaulas para las codornices. Nadie le quiso prestar dinero, y los constructores de las jaulas ya encargadas no le devolvieron siquiera el anticipo. El abogado al que contrató le aconsejó que sobornara al juez, pero el precio del juez era superior al de la mercancía perdida.*

Cuando llegó la hora de abandonar Crimea, Watson me llevó al aeropuerto de Simferópolis. La carretera y el mismo aeropuerto estaban jalonados de vallas publicitarias en las que se ofrecían servicios ya inexistentes o a punto de desaparecer. «Viaje por todo el mundo con las Líneas Aéreas Turcas», «Viaje a Nueva York desde Simferópolis por 7.000 grivnas», «El mundo es suyo», podía leerse en aquellos paneles al aire libre. Dejé a Watson a cargo de mi equipaje en la terminal y fui a fotografiar aquellos carteles que, estaba segura, Rusia no dejaría envejecer porque querría borrar de inmediato las huellas de Ucrania, como de hecho sucedió.

Junto a la terminal del aeropuerto, había un kiosco de prensa y entre la lectura de viaje allí ofrecida estaba *El perro de Baskerville* de Arthur Conan Doyle. Se lo llevé de regalo a K. y se lo dediqué: «De Holmes a Watson, de Watson a Holmes». Nos despedimos. Habíamos vivido unos días históricos yendo de aquí para allá por las carreteras de Crimea.

Después de la anexión, cada vez que volvía a la península llamaba a Watson.

En mayo de 2014, dos meses después, estuvimos en Sebastopol con ocasión del aniversario de la victoria sobre los nazis el 9 mayo de 1945. Volvimos a recorrer juntos Crimea en agosto de aquel mismo año cuando el teniente coronel K. estaba muy afectado por la muerte de un general amigo suyo, compañero de academia, y de varios oficiales del Ejército ucraniano a los que

conocía, al ser derribado su helicóptero por los insurgentes en la zona del ATO (operación antiterrorista, por sus siglas en ucraniano) en el Donbás.

Un par de años más tarde, fuimos al monasterio extrañamente ubicado en el centro de una unidad militar rusa, en lo alto de una montaña perforada por galerías, donde en tiempos soviéticos se guardaron los misiles nucleares de la Flota del Mar Negro.¹ Juntos fuimos a las fortificaciones contra los nazis alemanes que el «alcalde popular» de Sebastopol, Alekséi Chali, había hecho restaurar para que las jóvenes generaciones conocieran las gestas de sus antepasados. Juntos fuimos también de excursión dominical a la casa del poeta Maximilián Voloshin, en la bahía de Koktebel; al museo del pintor Iván Aivazovski, en Feodosia, y al palacio de los janes de Bajchisarái. A estos paseos dominicales invitábamos también a la exfuncionaria local con la que yo había entablado una relación de confianza y juntos los tres nos sentíamos en una pequeña burbuja de libertad.

En octubre de 2022, Watson pudo fugarse con éxito de Crimea gracias a su red de antiguos camaradas soviéticos, aquellos oficiales ya retirados con los que más de tres décadas antes había compartido cuartel, rancho y patria. Los camaradas habían vivido ya sus guerras, unas comunes como militares soviéticos y otras como ciudadanos de los nuevos Estados postsoviéticos.

La camaradería entre aquellos hombres resultó más fuerte que la geopolítica. No eran de los que salían a la calle a manifestarse a favor de la paz, pero la guerra de Putin en Ucrania no era la suya. Ayudar a Watson fue su forma de demostrar que el factor humano, la experiencia de lo vivido, estaba por encima de otras consideraciones.

Watson estuvo varios días en Moscú celebrando el reencuentro con los amigos, para los que preparó un verdadero *borsch* ucraniano. Después de compartir los recuerdos, los amigos de Moscú le mandaron a Omsk (en Siberia) y allí volvieron a recibirle otros amigos, a los que también preparó un *borsch*. Ellos le ayudaron a cruzar la frontera con Kazajistán.

Cuando llamó por teléfono desde un pueblo minero perdido en la inmensidad de la estepa, Watson estaba eufórico. Su ángel de la guarda era esta vez un kazajo corpulento, también oficial soviético retirado, que lo cobijó, le preparó un guiso de cordero, de acuerdo con las tradiciones kazajas, y regó el banquete de bienvenida con chorros de vodka. Watson le preparó su *borsch* y me mandó un selfi del abrazo entre ambos.

Watson se disponía a empezar una nueva vida en Kazajistán. «Pensaré en ello cuando se me pase la resaca, pero siempre me gustó la agricultura y tal vez hasta podría comprar una furgoneta y dedicarme al transporte de pasajeros», comentó. No le duraron mucho estas ideas. Estaba en una zona lejana de los núcleos urbanos significativos, en una aldea de 1.200 personas donde la densidad poblacional rondaba los dos habitantes por kilómetro cuadrado. El transporte interurbano en tanto que modo de ganarse la vida era una empresa arriesgada.

A mediados de octubre de 2022, el teniente coronel K. y su hijo se habían trasladado a Astaná, la capital de Kazajistán, y habían gastado gran parte de sus reservas financieras en unos pasajes para llegar a Irlanda, donde, según le había dicho un conocido, había un buen programa de acogida de refugiados.

El exoficial de los tres ejércitos se despidió de los amigos kazajos, que eran un eslabón más en la cadena de veteranos de la URSS que le protegía. La separación fue breve, porque a las pocas

horas el teniente coronel K. estaba de vuelta del aeropuerto. Los servicios de guardafronteras no les habían dejado marchar, pues su pasaporte era un documento interno ucraniano (equivalente a un carné de identidad) y el de su hijo estaba caducado.

Orientarse en los documentos identificativos de los habitantes de Crimea tras la anexión rusa no es fácil. De forma automática, Moscú convirtió en ciudadanos rusos a todos los ucranianos de la península, a no ser que estos hicieran constar su rechazo a aquella nacionalidad, en cuyo caso, desde el punto de vista ruso, se convertían en «extranjeros» en su propia tierra. Por esta razón, la mayoría de los crimeos aceptaron el pasaporte ruso sin renunciar al pasaporte ucraniano y pasaron a tener de hecho la doble nacionalidad. Cuando cruzaban los puestos de control entre Crimea y el resto de Ucrania, presentaban el pasaporte ruso a los funcionarios rusos y el ucraniano a los funcionarios ucranianos del otro lado.

Tras el fracaso en el aeropuerto, el teniente coronel acudió a la embajada de Ucrania en Astaná para conseguir un pasaporte nuevo. Para ser atendidas, esperaban más de 1.650 personas que, según le dijeron, eran recibidas al ritmo de diez diarias. Se apuntó en la cola. «Vaya llamando», le aconsejaron en la embajada. El teniente coronel no tenía dinero para esperar de brazos cruzados y el que había llevado consigo iba menguando. Había que ponerse a trabajar.

Los amigos le ayudaron a alquilar un piso en las afueras de Astaná y K. decidió gastarse los últimos ahorros en la compra de un coche. Adquirió uno que le pareció adecuado para trabajar de taxista, pero se estropeó en cuanto salió a la calle en busca de clientes. Tras la tercera avería, el automóvil era irrecuperable.

A principios de noviembre, K. volvió a llamarme. Tampoco al hijo le iba bien, pese a ser cocinero profesional. Le habían rechazado en dos restaurantes, porque su especialidad eran pizzas y comida europea, y en Astaná querían *lagmán* y *plov*, platos de Asia Central.

«No deje que las circunstancias le desanimen. Vendrán tiempos mejores», le digo sin demasiada convicción. «¿Y cuántas personas están delante de usted en la cola del consulado ucraniano?» «Quinientas», contesta. Teniendo en cuenta que se registró con el número 1.651, es una buena noticia. Avanzan más rápido de lo previsto. Ahora hay que sobrevivir.

El frío mordía ya en aquel entorno de clima continental extremo. K. no se había llevado ropa de abrigo, así que el gorro, el anorak y las botas eran un gasto más hasta que pudiera abandonar Kazajistán. «No hay vuelta atrás, ahora no hay vuelta atrás», manifestó el teniente coronel.

Pasaron varios meses hasta que Watson, con ayuda de su red de veteranos soviéticos, logró reunir el dinero suficiente para salir de Kazajistán. Estaba ya desesperado cuando al fin, a mediados de enero, lo admitieron en un vuelo con destino a Chisináu, la capital de Moldavia, donde Watson tenía otro amigo, también veterano del Ejército Rojo.

Como en Kazajistán, el antiguo camarada le dio cobijo por varios días hasta su fecha de salida en un vuelo en dirección a Dublín. Antes, el camarada tuvo que salir fiador ante los guardafronteras moldavos, que dijeron «entender» a Watson y, por ello, se mostraron dispuestos a hacer una excepción en el reglamento y permitir que se quedara pese a sus documentos algo confusos. Los guardafronteras solo querían tener la seguridad de que Watson no iría a luchar a la región secesionista de Transnistria y que saldría de Chisináu rumbo a Irlanda a finales de mes.

Como en Kazajistán, Watson degustó los productos locales, bebió por el futuro (esta vez vino

moldavo y no vodka) y conversó largamente con su amigo, a quien preocupaba el posible contagio a Moldavia de la guerra de Rusia en Ucrania. De nuevo, Watson preparó un *borsch* en señal de reconocimiento.

La siguiente conversación con Watson ya fue tras su llegada a Dublín. También allí tenía amigos, pero estos eran refugiados como él y no estaban en disposición de ayudarlo. Las autoridades irlandesas acogieron al teniente coronel y lo enviaron a una ciudad de provincias con una subvención de 990 euros al mes. Lo alojaron en la capilla de un antiguo convento en una habitación con otros catorce refugiados. No encontraba trabajo y le costaba aprender inglés. Estaba deprimido, pero no iba a quedarse ahí. En Crimea, su mujer comenzó los preparativos para reunirse con él en Irlanda. Ella confiaba en que los voluntarios la ayudarían a recorrer aquella ruta de miles de kilómetros. Con las subvenciones de ambos, explicaba Watson, podrían alquilar un apartamento y empezar de nuevo hasta que llegara el día de regresar a Crimea y abrir las ventanas cerradas de su casa.

Volví a conversar con Watson en mayo de 2023. Seguía viviendo en el antiguo convento y continuaba sin trabajo, pero ya estaba haciendo planes para sobrevivir. Había conocido a un irlandés propietario de un café y pensaba que sería una buena idea preparar platos de los pueblos de la ex-Unión Soviética para los clientes del establecimiento. Con sus compañeros de exilio, buena parte de ellos procedentes también de Ucrania y de otras repúblicas exsoviéticas, Watson había intercambiado recetas y también había aprendido a preparar platos del Cáucaso. Ahora, se trataba de hacer un estudio de mercado, a saber, si aquellos consumidores de cerveza aposentados en los pubs sabrían también apreciar las especialidades de la cocina oriental y meridional de Europa. «¿Habría también *borsch*?», le pregunté.

1. Véase el capítulo «Apuntes de Crimea», entrada del 1 de septiembre de 2014.

Apuntes del Donbás

GENTES RECIAS

El carbón y el metal han envenenado los paisajes y endurecido a las gentes del Donbás. En la primavera de 2014 las tensiones en el este de Ucrania permitieron a Rusia desviar la atención internacional, que se había concentrado en la anexionada Crimea. En realidad, Donbás y la península del mar Negro eran eslabones de la cadena que culminó con la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022.

En la primavera de 2009 visité Donetsk para escribir sobre los efectos de la crisis global en aquella aglomeración industrial y minera fundada en 1869 por el galés John Hughes. La atmósfera era de impotencia e irritación por la falta de recursos y por la insensibilidad de Kiev.

Habían transcurrido veinte años desde las grandes huelgas mineras que sacudieron la URSS y evocaron la trayectoria del sindicato Solidaridad de Polonia. Las antiguas minas soviéticas del Donbás se habían dividido en tres clases, según estuvieran privatizadas, arrendadas o continuaran existiendo como propiedad del Estado. En plena acumulación de capital, los dueños y arrendatarios gestionaban su patrimonio con criterios a menudo rapaces y cortoplacistas. En las minas del Estado, las más obsoletas, los sueldos se pagaban con enormes atrasos.

Kiev escatimaba fondos a unos pozos que ni se renovaban ni se cerraban, y los políticos locales estaban resentidos por tener que afrontar las dificultades que las autoridades centrales evadían, como por ejemplo el bombeo del agua subterránea que amenazaba con anegar el subsuelo carcomido de la ciudad de Donetsk.

Los habitantes de la cuenca del Donbás y sus representantes políticos solían argumentar que aquella región era la que más aportaba al presupuesto de Ucrania y también la que menos recibía de él. «Financiamos un país ajeno, un proyecto ajeno. En el oeste son católicos, tratan de rehabilitar a los fascistas y hablan en ucraniano, y aquí somos ortodoxos, tenemos otra actitud ante la Segunda Guerra Mundial y hablamos en ruso», me dijo Nikolái Lévchenko, secretario del Consejo Municipal de Donetsk, en marzo de 2009.

Al subvencionar a regañadientes las minas del Donbás, el Gobierno central sostenía una situación viciada y retrasaba la necesaria reestructuración radical, según me explicaba en la primavera de 2014 el economista Aleksandr Kendyuhov, jefe de cátedra en la Universidad Técnica Nacional de Donetsk.

Los directores de las empresas estatales administraban las subvenciones a su albedrío y las empresas privadas las utilizaban para que el carbón extraído a coste desmesurado pudiera venderse a precio competitivo. Enriquecidos con el dinero público, los empresarios mantenían

modelos de explotación tradicionales en detrimento de los sectores con futuro, como las altas tecnologías, una rama en la que Ucrania aún era capaz de competir gracias a su nivel de investigación en la época soviética, según contaba Kendyuhov. «Desde 2013 la mano de obra ucraniana resulta más barata que la china», sentenciaba el economista.

Tras la huida del presidente Víktor Yanukóvich, la región se quedó sin la protección de su paisano y los rusoparlantes del Donbás, inspirados por la anexión de Crimea y por la propaganda del Kremlin, se orientaron hacia Rusia.

En pocas semanas, unos políticos marginales llenaron el vacío dejado por los mandos del Partido de las Regiones, que se habían esfumado de la vida pública y se habían refugiado en sus propiedades inmobiliarias, en Crimea, en Moscú e incluso en España.

Los oligarcas locales vacilaron. Rinat Ajmétov, el oriundo de Donetsk que llegó a poseer la primera fortuna de Ucrania, desperdició la oportunidad de crear una fuerza o un partido de carácter inequívocamente ucraniano que al mismo tiempo representara a los rusoparlantes. Ajmétov, que tenía perspectivas de incrementar sus negocios en Occidente, se encontró «en la disyuntiva de elegir si le cortaban el brazo izquierdo o el derecho», explicaba metafóricamente un analista de Donetsk.

Las restricciones aduaneras impuestas por el Gobierno de Rusia a Ucrania a partir del verano de 2013 tuvieron un rápido efecto en una región dependiente del mercado ruso, para la cual la ruptura con Moscú suponía una catástrofe económica.

A finales de febrero de 2014, como más tarde, los insurgentes del Donbás tenían ya activos apoyos en Moscú, pero no el respaldo inequívoco del Kremlin, que mostró ciertas reservas iniciales y evitó implicarse del todo formalmente en una nueva aventura en Ucrania. Las llamadas «torres del Kremlin» (la expresión familiar para indicar la diversidad de intereses entre las instituciones del Estado ruso) y sus grupos de apoyo llegaron sin embargo a un consenso implícito: Moscú no iba a abandonar a los rusos del Donbás. Unos defendían esta posición por oportunismo, por considerar que aquella región rusoparlante era una carta para mantener en jaque a Ucrania, y otros, con expectativas más ambiciosas, por su ideología nacionalista y expansionista. En este segundo grupo se incluían el filósofo Aleksandr Dugin, el teórico del concepto de «Euroasia», y el empresario Konstantin Maloféyev, un «cruzado» de la conservadora Iglesia ortodoxa rusa, que participó directamente en la anexión de Crimea y prestó apoyo material y financiero a los separatistas.

La política rusa en Ucrania reflejó el juego de influencias sobre Vladímir Putin. Por su atención competían, por una parte, el Servicio Federal de Seguridad (FSB) y, por la otra, las estructuras políticas vinculadas con Vladislav Surkov, el ayudante presidencial responsable de Ucrania.

«Rusia no nos acepta [...] pero no nos puede abandonar. Encontraremos un punto de convergencia», afirmaba en Donetsk el historiador Miroslav Rudenko, uno de los líderes separatistas locales. «Quisiéramos más ayuda de Rusia, pero entendemos que, debido a las reglas de la diplomacia y de las relaciones internacionales, no nos puede apoyar abiertamente», lamentaba.¹

La situación en la cuenca minera se había ido caldeando durante las turbulencias del

Euromaidán. El 1 de marzo, durante un concurrido mitin en el centro de Donetsk, Pável Gúbarev, el director de una agencia de publicidad local, se declaró «gobernador popular» y reclamó un referéndum regional con tres opciones: ser parte de Ucrania, ser independiente o incorporarse a la Federación Rusa.

«Al sudeste de Ucrania le llamaron Novorossia y esta tierra es en esencia rusa y nunca fue ucraniana», exclamó Gúbarev, quien en aquel mitin dijo admirar al líder bielorruso Aleksandr Lukashenko, al venezolano Hugo Chávez y al ruso Vladímir Putin. El populismo antioligárquico y social-revolucionario de Gúbarev fue una de las pulsiones iniciales de las revueltas del Donbás en la primavera de 2014, pero con el tiempo quedó eclipsado por el revanchismo ruso.

Dos días después de su proclamación como «gobernador popular», Gúbarev y sus seguidores asaltaron la Administración de la provincia y declararon ilegítimo el Parlamento local. Los servicios de seguridad ucranianos lo arrestaron el 6 de marzo, pero lo dejaron en libertad en un intercambio de presos dos meses más tarde, cuando los acontecimientos en Donetsk evolucionaban al margen del activista.

En 2022 Gúbarev tomó las armas y se unió como voluntario a los invasores rusos. «Si [los ucranianos] no quieren que los convenzan, los mataremos. Mataremos a cuantos sea necesario. Mataremos un millón, cinco millones, los mataremos a todos, hasta que entiendan que están endemoniados y que tienen que curarse», afirmó.²

El 7 de abril de 2014 los rebeldes ocuparon la Administración de Donetsk, bloquearon las cámaras de seguridad, retiraron la bandera ucraniana y proclamaron la «República Popular de Donetsk» (RPD). La capital de la provincia quedó en manos de granujas desafiantes que, fusil en ristre y en nombre de la revolución, saqueaban establecimientos, detenían y robaban a los ciudadanos y se marchaban de los restaurantes sin pagar. De los expositores de las grandes marcas automovilísticas internacionales desaparecieron como por arte de magia los lujosos coches que no pudieron ser evacuados a tiempo.

Mientras los órganos de orden público contemplaban pasivamente los asaltos y robos de armas en comisarías y dependencias oficiales, los rebeldes ampliaban su control en la cuenca del Donbás. «Intentamos explicar a las autoridades locales que el proyecto “Ucrania” se ha acabado y que las posibilidades de negociación se reducen con cada muerto», decía Rudenko.³

En la noche del 11 al 12 de abril aparecieron en Slaviansk (a 120 kilómetros de Donetsk) unos enmascarados que recordaban a los que ocuparon Crimea en febrero, aunque más gruesos, más maduros y con uniformes más dispares que aquellos. Los dirigía el coronel retirado del FSB Ígor Guirkin, alias *Strelkov*, que había participado en la anexión de Crimea. Hombre curtido en Chechenia y los Balcanes, había llegado a Slaviansk desde la península del mar Negro con ayuda de Serguéi Aksiónov (el nuevo líder prorruso de Crimea), según contó posteriormente.⁴ Guirkin-Strelkov y sus hombres se atrincheraron en los edificios públicos y se fundieron en una única estructura con los insurgentes que ya dominaban la localidad.

El 14 de abril, en Kiev, el presidente en funciones de Ucrania, Oleksandr Turchínov, decretó «medidas para superar la amenaza terrorista y mantener la integridad territorial de Ucrania». Esa

fecha se considera el inicio de la operación antiterrorista (ATO).

El 11 de mayo los insurgentes de la autodenominada República Popular de Lugansk (RPL) y los de la RPD celebraron sendas consultas para preguntar a los ciudadanos si apoyaban la independencia de las «repúblicas populares».

A diferencia de la consulta efectuada en Crimea, las de Donetsk y Lugansk no inquirían sobre la incorporación a Rusia. Moscú no había definido aún el alcance y el ritmo de su actuación en la región y cuatro días antes del referéndum Putin pidió a los «representantes del sureste de Ucrania y a los partidarios de la federalización del país» que lo «pospusieran» con el fin de «crear las condiciones necesarias» para el diálogo.

«En vísperas del referéndum los “asesores” de Moscú en el sentido más pleno de la palabra [nos] acosaron con sus recomendaciones sobre qué preguntas introducir o no en las papeletas de votación. Como resultado [...] desapareció la pregunta sobre la incorporación de la RPD a Rusia», explicaba Aleksandr Vaskovski, uno de los fundadores de la RPD, un año después de la proclamación de «independencia» del territorio secesionista.⁵ Después, «cuando ya no quedaba prácticamente tiempo para prepararse», los consejeros rusos «pidieron con insistencia aplazar el referéndum y, por si acaso, no nos trajeron las papeletas que habían prometido ni los medios para realizar la consulta». «Imprimimos las papeletas con nuestras fuerzas en los últimos días», añadía Vaskovski, que fue uno de los líderes del primer Parlamento asambleario de la RPD.

Los rebeldes, a los que el líder ruso había inspirado, estaban ya decididos a probar que eran dignos hijos de la gran Rusia y dieron por celebrado el «referéndum», pese a la falta de las listas reales del censo, la huida de una gran parte de la población y el limitado control del territorio.

Los insurgentes anunciaron unos resultados apabullantes a favor de la independencia. Según ellos, en la RPD la asistencia fue de un 74,87%, con un 89,07% de votos a favor, y en la vecina RPL hubo un 81,5% de participación y un 96,2% de votos a favor. Los votantes no fueron tantos como aseguraban los rebeldes, pero sí fueron muchos más de lo que Kiev pretendía.

La revolución de 2014 no mejoró la vida de los trabajadores que sostenían la economía del Donbás. Al contrario, la situación se fue deteriorando y empeoró seriamente a partir de marzo de 2017 cuando, en respuesta al bloqueo del comercio con las «repúblicas» impuesto por Ucrania, los separatistas proclamaron la «dirección exterior» de las empresas ubicadas en la zona de su control.

Aquella confiscación, supuestamente temporal, despojó a los oligarcas ucranianos de sus propiedades. Vetadas en el mercado interior ucraniano, las exportaciones de carbón y metal pasaron a depender de intermediarios en Rusia, que borran las huellas del origen de la mercancía. De la intermediación se encargó la compañía Vneshtorgservis bajo la supervisión de Serguéi Kúrchenko, un oligarca de Járkov que había sido persona de confianza de la familia Yanukóvich. Las transacciones financieras se hacían a través del territorio secesionista de Osetia del Sur, en el Cáucaso, pero los beneficios no llegaban a los mineros, cuyas protestas eran reprimidas.

En nombre del llamado Sindicato Independiente de los Mineros, Aleksandr Vaskovski

exhortó a los trabajadores de las minas a organizar protestas y huelgas para reclamar sus derechos ante los nuevos patronos, que resultaron mucho más depredadores que los oligarcas expropiados. Los medios de comunicación de la RPD acusaron de traidor y estafador a Vaskovski, un convencido partidario de la unidad del proletariado que se trasladó a San Petersburgo huyendo de sus antiguos colegas. En 2021, Kurchenko fue cesado al frente de Vneshtorgservis y sustituido por un funcionario y empresario ruso.

Hasta febrero de 2022 la historia de los independentistas de Donetsk es comparable a la de unos hijos que reclaman en vano una mayor atención a su madre. Así lo reflejaban a lo largo del tiempo los insurgentes más inclinados a la reflexión, como Andréi Purguín, jefe del Parlamento de la RPD, o de Aleksandr Jodakovski, comandante del grupo armado Vostok. «No podemos ni tenemos intención de existir sin Rusia. Defendemos nuestra identidad local, que es parte de la identidad rusa y del mundo ruso. No vemos nada anormal en la dependencia de Rusia, aspiramos a ella y vamos a convencer a Rusia de que somos parte de ella», decía Purguín.⁶

En Moscú se resistían. Al Kremlin le preocupaban las eventuales consecuencias de implicarse más en el conflicto, cuando apenas había comenzado a integrar Crimea en el tejido del Estado ruso. Desde el Donbás, los nuevos «clientes» del Kremlin enviaban regularmente a sus emisarios a Moscú en busca de apoyo. Aquellos provincianos testarudos, diferentes entre sí por estatus, educación y biografía, aguardaban largas horas en las antesalas del Kremlin, abroncados a veces por funcionarios de bajo nivel, o esperaban pacientes en algún café frente a la Duma estatal a que algún auxiliar saliera a recoger los documentos que ellos llevaban a los legisladores.

En la larga marcha hacia la madre Rusia los rebeldes tuvieron momentos de crisis, de duda y de desconfianza hacia las intenciones de Moscú. En julio de 2014 –poco antes del derribo del avión de las líneas aéreas de Malasia con 298 personas a bordo–, un insurgente de Donetsk, al que llamaré Víktor, confesaba sentirse abandonado. «¡Putin ya ha conseguido Crimea!», exclamaba con rabia. «Nadie va a perdonarlo en el Donbás, si no nos ayuda. De Petró Poroshenko [el presidente de Ucrania] ya sabíamos lo que podíamos esperar, pero Putin nos inspiró y ahora nos deja solos», afirmaba con decepción aquel veterano de los órganos de Seguridad de la RPD. Moscú, decía, ignoraba sus desesperadas peticiones de socorro, les negaba las armas o no les daba suficientes.

«Putin ha cumplido su programa. Ucrania no ingresará en la OTAN y Europa seguirá dependiendo del gas ruso. Rusia está satisfecha de sí misma y de sus éxitos. ¿Para qué necesita una nueva guerra? ¿Para qué nos necesita a nosotros?», razonaba Víktor.

En su discurso inaugural como presidente, Poroshenko intentó atraer a los residentes en los territorios secesionistas. Les ofrecía garantías para el uso de la lengua y programas de reconstrucción económica, pero se negaba a hablar con los líderes insurgentes. «Necesitamos un socio legítimo para dialogar. No vamos a hablar con los bandidos y los diputados locales ya no representan a nadie», dijo.

Ucrania intensificó la ofensiva bélica y el 5 de julio consiguió recuperar Slaviansk y Kramatorsk, dos importantes bastiones separatistas. Acosado, Strelkov tuvo que abandonar Slaviansk y, al frente del pequeño ejército que había formado, emprendió camino hacia Donetsk, donde la población civil temía que los insurgentes la utilizaran como escudo defensivo. Otros

líderes separatistas reprocharon al coronel que se hubiera ido de Slaviansk dejando abandonadas a las familias de los combatientes locales.

Guirkin-Strelkov tuvo una relación conflictiva con los líderes de la RPD, que lo veían como un frío personaje poseído por la idea del imperio e indiferente ante los problemas de la población local. En agosto, Strelkov cesó como ministro de Defensa y, posteriormente, un tribunal internacional lo condenó en ausencia por su responsabilidad en el derribo del avión malasio.

Además de Strelkov, en el verano de 2014 abandonaron Donetsk otros personajes que habían llegado en los inicios de la revolución para ayudar a levantar las nuevas «repúblicas», como Aleksandr Boradái, especialista en tecnologías políticas, que ejerció como primer ministro, y Vladímir Antuféiev, el exjefe del Comité de Seguridad de Transnistria, que fue responsable de la seguridad en la RPD.

Tras la marcha de los forasteros, el separatismo pasó a ser liderado por personajes locales, por lo menos formalmente. Sobre el terreno, Rusia mantenía consejeros, tutores e instructores. Los dirigentes autóctonos, que Ucrania etiquetaba como «marionetas» del Kremlin, carecían de alternativas.

En los ocho años que median entre la creación de las «repúblicas populares» y la invasión rusa, los insurgentes con mayor capacidad de análisis oscilaron entre la frustración y la esperanza en relación a Rusia. Pero el sentido de misión y el orgullo de pertenecer al «mundo ruso» se mantuvieron como denominador común de quienes hasta hacía poco decían sentirse «ucranianos». La identidad era un sentimiento movedizo y aquellos iluminados se subordinaron disciplinadamente a Vladímir Putin, el líder de la cruzada por el mundo ruso.

A través de la frontera ruso-ucraniana controlada por los secesionistas con apoyo ruso, Moscú aseguraba la subsistencia de las repúblicas rebeldes y las abastecía con bienes de consumo básicos y también con equipo bélico. Los «tutores» rusos frenaban las iniciativas desviacionistas o arriesgadas de los líderes locales y dirimían los conflictos entre ellos.

Los esfuerzos diplomáticos emprendidos por la UE, Ucrania y Rusia desde la misma primavera de 2014 culminaron en los Acuerdos de Minsk, que se firmaron en la capital bielorrusa en dos fases: primero en septiembre y después, más detallados, en febrero de 2015, bajo los auspicios de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE).

Los Acuerdos de Minsk rebajaron el nivel de violencia en el Donbás, por cuanto establecieron un alto el fuego, delimitaron una zona de separación a lo largo de toda la línea del frente, restringieron el uso de armas de gran calibre y avalaron una misión de observadores dependientes de la OSCE, que hasta febrero de 2022 documentó las violaciones del alto el fuego.

La tregua lograda en Minsk en febrero de 2015 se prolongó con altibajos hasta que el presidente Putin envió sus tropas a apoderarse de toda Ucrania. Antes de atacar, Moscú había fijado su narrativa: Occidente manipulaba a Ucrania contra Rusia y los «fascistas y nazis ucranianos» habían iniciado una gran ofensiva para aniquilar a la población rusa del Donbás. Los informes regulares de la OSCE en aquella época desmienten este punto.

El 24 de febrero de 2022, a los separatistas, que llevaban años implorando el amor de Moscú, les llegó la hora de realizar su sueño. Por fin iban a ser reconocidos como hijos de la Madre Rusia. Aquello tenía un precio. Los adolescentes del Donbás fueron enviados al frente y, como

ellos, centenares de miles de rusos marcharon a la guerra con la misión de matar o morir.

MARGINALES AL ASALTO DEL PODER

Mariúpol y Donetsk, 10 de abril de 2014

Llegamos a Mariúpol de madrugada. El hotel Poseidón no ha salido aún del letargo invernal. El establecimiento, que perteneció a la fábrica Metalurg antes de ser privatizado, está frente a un mirador que se abre al mar de Azov. Bajo los sauces llorones del jardín se alza la estatua del escritor Maksim Gorki. Quedan un centenar de kilómetros hasta Donetsk.

El trayecto hasta aquí comenzó en Chisináu, la capital de Moldavia, y continuó por el territorio secesionista de Transnistria y por el *Dike pole* (Campo Salvaje), como se llaman las vastas llanuras del norte del mar Negro que los cosacos comenzaron a colonizar en el siglo XVI para rechazar las incursiones de los nómadas de la estepa. De noche, el *Dike pole* se parece a una inconmensurable cueva oscura y silenciosa, donde solo de tarde en tarde se divisa alguna que otra lejana luz.

A primera vista el paisaje urbano ocupado por los rebeldes en Donetsk es un reflejo especular del Euromaidán de Kiev: barricadas y sacos terreros en la calle y una cantina improvisada en el vestíbulo de la Administración, un espacio sucio, lleno de mochilas, bolsas de plástico y prendas de camuflaje. Por la escalera, unos milicianos suben unas cajas de madera marcadas con unas cifras. «Armas», pienso, y recuerdo aquella –para mí sospechosa– planta cerrada con llave en la Casa de los Sindicatos de Kiev, que los activistas del Euromaidán no mostraban ni a corresponsales ni a diplomáticos, ni siquiera cuando un grupo de estos últimos fue invitado a visitar el edificio para que comprobaran por sí mismos cómo organizaban su trabajo los revolucionarios.

En la plaza, frente a la Administración de Donetsk, los manifestantes coinciden en señalar las causas de su protesta. Temen que la lengua ucraniana les sea «impuesta» y se oponen a los «fascistas» del oeste del país. Opinan que la situación económica se ha deteriorado («en las minas ha habido reducción de plantilla y salarios»), reclaman justicia social y se quejan de los oligarcas locales de un modo parecido a como se quejaban los huelguistas soviéticos de 1989 de los directivos de las minas y de los funcionarios comunistas.

Pero la forma actual de vivir la desigualdad no es la misma que a finales de los ochenta, cuando el Partido Comunista de la URSS iba a ser desmantelado y el desequilibrio social se expresaba en el contraste entre las neveras supuestamente llenas de exquisiteces atribuidas a los jerarcas del Partido y las escaseces que sufrían los ciudadanos de a pie. Ahora, las iras populares se proyectan sobre los oligarcas que obtienen colosales beneficios a costa de la explotación de unos trabajadores que en este sistema de capitalismo salvaje están más desprotegidos que en la sociedad paternalista de la URSS.

¿Cómo se perciben a sí mismas estas gentes insatisfechas? ¿Ucranianos o rusos? «Antes de estos acontecimientos nos sentíamos ucranianos, pero ahora, cada día que pasa ese sentimiento disminuye porque nos tratan como gente de segunda clase, pisotean nuestra historia y la memoria

de nuestros antecesores», dice Andréi, miembro del grupo encargado de preparar el referéndum de la RPD. Como otros, Andréi se jacta de no haber aprendido nunca ucraniano y de no haber querido aprenderlo.

«Nos tratan como si fuéramos biomasa», dice Aleksandr Vaskoski, que es miembro del grupo. «Somos patriotas de nuestra región», añade. Todos los interpelados expresan indignación por la «falta de respeto» y por «las imposiciones» de las que creen ser objeto.

«Kiev nos quiere cercar con alambre de espino», afirma Liuda, una pintora de brocha gorda que es miembro del primer «Parlamento provisional» de la RPD. Por su parte, Ígor Jakisianov, responsable de seguridad de los amotinados, afirma sentirse ciudadano de la URSS, a pesar de que lo único que recuerda de aquel país son los helados de nata.

Jakisianov fue el primer ministro de Defensa de los secesionistas del 10 de abril al 7 de mayo de 2014, cuando fue detenido en Mariúpol. En septiembre de 2014 fue liberado en un intercambio de prisioneros.

La rueda de prensa diaria de los secesionistas es en el piso número 11 de la Administración provincial, que fue ocupada por los insurgentes el 6 de abril. El ascensor no funciona. La lista completa del «gobierno provisional» formado por los rebeldes es casi un secreto, pues los líderes revolucionarios temen ser detenidos y discrepan sobre las preguntas a incluir en un referéndum sobre su futuro. Al final del día aparece Denis Pushilin, que se presenta como responsable de los asuntos políticos en el «gobierno provisional». Pushilin es oriundo de Makeevka, uno de los núcleos de la aglomeración industrial de Donetsk, y antes de sumarse a la revolución había trabajado en una empresa que se hizo famosa en los años noventa por organizar pirámides financieras.

Los rebeldes mantienen conversaciones con el recién nombrado gobernador de Donetsk, el empresario Serhiy Taruta (oligarca local y fundador de la Unión Industrial de Donbás), y una delegación de altos cargos ucranianos. No hay sintonía. Taruta exige a los amotinados que desocupen la sede de la Administración y entreguen las armas. Los rebeldes creen que sus interlocutores ya no están en disposición de exigir nada y que la suerte está echada.

Donetsk, 12 de abril de 2014

La rebelión se extiende y se arma. Los activistas de la RPD ocupan varias comisarías de policía y la sede local del Servicio de Seguridad de Ucrania de Slaviánsk. Los guardianes del orden dudan entre apoyar a los insurgentes o mantener la lealtad a Kiev. Indecisos, ganan tiempo y guardan sus cartas en tanto no se vea cómo evolucionan los acontecimientos.

Donetsk-Slaviánsk, 13 de abril de 2014

Por la mañana se celebra un gran mitin junto a la Administración provincial de Donetsk: «*Junta get, Junta get*» («fuera la Junta», en ucraniano), corea la multitud refiriéndose a los dirigentes provisionales del Estado. Vamos a Slaviánsk a ver a los enmascarados que han tomado esa

localidad.

Los enmascarados llevan fusiles Kaláshnikov y han ocupado el puente sobre el río Kazioni Torez. Uno de ellos se presenta como Artur Airiapetián, *atamán* (jefe) de un destacamento de cosacos de veintiséis individuos. Él y sus hombres, explica, vinieron anteayer en autobús desde Simferópol, en Crimea, y recibieron las armas al llegar a Slaviansk.

Donetsk, 14 de abril de 2014

Ucrania ha decidido usar el Ejército. Sus dirigentes se impacientan. No quieren mostrar la pasividad que exhibieron en Crimea. No quieren legitimar a los rebeldes aceptándolos como interlocutores y niegan que este conflicto sea una guerra civil entre partidarios de distintos modelos de Estado.

Kiev prefiere abordar los enfrentamientos exclusivamente como parte de una guerra con Rusia en la que los separatistas actúan como peleles de Moscú y no deciden nada. Los dirigentes ucranianos tienen gran responsabilidad en lo que está pasando: no fueron conscientes de su propia fragilidad, sobreestimaron su capacidad frente al oso ruso y también el grado de apoyo que Occidente les iba a prestar.

Esta crisis podría ser el comienzo de una terrible guerra civil o quién sabe si de la Tercera Guerra Mundial. La desintegración de la Unión Soviética no ha concluido aún y estamos sumergidos en procesos que comenzaron a gestarse a fines de los años ochenta. Me sería útil entender los sentimientos de las comunidades de habla alemana en los restos del Imperio austrohúngaro antes de que Adolf Hitler se anexionara los Sudetes.

Donetsk, 15 de abril de 2014

Un sacerdote ortodoxo acogió y ayudó a los milicianos armados hasta los dientes que ocuparon Slaviansk el 12 de abril. El sacerdote, Vitali Veseli, los albergó en el Centro Educativo de Cultura Eslava del que es director y propició la fusión de las milicias forasteras con los sublevados locales. Lo cuenta Nelia Shtepa, la alcaldesa de Slaviansk, tras participar en una reunión con el gobernador, Serhiy Taruta.

La alcaldesa apoyó inicialmente a los insurgentes, pero luego alegó que había actuado para evitar una matanza cuando los rebeldes ocupaban la comisaría municipal, donde habían robado armas y tenían a casi trescientas personas como rehenes.

El testimonio de Shtepa es el de una persona asustada, con inexactitudes, lagunas y contradicciones, pero, de ser cierto lo que cuenta, Veseli, sacerdote de la Iglesia ortodoxa dependiente del patriarcado de Moscú y rector de la Iglesia de la Santa Resurrección de Slaviansk, habría ayudado a los ocupantes rusos a establecer una avanzadilla en el este de Ucrania.

«Esta es una situación extraordinaria, pero no soy yo quien debo declararla; son el Gobierno y los órganos del orden público quienes deben darle nombre a esto», dice Shtepa. Y prosigue: «Hoy tengo dos muertos y once heridos en la ciudad. [Los insurgentes] disparan sobre la

población y tirotean a los transeúntes desde los coches. Lo destrozan todo y amedrantan a todos. Las empresas han cerrado porque, en nombre de la revolución, les confiscaban los camiones para reforzar las barricadas. Dispararon contra una columna militar, formada por varios carros blindados y un camión, en una zona de aparcamiento cercana a la ciudad. Diez minutos después de que yo conversara con los oficiales, un insurgente les disparó a quemarropa, mató al conductor [de uno de los vehículos del grupo] e hirió al oficial con el que yo había hablado.» «Esta noche, un hombre que se dirigía de Járkov a Berdiansk fue detenido por unos de esos chicos eslavos que juegan a la guerrita y que se creen los más importantes del mundo. Le dispararon cuando se negó a que le registraran el coche y lo están operando para salvarle la vida.»

Shtepa explica así la entrada de los forasteros en Slaviansk. «La ocupación sucedió hace tres días, pero hace cinco esos milicianos se reunieron cerca de Artiómovsk (hoy Bajmut), en la carretera a Rostov, en dos camiones Kamaz llenos de gente armada y después, por acuerdo con nuestro cura ortodoxo, el padre Vitali, se instalaron en su centro. Por la mañana, a las ocho, me llamaron los vecinos del sacerdote para decirme que habían visto unas 150 personas totalmente armadas saliendo del centro y que a ellas se les habían sumado otras 300, invitadas por el padre Vitali. Eran exafganos, exmilitares que se unieron a los rebeldes y que han recibido armas y competencias para hacer lo que quieran en la ciudad.»

«Cuando supe que habían ocupado la comisaría local y vi a cincuenta francotiradores equipados con instrumentos de visión nocturna y lanzagranadas, entendí que podían disparar y pedí a la multitud que se había concentrado que se dispersara.»

Shtepa conversó con los ocupantes «para que liberaran a los detenidos en la comisaría de policía». «Actué cuando tenían 278 rehenes y todo lo que se hizo fue para que los soltaran. Me marché cuando el último policía salió del sótano. Coordiné todas mis actuaciones con Kiev y con Donetsk, y cada cinco minutos conversaba con [el gobernador de la provincia] Serhiy Taruta. Y ahora me quieren acusar de separatismo.»

Según Shtepa, los insurgentes «han traído cerca de mil fusiles ametralladores a la ciudad» y «poseen cerca de cien lanzagranadas capaces de perforar el blindaje de los tanques». Además, «confiscaron cuatrocientas pistolas y veinte rifles ametralladores a la Policía, y todo eso lo han repartido entre nuestros ciudadanos».

La alcaldesa opina que los insurgentes «están esperando a que se declare una operación antiterrorista para pedir ayuda a las tropas de Rusia». «En Slaviansk hay 158.000 personas, y de ellas, mil están en las barricadas. Las 157.000 restantes me dicen que quieren seguir en Ucrania.»

Shtepa fue sustituida por un «alcalde popular» y tras los sucesos de los que fue protagonista, pasó años enfrentándose a acusaciones ante los tribunales ucranianos por atentar contra la integridad del Estado y colaborar con el terrorismo. Fue encarcelada en Járkov y estuvo después bajo arresto domiciliario, pero consiguió que, en 2019, el Tribunal de Derechos Humanos de Strasburgo condenara al Estado ucraniano a pagarle 2.600 euros como compensación moral por la conculcación de sus derechos y 1.000 euros en costas. En 2020 se presentó sin éxito a las elecciones a alcalde de Slaviansk.

Donetsk, 16 de abril de 2014

Con tanta desinformación, es muy difícil orientarse sobre quién es quién en este zoo. De ahí la idea de describir la escalera de la ocupada Administración provincial, una escalera que es a la vez concreta y simbólica:

Debido al bloqueo de los ascensores, la escalera es la única forma de llegar al piso once, donde por lo general dos veces al día los líderes de la RPD celebran reuniones y conferencias de prensa. [...] El acceso a cada piso ha cobrado ya una atmósfera particular. En las primeras plantas, muy concurridas, se reparte comida y bebida de una forma que recuerda a los manifestantes del Euromaidán en la sede de los sindicatos de Kiev: Las mismas abundantes conservas caseras y el mismo olor a ajo como muestra de una cultura que, tanto en el este como en el oeste, da gran importancia a la comida doméstica.

Más arriba, comienzan los misterios, pero estos se custodian detrás de los cerrojos, los enmascarados de guardia en los rellanos y las barricadas formadas por muebles atrancando las puertas. En la escalera, las señales entre tramo y tramo más bien son de circulación. En el piso sexto se apuntan voluntarios para las «milicias populares» y en el acceso a la planta cuelga una lista de quince ciudades en las que se busca representantes para «difundir información y coordinar a los habitantes».

En el piso siete colgaba hasta hace poco una octavilla dando consejos sobre cómo organizar un mitin para atraer al máximo a los periodistas. La declaración del mitin debía ser leída por «una chica o una mujer de 25-30 años», que debía «ensayar». «Lo más importante es que esa mujer, cuando lea la carta, infunda confianza» y, por supuesto, «hasta el mitin nadie debe saber sobre esta carta-declaración excepto los organizadores y la mujer que leerá».

En todo el edificio vive gente, que se ha hecho con un espacio propio. Hay representantes de los pueblos mineros, de las organizaciones prorrusas, y cada uno se instala donde puede. Y algunos hasta encontraron forma de ducharse en lo que fue la peluquería de la Administración.

En cada rellano, hay chicos en traje de camuflaje. En los últimos días la RPD parece haber hecho progresos en recoger la basura y las colillas. Por lo menos hay bolsas de plástico. En el piso ocho un letrero indica «plaza de Lenin». En el piso nueve un retrato de Viktor Yanukóvich con el nombre deformado hasta transformarlo en un conjunto de términos soeces. A lo largo de toda la escalera se repite el aviso de reclutamiento de «milicias populares» en el despacho 610 y también las barricadas y barras de hierro que impiden entrar sin pase [...]. Los pases, explica un aviso, son de tres grupos y solo el tercero da acceso general y posibilidad de guiar hasta diez personas por los controles y «puestos de filtración».

En el piso once del edificio ocupado hay una caricatura de Obama. Al presidente de Estados Unidos lo representan como un orangután con una cría en los brazos, caracterizada como el primer ministro de Ucrania, Arseni Yatseniuk.

En un rellano, una foto y una advertencia: «No dar dinero a esta mujer. Es una estafadora», y [...] fotos de supuestos «provocadores». No podía faltar una famosa foto de la guerra civil española y un lema clásico: «No pasarán». [...] En la calle, por los altavoces suenan marchas patrióticas rusas y canciones de la época soviética.⁷

Donetsk, 17 de abril de 2014

Tenemos tres muertos. Han sido víctimas de un enfrentamiento nocturno en una base perteneciente al Ministerio del Interior de Ucrania en Mariúpol. La versión de Kiev es que los activistas asaltaron la base. La de los activistas es que cayeron en la trampa de un falso aviso, según el cual la dotación de la base quería «pasarse al pueblo».

Ayer militares ucranianos, tripulantes de seis carros de combate, se entregaron a la RPD en Kramatorsk. En Kiev el presidente en funciones, Oleksandr Turchínov, ha amenazado con disolver la brigada motorizada de Dnipropetrovsk (hoy Dnipro) a la que pertenecían los tráfugas, participantes en la operación antiterrorista (ATO). Los tanques fueron conducidos como trofeos a Slaviansk.

El incidente evidencia cuán frágiles son las lealtades en Ucrania o cuán desorientados están estos chicos enviados a controlar el territorio. La fiscalía de Donetsk, todavía sometida a Kiev, amenaza con penas de hasta quince años de cárcel a los responsables de haber entregado equipo y armamento. Desde Dnipropetrovsk, el gobernador, Íhor Kolomoiski, uno de los más poderosos oligarcas de Ucrania, propone comprarles las armas a los insurgentes.

A lo largo del día, varios cazas ucranianos han sobrevolado la Administración provincial. Desde el piso 11 pudimos oírlos muy cerca sobre nuestras cabezas durante la rueda de prensa de los «dirigentes *de facto*».

Donetsk, 18 de abril de 2014

Vladímir Putin ha perdido el sentido de la realidad y en su mundo de fantasía juega con los mapas, la historia y el espacio. Veremos si la alucinación colectiva que ha provocado en este entorno desorientado se encauza pacíficamente o si desemboca en la guerra. Mientras tanto, los insurgentes se niegan a participar en las elecciones presidenciales de Ucrania convocadas para mayo y argumentan que Yanukóvich, al que desprecian, sigue siendo el presidente oficial hasta diciembre. Nadie cree ya en esta figura devaluada y convertida en un rehén de Rusia. Los secesionistas quieren ganar tiempo para hacerse fuertes y siguen discutiendo por las preguntas a formular en el referéndum.

Donetsk, 19 de abril de 2014

En su conferencia anual en Moscú, Putin intentó fundamentar su visión del futuro mediante juegos malabares con las épocas y los territorios que pertenecieron al imperio ruso o a la URSS. Su malabarismo erosiona la base jurídica del Estado y cuestiona las fronteras de países reconocidos por la ONU. Como un tahúr, Putin maniobra con términos y conceptos y la «suerte» está siempre de su lado.

La Rusia de Putin no acepta su propia responsabilidad en la fragmentación del Estado soviético y, con ayuda de un poderoso aparato de propaganda y una política crecientemente represiva, alimenta el sueño de recuperar el papel de la Unión Soviética.

Erigido en guardián y monopolista de lo «ruso», Putin ha desempolvado los mapas

administrativos de hace siglos y se ha referido a las regiones del sur y este de Ucrania como Novorossia, lo que equivale, según él, a la suma de las provincias de Járkov, Donetsk, Lugansk, Jersón, Nikoláyev (forma rusa de Mikoláiv) y Odesa. Esos territorios, ha dicho, «en la época zarista no estaban en Ucrania, sino que le fueron entregados más tarde. Sabe Dios por qué».

El viernes, tras seguir la conferencia de prensa de Putin por televisión, Iván, un vecino de Zugrés, descubrió su «verdadera identidad». Ha dejado de ser «ciudadano de Ucrania» y se ha convertido en «ciudadano de Novorossia». «¿Sabía usted que era ciudadano de Novorossia antes de que Putin mencionara esta palabra?», le pregunto. «No lo sabía, pero lo intuía», concede mi interlocutor.

Zugrés, 20 de abril de 2014

Domingo de Pascua en Zugrés, una localidad a cuarenta kilómetros al sudeste de Donetsk que fue fundada en 1929 para acoger a los obreros del embalse y de la presa de Zuevskoe. Cuando llegamos, el padre Borís está ya bendiciendo los *kulich* (unos tradicionales bizcochos pascuales) y los cestitos llenos de huevos decorados, el tocino, el embutido, los pepinos y el vino, que le han traído sus feligreses.

La ciudad entera ha salido a la calle para ser bendecida. Acompañados de sus niños y sus mascotas, los fieles modestamente vestidos se alinean detrás de sus viandas mientras el párroco les rocía con agua bendita.

El fontanero Vladímir espera a que pase la Pascua para emigrar a Rusia y está ya disolviendo la pequeña empresa que fundó cuando dejó la Fábrica Energética Mecánica, productora de grúas y construcciones metálicas, que empleaba a 5.000 personas y tenía clientes en toda la Unión Soviética. La fábrica agoniza y su plantilla se ha reducido a varios centenares de personas. En la localidad, de cerca de 30.000 habitantes, hay una central eléctrica privatizada por el magnate Rinat Ajmétov. El grupo empresarial de Ajmétov paga los salarios con puntualidad, pero en Rusia se gana más. «Con Yanukóvich estábamos mal, pero había estabilidad. Ahora, no espero nada de estos fascistas», dice Vladímir refiriéndose a los dirigentes en Kiev. «Estoy dispuesto a empuñar las armas para defender a mi familia», asegura.

Muy respetado en Zugrés, el padre Borís pertenece a la Iglesia ortodoxa dependiente del Patriarcado de Moscú, que en Ucrania coexiste con la Iglesia ortodoxa del Patriarcado de Kiev. En cada servicio litúrgico, reza por la reconciliación entre «los hermanos que se odian» y por «el fin de los enfrentamientos, los asesinatos y el desorden» en aumento. «Entre el este y el oeste de nuestro país las relaciones han sido tensas, pero nunca llegamos a esta hostilidad fratricida», dice.

La nostalgia de la URSS está asociada a las fábricas locales que producían, exportaban y generaban bienestar y a los sindicatos que ofrecían vacaciones gratuitas en la costa. Desde que Rusia comenzó a reducir sus pedidos, la localidad está en decadencia: la clínica y la residencia obrera están cerradas, el privatizado centro de prevención médica está en ruinas y, por falta de niños, la vieja escuela nunca llegó a ser reemplazada por la nueva, ya construida. Una estatua dorada de Lenin preside la desierta plaza principal de Zugrés y a su alrededor crece la hierba;

algo más allá hay un reloj de dos esferas enfrentadas en lo físico y en lo simbólico, pues miran en dirección opuesta y marcan horas diferentes. En el ayuntamiento representantes de la RPD preparan el referéndum.

Tres muertos y varios heridos es el balance del asalto en un puesto de vigilancia de los secesionistas en las cercanías de Slaviansk. El «alcalde popular» de esta localidad, Viacheslav Ponomariov (nombrado de forma asamblearia en sustitución de la alcaldesa Shtepa), ha pedido al presidente Vladímir Putin que envíe tropas pacificadoras a Ucrania para defender a los rusoparlantes. El incidente rompe la tregua de Pascua.

Donetsk, 21 de abril de 2014

Los países postsoviéticos deberían haber evitado que Moscú monopolizara «lo ruso» en lo que se refiere al idioma y la cultura. Sobre todo, deberían haber evitado que Rusia se quedara con la lengua como patrimonio exclusivo. Ucrania debería haber reivindicado como suyos a Isaak Bábel, Mijaíl Bulgákov o Nikolái Gógol, porque todos estos escritores «rusos» son suyos también. Pero Kiev se los dejó a Rusia. Y en cuanto a los ucranianos de lengua rusa, creo que si el «proyecto Ucrania» hubiera sido económica y socialmente atractivo para ellos, el idioma no hubiera sido motivo de conflicto y la situación hoy sería otra.

La UE tiene parte de la responsabilidad por las turbulencias que vive Ucrania. No supo ver cuánta miseria, cuantas susceptibilidades y cuántos estereotipos habría que haber abordado y superado en estas regiones orientales antes de presentarle opciones nuevas que, con la ayuda interesada de Rusia, despertaron su miedo y reforzaron a los nostálgicos de la URSS.

En estas zonas castigadas por las depredadoras políticas de privatización postsoviéticas, Bruselas debería haber impulsado proyectos modestos, pero con resultados visibles, que ayudaran a las pequeñas comunidades y a los individuos a valerse por sí mismos y a confiar en Occidente.

En 2023, un alto funcionario de la UE ya jubilado lamentaba en privado que Occidente hubiera cometido el error de defender un acuerdo de asociación con Ucrania cortado a la medida de sus oligarcas en detrimento de los ciudadanos de a pie, especialmente de los del este del país.

En el «puesto número uno», en los alrededores de Donetsk, Tania «la taxista» monta guardia bien provista de conservas de col en salmuera. Al puesto llegan Alekséi y Oleg, dos mineros que viajaban en una moto con sidecar cuando fueron atacados por unos enmascarados que, tras pegarles, les dejaron en libertad en el centro de Kramatorsk. Los asaltantes se quedaron con la moto y el sidecar. Oleg tiene dos orificios en un antebrazo, el de entrada y el de salida de una bala que atravesó su cazadora y su jersey pero que por suerte no alcanzó el hueso.

En Slaviansk, el comisario local, que dice llamarse Ígor y representar a las milicias populares de la localidad, asegura haber venido como voluntario. «No podía permitir que se extendieran el nazismo y el fascismo que aventan las autoridades de Kiev», afirma. «Nunca me sentí ucraniano. Aprendí la lengua en la escuela, pero pienso en ruso. Yo nací en la URSS y siempre me sentí ruso,

aunque mi pasaporte fuera ucraniano», continúa. «Si se hubiera practicado otra política, si no se hubiera derramado la sangre, si no hubiera habido tanta corrupción, tal vez hubiéramos podido hacer algo juntos», prosigue.

«En la ciudad había una importante industria, desde la producción de cerámica a la construcción de maquinaria, que trabajaba sobre todo para Rusia y que hoy está arruinada. En Ucrania los clanes se lo reparten todo y ahora, ¿qué ve? ¡Destrucción y nada más que destrucción!», exclama.

Viacheslav Ponomariov, el «alcalde popular», asegura que Slaviansk está en calma y que, si es necesario, él y sus hombres protegerán a la población «del ataque de los fascistas». «Patrullamos y si encontramos a grupos de sabotadores y no se entregan, los exterminamos», afirma.

«¿Y cuándo fue la última vez [que exterminaron a alguien]?», le pregunto.

«Anoche», contesta. «La única negociación posible es eliminarlos. No agredimos a nadie y solo defendemos a nuestras familias. No nos gusta que la UE y Estados Unidos apoyen a estos terroristas y les faciliten armas, municiones y datos del espionaje vía satélite», explica.

En la entrada de la alcaldía cada vez se amontonan más sacos terreros. Ponomariov asegura que vivirán en estas condiciones hasta que «los fascistas sean exterminados».

«Rusia no ha reaccionado todavía a mi petición de ayuda. Los rusos son gente lista. Si consideran necesario relacionarse con nosotros, lo harán. Somos bastantes y estamos abastecidos, pero necesitamos armas y municiones», dice. «De momento somos una avanzadilla; vamos por delante de toda la región de Donbás, pero necesitamos las armas para que todo el pueblo se levante.»

¿Quién era Ponomariov en su vida anterior?

«Era un padre amante de su hijo y el jefe de una empresa de productos de limpieza y jabones ecológicos», responde. «Sigo luchando por la ecología», puntualiza. «A nuestro distrito le llaman la Suiza de Donetsk. Si dejamos de lado los combates, los cadáveres y los asesinatos, esto es muy bonito. Vaya al monasterio de Sviatogorsk y verá que en los alrededores hay sitios preciosos para descansar.»

Slaviansk, 22 de abril de 2014

En la catedral se celebra el funeral por los tres muertos en la emboscada del domingo de Pascua. En el centro del templo, en féretros abiertos y cubiertos de flores, yacen los cadáveres de un campesino, un cosaco y el chófer de un autobús escolar y antiguo bombero, de nombre Serguéi Rudenko. Dignatarios ortodoxos de la región offician la solemne ceremonia. Yelena, la viuda de Rudenko, suspira sin derramar ni una lágrima. Está ahí, junto al ataúd de su marido. A mantenerse en pie la ayudan sus tres hijos, dos de los cuales estaban con el padre durante la emboscada. «No vayas. Hoy es fiesta», le pidió ella a Serguéi, pero él no quiso dejarlos solos.

Los hermanos Rudenko se parecen entre sí. El pequeño lleva en la mano el certificado de defunción del padre, escrito en la lengua del Estado, el ucraniano

El alcalde Ponomariov –rostro desconfiado y ojos escuadriñadores– asiste a las exequias. En

la multitud reconozco al veterinario que ayer me acompañó al escenario del asalto. Huele a alcohol.

Uno de los dignatarios religiosos exhorta a la concordia: «Hasta hoy parece que el hombre no se da cuenta de sus acciones cuando agrede a su hermano. ¡Quién hubiera dicho que llegaría una época en la que la gente se mataría entre sí en la noche de Pascua! [...] ¿Qué pasa aquí entre nosotros? ¿Quién siembra este odio? ¿Con qué fin? Dejen de enfrentarse. [...] Quiera Dios que la gente entre en razón y entienda lo que hace. Que todo el mundo sepa que la Iglesia siempre exhortó a la paz y al amor y que continuará haciéndolo».

«¡Memoria eterna!», «¡Canallas!», «¡Asesinos!», «¡El fascismo no pasará!». Los presentes corean consignas, mientras los féretros son sacados a hombros del templo, frente al cual se agolpa una multitud deseosa de acompañar a los tres héroes en su último viaje. Entre ellos, un grupo de cosacos en uniforme de gala llegados desde Rusia.

Los hombres portan armas y piden venganza. «Levantémonos todos en defensa del sudeste de Ucrania, y para crear la RPD. A juzgar por estas consignas, todavía no hemos llegado aún a la tierra prometida de Novorossia.

Donetsk, 23 de abril de 2014

Intuyo que las imágenes del dolor van a multiplicarse en el futuro. Decido llamar a Tania, «la taxista», la que montaba guardia en el puesto número uno. Dice sentirse más protegida porque los «milicianos llegados de Crimea» custodian los edificios oficiales de su pueblo y a ella la han trasladado a un lugar más resguardado.

Víktor (nombre ficticio), mi contacto en los órganos de seguridad de Donetsk, asegura que existe un «amplio potencial de movilización» para la causa insurgente, porque «los mineros no han entrado aún en escena y cuando los mineros se movilizan lo hacen en serio».

Cuenta Víktor que Moscú «esperará a que conquistemos nuestra independencia y mandará refuerzos solo después, cuando tengamos una visión de futuro. De momento, no tenemos esa visión», dice. «Pero si el 11 de mayo se celebra el referéndum, será difícil pararnos», advierte.

«Controlamos Slaviansk, Górllovka y avanzamos en Kramatorsk. Tanto si Rusia nos ayuda como si no, no retrocederemos», dice. «Si Moscú reconoce nuestra soberanía y Kiev se resigna a la pérdida del Donbás, nos arreglaremos como podamos y más adelante plantaremos la integración en Rusia.» «Estamos dispuestos a morir. Nuestro “material humano” está acostumbrado a enfrentarse a la muerte todos los días en las minas y no es como el de Crimea.»

Comienza el calor. La ciudad de Donetsk está casi desierta. En el barrio de la universidad los colores de Ucrania se mezclan con fotos de jóvenes alegres y las citas del himno estudiantil en latín: «*Gaudeamus igitur...*».

Detrás del lujoso hotel Donbass Palace, perteneciente al oligarca Ajmétov, asoma un alto y moderno edificio acristalado, que aloja las oficinas del empresario. Podríamos estar en Nueva York o en Moscú, si no fuera porque la torre de oficinas está rodeada por deterioradas *jrushovkas*, los bloques de viviendas sociales del primer programa de construcción masiva de la URSS.

En la avenida Artiom, la principal arteria de Donetsk, las tiendas de lujo están desiertas y los negocios se traspasan. Artiom (el pseudónimo de Fiódor Serguéiev) fue el fundador de la República de Donetsk y Krivoi Rog, uno de los Estados socialistas revolucionarios surgidos durante la guerra civil en el territorio de Ucrania. La efímera república (con capital en Járkov y territorios que además de la región de Járkov y el Donbás incluían Odesa, Mariúpol y Zaporíyia) existió del 12 de febrero al 19 de marzo de 1918 como una autonomía de Rusia. Aquella entidad, formada sobre la base de una integración económica, inspiró a Andréi Purguín, el ideólogo de la RPD.

A la hora del desayuno, el personal del hotel reconoce que se ha quedado sin huéspedes y que tiene orden de economizar. Abandono el Donbás en dirección a Kiev desde el aeropuerto Prokófiev, donde los controles de seguridad causan largas colas.

Poco después, el aeropuerto fue el escenario de encarnizados combates entre los secesionistas y los uniformados fieles a Kiev. Las instalaciones, que habían sido renovadas para el campeonato europeo de fútbol, quedaron reducidas a escombros.

Tren Simferópol-Donetsk, 11 de mayo de 2014

En el coche cama de un destartado tren en ruta desde Simferópol a Donetsk viajan una mujer de Górlivka (Górlivka en ucraniano) y una pareja formada por un minero jubilado y una ingeniera. Los tres regresan a su domicilio para votar por la independencia. El minero se considera afortunado por haberse podido empadronar en Crimea en vísperas de la anexión, lo que le permite ahora obtener de inmediato la ciudadanía rusa. Mis compañeros de vagón no son marginales y se han tomado en serio el referéndum.

Desde que la carretera desde Donetsk a Slaviansk quedó intransitable, el camino entre estas dos ciudades controladas por los insurgentes es una ruta serpenteante jalonada por trece puntos de control, dos de los cuales pertenecen a Kiev. Gracias a un conductor experto, llego al colegio electoral número 141.199 de Slaviansk. Su presidente, el maestro Andréi Shalda, asegura que, a las cuatro de la tarde, ha votado ya el 70% de los registrados de su circunscripción, formada por 1.700 votantes.

«Soy un hombre pacífico. No me vestiré de camuflaje, pero mi paciencia se acabó cuando mataron a mis amigos en un puesto de control a cien metros de mi casa», dice Shalda, que va de traje y corbata. Una pareja cuarentona acaba de votar. Coinciden en que no les gustaba Yanukóvich y tampoco los nuevos dirigentes de Kiev. Lo único que les queda, afirman, es «el federalismo» y poner a prueba su capacidad para administrar ellos solos sus recursos.

Bien entrada la noche, en Donetsk los insurgentes anuncian un formidable resultado a favor de la independencia en el referéndum. Lo aseguran en una extraña rueda de prensa que no fue convocada y en la que se evidencian las tirantezas entre los miembros de la comisión electoral presidida por Román Liaguin e Ígor Strelkov, el «comandante en jefe» de la RPD, que aparentemente no se fía de la comisión electoral y ha insistido en custodiar las urnas. El militar temía que agentes de Ucrania o contingentes armados al servicio de Rinat Ajmétov las robaran.

Donetsk, 12 de mayo de 2014

El referéndum no es legal ni cumple las condiciones, pero no se puede ignorar ni etiquetar como «terroristas» sin más a los miles y miles de personas que han votado en esta consulta. Este es un desafío que Kiev no sabe manejar.

Donetsk, Makeevka, 15 de mayo de 2014

Junto con otros políticos locales, Aleksandr Vaskovski, uno de los fundadores de la RPD, fue invitado a una reunión con un enviado especial del Kremlin que pidió «paciencia y comprensión» a sus interlocutores. «Rusia atraviesa un momento delicado y hay que concentrarse en crear una franja de inestabilidad en el este y el sur de Ucrania hasta las fronteras de la UE para mantener en jaque y perjudicar económicamente a Ucrania, Europa y Estados Unidos», les dijo el mensajero ruso, según uno de los participantes en aquella reunión. El Donbás iba a ser «la punta de lanza para desestabilizar todo este territorio hasta Odesa, es decir, la “avanzadilla de Moscú”». El representante del Kremlin no era del máximo nivel e iba acompañado de otras dos personas, explicó la fuente, que no quiso revelar ni el nombre del interlocutor ni el lugar de la conversación.

En la antigua Administración provincial, los tipos de metralleta en ristre se enervan por cualquier cosa. Denis Pushilin califica de «pérfida» mi pregunta puramente técnica sobre la nueva Constitución de la RPD, un texto que parece calcado de la constitución de la Crimea anexionada. «A saber lo que escribe esta», grita uno de sus acompañantes en la rueda de prensa.

Los revolucionarios aún discuten sobre las diferentes opciones, o bien una «independencia real», aunque formalmente seguirían vinculados a Kiev, o una «independencia» donde de hecho mandaría Rusia, me aclara Purguín.

«Hay diversos modelos combinatorios en lo que se llama el “mundo ruso” y sobre cómo estructurarlo en torno a Moscú», esclarece el ideólogo. «Nos vemos a nosotros mismos como una especie de *matrioshka*. Existen ya la *matrioshka* de la región de Donetsk y la *matrioshka* de Lugansk, en el futuro existirán también la *matrioshka* de Járkov y la de Zaporoyie (forma rusa de Zaporíya), y así sucesivamente hasta poder crear una *matrioshka* común, que contenga a todas las pequeñas.»

«Imagínese que vivimos en una casa: los fundamentos son la economía; las paredes son el patriotismo regional y el techo es el mundo ruso. La *matrioshka* de mayor tamaño es la que forma Rusia con Kazajistán y Bielorrusia, y tal vez otros países. Con Ucrania debemos mantener una frontera semitransparente y estrechar relaciones económicas, pero sin emociones, porque para emociones en la región ya tenemos cerca de doscientos cadáveres.»

«Somos parte del mundo ruso, pero no intentamos copiar el modelo de la Federación Rusa. Queremos un esquema más flexible, de tipo alemán, austriaco o suizo, que dé máximas competencias a las bases. Los populistas han llevado a Ucrania a un callejón sin salida y el Estado unitario ha llegado al límite.» «Hay que dar a la gente posibilidades de autoorganizarse. El referéndum fue una gran experiencia de autoorganización. Kiev amenaza con dejar de transferirnos dinero, pero ya en 2013 del centro solo recibimos la mitad de lo que le habíamos

transferido.»

«Las fronteras artificiales desgarran las regiones y separan las ciudades. Rostov del Don, por ejemplo, es una parte del Donbás separada de Donetsk por una frontera. Járkov, un centro científico y de investigación, es ahora una basura en el trasero de Ucrania, a cuarenta kilómetros de la frontera con Rusia.»

En la mina Jolódnaia Valka, del conglomerado Makeevugol, se acaba de elegir al jefe sindical. Los directivos de estas instalaciones inauguradas en los años cincuenta lo celebran con una comida de hermandad en el patio. Los comensales brindan con vino español y vodka, pero se les nota la preocupación por el futuro. Alzo mi copa «para que no se repita aquí una experiencia como la guerra civil española» y pienso después que tal vez no sea el brindis adecuado. Cuando el jefe del sindicato está a punto de marcharse, entra una llamada en su móvil y suena el himno de la URSS. Tengo la impresión de haber asistido a un entierro.

Vera Gregórevna, la jefa de prensa de Makeevugol, la empresa estatal propietaria de Jolódnaia Valka, explica que la mina, una de las más antiguas de la zona, conserva de la época soviética cuatro palacios de cultura, un estadio y muchas prestaciones sociales. Vera votó en el referéndum a favor de la independencia.

El 17 julio se produjo un cambio radical en las percepciones de la guerra en el este de Ucrania cuando un Boeing de las Líneas Malasias, en vuelo entre Ámsterdam y Kuala Lumpur con 298 personas a bordo, fue derribado sobre la zona de combates en el Donbás, cerca de la frontera con Rusia.

«Volví de Lugansk aquella tarde y vi el avión cayendo; iba envuelto en una nube de humo y se desprendieron varios trozos. Me dirigí de inmediato al lugar de la caída. Cuando llegué, ya estaban allí los servicios de emergencia y los bomberos apagando el fuego. Había cadáveres y fragmentos de cadáveres por doquier. Me quedé a pasar la noche allí. Encontré un maletín de donde salía ruido. En su interior sonaba un móvil. Lo entregué a la Policía. Durante tres días los cadáveres estuvieron esparcidos por los campos. Fue una suerte que hiciera fresco, si no se hubieran descompuesto enseguida.»

Así recordaba aquella catástrofe Zhenia, que era miembro del servicio militarizado de salvamento minero, una red estatal formada por miles de personas preparadas para actuar en casos de emergencia. En Donetsk, una parte del servicio siguió fiel al Estado ucraniano y otra se decantó por los secesionistas.

Járkov, 21 de julio de 2014

Desde Donetsk llega el convoy con los cadáveres de las víctimas del avión caído. Los llevan a la fábrica de tractores y tanques Málishev, donde preparan los cuerpos para su traslado a Holanda también en avión.

Járkov, Iziium, Slaviansk y Kramatorsk, 22 de julio de 2014

Viaje por las localidades recuperadas por Ucrania en la operación antiterrorista (ATO), que se ha intensificado tras la caída del Boeing. Esta es una ocasión para ver, ahora desde el lado de Kiev,

aquellas ciudades antes controladas por los secesionistas.

En el centro de Slaviansk ondea la bandera de Ucrania y los altavoces instalados en la plaza central difunden avisos e información en idioma ucraniano. Los viandantes piden a los periodistas que los dejen en paz.

En la ciudad sigue Andréi Shalda, el maestro que presidió el colegio electoral número 141.199 durante el referéndum. Shalda está en la clandestinidad. Acude a nuestra cita vestido de ciclista. Enfundado en una camiseta amarilla, con casco y gafas protectoras que le cubren el rostro, está irreconocible.

Conversamos en el banco de un parque con la bicicleta a mano sobre el césped. El maestro no sabe si marcharse o quedarse en Slaviansk. Tiene 36 años y puede ser detenido o movilizado para el frente. Dejó su puesto en la escuela, pero le cuesta renunciar a una vivienda recién construida que difícilmente podrá vender.

«¿Qué hay de malo en hacer un referéndum?», pregunta. «Casi todos los que lo preparamos han sido arrestados. La mitad de la población tiene miedo como yo. Mis amigos se fueron a Rusia», dice.

Las barricadas han desaparecido. En el interior del ayuntamiento, un grupo de funcionarios en comisión de servicios trabaja para restablecer las relaciones administrativas con las autoridades centrales de Ucrania. Los funcionarios han venido desde Kiev para reorganizar esta ciudad que ha estado ocupada durante varios meses. Almuerzan en la cantina del ayuntamiento y después discuten sobre la reconstrucción con los diputados del consistorio municipal. Parecen un equipo de salvamento tras un terremoto o una catástrofe.

Járkov, 24 de julio de 2014

El tren número 144 va desde San Petersburgo a Donetsk cruzando el frente. El convoy destartado sale puntual de Járkov poco después de mediodía y se bambolea con estruendo sobre los rieles. El personal de servicio apenas presta atención a los escasos pasajeros y no sabe aún cuál será el destino final, que va a depender de los avisos que vayan recibiendo sobre la marcha.

El tren avanza como enloquecido entre los campos de girasoles. Hay que agarrarse a puertas y ventanas para no perder el equilibrio. El jefe del tren y la responsable del vagón hacen balance de la jornada y no les salen las cuentas. Dicen que les falta el dinero de 48 paquetes de barquillos, esos horrendos barquillos de la época soviética.

Tramo a tramo, el jefe del tren recibe información por radio. Al llegar a Kostiantinivka sigue sin saber cuál será el final del trayecto. Se llama Vladislav Bykov y cubre esta línea en días alternos. En el centro de control ferroviario le advierten que ni se le ocurra dejar al pasaje en Yasinuvata. El tren se para en esa localidad, pero prosigue su viaje, que a juicio de la responsable del vagón es bastante tolerable. «Usted no sabe lo que era esto hace dos días», dice la mujer refiriéndose a los tiroteos en la región. Superadas todas las incertidumbres del camino, el tren 144 entra en la estación central de Donetsk. Fin de trayecto.

Muchos años después, cuando ya no había conexión ferroviaria entre Ucrania y Rusia, el tren 144, seguía aún

virtualmente vivo en un buscador de información ruso, con el mismo horario e itinerario de 2014.

Donetsk, 25 de julio de 2014

Extraña reunión no solicitada con un grupo de veteranos de los órganos de seguridad de Donetsk. Son muchos y yo solo conozco a un par de ellos gracias a Víktor, que es quien me ha organizado este encuentro por su propia iniciativa. En sus dependencias, situadas frente a la sede de la Administración provincial, los veteranos transmiten un mensaje sin fisuras que no puedo verificar: aseguran que no han tenido nada que ver, ni podían haber tenido, en el derribo del Boeing.

Donetsk ha sido abandonada por muchos de sus habitantes, que tratan de iniciar una vida en otros lugares o se han tomado unas largas vacaciones esperando que las cosas se resuelvan por sí solas. Aleksandr, de la televisión local, está en Crimea hasta septiembre y Oleg, el simpático administrador de una página de Internet, se mudó a Kiev después de que un guarda le confiscara (robara) su ordenador de trabajo.

Una fuente de los independentistas opina que Strelkov podía haber resistido más tiempo en Slaviansk, pero se marchó de forma precipitada dejando en la estacada a las familias de los insurgentes, que ahora no pueden servir de red de apoyo a la guerrilla sobre el terreno y son detenidas por la Guardia Nacional de Ucrania. El coronel, afirma esta fuente, destapó la corrupción de los militares rusos, que hacían sus propios negocios entregando equipamiento viejo a los rebeldes y trapicheando con el equipamiento nuevo que Moscú les había asignado.

La caída del Boeing malasio domina la relación de la RPD con el mundo. Purguín subraya que el avión cayó en una zona de combate próxima a una bolsa donde están cercados 5.000 ucranianos. «Llevan más de quince días sitiados y cuando cayó el avión, ya estaban allí. No tienen provisiones ni municiones y solo pueden escapar por un campo de minas. Están justo en la frontera con Rusia y pueden cruzarla, pero saben que, si lo hacen, los rusos los devolverán a Ucrania. En Lugansk hay otra bolsa con 2.000 combatientes ucranianos sitiados.»

Klavdia Kulbátskaya, la jefa de prensa de la RPD durante el referéndum, es hoy la responsable de Propaganda de los insurgentes. Cuenta que los voluntarios chechenos son trasladados a Górllovka, «donde enseñan a luchar a los nuestros». El móvil de Klavdia no para de sonar. Desde Komsomólskaya del Amur, en el lejano oriente ruso, un voluntario que afirma ser veterano de Chechenia quiere saber cómo alistarse en las milicias de la RPD. «Vaya a Rostov del Don [ciudad en territorio ruso] y contáctenos», le explica ella. «No hace falta que se traiga el uniforme, pero si quiere...»

La publicidad callejera de Donetsk se ha adaptado en parte a la nueva época y evoca la propaganda soviética contra la Alemania nazi: «Ingresa en el Ejército de RPD», «Soldado del Ejército ruso, ayuda», «Hombres, todos a la defensa de la tierra natal. No permitiremos campos de filtración nazis en el Donbás», «Ingresa en las filas de las milicias populares».

En Donetsk se repiten los reproches a los «periodistas occidentales», en abstracto. Una y otra vez, los interlocutores locales nos acusan de «compadecer» a los niños extranjeros que perecieron en la catástrofe aérea e «ignorar» a los niños de Donetsk. «¡Nuestros chiquillos viven en constante peligro bajo las bombas y ustedes los tienen olvidados!», exclaman. Por la noche, se

escuchan los cañones en la periferia de la ciudad y sobre todo en la zona del aeropuerto.

A Donetsk llegó Vladímir Antuféiev, antiguo jefe del Comité para la Seguridad del Estado (KGB) de Transnistria, el territorio no reconocido como país situado entre el río Dniéster y la frontera con Ucrania. El general actúa en calidad de «vicejefe del Gobierno responsable de seguridad nacional» y es un veterano de los «conflictos congelados» de la URSS.

Vladímir Yúrevich Antuféiev va impecable: *blazer* azul marino, corbata a juego y camisa azul celeste. Le envuelve un aroma de colonia fresca cuando nos cruzamos en un pasillo de la antigua Administración provincial de Donetsk.

Conozco a Antuféiev de haberlo entrevistado en Tiráspol cuando era responsable de la seguridad de Transnistria. Este auténtico cruzado del imperio fue oficial del Ministerio del Interior de la Unión Soviética y responsable del orden público en Letonia, que, al conseguir su independencia en agosto de 1991, lo declaró en búsqueda y captura.

En una fuga llena de aventuras, Antuféiev recaló en Transnistria a fines de 1991. Nunca antes había estado allí, pero secundado por un grupo de colegas, veteranos de los órganos de seguridad y orden público de la URSS, formó el Ministerio de Seguridad de la República Moldava del Transniéster (RMT) y lo dirigió durante veinte años (de 1992 a 2012). Después, se trasladó a Moscú donde, según dice, investigaba sobre los procesos en el espacio postsoviético y preparaba su tesis doctoral.

Antuféiev ha venido a Donetsk para organizar y dirigir los servicios de seguridad de la RPD. Dice que le invitó Aleksandr Borodái, el propagandista procedente de Moscú que ejerce como jefe del Gobierno de la autoproclamada república. Ambos tienen experiencia en los «territorios náufragos» de la ex-URSS y ambos han participado en la anexión de Crimea. «Estoy orgulloso de haber sido un participante activo», afirma sin querer dar más detalles de su paso por la península.

Tanto Antuféiev como Borodái estuvieron menos de tres meses en sus cargos en la RPD, el primero como viceprimer ministro (del 10 de julio al 23 de septiembre de 2014) y el segundo al frente del Consejo de Ministros. El trío de «paracaidistas» rusos dedicados a poner los cimientos de la RPD en la primavera y el verano de 2014 se complementó con Ígor Guirkin, alias *Strelkov*.

El Donbás es un entorno áspero incluso para los «viejos guerreros» fogueados en los estertores de la Unión Soviética.

El Donbás contrasta con Transnistria, que convive de forma relativamente pacífica con Moldavia. Entre Chisináu y Tiráspol median menos de cien kilómetros, se circula libremente y hasta hay autobuses de línea. En cambio, entre las llamadas «repúblicas populares» y el territorio controlado por Kiev hay líneas fortificadas y campos de minas. Las milicias armadas, por una parte, y las tropas y cuerpos de voluntarios leales a Kiev, por la otra, regulan los desplazamientos de personas y vehículos. Entre las barricadas y los sacos terreros los civiles aguardan horas y hasta días a que los controladores les permitan cruzar de un mundo a otro.

A sus 63 años, Antuféiev se resiste a jubilarse. En Moscú ha dejado a su tercera esposa y a su familia, residentes antes en Odesa, donde recaló tras su marcha de Transnistria. En la ciudad portuaria que constituye la salida al mar de Transnistria, los Antuféiev ya no se sentían seguros.

Borodái se ha ausentado de Donetsk y Antuféiev responde hoy de la vida en la RPD. En su despacho cuelga una foto de Vladímir Putin. Antes de comenzar nuestra conversación, el general ha despachado con los jefes de las milicias, que, armados, desaliñados y en uniforme de campaña, contrastan con su pulcra vestimenta.

«A veces cierro los ojos y me siento trasladado a más de veinte años atrás. Solo que en lugar de en la RMT, estoy en la RPD. El pueblo se movilizó por las mismas causas. Solo quería la independencia económica relativa y una segunda lengua, pero no se lo permitieron», dice.

«Pero los pueblos y las épocas son diferentes», añade. El territorio al que Antuféiev llegó en 1991 era «soviético» y el Donbás se orienta hacia «una Rusia imperial, no soviética». En Transnistria predominaba el «sentimiento de solidaridad y de ayuda mutua»; en la RPD, predomina el sentimiento de «humillación». Los habitantes del Donbás «no son malos; son diferentes», concluye. La gran ventaja del Donbás es su larga frontera con Rusia. «La frontera es la línea de la vida», dice.

«Ucrania está condenada», asevera. «La abandonará su parte occidental, la abandonará el sudeste e incluso la asustada Odesa, que también formó parte de Novorossia al igual que Transnistria. ¿Y para qué quiere Europa a Ucrania, un país tan grande y tan imprevisible? Europa no necesita a Ucrania.»

Antuféiev ha venido al Donbás acompañado de su equipo de colaboradores de Transnistria, como Oleg Berioza, nombrado ministro del Interior de la RPD; Andréi Pinchuk, ministro de Seguridad del Estado, y Aleksandr Karamán, viceprimer ministro de Temas Sociales y Educación. Aparte de estos personajes públicos hay «otros de los que no quiero hablar». «Todos comprenden cómo puede acabar esto para nosotros», añade. «Pero ¿quién sino nosotros podíamos encargarnos?»

En 1991, a los guardianes del orden soviético que quedaron en paro al desintegrarse la URSS se les ofrecían diferentes opciones, entre ellas integrarse en bandas delictivas, ser guardaespaldas de los nuevos ricos o incorporarse a los servicios de seguridad de bancos y empresas. También podían luchar como voluntarios o mercenarios en los espacios desubicados de la ex-URSS, aquellos retales territoriales que, como Transnistria, Abjasia y Osetia del Sur, pretendían ser países independientes, pero que no fueron reconocidos como tales por la ONU.

Cuando parecía que aquellos nostálgicos de la Unión Soviética, entre los que se contaba Antuféiev, iban camino de extinguirse como raza, la anexión de Crimea y la revolución del Donbás les infundieron nuevos ánimos y les permitieron recuperar las causas de su juventud.

Donetsk-Járkov, 26 de julio de 2014

De nuevo en un tren enloquecido y semivacío. Tatiana Schatójina, mi compañera de compartimento, abandona Donetsk por miedo. En el distrito de Proletáskaya, donde residía esta médico de 31 años, se han atrincherado los combatientes llegados de Slaviánsk al mando del coronel Strelkov. Los insurgentes se han hecho fuertes en un antiguo centro de reclutamiento, y una mañana, al despertarse, Tatiana descubrió que los recién llegados segaron la hierba de su jardín para camuflar su escondrijo. «Hoy entran en mi jardín y mañana entrarán en mi casa,

porque vivo en una planta baja y sin rejas. Esa gente se ha instalado entre los edificios civiles y disparan desde los tejados.» La doctora quiere emigrar a la República Checa, pero antes debe convalidar su título.

La responsable del vagón se queja: parte de la tripulación de este convoy no llegó hoy a tiempo al trabajo debido a los tiroteos nocturnos, que también afectaron a la cochera en Donetsk. «¿Adónde ir? Mis hijos son pequeños y se han quedado en el sótano con la abuela. No tengo parientes en otra parte ni dinero para sacarlos de aquí», dice.

El convoy va dejando atrás las ciudades que forman parte de la tercera aglomeración industrial de Ucrania. En Járkov tomo un tren nocturno hacia Rusia y paso sin problema los controles fronterizos.

Dnipropetrovsk, 9 de diciembre de 2014

Desde esta ciudad sale mañana una expedición humanitaria organizada por la fundación benéfica de Rinat Ajmétov. La expedición lleva la divisa *Pomozhem* («ayudaremos») y su responsable es Maksim, que en el pasado dirigía el departamento de Prensa de la alcaldía de Donetsk.

«Lo he perdido todo. He tenido que empezar de nuevo. Ahora estoy en periodo de prueba en la fundación humanitaria de Ajmétov», cuenta Maksim, que se ha trasladado a Kiev junto con toda su familia.

Donetsk está ahora en manos de radicales prorrusos, intelectuales de tres al cuarto, de chalados y de tramposos que encontraron su oportunidad en las protestas callejeras cuando el Estado se había debilitado y las humilladas y resentidas fuerzas de intervención especial (las *Bérkut*) regresaban desde Kiev a sus bases en provincias. Aquella humillación y aquel resentimiento funcionaron a modo de combustible para la anexión de Crimea y la revolución en el Donbás.

Dnipropetrovsk-Donetsk, 11 de diciembre de 2014

La expedición de veintidós camiones (a razón de dieciséis toneladas de media de provisiones por vehículo) sale de Dnipropetrovsk con rumbo a Donetsk. Voy en uno de los vehículos de la comitiva. Los conductores muestran la documentación de la mercancía –aceite, harina, macarrones, leche, galletas, entre otros víveres– a petición de distintos grupos armados que controlan los accesos a la capital rebelde.

Hay que aprender a distinguir quién es quién, pues aquí hay soldados del Ejército, policías del Ministerio del Interior, funcionarios del Servicio de Seguridad de Ucrania y voluntarios de los batallones que se formaron la pasada primavera y que ahora se están integrando en unidades regulares. Los uniformes, las insignias, las armas, el calzado difieren de un grupo a otro. Algunos de ellos consideran los camiones de ayuda humanitaria como un activo, intercambiable por algún compañero preso o para el consumo propio. Por eso, de vez en cuando desaparece algún vehículo en tránsito. El batallón *Dnipro-1*, integrado ya en las estructuras del Ministerio del Interior, tiene fama de ser el más desafiante en estos parajes.

En Mariinka está el tercer y último control ucraniano, más armado y fortificado que los anteriores. En tierra de nadie, frente a los puestos de control de la RPD, me recoge Marina Cherenkova, la cofundadora de la organización humanitaria Ciudadanos Responsables que reparte ayuda a los necesitados de Donetsk. «Antes de que los rusos entraran, aquí había un conflicto de descentralización o federalización no resuelto, pero Kiev nunca quiso hablar de él, porque asocia federalización con desintegración del país. Ahora, Rusia ha llevado ese conflicto a otro nivel», sentencia Marina, al volante de un potente todoterreno que los «revolucionarios» intentaron confiscarle.

Enrique Menéndez, el nieto de un exiliado de la guerra civil española, es otro de los fundadores de Ciudadanos Responsables. Antes de que se iniciaran estas turbulencias, dirigía una agencia de publicidad en Donetsk y fue uno de los organizadores de los mítines por la unidad de Ucrania que sacaron a la calle a decenas de miles de ciudadanos hasta que aquellas manifestaciones se hicieron peligrosas, cuando el rechazo a las nuevas autoridades en Kiev se convirtió en dominante.

En febrero de 2016 las autoridades *de facto* de Donetsk calificaron de indeseables a Marina, Enrique y varios voluntarios más y los expulsaron de la RPD. En 2017, tras el deterioro de la situación entre Ucrania y las «repúblicas», también la fundación de Ajmétov tuvo que interrumpir el reparto de ayuda humanitaria en la zona controlada por los secesionistas. Rusia se convirtió entonces en monopolista de la caridad internacional mediante los convoyes de «ayuda humanitaria» que atravesaban sin control la frontera.

Donetsk, 12 de diciembre de 2014

Ucrania abandona a sus ciudadanos del Donbás y los castiga por vivir donde viven, por haber votado por Yanukóvich, por haber apoyado a los separatistas o por no haber hecho suficiente para expulsarlos del territorio.

La expedición humanitaria de Ajmétov ha depositado su mercancía en el centro de reparto, instalado en el estadio Shajtar Arena, que ha quedado algo afectado por un ataque de artillería. El equipo, el Shajtar, se ha refugiado en regiones más seguras, mientras el personal auxiliar y de servicio, más de quinientas personas, mantiene el estadio y gestiona los programas benéficos.

Para muchos, esta ayuda humanitaria es una cuestión de supervivencia. Los bancos están cerrados, las tarjetas de crédito no funcionan y para cobrar sus escuetas pensiones los jubilados tienen que cruzar los tortuosos controles en el camino a los territorios leales a Kiev. Las autoridades secesionistas reparten miserables sumas a los que consiguen abrirse paso en las aglomeraciones que se forman ante los puntos de distribución. De ahí la importancia que tienen los paquetes de víveres distribuidos por la fundación de Ajmétov.

En su barrio, en el radio de alcance de los combates en el aeropuerto, la exdirigente sindical Alla Danilova, de 78 años, recorrió los edificios vecinos y confeccionó una lista de 35 personas que ahora reciben ayuda humanitaria del oligarca. Una de ellas es Antonina, una mujer de 75 años que vive sola y se mueve con un andador. Antes de jubilarse en 1991, Antonina se dedicaba a confeccionar accesorios para los cascos de los mineros, hasta que esta labor fue encargada a presos porque resultaban más baratos. El hijo de Antonina, residente en la localidad petrolera de

Kogalym, en Siberia, es ciudadano ruso en edad militar y por ello tiene vetada la entrada en Ucrania. Sus transferencias no llegan y Antonina ya se ha agotado sus ahorros.

En Donetsk los rituales del pasado resisten en un presente alterado. En el hotel Park Inn decoran el árbol de Año Nuevo. En el establecimiento se alojan los miembros de la misión observadora de la OSCE y una oficina de la Cruz Roja.

Las actividades culturales se mantienen, aunque adaptadas a la guerra. Las funciones en el Teatro de la ópera y la Filarmónica comienzan a las tres de la tarde, para que el público pueda recogerse antes del toque de queda. En la Filarmónica dan un concierto de órgano y un letrero en ucraniano anuncia coros de Navidad.

Donetsk, 13 de diciembre de 2014

En el centro de prensa de la RPD, en el séptimo piso de la Administración provincial, hay una foto del avión malasio siniestrado el 17 de julio y un letrero de condolencia por «el acto cometido por los terroristas ucranianos». El despacho de Andréi Purguín, jefe del Consejo Popular (Parlamento), está decorado con la foto de Putin, la bandera rusa y la enseña de la RPD.

Purguín está convencido de que tarde o temprano Moscú aceptará a los independentistas. «Vamos a convencer a Rusia de que somos parte de ella», afirma este hombre que en 2007 fundó la «República de Donetsk», una ONG autonomista prohibida por separatismo por los tribunales ucranianos.

En Moscú se ha creado el Comité de Apoyo Social a los Habitantes de Novorossia, una fundación dependiente del Consejo de la Federación (la cámara alta del Parlamento ruso) que canaliza formalmente los contactos de los independentistas con el Kremlin. El Parlamento de la RPD tiene cien diputados y la vicejefa del aparato del Parlamento, Elena Purguiná, esposa de Andréi, me da conversación mientras espero a su marido. Dice que aprendió ucraniano en la escuela y que está orgullosa de hablarlo con corrección, a diferencia de ese «dialecto salpicado de términos polacos que hablan los del oeste de Ucrania». «En 1991 Ucrania estaba en mejor posición de salida que Rusia, pero ahora lo ha perdido todo», afirma.

En el restaurante del hotel Park Inn, Enrique Menéndez valora la situación. En Ucrania, dice, esperan que Rusia se hunda o se desintegre por la crisis económica. Solo registran las noticias negativas y tienen una impresión tergiversada de lo que pasa allí. «En Kiev», prosigue Enrique, «etiquetan a los separatistas de Donetsk como terroristas, y se niegan a verlos como sujetos representantes de su territorio y como gente con sus propios argumentos.»

«Los ucranianos creen que el mundo ha de ayudarlos porque tienen la razón y su causa es justa, mientras los rusos no buscan compasión porque piensan que están solos frente al mundo», resume. «Y todos esperan que el azar, la temperatura del invierno y las oscilaciones en los precios del combustible jueguen a su favor.»

«Donetsk muere poco a poco», comenta un trabajador en paro de Makeevka (Makíivka en ucraniano). «En la mina no pagan a mi hermano desde hace cuatro meses y yo soy empleado de una empresa química y llevo un mes sin cobrar. Me he pulido los ahorros y me gano unas perras haciendo de taxista por libre», afirma.

Donetsk, 14 de diciembre de 2014

El sótano del Palacio de Cultura del distrito de Petrovski ha sido convertido en un refugio donde viven más de treinta personas, entre ellas varios niños, acompañadas de unos cuantos gatos, un cachorro de perro y un hámster enjaulado.

En este espacio angosto la vida puede ser promiscua. Ania está preocupada porque su hijo de catorce años ha dejado embarazada a una chica de dieciocho. Tumbado sobre uno de los catres que se alinean junto a una pared, un hombre lee una novela del escritor ruso Borís Akunin, y poco más allá yacen una mujer borracha y una anciana inválida. Los moradores del refugio se niegan a salir a la superficie, aunque no hay tiroteos desde hace tres días. En las cercanías del Palacio de Cultura hay otros sótanos como este.

En el pub Tirol, donde aún despachan cerveza, converso con una funcionaria de la RPD. Los asesores rusos intentan organizar el trabajo de la nueva Administración. De los medios de comunicación y la propaganda se ocupa ahora Aleksandr Kazakov, que ha sido enviado desde Moscú y está en la órbita de Vladislav Surkov, el responsable de la política del Kremlin en relación a Ucrania. En las redes sociales, Kazakov se presenta como «director del Centro de Planificación Estratégica del Parlamento de Novorossia».

La RPD se prepara para seguir el camino de Transnistria, Osetia del Sur o Abjasia, es decir, subsistir en una especie de limbo jurídico dependiente de Rusia, que no las abandonará pero tampoco les permitirá desarrollarse.

Rusia intenta involucrar a otros en su política ucraniana y da pequeños pasos para legitimar la nueva realidad, como pretender que los Estados de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) reconozcan los ferrocarriles de Donetsk como entidad jurídica independiente de Ucrania.

Donetsk, 15 de diciembre de 2014

Viaje de Donetsk a Kostiantinivka. Dos horas y veinte minutos, por la carretera de Zaporiyia. Cruzamos dos puntos de control de la RPD y cinco de Ucrania. El pasado verano la distancia era de sesenta kilómetros, pero ahora, con carreteras bombardeadas y puentes en ruinas, hay que sumar 110 kilómetros de desvíos.

La desangelada estación de Kostiantinivka está llena de militares ucranianos que se ausentan de la guerra por unos días. Centenares de personas aguardan el tren a Kiev en la oscura y reducida sala de espera, donde de vez en cuando entran perros callejeros necesitados de calor o comida. Esta es ahora la estación final de un trayecto ferroviario que antes concluía en Donetsk.

En Kiev, Guena, un veterano de Afganistán que ahora hace de taxista, justifica que un batallón ucraniano haya robado uno de los camiones del convoy humanitario de Ajmétov. Alega que la ayuda humanitaria destinada a los necesitados de Donetsk les será de más provecho a los combatientes. «Si hay que elegir entre alimentar a los jóvenes o a los viejos, mejor apostar por los defensores de Ucrania», dice. Discutimos.

Kiev-Moscú, 16 de diciembre de 2014

Aún hay vuelos directos entre Kiev y Moscú. En poco más de una hora llegaremos a la capital rusa. En el asiento contiguo, Oksana, empleada de una compañía de seguros con central en Rusia, cuenta que la filial de Kiev ha sido clave para la expansión internacional de su empresa, porque en Ucrania los costes eran menores que en Moscú. Ahora, las oscilaciones del rublo hacen imposible el negocio y seguramente habrá que fragmentarlo. Oksana, que dice haberse criado en el este de Ucrania, entiende que los batallones de voluntarios roben las mercancías destinadas a los jubilados de Donetsk.

GUERRA Y VIDA

Debáltseve, después de la batalla

Debáltseve, 27 de febrero de 2015

Debáltseve es una ciudad fantasmal. No hay ni agua ni luz ni gas y los cristales de las viviendas abrasadas se han hecho añicos. Todo son escombros. En el centro, los residentes, desorientados, cargan sus móviles con ayuda de un generador y hacen cola para recibir mantas, velas y pan. En los accesos a la localidad quedan los tanques carbonizados y los hierros retorcidos, restos de los fieros combates. Los puentes han sido destruidos y se huele la muerte. Los rebeldes podrán traer equipo de Rusia por ferrocarril cuando se repare la vía férrea averiada en la contienda.

Una mujer afirma que los secesionistas han robado los ordenadores de la compañía ferroviaria, donde trabaja. En la cola para las velas y las mantas se levanta un murmullo de desaprobación contra ella. «No me meto en política, pero lo cierto es que llegaron y nos robaron los ordenadores», insiste la mujer, que dice llamarse Tatiana.

«Desde el 19 de enero nos disparaban desde todas las direcciones y tuvimos que escondernos de los combates, que siguieron incluso después de los Acuerdos de Minsk», explica Víktor Goncharov, que se presenta como coronel de Policía.

«¿Sabe usted cuántos cadáveres hay aún en los bosques? Esto es una verdadera guerra. Estuve 33 años en el Ejército, he sido condecorado y tengo educación superior. Me dan pena estos chicos, los unos y los otros», afirma el coronel mientras los artificieros desactivan las minas esparcidas por doquier. «Estuve en Checoslovaquia en 1968 y aquello no fue nada comparado con un mes de encierro en el sótano», sentencia.

«Mi mujer y yo quisiéramos ir a Kiev a visitar a nuestros hijos, pero si dejamos nuestra casa, nos la robarán. Robaban los ucranianos y roban estos», exclama el oficial.

Un equipo de Médicos Sin Fronteras se ha instalado en una clínica sin cristales, donde un médico local reconoce haber ayudado a separatistas heridos a fugarse a Rusia, mientras los ucranianos controlaron la ciudad.

«¿Es verdad que el primer ministro ruso, Dmitri Medvédev, ha prometido pagar la reconstrucción de Debáltseve?», preguntan unos jóvenes que acaban de salir del escondrijo donde se habían refugiado para no combatir.

El alto el fuego entre Ucrania y los secesionistas del este se inició el 15 de febrero de 2015. Tal como habían

acordado el 12 de febrero en Minsk los líderes de Rusia, Ucrania, Alemania y Francia, y representantes de los insurgentes, bajo la égida de la OSCE, los tiroteos se interrumpieron, pero con la excepción de Debáltseve, un importante nudo ferroviario por el que los rebeldes venían luchando desde mediados de enero. La localidad había cambiado de bando en dos ocasiones, primero en abril de 2014, al ser ocupada por los secesionistas, y luego, en julio, al ser reconquistada.

El 18 de febrero, tres días después de la entrada en vigor del alto el fuego, Debáltseve fue recuperado por fuerzas conjuntas de los rebeldes de la RPD y la RPL, ayudadas por Rusia. Los rebeldes ocuparon así la cuña que sus adversarios habían logrado abrir entre Lugansk y Donetsk, y con ello convirtieron el territorio bajo su control en una unidad compacta que alejaba a los ucranianos de la frontera con Rusia.

Los encarnizados combates de Debáltseve condicionaron las concesiones realizadas por el presidente Petró Poroshenko a los secesionistas durante las conversaciones de Minsk. Esta circunstancia fue aducida con posterioridad por Kiev como motivo para incumplir su parte de los Acuerdos de Minsk, que contemplaban cambios constitucionales, amnistía y un nuevo estatus, casi independiente, para Donetsk y Lugansk.

En Debáltseve las tropas ucranianas sufrieron la más sangrienta derrota de la primera etapa de la guerra. Los insurgentes castigaron sin piedad a los supervivientes de un contingente que había sido de cerca de 6.000 personas, cuando estas, hambrientas, exhaustas y mal equipadas, se retiraban desarmadas del cerco en el que habían caído. Kiev reconoció unas bajas de 267 muertos, 135 heridos, 81 desaparecidos y 112 prisioneros, mientras altos cargos políticos y militares se enzarzaron en infructuosas polémicas sobre la responsabilidad por aquel desastre.

Forjar la identidad

Donetsk-Druzhkivka, 2 de marzo de 2015

En la desolada estación de Druzhkivka espero el tren que viene de Kostiantinivka camino de Kiev. Es uno de esos Hyundai que fueron comprados a Corea del Sur para cubrir los trayectos entre la capital y las ciudades que eran sedes de partidos del campeonato europeo de fútbol en 2012.

Una borracha va de un lado para otro y grita que le han robado los documentos. La camarera de la cantina la echa y le pega con saña. Las dos mujeres corren por el andén y se cruzan con un ciclista. Atado al sillín, el hombre transporta un haz de leña ligera, suficiente para calentarse una noche.

Nada distingue a los jóvenes de Druzhkivka de los de Donetsk, pero entre ellos se están alzando ya barreras que, de no cambiar las cosas, los irán diferenciando, por los hábitos, por la lengua, por el modo de vida. Abjasia y Osetia del Sur en relación a Georgia, Transnistria en relación a Moldavia y el Alto Karabaj en relación a Azerbaiyán saben cuán cruel puede ser el proceso de deslinde.

Me acuerdo de que hoy es el cumpleaños de Mijaíl Gorbachov. Si la democracia soviética no hubiera resultado una utopía, tal vez se hubiera evitado tanta sangre. En las ruinas del imperio, todos forjan su identidad de forma violenta y en conflicto entre sí.

Las escuelas de Donetsk han cambiado su programa educativo e imparten en ruso todas las asignaturas que antes se enseñaban en ucraniano, como la Física, las Matemáticas, la Geografía y la Historia, me ha dicho la subdirectora de un centro escolar de Donetsk que no quiere ser

identificada. En este curso se mantienen aún las clases de Lengua y Literatura ucranianas, pero el resto de las asignaturas son en ruso. La subdirectora, cuya lengua materna es el ucraniano, insiste en que la escuela se ha pasado al ruso «a petición de los padres», deseosos de que sus hijos puedan ir a estudiar a Rusia. «Aquí nunca hubo problemas entre el ruso y el ucraniano; todos aprendieron el ucraniano en la escuela, se expresaban en el idioma que les daba la gana y se pasaban al ucraniano cuando trataban con las instituciones oficiales. Y de repente, a los escolares les hacen avergonzarse de ser ucranianos», explica.

Un gobernador todoterreno

Sievierodonetsk, 25 de mayo de 2015

Guenadi Moskal, el jefe de la Administración civil y militar (gobernador) de la provincia de Lugansk, tiene una larga experiencia en la Policía y en la política de Ucrania. A sus 64 años, este teniente general del Ministerio del Interior ha pasado por cargos de gran responsabilidad en regiones conflictivas del país. Tres veces fue destinado a Crimea. Una entre 1997 y 2000, cuando era viceministro del Interior de Ucrania, en calidad de jefe de la Policía de la península, y más tarde como representante permanente del presidente Víktor Yúshenko (2006) y como ministro del Interior local (2009).

Moskal conoce bien Lugansk, donde ya había sido gobernador desde noviembre de 2005 a abril de 2006. Pero la misión que comenzó con su nombramiento el 18 de septiembre pasado no es como las anteriores. Formalmente, el experimentado funcionario responde de toda la provincia de Lugansk, pero, *de facto*, en este territorio dividido por la línea de frente solo controla la zona leal a Kiev.

Sieviernodonetsk, la ciudad donde se ha instalado el gobernador, es ahora la sede de la Administración ucraniana, porque Lugansk, la capital de la provincia, está en manos de los secesionistas dirigidos por Ígor Plotnitski, un comerciante y empresario local. Sieviernodonetsk tiene cerca de 120.000 habitantes y es un importante centro industrial.

Al otro lado del frente se extiende la llamada RPL, donde los rebeldes se benefician de la frontera con Rusia y también de la ayuda de este país, sin el cual no sería concebible esta guerra.

Apenas llegó al edificio de la Administración en Sievierodonetsk, Moskal se pone en marcha. Nos vamos a la zona de frente, donde se encuentra Zolote, el puesto de cruce oficial entre el territorio controlado por Kiev y el secesionista. En los alrededores hay varios puestos militares que también se denominan Zolote (en referencia a una mina local) y se diferencian entre ellos con una cifra.

Nos desplazamos en un automóvil civil corriente, el gobernador, su chófer y yo. Sin avisar a nadie, sin equiparnos para la guerra. Moskal va de traje y corbata como si acabara de salir de la reunión de una junta directiva. En realidad, su vestimenta hace la función de camuflaje. Explica que estas decisiones imprevistas son una manera de protegerse. «Mejor que nadie lo sepa.»

Mientras avanzamos en dirección a Zolote-4, el puesto más adelantado en la línea del frente, Moskal comenta la situación al «otro lado». Los ucranianos que se han quedado en la zona

separatista no le conmueven, pues «son gente adulta, responsable de sus acciones, que votaron porque quisieron, se quedaron porque quisieron y hasta fueron capaces de golpear y humillar a los prisioneros ucranianos exhibidos como trofeos por las calles de Donetsk. «¿Acaso debo llevarles galletas y chocolates, yo que puedo verme también en la situación de esos prisioneros?», añade.

«No son capaces de oponerse a sus líderes y ahora piden pensiones y servicios médicos en Ucrania. Si la gente quiere vivir con esas autoridades, que sean ellas las que los vistan, los alimenten, les den la pensión para que puedan ir a mítines, referéndums y desfiles. Si se rebelan, ya los ayudaremos», concluye.

El puesto Zolote-4 está vigilado por combatientes del batallón *Aidar*. Poco antes de que aparcáramos, en esta posición atrincherada cuatro de sus miembros han resultado heridos en un tiroteo. Apenas descendemos a las trincheras, comienzan a disparar desde «el otro lado» y los soldados, tensos, nos obligan precipitadamente a retirarnos lo más deprisa posible por donde hemos venido. Hemos llegado en mal momento. Moskal no va a poder examinar hoy la tubería de agua que ha sido dañada por los insurgentes.

Así que nos vamos a recorrer las localidades cercanas, como Ródina, cuyos habitantes quieren saber cuándo se acabará la guerra y cuándo les darán los pases para que los vehículos puedan atravesar el puesto de control. «Pregúntele a Putin», les contesta el gobernador. Hasta ahora, las empresas de uno y otro lado pagan impuestos a Kiev, incluido el complejo metalúrgico de la vecina ciudad de Alchevsk, la industria química y las empresas de Rinat Ajmétov, pero se necesitan más ingresos para levantar la provincia. «La gente va allí donde se encuentra mejor. Es algo natural», sentencia.

«Creo que Putin necesita la salida al mar de Azov a través de Mariúpol. Putin necesita más y, cuando tenga todo lo que quiere, reconocerá a la RPD y la RPL», vaticina el gobernador, según el cual Ucrania debería haber bombardeado las instalaciones portuarias del estrecho de Kerch para retrasar el envío de equipo ruso a Crimea. En su opinión, Crimea debería haberse convertido en una provincia más de Ucrania y no en una república autónoma con más derechos.

«Putin no va a pararse aquí. El presidente ruso ha hecho una pausa, pero todavía no ha tomado todo lo que se ha propuesto en Ucrania», dice. A diferencia de otros dirigentes ucranianos, Moskal no se engaña a sí mismo. La popularidad del líder ruso le parece «una realidad», porque Putin «se ha creado la imagen de unificador de las tierras rusas y salvador de la religión ortodoxa contra los fascistas y la degradación occidental». «En cuanto comience a bajar su popularidad, se recrudecerán los tiroteos», afirma.

Una filial del Estado Mayor ruso que opera día y noche en la ciudad de Rostov del Don dirige las tropas rusas en el Donbás, explica Moskal, según el cual los rusos esconden las armas de calibres no autorizados por los Acuerdos de Minsk y no retiran sus tropas de la frontera, sino que se limitan a hacerlas rotar. Los rusos, dice, participan en todas las batallas importantes y, además, en los territorios separatistas tienen una excelente oportunidad para deshacerse de los explosivos ya caducados y para traficar con armas. El poder de los insurgentes se basa en el equipo ruso, los instructores rusos y las tropas rusas. «Si no fuera por la ayuda rusa, no quedarían ni las alpargatas de ellos».⁸

Rusia es el «principal actor» de la desestabilización en Ucrania y en torno a ella «pululan los extras, los miembros del cuerpo de baile, un ballet en el que danza toda esa gente como Plotnitski o Mozgovói, todos esos personajes ridículamente elegidos por un supuesto Parlamento de la RPL», dice Moskal. «Son gentes sin escrúpulos», sentencia.

A juicio del alto funcionario, Mozgovói, asesinado hace dos días, «controlaba la localidad de Alchevsk con su banda y no quería someterse a la vertical de poder que se está formando en la RPL». «La época de gente como él o como Ischenko ya ha pasado», explica. «Tarde o temprano todo acabará bastante mal para los que quedan. Rusia se librará de ellos, porque ya no los necesita, ya que quiere mostrar que los dirigentes separatistas no son delincuentes con las manos manchadas de sangre sino personas sin un pasado oscuro con las que se puede negociar», añade.

Igor Plotnitski, antiguo comerciante y empresario que dirigía la denominada RPL en 2014, se vio obligado a huir a Rusia tras un motín de su propia gente en 2017. Yevgueni Ischenko, alias *Malish* (El niño) y Aleksandr Bednov, alias *Batman*, un expolicía con fama de torturador que llegó a ser ministro de Defensa en la RPL, fueron asesinados en enero de 2015.

Moskal se echa a reír cuando le recuerdo que los asesinatos de separatistas han sido atribuidos a partisanos ucranianos. «¿De qué partisanos me habla? Yo también me puedo inventar una organización y anunciarlo por Internet. La victoria tiene muchos padres y la derrota es huérfana. De cada diez que cuentan sus heroicidades en el Donbás en la televisión, nueve no han estado nunca aquí.»

Regresamos a Sievierodonetsk y, antes de partir, Moskal me regala la copia de un icono, realizado por las monjas de un monasterio vecino sometido a la jurisdicción de la Iglesia ortodoxa rusa. La imagen de la Virgen María está pintada en una tabla de considerable tamaño que no sé cómo voy a transportar.

Pocas horas después de nuestra visita a Zolote-4, los insurgentes dispararon contra una ambulancia militar, a consecuencia de lo cual un soldado murió y otro resultó herido, según informaba la página web del gobernador.

A mediados de julio de 2015 a Moskal lo mandaron de gobernador a Transcarpatia y allí, en la provincia más occidental del país, estuvo hasta 2019. Sievierodonetsk fue ocupada por Rusia a fines de junio de 2022.

La merienda

Donetsk, 15 de julio de 2015

Víktor, el veterano de los servicios de seguridad, me invita a merendar. Su esposa prepara torrijas. Se nos suman Borís, el médico, y Alekséi (nombres ficticios), un pariente del anfitrión. Borís evita las relaciones personales con los voluntarios sin experiencia de combate, porque sabe que al cabo de poco los va a tener que ver muertos o heridos en la clínica. Él sabe cómo tratan los jefes guerrilleros a sus hombres. Guivi, el jefe del batallón *Somali*, es descuidado y arriesga la vida de sus subordinados; Mortorola, en cambio, sabe cuidarlos.

Borís habla de los ucranianos que «no quisieron entregar las armas» en Debáltseve. Allí, explica, ha habido muchos más muertos de los que aseguran las fuentes oficiales, y desde la firma de los Acuerdos de Minsk no ha pasado un solo día en que no se registraran bajas. El doctor estuvo a punto de marcharse a Siria con las tropas rusas y dejar en Donetsk a sus hijos, pero Víktor le convenció de que no lo hiciera. Ahora, su hijo mayor combate en un puesto de vanguardia cerca del aeropuerto. «Disparan todos los días y en ocasiones están a 150 metros de distancia», explica.

Alekséi comenta que Zajárchenko ya ha autorizado la creación de un nuevo cuerpo de combate.⁹ Los sueldos en las milicias son relativamente altos: un soldado raso cobra 15.000 rublos al mes como mínimo y un oficial de mediana categoría, 24.000. Es mucho dinero si se compara con los 8.000 rublos que cobra al mes una enfermera cualificada.

El médico recuerda a un voluntario español que le hizo de chófer. «Se fue de aquí sin aprender ni una palabra de ruso. En cambio, los eslovenos se adaptaron muy bien», comenta.

Comparsa

Donetsk, 16 de julio de 2015

Andréi, diputado del Consejo Popular (el Parlamento local de la RPD), pagado de sí mismo y muy agresivo, está orgulloso de «no haber querido aprender ucraniano en la infancia y de haber conseguido saltarse la asignatura en la escuela».

Aleksandr Senator, miliciano de permiso, dice que la formación de un ejército regular en la RPD está «en rodaje». «Estoy en contra de los Acuerdos de Minsk. Hay que proseguir la conquista de Ucrania si no queremos bases de la OTAN en nuestras fronteras.»

Respeto a la muerte

Donetsk, 16 de julio de 2015

En la colina de Savur-Mogyla quedan aún huellas de los combates de julio y agosto del año pasado. En Petrivka, la tía Valia y la tía Polia confirman que los ucranianos resistieron largo tiempo en enfrentamientos encarnizados. Tras pasar seis días sin comer vagando por los sembrados, llegaron al pueblo y Valia cocinó un *borsh* para todos.

Las mujeres discuten sin descanso. Valia llama a Polia «nuestra *bandéroshka*» (diminutivo cariñoso del apellido del nacionalista ucraniano Stepán Bandera), porque procede del este del país. Polia habla en ucraniano y Valia lo hace en *surzhik* local (una mezcla de ucraniano y ruso).

Tía Valia cuenta que los soldados ucranianos llegaron a su casa con una bolsa y le pidieron otra más resistente. La anciana iba a darles un saco viejo y sucio, pero cuando supo que en la bolsa estaba la cabeza de un compañero suyo destrozado por una mina, les dio un saco nuevo y limpio «por respeto a la muerte».

«Los ucranianos robaban en el pueblo, lloraban y dejaban las armas diciendo que le tenían

miedo al fusil», dice Valia, que de repente se echa a llorar ella también por lo vivido y lo sufrido. Petrivka es todavía una verdadera ruina y el pan se lo traen desde Shajtarsk.

Guena, el afgano

Kiev, 9 de febrero de 2016

Llegada al aeropuerto de Boríspol. Llamo a Guena, el chófer, por los dos teléfonos que conozco, el de Kiev y el del «frente». Al otro lado de la línea, el vacío.

Llamo a Denis, un colega de Guena.

«Ha muerto», dice lacónico. «Se suicidó el año pasado en la isla de Trujániv con una granada. Dejó una nota pidiendo que no se culpara a nadie», explica Denis.

Guena, siempre tan jovial, tan bohemio, tan contento de sentirse útil y tan deseoso de que lo quisieran. ¿Cómo pudo?

«No tuvo nada que ver con el frente. Fue al volver de la zona de la operación antiterrorista [ATO]. Se le habían acumulado demasiados problemas.»

¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántos enfados y riñas en nuestro deambular por Kiev y en nuestro viaje del año pasado a Sievierodonetsk para entrevistar a Guenadi Moskal, el intrépido gobernador de Lugansk!

Largo y delgado, como un quijote, fumador incontenible, Guena se pasaba el día arreglando su vieja camioneta Mercedes con la idea de rejuvenecer aquel vehículo, acostumbrado a llevar chalecos, cascos y tal vez armas hacia el frente.

Curioso y terco, Guena terciaba en las conversaciones de sus clientes y hacía valer su opinión. Tenía una novia dependiente de supermercado que se quedó embarazada y tuvo un hijo. Él se entusiasmó con el niño y pensó en dejarle en herencia una parcela que tenía en las afueras de Kiev. Más adelante, comenzó a sospechar que el niño no era suyo y dejó de mencionarlo.

Guena iba al Donbás a ayudar a gente en peligro y a entrenar a voluntarios. Había combatido en Afganistán en época soviética, pero fue herido al poco de estar allí. A su época de infante de marina se refería con aire de misterio, como si tuviera mucho que contar que no quería contar.

Probó a alistarse en diferentes batallones, pero ninguno le convencía. Tras la muerte de su madre, que residía en Kiev, abandonó la ciudad. Un día eligió un lugar solitario y boscoso para no molestar a nadie y se mató. «Leí en el periódico que un hombre se había volado con una granada en la isla de Trujániv, pero nunca pensé que fuera él», dice un amigo común cuando le cuento la muerte de «nuestro» Guena.

Laberintos

Kiev, 10 de febrero de 2016

Para ir a Crimea como corresponsal hay que pedir un permiso al Ministerio de Política Informativa de Ucrania, que a su vez se dirige al Servicio de Emigración para que formalicen un

pase, válido para una sola visita en el plazo de tres meses.

Mi pasaporte está en manos del notario de Kiev que solo podía legitimar la traducción para mañana por la mañana, cuando tendré que volver al Servicio de Emigración en un barrio periférico al otro lado del Dniéper.

Las autoridades ucranianas deberían estar interesadas en facilitar el trabajo de los periodistas en la península anexionada, pero, en lugar de eso, entregan a los corresponsales extranjeros a burócratas especialistas en detectar una coma ausente, funcionarios de sillón raído, frente a cuyos despachos esperan emigrantes africanos y pakistanís.

Todo sería mucho más fácil y más corto si decidiera volar desde Moscú a Simferópol aprovechando mi acreditación en Rusia. Pero eso es algo que, mientras pueda, no quiero hacer, porque lo vivo como una especie de claudicación y también porque el Ministerio de Exteriores ucraniano, que exige a los corresponsales este procedimiento tan pesado, no me dejaría entrar de nuevo en el país. Y además, las colas en los puestos de control de Perekop suponen un contacto con la realidad que no tendría viajando en un cómodo avión de Aeroflot.

Donetsk, 17 de marzo de 2017

En el acceso a la RPD hay colas kilométricas. Los guardafronteras de la «república» han aprendido a interrogar como los rusos: ¿Con quién habló? ¿Qué hizo? ¿Dónde durmió? ¿Tuvo contactos con servicios de seguridad? ¿De dónde venía? ¿Por qué fue a Kazajistán?

Kiev, 21 de mayo de 2018

En los viajes de periodistas al territorio del Donbás controlado por los insurgentes los permisos y la acreditación son expedidos por el Ministerio de Defensa tras el visto bueno de los servicios de seguridad de Ucrania. Además, para entrar en las «repúblicas populares» se requiere el permiso de los secesionistas, que son cada vez más restrictivos con los corresponsales occidentales.

La alternativa es cruzar ilegalmente la frontera desde Rusia, con todas sus consecuencias. La guerra ha impulsado nuevas líneas de transportes, coches y autobuses que por un precio razonable llevan al pasajero a cualquier punto de Rusia. En las calles de Donetsk se anuncian rutas y horarios.

Donetsk, 22 de mayo de 2018

Un busto de Lenin de color dorado y una foto de Stalin de uniforme y con gorra de plato dan la bienvenida al viajero a la entrada de la RPD.

El «salvaje»

Donetsk, 17 de febrero de 2016

Cuenta Víktor que él y otros veteranos de distintos cuerpos de los servicios de seguridad se están organizando por si hay que neutralizar a Alekséi Dikii, el ministro del Interior de la RPD. Víktor y sus correligionarios se han quejado a Moscú de las arbitrariedades de Dikii e incluso han llegado a mandar «pruebas de su corrupción», pero Moscú no se da por enterada.

Dikii (apellido que en ruso significa «salvaje») fue un funcionario de la Policía ucraniana dedicado a la lucha contra el crimen organizado y el narcotráfico que se pasó a los separatistas en 2014. Víktor le culpa de la existencia de cárceles secretas, del contrabando de drogas y de extorsionar a los kiosqueros de Donetsk con ayuda de un fiel lugarteniente apodado *Lenin*.

«Rusia no quiere que se lo carguen, pero a muchos se les van las manos», dice Víktor. «Para poner orden, Moscú tendría que mandar dos o tres unidades especiales del FSB, pero no lo hace, por el escándalo que supondría.»

Alekséi Aleksándrovich Dikii actuó como ministro del Interior de la RPD de 2015 a 2022, y seguía al frente del departamento tras la invasión rusa en 2022. Por decreto de Vladímir Putin, el 21 de febrero de 2023 fue ascendido a «general coronel». Antes, en mayo de 2022, había sido condecorado por participar en la «liberación» de Mariúpol. Está sancionado por múltiples países y el Departamento de Estado estadounidense lo considera responsable de los campos de internamiento de prisioneros y de la destrucción de Mariúpol.¹⁰

Cerveza y tomates

Donetsk, 18 y 22 de marzo de 2017

Aleksandr Zajárchenko, el líder de la RPD, asiste a la «inauguración» de una fábrica de cerveza. En realidad, se trata de la reapertura de la Fábrica de Cervezas de Donetsk, que fue fundada en los años cincuenta para los mineros. Tras la disolución de la Unión Soviética, se privatizó y pasó a pertenecer a un grupo cervecero internacional, hasta la llegada de los insurgentes al poder. Las instalaciones han permanecido cerradas desde 2015.

El director de la fábrica habla sobre las excelencias de la cerveza y los planes de producción, pero es reacio a dar su nombre. «Con esta cerveza se criaron muchas generaciones del Donbás y su reapertura muestra que la república está viva», dice. Por alguna razón que no entiendo, Alexksandr Kazakov, que controla el evento, manda a los periodistas que censuren esta cita en su noticiario televisivo. Tal vez se deba a que la frase apela a la continuidad y estropea la idea de inauguración como algo novedoso.

Zajárchenko y Aleksandr Timoféiev, alias *Tashkent*, su «mano derecha», se pasean entre las cadenas de embotellamiento importadas de Europa. Timoféiev es el responsable del programa de nacionalización (aquí lo llaman «transferencia a una dirección exterior») y promete ayudarme a visitar una fábrica metalúrgica «transferida».

Pero en lugar de una fábrica metalúrgica, vamos a unos invernaderos fuera de la ciudad. Tashkent conduce el coche, Kazakov va sentado a su derecha, yo voy detrás y la escolta viaja en otro vehículo. Por el camino, Zajárchenko llama a su consejero para preguntar qué eco

informativo ha tenido la reapertura de la fábrica de cerveza. «Todo ha ido como esperábamos», contesta tranquilizador el consejero.

Los invernaderos (otro negocio «transferido», al igual que la fábrica de cervezas) ocupan cinco hectáreas de terreno sembradas de pepinos y tomates. Timoféiev está orgulloso de sus hortalizas. No en vano es el ideólogo de la política de autoabastecimiento de la RPD y del plan de seguridad del suministro, que regula la exportación de trigo y el tipo de cultivos.

A Tashkent no le preocupa que Rusia no reconozca como Estado a la RPD. «Ya llegará el momento. Si nos reconocieran ahora, nos quedaríamos en unas fronteras demasiado reducidas», dice.

Purguín es escéptico sobre la «dirección exterior» de las empresas. Afirma que estas ya no volverán a sus dueños y que faltan profesionales para mantenerlas a flote. Se queja de que los «tutores» rusos imponen su política a la república, pero después «se marchan y se lavan las manos» mientras las responsabilidades recaen sobre los dirigentes locales que siguieron sus indicaciones. Dice que Ucrania sufrirá por el bloqueo y que va camino de convertirse en un país agrícola y desindustrializado.

Ciudad congelada I

Donetsk, 20 de marzo de 2017

El hotel Donbass Palace es otra propiedad «transferida», como la fábrica de cerveza o los invernaderos de Tashkent. Reconozco los mullidos sofás en tonos pastel de 2014 y el *capuccino* acompañado de galletitas y de un vaso de agua.

Como fondo musical, suena la voz de Frank Sinatra: «*So never leave me lonely, / tell me you love me only / and that you'll always / let it be me*».

El café es bueno, las galletas se pueden comer y en los lavabos todavía hay jabón líquido caro, pero los clientes escasean. Una habitación que antes costaba 340 euros por noche vale ahora poco más de 100 dólares. La piscina comenzará a funcionar en cuanto lleguen los productos químicos para limpiarla, informa una tímida recepcionista.

El Donbass Palace es el «heraldo del desarrollo regional y el éxito comercial de la ciudad», el «estandarte y la perla de Ucrania». El establecimiento se caracteriza por una «atmósfera de lujo» que da una «sensación de calma y confort» a los huéspedes, un lugar donde «el vestíbulo principal y la recepción están realizados con mármol preparado por encargo, con rica tapicería, lámparas de cristal y paneles de madera oscura que complementan perfectamente la estructura clásica del edificio». De este modo se presentaba aquel establecimiento en un anuncio del hotel que ha desaparecido ya de la web.

«*So if you let me love you / it's for sure I'm gonna love you / all the way, / all... the... way...*», continúa, sentimental, la voz de Sinatra.

Cerca del Donbass Palace está la tienda del nuevo operador telefónico local. Se llama Fenix y

permite llamar «a todo el mundo, menos a Ucrania», presume orgullosa la dependienta. Entre la tienda de Fenix y el pub Golden Lion hay una librería bien provista de clásicos, casi todos en ruso. Allí están las obras de Zajar Prilepin, pero aún no ha llegado el último libro de este autor ruso que se ha hecho amigo de Zajárchenko.

La sección en ucraniano es diminuta. Una dependienta aclara que los libros en ese idioma no llegan, debido al bloqueo. En cambio, «los libros en ruso vienen con la ayuda humanitaria», explica. Pregunto por una vieja y popular obra sobre la mafia de Donetsk de los años noventa. «Fue prohibida y su tirada, destruida», me informa la dependienta. Este tipo de libros sobre las mafias regionales que luchaban por el control del patrimonio de la ex-URSS fueron muy leídos en su tiempo y, durante los días que siguieron a la anexión de Crimea, en una librería de Simferópol todavía pude encontrar un ejemplar del que estaba dedicado a la mafia de Crimea.

En las calles proliferan los carteles dedicados a Mijaíl Tolstij, alias *Guivi*, el comandante insurgente asesinado el 8 de febrero. Junto a su foto en uniforme militar figura la frase «No es posible vencer al que no se entrega».

El espacio urbano aislado por causa de la guerra tiene un ritmo propio que altera la apariencia de las cosas (destruidas o congeladas) y también el carácter de las personas, que se vuelven irascibles y suspicaces.

En Donetsk hablan ya de Ucrania como si fuera otro país, pero no se han preocupado siquiera de quitar la publicidad callejera de 2014, testigo de la sociedad de consumo anterior a la toma de poder de los secesionistas. Frente a las tiendas clausuradas hay letreros que por su contenido aún podrían ser actuales, si no fuera porque se han deslucido con el tiempo. Antes de la revolución, Donetsk se había «modernizado» a capricho de los ostentosos oligarcas de los años noventa, gentes que gustaban del confort británico, se vestían con ropa de marca, lucían relojes caros y asistían a los espectáculos de renombre invitados por el Teatro de la Ópera.

Los supermercados venden comestibles elaborados en la RPD (embutidos, leche, kéfir, bollería, caramelos) y también productos rusos y europeos. El abastecimiento es muchísimo mejor que hace un año. Hay mandarinas de Egipto, confitura de Armenia, gran variedad de marcas de café y de té y de quesos de Ucrania que, en teoría debido al bloqueo, no deberían estar aquí.

Ciudad congelada II

Donetsk, 22 de mayo de 2018

Frente a la ópera de Donetsk hay un gran cartel dedicado al comandante guerrillero Oleg Mamái Manúíev, que pereció en el frente. La foto de Mamái va acompañada de una frase: «Memoria eterna al defensor de la república» y unas fechas: 12.12.1977-17.05.2018. El año pasado, en el mismo lugar, estaba la foto de Guivi. Guivi era del Donbás, Mamái venía de Osetia y, según asegura confidencialmente un empleado de la Administración, fue alcanzado por una ráfaga inesperada cuando guiaba a un equipo de televisión ruso empeñado en filmar en las trincheras.

Un club de fútbol con historia

Donetsk, 23 de mayo de 2018

Antes de la guerra, el Shajtar, el club de fútbol local, era el mejor de Ucrania. Y su estadio, el Shajtar Arena, inaugurado en 2009, era el orgullo de esta ciudad y el capricho de Rinat Ajmétov, el oligarca que lo financiaba desde que asumió su presidencia en 1996.

El Shajtar Arena es un «estadio inteligente» construido con tecnologías de vanguardia, pero hoy parece más bien un dinosaurio perdido en un mundo que ya no es el que era en 2012, cuando se celebraron aquí algunos de los partidos más concurridos del campeonato europeo de fútbol.

En el aislamiento de Donetsk, la modernidad de esta obra de ingeniería capaz de acoger a más de 50.000 espectadores resulta un problema. La onda expansiva de un proyectil caído no lejos de aquí hizo añicos algunas de sus sofisticadas vidrieras y hoy por hoy resulta imposible sustituirlas porque, debido al bloqueo, no hay modo de traerlas desde su fabricante en Turquía. El viento y la lluvia penetran en el recinto y contribuyen a su deterioro pese al esfuerzo de sus solícitos mantenedores, que actúan por «patriotismo deportivo» y por respeto a una leyenda. Los rebeldes que dominan la ciudad son conscientes de la importancia histórica del estadio, pero su mantenimiento resulta demasiado caro y no es fácil que Rusia, la benefactora de Donetsk, asuma nuevos gastos de millones de dólares anuales.

Algunos sienten rencor contra los jugadores que abandonaron Donetsk. «No es el drama del desgarramiento de un equipo y su ciudad, sino la historia de una traición», puntualiza un periodista local.

Ígor Petrov, el director de la Federación de Fútbol de la RPD, fue un talentoso jugador y después un entrenador internacional acreditado por la FIFA. Ahora, por el cargo que ha asumido en este reducto separatista, Ucrania lo ha puesto en su lista negra. «Mi licencia de entrenador de la FIFA expiró y para renovarla tendría que ir a Ucrania», dice Petrov, que pone sobre la mesa su acreditación internacional y suspira mientras contempla el documento caducado. Petrov podría haber ido a cualquier parte si así lo hubiera deseado, pero volvió aquí por su familia.

Antes de que Ajmétov se hiciera cargo del club, el Shajtar era ya prácticamente una entidad privatizada y había tenido otros presidentes. A uno de ellos, Ravil Braguin, apodado *Alik Grek*, lo mataron junto con sus escoltas en el mismo estadio el 15 de octubre de 1995.

«Cuando volaron a Braguin, yo estaba en el campo. Era un partido del campeonato de Ucrania contra el Tauria de Simferópol», dice Petrov, que por entonces era jugador del club.

«Habían pasado cinco minutos desde la hora prevista para que el partido comenzara y el palco presidencial estaba vacío. Braguin había asistido antes a un encuentro del equipo juvenil en la región y creímos que le daría tiempo a volver, así que empezamos sin él. Al minuto cinco se oyó una explosión y del palco presidencial comenzó a salir un humo negro y yo pensé: «¡Qué bien que el presidente y sus escoltas no hayan llegado a tiempo! Lo sabían y no vinieron». «Me equivocaba. El partido se interrumpió y allí estaban los cadáveres, el de Braguin y los de sus guardaespaldas. La explosión les había pillado en el túnel de acceso. Perecieron seis personas. Nosotros, los jugadores, no sabíamos todavía qué estaba pasando; nos llevaron al vestuario, nos hicieron esperar hasta que llegó el vicepresidente del club, sosteniendo un reloj de oro no muy

grande que debía costar unos 30.000 francos suizos. Recuerdo que nos dijo: “El presidente ya no está”. Todo lo que quedaba de él era una mano, el reloj y el chaleco acorazado que llevaba puesto. El cristal del reloj tenía una grieta con un poco de sangre. Más adelante encontraron a los que habían cometido aquel atentado. Se escribió mucho sobre ello.»

El Shajtar abandonó Donetsk en mayo de 2014, poco antes de que dejara de funcionar el magnífico aeropuerto local. No fue una desbandada. Los jugadores simplemente no regresaron tras una gira por otras provincias. El equipo comenzó entonces un nomadeo por los estadios de Ucrania. La ruptura aún duele, aunque los jugadores de Donetsk hayan rehecho sus vidas en otras ciudades.

El último partido del club en el Shajtar Arena fue el 2 de mayo de 2014. El Shajtar se enfrentaba al Ilishov de Mariúpol, ante un público que sentía ya la tensión y el desorden en el que se estaba sumiendo la ciudad. En el palco presidencial, Ajmétov en persona seguía el encuentro acompañado del oligarca Serhiy Taruta, que había sido nombrado gobernador de la provincia de Donetsk dos meses antes. Por entonces, Taruta presidía el club Metalist, que había sido fundado en 1996 cuando entre los oligarcas ucranianos era de buen tono poseer un club de fútbol y sentirse así mecenas filantrópicos. En 2015, el club se arruinó.

Aquel 2 de mayo, con Ajmétov y Taruta se sentaba el ruso Vladímir Lukín, antiguo defensor de los derechos ciudadanos de Rusia. Lukín había llegado a Donetsk por encargo del presidente Putin en una misión especial para liberar a un grupo de observadores militares de la OSCE que habían sido apresados por los secesionistas en Slaviansk. Lukín y su equipo tenían previsto acudir a aquella localidad al día siguiente para negociar con Ígor Guirkin, el coronel de los servicios de seguridad de Rusia que desde abril controlaba ya las milicias independentistas de la región rebelde.

En el verano de 2014 el estadio se convirtió en el centro de distribución de la ayuda humanitaria que Ajmétov mandaba regularmente a su ciudad natal. Dejó de ser centro de distribución en 2017, cuando los rebeldes prohibieron los convoyes humanitarios del oligarca.

Tanto en Donetsk como en Crimea el fútbol profesional ha sufrido las consecuencias de las intervenciones bélicas rusas. Petrov considera que la situación en la península es mejor que la del Donbás, porque en Crimea por lo menos existe una liguilla de clubes locales que juegan entre sí, lo cual les compensa en cierta manera de haberse quedado en un limbo, fuera de la liga ucraniana y fuera de la liga rusa, a la que no se pueden incorporar porque Rusia es miembro de la FIFA y, por si fuera poco, anfitrión este año del campeonato mundial de fútbol.

Donetsk debe conformarse con una liga de aficionados de carácter «pseudointernacional», formada por equipos procedentes de los llamados «Estados no reconocidos» como Osetia del Sur y Abjasia. En los territorios de estatus indefinido legados por la antigua URSS, el único club que se las ha arreglado para permanecer en la escena internacional es el Sheriff, pues este equipo del territorio secesionista de Transnistria forma parte de la liga de Moldavia, pese a la ideología de sus patronos.

«Donetsk era la capital del fútbol de Ucrania. Lo digo sin modestia alguna», exclama Pável

Davidenko, vicepresidente de la asociación de fútbol de la RPD. «Los orígenes del Shajtar se remontan a 1936, cuando los mineros eran los héroes de esta ciudad que por entonces se llamaba Stalino, en honor al líder soviético Iósif Stalin. El primer nombre del Shajtar fue Stajanovetsk, en honor a Alekséi Stajánov, el legendario proletario ejemplar oriundo del Donbás.»

En los campeonatos de la URSS el Shajtar era un equipo potente que obtenía buenos resultados y muchos títulos con sus propios recursos. El club dio un salto cualitativo a partir de 1996 cuando lo compró Rinat Ajmétov, quien entendió que «se podía acumular capital político a partir del fútbol», dice Davidenko.

Ajmétov lo cambió todo, contrató a especialistas, elevó el nivel profesional del club y además creó todo un sistema de formación futbolística para las generaciones jóvenes. Petrov y Davidenko elogian a su antiguo patrón por su generosidad y por el empeño en el trabajo bien hecho.

Les pido visitar el estadio. «Tengo que consultarlo con el Ministerio (de Deporte, Juventud y Turismo). Es un edificio estratégico», responde Petrov. El ministro, Aleksandr Gramákov, no se atreve a dar el permiso, tiene que consultarlo más arriba, con los órganos de seguridad. Mejor si escribo una solicitud oficial. Prescindo de la burocracia y lo visito sin autorización de ninguna clase. La puerta está abierta. Ni rastro de armas ni de guerrilleros. Tan solo un césped demasiado crecido que los mantenedores del estadio no alcanzan a segar.

Babitski

Donetsk, 24 de mayo de 2018

Cerca del estadio Shajtar Arena vive Andréi Babitski, un periodista ruso que ha ayudado a los secesionistas a montar un canal de televisión. Corresponsal de la emisora estadounidense Radio Libertad hasta 2014, emigró en 2015 a Donetsk, donde se instaló en una *jruschovska* (uno de los edificios de viviendas sociales de la URSS). Reside en un minúsculo apartamento y, entre los muebles heredados del antiguo propietario, ha colocado el retrato de su hija y las distinciones por sus méritos profesionales, entre ellos el diploma que le dieron en 2001 en Washington cuando obtuvo el Premio David Burke por su dedicación a «la causa de la libertad y la democracia mediante el libre intercambio de ideas» y por haber «iluminado a la audiencia».

Andréi decidió encerrarse en el limbo del Donbás. Desde aquí, el periodista escribe defendiendo la política imperial de Putin, el mismo Putin que le llamó «traidor» y que se desentendió de él cuando fue apresado en 2000 durante la guerra de Chechenia. Ahora, Babitski adula al presidente ruso y es considerado un traidor por sus antiguos colegas.

Nacido en Moscú en 1964, Babitski murió de un fallo cardíaco en Donetsk en abril de 2022. El periodista se había hecho famoso en el año 2000 cuando cubría de modo muy crítico la segunda guerra de Chechenia para Radio Libertad. A principio de aquel año fue detenido por los servicios de seguridad de Rusia, que lo entregaron a un grupo checheno leal, el cual lo liberó en Daguestán con un pasaporte falso. Babitski resistió la tentación de utilizar aquel documento para huir hacia el vecino Azerbaiyán, y eso seguramente le salvó la vida. Siguió trabajando para Radio Libertad hasta que fue despedido por apoyar la anexión de Crimea.

Nos sentamos al fresco ante el portal de su casa, que da a un frondoso patio interior. Andréi dice sentirse a gusto en Donetsk. Opina que Rusia necesita aquí a «un gobernador joven, previsible, tranquilo y disciplinado que haga lo que le digan y no tenga ideas propias». «Moscú no esperará a que Ucrania se desintegre para rescatar el Donbás y tal vez organice una provocación a Poroshenko como hizo en 2008 con el presidente de Georgia, Mijaíl Saakashvili», dice. «Cuando Poroshenko haya caído en la trampa y aparezca como el causante de una carnicería, Putin podrá venir a salvar al Donbás del genocidio.» Moscú «tiene consejeros militares en todos los eslabones de la cadena de mando de la RPD y ellos son los que controlan las milicias. Zajárchenko controla solo dos regimientos, en uno de los cuales está el escritor Zajar Prilepin. Tashkent tiene unidades propias y además fabrica armas».

El 9 de mayo de 2018, en las conmemoraciones de la victoria en la Segunda Guerra Mundial, Aleksandr Zajárchenko reveló que la industria de la RPD había comenzado a producir armas en 2015 e inauguró una exposición donde se exhibieron las pistolas, fusiles, drones y hasta un complejo antimisiles «hechos en Donetsk» bajo la supervisión de Tashkent, el ministro de Recaudación de Impuestos.¹¹

La travesía

Donetsk, 25 de mayo de 2018

A diferencia de Crimea, el Donbás no ha podido «desengancharse» de Ucrania y «engancharse» a Rusia. Los habitantes de la RPD están decepcionados, pues sufren las consecuencias de una guerra que se ha cobrado más de 10.000 muertos.

«La sociedad está deprimida. Es pobre y, sobre todo, infeliz, porque no cree en el futuro. La gente no quería solo un cambio de rostro en los carteles políticos; no quería unos líderes que se comportaran como los de antes», dice Andréi Purguín.

«Hemos reproducido el esquema de relaciones políticas que rechazábamos y la población no entiende que se haya hecho una guerra para esto», continúa el que fuera líder del Consejo Popular (el Parlamento) de la RPD.

«O paz o guerra. No se puede atraer inversores con una política de confiscación, por eso la gente se va, unos a Rusia, otros a Ucrania, y quien no se va es porque no puede, porque no tiene fuerzas para empezar de nuevo, porque no tiene parientes o porque los tiene en Donetsk», dice este hombre que está ahora al margen de la política tras ser vetado por poderosos camaradas locales apoyados por Moscú.

El rostro de Aleksandr Zajárchenko se multiplica en las vallas y cartelones publicitarios de Donetsk, que son residuos de la conmemoración de las fiestas de mayo (el día de la victoria sobre el nazismo en 1945 y el Día de la República en recuerdo del referéndum de 2014).

En febrero, el presidente Poroshenko firmó una ley que convierte la operación antiterrorista [ATO] en los territorios rebeldes en una operación militar. A tenor de esta ley, el territorio de la RPD y de la RPL se considera «ocupado» por la Federación Rusa y víctima de una agresión de ese país.

«Si se diera una ofensiva ucraniana en la RPD y RPL, Rusia podría justificar un contraataque en defensa de la población civil, que fuera más allá de los límites de las actuales repúblicas», afirma Víktor. El veterano de los órganos de seguridad a quien conocí en 2014 dice tener pruebas de la corrupción en el reparto de la ayuda humanitaria rusa y denuncia los sobornos que se pagan quienes no quieren hacer agotadoras colas para pasar por los puestos de control entre la zona de los secesionistas y la zona leal a Kiev.

Pasear por los supermercados de Donetsk es una lección de economía. El queso ucraniano y los productos occidentales han sido sustituidos por mercancías de producción local. La austeridad del suministro es consecuencia del bloqueo, pero también de la escasa capacidad adquisitiva de la población, que, con sueldos de menos de cien dólares al mes, se ve obligada a comprar alimentos a precios moscovitas.

La grivna es ya una divisa extranjera. Los negocios confiscados rinden por debajo de sus posibilidades. El carbón y el metal salen hacia Rusia y de ahí a países y clientes poco interesados en los certificados de origen, pero el empresariado ruso teme ser sancionado por participar en ese tráfico opaco de mercancías.

El trabajo en la «república» es escaso y muchos van a Rusia a probar fortuna. Como los uzbekos o los taiyikos, los «ciudadanos» de la RPD y RPL pueden permanecer un máximo de noventa días en Rusia y comprar una «patente» o permiso de trabajo. Moscú los sigue considerando ucranianos a todos los efectos, aunque acepta sus documentos, entre ellos el «pasaporte» de la RPD y la RPL. Los dirigentes de las «repúblicas» piden a las autoridades rusas que permitan a sus «ciudadanos» obtener el pasaporte ruso de forma acelerada.

Górllovka, 26 de mayo de 2018

El alcalde de Górllovka me prometió una entrevista, pero no cumple su promesa. La situación en el frente en las inmediaciones de la localidad se ha deteriorado y él ha desaparecido sin avisar.

En el barrio de la «quinta mina» de Górllovka las cargas de artillería retumban todas las noches. Allí viven Yekaterina y sus tres hijos, el mayor de catorce años y el menor de siete meses. Se habían refugiado en Crimea, pero han regresado al hogar que abandonaron porque no tenían recursos para sobrevivir en la península.

«Para Rusia somos extranjeros y por eso nuestra permanencia estaba limitada a noventa días, después de los cuales debíamos abandonar el territorio y pagar por la sanidad», afirma la mujer, una maestra de rostro agotado que sobrevive gracias a las pensiones de jubilación de las dos abuelas. Yekaterina pertenece a la categoría de «incondicionales» de Rusia. «Todos esperábamos que [Rusia] actuara con nosotros como con Crimea, pero por desgracia no fue así», comenta. «Un país no puede alimentar a todos los emigrantes ni darles medicinas gratis. Lo comprendo», dice con resignación. «Voté por Rusia en el referéndum, y volvería a votar por ella, porque la situación económica en Ucrania empeora cada día y es mucho peor que aquí», explica.

Al regresar a Donetsk, visito a Irina (nombre ficticio), una funcionaria de la RPD. Vive sola, después de que sus hijos emigraran al interior de Rusia. «A los que mandan aquí no les gustan los periodistas incontrolados», dice, y opina que, después de mi viaje a Górllovka, no va a resultar

fácil que me autoricen a volver a la RPD en el futuro.

ALEKSANDR ZAJÁRCHENKO¹²

El chico del banderín

Aleksandr Zajárchenko, de 42 años, fue asesinado el 31 de agosto de 2018 en la entrada del restaurante Separat, en el centro de Donetsk. Él fue el primer oriundo de la región del Donbás en quien el Kremlin confió el destino de la autodenominada RPD.

En agosto de 2014 Zajárchenko fue nombrado «primer ministro» en sustitución del propagandista ruso Aleksandr Borodái. En noviembre de aquel año, Zajárchenko fue elegido jefe de la RPD.

El nuevo dirigente pertenecía a la clase de «populistas autóctonos» (como Alekséi Mozgovói, el comandante militar acribillado en 2015 en Lugansk). Tras su asesinato, los dirigentes de Donetsk se mostraron más dóciles y, sobre todo, más previsibles para el Kremlin. Denis Pushilin, el antiguo empleado de una pirámide financiera, pasó a dirigir el territorio rebelde.

Criado entre acerías y vagonetas de carbón, Zajárchenko había cursado estudios de formación profesional como mecánico electricista y había trabajado en varias minas antes de convertirse en un empresario de cierto peso. Podría decirse que, el líder insurgente era un producto de su tierra, con un punto de cosaco, otro de bandido y un toque de proletario desafiante.

Comprobé su habilidad populista una mañana de julio de 2015 en un supermercado de Donetsk que había resultado dañado por un misil durante la noche. Me encontraba mirando el agujero que el impacto había dejado en el techo cuando llegó él, en traje de camuflaje y rodeado de escoltas armados que tomaron posiciones junto a los estantes del aceite de girasol.

Zajárchenko se detuvo frente al anuncio del «pan social», unas hogazas de 650 gramos con el precio indicado en moneda rusa y ucraniana (5,50 rublos o 2,75 grivnas). De pie, entre los cajones de coles y patatas, el líder de Donetsk se movía con dificultad y se apoyaba en un bastón.

Aquel hombre temerario e impulsivo podía lanzarse al combate por el placer de combatir. Le gustaba marcharse al frente por la noche sin avisar a nadie, lo que desesperaba a su escolta. En varias ocasiones, había sido herido y en la última casi pierde una pierna. Durante varios meses caminó con ayuda de muletas.

Tras mirar el boquete producido por el misil, Zajárchenko entabló conversación con unos clientes del supermercado. Eran jubilados y se quejaban de la escasez de sus pensiones y también de los tiroteos nocturnos junto a su domicilio. Él les explicó lo difícil que era compaginar los enfrentamientos bélicos con el bienestar social y les advirtió de que la situación sería mucho peor si la guerra con Kiev continuaba y había que racionar los alimentos. «No se puede construir una vida pacífica mientras se lucha», afirmó en tono persuasivo. Aun así, prometió que haría lo que pudiera para asegurar el abastecimiento de los ciudadanos y ofreció ayuda al supermercado para buscar un nuevo mayorista dispuesto a ofrecer mejores precios.

La identidad de Zajárchenko, como la de muchos de sus paisanos y vecinos, fue evolucionando con el tiempo desde 2014, cuando comenzaron las revueltas contra Kiev. Ese cambio se manifestó a lo largo de varias conversaciones que mantuve con él.

Nuestro primer encuentro transcurrió en una calurosa tarde de abril de 2014 cuando él era todavía el jefe local de Oplot, una «organización patriótica militar» que había sido fundada en Járkov por Evgueni Zhilin, un activista prorruso y expolicía que fue asesinado en Moscú en 2015. Hacía pocos días que Zajárchenko y sus camaradas de Oplot habían ocupado la Administración municipal (alcaldía).

Él era ya una estrella emergente, pero la dirección de los secesionistas se ejercía desde un extravagante comité de coordinación que se había hecho fuerte en el edificio de la Administración provincial. Zajárchenko, distanciado de aquel colectivo, me citó en la alcaldía. En el vestíbulo, un par de insurgentes y un par de policías municipales montaban guardia por separado sin interferir entre sí.

Nos sentamos en un bar. Le acompañaba un hombre que él presentó como Sasha. Solo varios años después caí en la cuenta de que aquel Sasha de 2014 se había transformado en Aleksandr Timoféiev, alias *Tashkent*, el todopoderoso ministro de Impuestos y Recaudaciones de la RPD. Tashkent acompañaba a Zajárchenko la tarde en que lo asesinaron, pero él tuvo más suerte.

«Hasta noviembre del año pasado [es decir, el comienzo de la revolución del Maidán en 2013] yo estaba orgulloso de vivir en Ucrania. Sentía orgullo por mi país, por mi gente, por mi Kiev, por mi Crimea, por mi Lvov y por mi Donetsk», me explicó entonces Zajárchenko.

«Durante el campeonato europeo de fútbol [de 2012], yo llevaba la bandera ucraniana y gritaba “Ucrania, Ucrania”. Una semana entera agité aquella bandera. Reconozco que estaba orgulloso de ser ucraniano, de que Kiev fuera la madre de las ciudades rusas, de lo bonita que era Odesa y de la naturaleza única de Crimea», continuó.

Uno de los escenarios de aquel campeonato futbolístico fue el nuevo estadio que el oligarca local Rinat Ajmétov había hecho construir para la ocasión en Donetsk. El estadio, el Shajtar Arena, era también la sede del equipo local del mismo nombre.

«Estaba orgulloso de ser ucraniano», prosiguió Zajárchenko, «pero he descubierto que Ucrania no me necesita, ni como habitante ni como ciudadano, y estoy resentido porque en este país me tratan como a un paria y eso me resulta insoportable y no puedo seguir viviendo como si nada.» «Ahora me da vergüenza vivir en este país, donde la arbitrariedad prevalece sobre la ley, donde las autoridades son impotentes para cambiar algo, donde los militares se niegan a cumplir las órdenes de sus jefes, y donde un bandido de Ucrania occidental puede poner de rodillas a un gobernador, echarlo a un contenedor de basura y obligarlo a dimitir», exclamó.

«Hubiéramos estado dispuestos a soportar todo eso, pero cuando se comenzó a perseguir la religión y la lengua y a tratar a los habitantes del este de Ucrania como si fuéramos unos sinvergüenzas, tan solo porque Yanukóvich era de Donetsk y nosotros también, sentí el deseo de defender a mi familia, mi territorio, a mis próximos, y comencé a funcionar con otra lógica: tomar una carabina, limpiarla, cargarla y lanzarme a las barricadas.»

«Hace una semana hubiera pedido que castigaran a todos los que ocuparon los edificios públicos, los que pusieron de rodillas a los gobernadores, pero ahora le digo que, sinceramente,

no sé cómo parar este proceso que ha ido tan lejos», dice.

«La situación se nos está descontrolando. Hace una semana hubiera intentado que las autoridades me escucharan, porque entonces mi razón y mi corazón estaban todavía juntos. Ahora la razón está aún sobria y entiende que habrá mucha sangre, pero el corazón me dice que defienda lo mío, y yo ya no deseo ponerme de acuerdo con nadie ni explicar nada a nadie».

Zajárchenko hablaba así en una soleada tarde de primavera cuando las armas comenzaban a imponer su lógica en el este de Ucrania.

El hombre que amaba la estepa

En marzo de 2017, de la memoria de Zajárchenko ha desaparecido aquel que fue en 2012, un hombre que agitaba la bandera de Ucrania para animar al equipo nacional: «Yo no gritaba “Ucrania Ucrania”, sino “Shajter campeón”, para animar a nuestro equipo de Donetsk. Yo nunca me sentí ucraniano. Como los vascos en España o como los escoceses en Gran Bretaña, nosotros [los de Donbás] vivíamos en un país que se llamaba Ucrania y que tenía unas determinadas fronteras. Unos se sentían ucranianos, otros no, pero todos nos sentíamos gente del Donbás y no nos interesábamos por la realidad oficial», dice en el bar del hotel donde conversamos. Añade que en una ocasión estuvo en España siguiendo al Shajtar, que jugaba allí.

En traje de camuflaje, Zajárchenko ha irrumpido en el bar del hotel, rodeado de su guardia personal con Kaláshnikov en ristre. Es su forma habitual de desplazarse. Los clientes pagan sus consumiciones y se marchan rápidamente. Un guerrillero oriundo del territorio separatista de Osetia del Sur, uno de sus más allegados guardaespaldas, se aposta cerca de nuestra mesa. En las unidades militares controladas por Zajárchenko luchan «casi un centenar» de oriundos de aquel territorio caucásico no reconocido por la comunidad internacional. «En el pasado les ayudamos y ahora ellos nos ayudan a nosotros», explica.

El líder de la RPD se instala en la zona de fumadores y pide un té *po-kupecheski* (traducible por «al estilo de los mercaderes», una expresión que en la jerga carcelaria significa «un té negro muy cargado»). Hoy ha acudido al cementerio para recordar a su amigo Mijaíl Tolstij *Guivi*, el jefe del batallón *Somalí* que fue víctima de un atentado el pasado 8 de febrero. «Decenas de camaradas están enterrados junto a él. De los 53 hombres que estaban conmigo en 2014 en el ayuntamiento, solo tres siguen vivos», explica. «Yo ya no puedo apiadarme de nadie; ni de mí mismo», remacha. Asegura que no teme a la muerte: «Me da igual quién me mate, me da igual si es la radiación, una mina, la bala de un francotirador o la metralla».

La conversación se prolonga desde las nueve de la noche hasta la una de la madrugada en presencia de Aleksandr Kazakov, oficialmente el «consejero» de Zajárchenko, el «tutor» especialmente enviado desde Moscú para asesorarlo e impedir que tome decisiones arriesgadas. En realidad, es lo que podría llamarse un «comisario político» dependiente en última instancia de Vladislav Surkov, el ayudante del presidente Putin y responsable político ruso de la situación en el Donbás.

En el pasado, Kazakov había sido un activista prorruso en Letonia, país que lo expulsó por

considerarlo una «amenaza» para la «seguridad nacional» del Estado. Cuando Zajárchenko fustiga demasiado a Occidente, el consejero lo corrige suavemente: «No se puede hablar así de los europeos», le dice. El líder secesionista le corta: «¿Acaso te están entrevistando a ti?».

Como si fuera el protagonista de un libro de aventuras, Zajárchenko habla de sí mismo como de un héroe de «ojos ardientes y furiosos» que gusta de cabalgar por la inmensa y desierta estepa, que duerme sobre la nieve y que siempre sale vencedor de las trampas que le tienden sus enemigos.

«Tenemos más en común con los mongoles que con los suecos. Me gusta ir a caballo por la estepa al amanecer y cabalgar sobre la nieve en dirección al sol. Me gusta sentir el viento de la libertad en el rostro y por eso prefiero los mongoles a los suecos.» No, no posee ningún caballo. En el pasado le gustaba ir a Mariúpol a contemplar los amaneceres. Iba en coche y con su esposa. En la actualidad, se desplaza en un automóvil de lujo Lexus, pero afirma que «en la guerra me desplazo en un todoterreno o en un carro blindado, que son mucho mejores».

Zajárchenko tiene un ácido sentido del humor que choca con la «corrección política» occidental. Le gusta desorientar al interlocutor y ha ido asimilando paulatinamente los clichés de la propaganda política rusa. Su patria chica sigue siendo el Donbás, pero en su trayectoria mental ha abandonado Ucrania y se adentra en Rusia, tal como esta se le presenta bajo la presidencia de Vladímir Putin.

«Ucrania no existe, Bielorrusia no existe. Existe Rusia y es un error pensar que aquí luchan ucranianos contra rusos. Los que luchan son rusos contra rusos porque los ucranianos son también rusos», me dice.

«Hay personas que se sienten ucranianas», intervengo.

«Que se llaman a sí mismas ucranianas», corrige. «Deme dos años y en Ucrania nadie dirá que es ucraniano. Salga entonces a la calle y pregunte. Le dirán que son del Donbás, pero nadie dirá que es de Ucrania. Eso era antes.»

Zajárchenko asume como propia la historia de Rusia con todos sus mitos: «Rusia es un país de vencedores que hemos aprendido a sobrevivir. Sobrevivimos en todas partes; podemos pasar hambre una semana entera, estar heridos y cubiertos de fango, pero, arrastrándonos y a dentelladas, defenderemos nuestra tierra», afirma.

Mezclando pasado, presente y futuro, el líder insurgente recurre a la narrativa soviética sobre la Segunda Guerra Mundial. «Cuando hubo que construir una fábrica de tanques en los Urales, la construimos y ensamblamos los tanques a la intemperie, sufriendo el frío y la lluvia, para que esos tanques fueran al frente y llegaran hasta Berlín. Fabricamos un fusil ametrallador que puede manejarse con una mano, que puede disparar en cualquier parte y que es la mejor arma del mundo. Hemos fabricado la mejor bomba atómica, una “superbomba”, ¿y ahora van ustedes a decirnos que somos imbéciles y que debemos vivir de acuerdo con otras normas?»

Zajárchenko lleva tres armas encima, dos en los bolsillos y una tercera bajo la axila (una pistola TT y un revolver Makárov de fabricación soviética, además de un arma checa de los años treinta). «Hasta los diecisiete años iba con un cuchillo, una navaja, como un verdadero español de la Edad Media», aclara. Pone las pistolas sobre la mesa y vacía el cargador de una de ellas antes de tendérmela. Yo miro el arma sin tocarla. «A mí me gusta disparar. Usted escribe, yo

disparo», dice.

El líder insurgente habla de su «estirpe». Cuenta que descende de cosacos del Don y que su tío abuelo luchó en la guerra civil española y fue enviado a Siberia por haber caído prisionero de los alemanes cuando era partisano durante la Segunda Guerra Mundial. También su bisabuela fue deportada a Siberia por haber estado internada en un campo de concentración nazi. A sus hijos (tiene cuatro), cuenta, les pega con un cinturón cuando le desobedecen y ellos contienen los gemidos de dolor y después le dan las gracias por la «lección».

Zajárchenko se refiere a la RPD como a un sujeto territorial y político con voluntad de anexionar y asimilar el resto de Ucrania, comenzando por llegar a las fronteras de la región del Donbás. Asegura que su ejército de 35.000 efectivos controla un territorio donde residen tres millones de personas. Hace unos días, la RPD requisó todas las grandes empresas de su territorio, como respuesta al bloqueo impuesto por Ucrania que impide el tráfico de mercancías entre la zona separatista y el territorio controlado por Kiev.

Zajárchenko calcula que la «dirección exterior», tal como se ha denominado oficialmente la medida, afecta a unas 200.000 personas. Insiste en que no es una confiscación, sino una decisión «temporal» forzada por las circunstancias para que esas empresas puedan pagar los sueldos de los trabajadores, así como los gastos de Defensa de Donetsk y los impuestos con los que se forma el presupuesto local. «No somos una banda de idiotas que vamos por ahí blandiendo palos y recogiendo botellas vacías.»

El bloqueo ha obligado a la RPD a buscar otras vías para sus exportaciones de carbón y de acero, que ahora, en vez de ir en dirección al puerto de Mariúpol y el resto de Ucrania, circulan por retorcidas rutas gestionadas desde Moscú. El bloqueo les ha obligado a buscar materias primas fuera de Ucrania, lo que resulta problemático, aunque no imposible, pues, según dice, hay empresas europeas que trabajan en su territorio. Esta circunstancia le sirve a Zajárchenko para criticar la doble moral de los occidentales.

«La guerra es ya una realidad. Toda Ucrania debe transformarse en la RPD. Cuando lo consigamos, una riada de centenares de miles de ucranianos armados se precipitará sobre Europa, y no serán refugiados como los de Siria o Libia, sino gente con experiencia de combate, bien adiestrada y equipada», dice tratando de provocar inquietud por el futuro del continente.

Como el presidente ruso Vladímir Putin, Zajárchenko utiliza la historia de forma caprichosa y combina los temas arbitrariamente. Su discurso autoritario está lleno de clichés, de racismo, de contradicciones e incoherencias. Deja claro que no le gustan los negros ni los musulmanes no asimilados ni los gays, y que él defiende la religión ortodoxa y los valores tradicionales. Barack Obama es un «descendiente de esclavos», los refugiados sirios y libios son «hordas salvajes» y la tolerancia es una «enfermedad». Su visión de la «verdadera» Europa y los valores de la Rus medieval es difusa. Unas veces se posiciona como «europeo, pero no occidental»; otras hablan de salvar a Europa y otras, de combatirla. Pero en todos estos vaivenes hay una constante: él se siente ruso, hijo de «un gran país» que «no conoce la derrota». Su modelo de comportamiento, afirma, es el *Domostrói*, una compilación de sabiduría, consejos y normas para todas las ocasiones de la vida editada en el siglo XVI.

Durante la charla, tengo la impresión de que el futuro que Zajárchenko desea –una sociedad

patriarcal, severa, intolerante y belicosa— es en realidad parte de un pasado que parecía superado en Europa y que ahora regresa en la cruzada para la «reunificación de las tierras rusas».

Por su espíritu combativo y mesiánico, por su exaltación de valores ultraconservadores y por su derroche de vitalidad, Zajárchenko se ha convertido en un punto de referencia, una especie de fuerza telúrica para intelectuales nacionalistas que vienen a visitarlo a Donetsk desde Rusia como si acudieran a recargar sus pilas con la energía de este hombre directo que intercala citas poéticas y chocantes metáforas en su rudo lenguaje.

«Tengo ideas imperiales. Mi vida se ha dividido en dos partes: hasta 2014 y después. Antes no me faltaba de nada, pero en un momento dado comprendí que estaba vegetando y que la verdadera vida es hacer algo útil para tu pueblo y tu país. El destino me ha dado la oportunidad de renacer para comprenderlo.»

«El Donbás es el lugar donde cambia el orden mundial global. Puede que esos procesos no sean visibles aún, pero los cambios ya han comenzado y eso sucedió justamente aquí, porque aquí se vierte la sangre. Por desgracia, no puede haber cambio sin sangre. El nuevo papel de Rusia en el mundo se forja en el Donbás», explica. Y en ese nuevo papel, «Rusia rechaza la imposición de puntos de vista ajenos». Además, con Rusia no sirven las sanciones porque «en algún momento el oso al que hacen cosquillas dará un zarpazo y les romperá el cuello. ¡Esto es la geopolítica!», exclama.

«Mi gran deseo es la unión con Rusia y estoy seguro de que sucederá tarde o temprano. Fuimos la Rus de Kiev, fuimos una unión de tribus. Nosotros tenemos lo que nadie más en el mundo tiene: la memoria genética de una gran nación que nadie pudo vencer. No hay nada igual en el mundo.»

«Mi pueblo tiene una historia milenaria; luchamos contra los tártaros, contra los polacos y los suecos. Nosotros ya existíamos centenares de años antes que ustedes; nuestros antepasados vivieron en estas tierras. Aquí tenemos miles de años de civilización, no como en América.»

«Soy ruso. Puedo acogerla como invitada, pero no me imponga su opinión ni su estilo de vida. Nos las arreglaremos por nosotros mismos. Nosotros no nos inmiscuimos en los asuntos de Europa. Nos da igual cómo van a vivir. Nosotros fabricamos parmesano y *mozzarella* y en Europa, por mucho que lo intenten, no podrán preparar nuestro *kvas* [bebida ligeramente alcohólica hecha con pan negro fermentado].»

«Nosotros somos Europa, pero una Europa diferente. La patria y la familia son los principales valores rusos y desde hace siglos estamos dispuestos a morir por ellas. Ustedes, en cambio, tienen el instinto de conservación muy desarrollado porque quieren seguir viviendo. Para ustedes lo primero es la vida y puede ser que luego venga la familia y al final, muy en la cola, la patria.»

«¿Sabe usted por qué Europa nos teme y nos odia? Nosotros somos la verdadera Europa y no ustedes», agrega.

«Me dan pena los europeos porque han olvidado cómo combatir por Europa. Una nación parece cuando los hombres no quieren morir por su familia y por su patria. Por eso, ahora a ustedes les vencen los árabes, los negros, los turcos y toda esa chusma que se ha reunido allí. En cambio, a nosotros no nos vence nadie.»

«¿Por qué tienen complejo de culpa con los refugiados? ¿Por qué tienen que acogerlos? ¿Por qué iniciaron la guerra en Siria y Libia? Por su complejo de culpa, cosechan los frutos de aquellas decisiones irracionales que acabarán con la civilización europea.»

«En Rusia hay muchos musulmanes, pero son nuestros musulmanes. Rusia pudo integrarlos sin alterar su cultura e identidad. Pero a ustedes no les sale. Nosotros los asimilamos a ellos, pero ellos los asimilan a ustedes y cuando se despierten, ya será tarde. Ya sabemos que tendremos que ir a salvarlos, a ustedes, porque están perdiendo su identidad, como pueblo y como nación, y pronto sus mujeres bailarán la danza del vientre. Europa aún frena la riada de refugiados, pero mañana tendrá que batirse con unas hordas salvajes, de libios, sirios y sabe Dios quién.»

«Somos Rusia, aunque estamos apartados de ella, a diferencia de Crimea, que ya ha regresado a Rusia. Y es más, Lvov es Rusia, Varsovia es Rusia y Finlandia es Rusia. Puede que en esos lugares piensen de otro modo, pero solo hasta que lleguemos allí.» También «el territorio de las repúblicas bálticas es Rusia».

«Queremos volver a aquellos valores en los que debemos vivir, los valores de la Rus de Kiev, que se han despertado en nosotros para oponernos a la civilización occidental, que se autodestruye. Quiero que mi país y mis hijos crean en lo que creo yo y en lo que creían mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo. Y me aseguraré de que tienen fusiles ametralladores, pistolas TT 45 con las que podrán defender su fe, su familia y su patria.»

En 1991, cuando se disolvió la URSS, Zajárchenko era estudiante de primer curso en un centro de formación profesional. «Yo era muy joven, pero si me hubieran movilizado hubiera defendido los ideales de la URSS. No comprendimos de inmediato que tres personas podían destruir la URSS. En marzo de 1991 la población de la Unión Soviética votó en referéndum por conservar el Estado. Ucrania no quería ser independiente.»

Le recuerdo que en diciembre de 1991 Ucrania votó por la independencia en un referéndum republicano. «No hay que creer todos los referéndums ni todo lo que se publica.» «Si no hubiera existido ese canalla de Mijaíl Gorbachov, el mundo no sería ahora monopolar y no existiría la hegemonía norteamericana. Esta democracia, yo se la metería a alguien en un cierto sitio. No hay buenos demócratas», dice.

«Durante mucho tiempo humillaron a Rusia, intentaron ponerla de rodillas, imponerle su voluntad, alcoholizar a su presidente, pero el alma de un pueblo puede ser terrible y magnífica cuando encuentra fuerza y recursos y se une para luchar por una idea. Somos millones, los mineros de Kuzbás, los guardas fronterizos de Kamchatka, los leñadores de Irkutsk, las tejedoras de Ivánovo. Todos somos rusos y dondequiera que estemos tenemos algo en común, seamos o no cultivados, hablemos o no inglés, entendamos o no de economía. Somos rusos. [...] Para entendernos, ustedes tendrían que sufrir como nosotros hemos sufrido en la Segunda Guerra Mundial y a partir de 2014.»

Los rusos, los abanderados de la cristiandad ortodoxa, los defensores de la civilización, los salvadores del mundo, los mejores, los que más han sufrido, los que más han alcanzado. «Rusos, rusos, rusos», repite Zajárchenko con distintas entonaciones, pero siempre con pasión.

Y se pone a recitar: «¡Somos escitas, sí, hijos de Asia, con ojos ávidos, rasgados!».¹³

Tras la muerte de Zajárchenko, Kazakov, su tutor, abandonó Donetsk. Por entonces, ya no

trabajaba para el Kremlin. Había sido seducido por la fuerza vital de Zajáchenko, había cambiado sus lealtades, y cuando desde Moscú le pidieron que regresara, se negó a obedecer y siguió en la RPD asesorando al líder local. En cuanto a Tashkent, privado de su protector tuvo que huir, renunciando a sus planes recaudadores. Los pequeños empresarios locales respiraron aliviados.

-
1. Conversación entre Miroslav Rudenko y la autora, el 11 de abril de 2014.
 2. Puede verse a Pável Gúbarev haciendo estas afirmaciones en el siguiente vídeo: <https://www.youtube.com/watch?v=dC6qGAWJwaI>.
 3. Conversación entre Miroslav Rudenko y la autora, el 23 de abril de 2014.
 4. Entrevista de Dmitri Gordón a Ígor Strelkov, el 18 de mayo de 2020, disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=hf6K6pjK_Yw.
 5. Aleksandr Vaskovski, «La revolución robada», 5 de abril de 2015: <https://vk.com/alexandervaskovsky>.
 6. Conversación entre Andréi Purguín y la autora, el 13 de diciembre de 2014.
 7. Extracto del artículo «La escalera» publicado en el blog «Las Atalayas», en *El País*, el 16 de abril de 2014.
 8. Véase «Putín ha destrozado la UE, que ha sido impotente», entrevista realizada por la autora a Guenadi Moskal y publicada en *El País* el 29 de mayo de 2015.
 9. Aleksandr Zajáchenko fue nombrado «primer ministro» de la RPD en agosto de 2014. Más adelante en este capítulo hay unas páginas dedicadas a él.
 10. Véase <https://cutt.ly/7wqZar8U>.
 11. Información de la prensa rusa.
 12. Este texto está basado en tres conversaciones mantenidas por la autora con Aleksandr Zajáchenko, el 24 de abril de 2014, el 19 de julio de 2015 y el 19 de marzo de 2017, en Donetsk. Las citas han sido editadas para evitar repeticiones.
 13. Verso del poema «Los escitas» del ruso Aleksandr Blok (1880-1921) traducido por Ricardo San Vicente: «Millones sois. Nosotros somos muchos, incontables. ¡A ver, luchad contra nosotros! / ¡Somos escitas, sí, hijos de Asia, con ojos ávidos, rasgados!».

Las vidas de Izolyatsia

En la Unión Soviética, Izolyatsia fue una fábrica estatal de materiales aislantes de Donetsk que se abastecía de materia prima en las minas del Donbás. Tras la desintegración de la URSS, fue privatizada en 1993 por su equipo directivo, y se sumó así a las muchas industrias de la URSS que pasaron brutalmente de una economía planificada y centralizada a una economía capitalista.

Las privatizaciones de principios de los años noventa dieron a sus nuevos dueños una oportunidad única de enriquecerse y de acumular un capital que les permitió convertirse después en poderosos oligarcas. Pero también fueron despiadadas: industrias sólidamente establecidas se convirtieron en escombros y chatarra, trabajadores que creían gozar de un trabajo estable se quedaron en la calle y especialistas altamente cualificados tuvieron que reciclarse como comerciantes o taxistas. La singularidad de Izolyatsia es que, a diferencia de otras empresas que desaparecieron, supo metamorfosearse y renacer de sus cenizas.

LA FÁBRICA

En su primera vida, Izolyatsia hacía honor a su nombre, que en español significa «aislamiento»: se dedicaba a la producción de materiales aislantes. La fábrica fue cerrada en 2009, pero muchos años después los restos de su existencia seguían circulando como náufragos por los mares de Internet. «Los trabajadores miran con seguridad hacia el futuro luminoso de la sociedad de accionistas dirigida por Iván Mijáilov», rezaba un texto que, en 2004, presentaba a Izolyatsia como una de las mejores empresas del Donbás. De creer las informaciones de la red, la fábrica fue una compañía de vanguardia que, dirigida por el dinámico Mijáilov, supo transitar sin problemas de una época histórica a otra. Mijáilov había hecho su carrera profesional dentro de Izolyatsia, donde fue sucesivamente ingeniero jefe, director y por último presidente de Izolyatsia Sociedad Limitada.

Profesor de universidad e inventor, Mijáilov tenía una hija, Liubov (familiarmente Liuba), una mujer cosmopolita que recibió una exquisita educación en el extranjero y que desempeñó un papel clave en la segunda vida de Izolyatsia.

EL CENTRO CULTURAL

Cuando la fábrica de aislamiento ya había cerrado, Liuba Mijáilova tuvo la idea de transformarla

en una plataforma cultural. Así fue cómo en 2013 la abandonada Izolyatsia inició la etapa más exuberante y creativa de su historia. Francisco de Blas se incorporó al proyecto en esa época. De Blas, que era director cultural del Instituto Cervantes en São Paulo, recuerda con precisión que conoció a Liuba en un concierto de la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar dirigida por Gustavo Dudamel. Se hicieron amigos y ella le propuso trasladarse a Donetsk para dirigir allí una plataforma cultural polivalente inspirada en los proyectos de recuperación de entornos industriales degradados como los que se habían realizado en la cuenca del Ruhr.

En el caso de Izolyatsia, Liuba pretendía crear un entorno de exploración cultural abierto a distintas manifestaciones artísticas. Izolyatsia tenía todo lo necesario para ello. Disponía de 7,5 hectáreas de terreno en el número 3 de la calle Camino Luminoso, una zona del extrarradio de Donetsk a medio camino entre el mundo rural y el fabril.

Contando naves industriales, talleres, cobertizos y almacenes, aquella fábrica venida a menos tenía 52 edificios y una cincuentena de entornos y «microclimas» a punto para ser aprovechados. Poseía espacios gigantescos para grandes exposiciones y también otros más reducidos para eventos de cámara, experimentos, conciertos, representaciones teatrales, seminarios y proyecciones de cine.

Izolyatsia tenía también terricones (montañas artificiales revestidas de hierba y formadas a partir de pilas de residuos industriales o del carbón). En uno de ellos se alzaba la silueta de un gamo que uno de los empleados había recortado y convertido en veleta para su hijo.

Las chimeneas de ladrillo rojo de Izolyatsia fueron integradas en proyectos artísticos y una de ellas fue rematada con un gigantesco y reluciente lápiz de labios en homenaje a las mujeres trabajadoras. El complejo se ganó a un público local, en su mayoría jóvenes curiosos que se interesaban por el mundo, y también atrajo a artistas extranjeros. Sus visitantes deambulaban entre los artefactos al aire libre, como los cuerpos femeninos hechos con jabón que Maria Kulikóvskaia había ideado. Allí había obras del francés Daniel Buren, una espectacular instalación sonora del argentino Leandro, una instalación del artista chino Cai Guo-Qiang y creaciones de Guillermo Kuitca o Rafael Lozano Hamer.

En la primavera de 2014, cuando las turbulencias políticas ya sacudían Ucrania, De Blas organizó un festival titulado «Lenguaje y violencia» al que asistieron escritores en lengua ucraniana y rusa. Fue precisamente en un taller de Izolyatsia donde el oligarca ruso Mijaíl Jodorkovski, recién amnistiado tras diez años de cárcel, se reunió con un grupo de intelectuales ucranianos.

Pese a su público fiel, Izolyatsia nunca llegó a arraigar en Donetsk, como demostraron los acontecimientos que vendrían después. Para la sociedad dura y recelosa dominante en aquella ciudad, era un desafío irritante y no una oportunidad de ampliar horizontes y explorar lo lúdico. Los dirigentes de Donetsk no eran especialmente acogedores con Liuba Mijáilova, a la que dejaban hacer aunque la veían como a una chica rica y caprichosa.

Justo enfrente de Izolyatsia había un pequeño colmado con el mismo nombre de la calle, Camino Luminoso. Alekséi, su dueño, contaba que en la época de la URSS su modesto establecimiento había sido una cantina para los obreros de la fábrica de aislamientos. En la fachada del colmado estaba pintado Vladímir Lenin disfrazado de Superman. El fundador del

Estado soviético lucía además una capa roja estampada con la hoz y el martillo y volaba en dirección a una prosaica cesta llena de carne, zanahorias, pan, leche y queso. En el interior del local, detrás de las pilas de chocolates y caramelos, un Yuri Gagarin confeccionado con mosaico volaba también por el espacio, pero a diferencia de Superman, iba en traje de astronauta y con escafandra. La rivalidad entre el Lenin-Superman de la fachada y el Gagarin del interior se complementaba con dos banderas que Alekséi guardaba en un rincón. Una era la de Ucrania y la otra, de la República Popular de Donetsk (RPD). Así, podía dar la bienvenida a unos y otros según el caso.

Tanto en sentido físico como simbólico, la calle Camino luminoso era la línea del frente bélico que iba a marcar la región del Donbás en años posteriores. En las trincheras, el colmado de Alekséi, impregnado de nostalgia soviética, se enfrentaba a la plataforma cultural de la gentil y cosmopolita Liuba Mijáilova. Tras una exhaustiva visita a la fábrica en una mañana de primavera, fui a pasear por los alrededores con Francisco de Blas, su director. Así fue como descubrimos el colmado, donde compramos unos refrescos y conversamos con Alekséi. De Blas me reconoció que no había visitado nunca el establecimiento, pese a tenerlo tan cerca.

Donetsk había entrado en una etapa turbulenta. El 14 de mayo de 2014, tras la arbitraria consulta popular que convirtió la parte de la provincia controlada por los separatistas en una «república popular», cené con De Blas en un local de moda en el centro de la ciudad.

En la calle todo parecía normal. En la Ópera de Donetsk seguía en cartel *El holandés errante*, una ambiciosa coproducción internacional estrenada en 2012 y patrocinada por las empresas de Rinat Ajmétov, el hombre más rico de Ucrania y, por cierto, uno de los grandes beneficiados de las privatizaciones. En la avenida Artiom, los parterres habían sido segados con esmero y los coches circulaban disciplinados al ritmo que marcaban los semáforos.

Pero el miedo al futuro se extendía como una nube negra sobre la ciudad. Estábamos en guerra; ya se había vertido sangre; los servicios de orden público estaban paralizados y dependíamos cada vez más de unos individuos irritables y volubles que, fusiles en ristre, pululaban en torno a los edificios de la Administración provincial y municipal. Pululaban y robaban. Periodistas, profesores, economistas que no estaban dispuestos a dejar de ser ciudadanos de Ucrania abandonaban precipitadamente Donetsk.

El local de moda donde cenamos se llamaba Loft y estaba en la planta baja de un edificio acristalado desde donde se gestionaban los negocios del Ajmétov. Francisco de Blas conocía bien aquel local de aire neoyorquino. Sus techos eran altos y sus formas, simples. Las lámparas, enfocadas directamente sobre las mesas, daban al recinto un aspecto de biblioteca vanguardista. Un público joven y adinerado acostumbraba a llenar aquel sitio de moda donde podía leerse la prensa británica del día y se comían estupendas hamburguesas. El Loft, sin embargo, se encontraba en el centro de un patio de viviendas destartaladas y para llegar a él había que pasar junto a tiendas de empeños y puestos callejeros de cambio de divisas. Aquella noche de mayo, estaba casi vacío. A excepción de unos discretos comensales en la mesa vecina, De Blas y yo éramos los únicos clientes. Los rostros serios de los camareros dejaban traslucir su zozobra.

De repente, se nos acercó una mujer joven. Nos había visto a través de la cristalera y sentía curiosidad. «¿Por qué no se han marchado aún de Donetsk?», nos preguntó.

Ocho años después, lejos de Donetsk, De Blas y yo recordamos aquella cena y constatamos que nuestras memorias se fijaron en distintos momentos de la noche. Él se acuerda más de la pregunta de aquella mujer y yo retuve sus respuestas, a saber, que ella se marchaba al día siguiente por la mañana y que era hija de un líder del movimiento minero de fines de los ochenta. Su destino, nos dijo, era un lugar selecto, no recuerdo si Londres o Ginebra, y eso, junto con la ropa cara que vestía, indicaba que la chica tenía una situación desahogada.

¿Era posible que con el tiempo aquellos líderes mineros de la cuenca del Donbás, que en 1989 hacían huelga junto con los de Kuzbás en Siberia y los de Vorkutá en el norte de Rusia, se hubieran corrompido y hubieran actuado como lo habían hecho sus privilegiados jefes soviéticos?

La vida en el Donbás respondía a esquemas arcaicos de relaciones feudales entre jefes tiránicos y obreros demasiado sumisos o demasiado rebeldes. Eran relaciones simples y brutales de gentes demasiado ricas con gentes demasiado pobres.

«Mi padre dice que aquellas huelgas no sirvieron para nada», comentó la mujer antes de partir. De Blas abandonó Donetsk pocos días después. Yo seguí allí un cierto tiempo, aunque ya no regresé a Izolyatsia.

EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN

La tercera vida de Izolyatsia fue el resultado de la victoria del colmado Camino Luminoso y de todo lo que aquel representaba, la victoria de Lenin-Supermán y del Gagarin de mosaico. La plataforma cultural fue abandonada precipitadamente por sus empleados y ocupada por los milicianos separatistas, que llegaron con sus Kaláshnikov, sus trajes de camuflaje y su visión del mundo inspirada en parte por la Unión Soviética y en parte por la Rusia imperial.

Los rebeldes convirtieron Izolyatsia en un campo de internamiento que formalmente no existía, porque ni siquiera respondía a su propio concepto de «legalidad». Los sótanos y los talleres otrora escenarios culturales se convirtieron en cámaras de tortura. «Entre aquellas paredes no había ningún día en el que no torturaran», señalaba el periodista Stanislav Aséyev, uno de los presos que pudo salir de allí.

«Por las noches [los torturados] volvían con el cuerpo medio muerto y profundas quemaduras en manos y pies», señalaba Aséyev. Izolyatsia era un espacio sin normas donde todo funcionaba de forma arbitraria y absurda, a capricho de los carceleros. La llamaban el «Dachau de Donetsk», decía Aséyev, cuyo delito había sido escribir con seudónimo para la prensa de Kiev.

La prisión funcionaba sobre todo como un centro de recepción de detenidos que después eran distribuidos por otras prisiones, me explicaba el periodista, según el cual a las alturas de julio de 2022 quedaban allí algo más de medio centenar de presos.

El periodista pasó dos años en la cárcel y fue liberado en un intercambio de presos entre la RPD y Ucrania en 2019. Después, publicó un libro donde analizaba el sistema de relaciones imperante en aquel extraño establecimiento penal, cuyo director, apodado *Palich*, era un verdadero sádico que gustaba de utilizar el electroshock preferentemente en los genitales y de

violar a las presas después de que sus subalternos las lavaran bien con jabón antes de servírselas. Según Aséyev, los torturadores ponían música para sofocar los gritos y aullidos de los torturados. Por temor a la venganza de sus antiguos presos, Palich había instalado su residencia en Izolyatsia, donde se sentía más seguro que en su domicilio.

Los artefactos que habían integrado la colección de Izolyatsia yacían destruidos por el suelo, sin que a nadie le importara el valor artístico o comercial de las obras, seguramente porque lo desconocían y porque aquel arte moderno les irritaba. Los secesionistas hicieron explotar la gigantesca barra de carmín junto con la chimenea de ladrillo que la sostenía, destruyeron los maniqués de jabón y el resto de instalaciones, sin detenerse en consideraciones culturales o económicas.

En el verano de 2020, en Izolyatsia estuvo internada brevemente Evguenia Yépez, una oriunda de Donetsk residente en España que decidió volver a su ciudad sin entender cuánto había cambiado esta. La detuvieron por arrojar a la basura una bandera de la RPD y, tras un día en la comisaría, la trasladaron a Izolyatsia con la cabeza enfundada en una bolsa de plástico. «Los carceleros tenían un trato agresivo y estaba prohibido mirarlos a la cara», contó Yépez cuando la liberaron. «Me amenazaban con llevarme al sótano si no aprendía a comportarme. Creo que eran gentes con mentalidad deformada y rasgos sádicos», explicó. Cuando la trasladaron desde Izolyatsia a una prisión del Ministerio del Interior de los secesionistas, le pareció estar en un hotel de cinco estrellas.

Alekséi, el tendero de Camino Luminoso, se adaptó mejor a la nueva Izolyatsia que a la antigua. Cuando la RPD ya se había afianzado, quedé con él en el pub El León Rojo de Donetsk. Al preguntarle por Izolyatsia, contestó de forma evasiva. Los nuevos amos, dijo, «son chicos normales que compran cigarrillos en el colmado. Incluso vinieron a avisarme para que no me asustara por los disparos que hacían cuando se entrenaban».

Alekséi tiró una de las banderas de su colmado. Ya no la necesitaba. El Donbás era ruso, Crimea era rusa, Ucrania era rusa, Rusia nunca había atacado a otro país.

«No es así», le dije, y fui recitando la lista de los tratados internacionales en los que Rusia había reconocido la integridad territorial de Ucrania. De repente, como un niño enfadado, Alekséi me gritó: «¡Todo eso es verdad, pero a nosotros no nos gusta que nos lo digan!».

KIEV

Después de la experiencia de Donetsk, Izolyatsia rehízo su vida en Kiev, donde se incorporó al mundo de la cultura de la capital. Fiel a la idea de recuperar un entorno industrial degradado, se instaló en unos antiguos astilleros a las orillas del Dniéper, en el barrio de Podolsk. Allí, volvió a formar una respetable colección de arte que se añadía a la pequeña parte salvada de la hoguera de Donetsk. Cuando la visité en febrero de 2016, estaba dominada por la nostalgia. Muchas de las obras eran creaciones de artistas que se habían visto obligados a huir de la anexionada Crimea o del Donbás, y lo expuesto remitía a lo perdido: piedras de las playas del mar Negro, álbumes fotográficos familiares, vídeos sobre la vida cotidiana de los tártaros y recuerdos del largo y

doloroso periplo de exilio, retorno y de nuevo exilio sufrido por esta comunidad. Había también unas lentes para contemplar una imagen tridimensional del aeropuerto internacional Prokófiev de Donetsk. El autor del artefacto había participado en el diseño de aquel aeropuerto, que había sido destruido por los combates entre los secesionistas y las fuerzas ucranianas.

SOLEDAR: RETORNO AL ESTE

En 2018, Izolyatsia se había integrado en el ambiente cultural cada vez más dinámico de Kiev, pero su corazón permanecía en el este, y allí volvió en 2019, cuando la plataforma cultural se trasladó a Soledar, una pequeña localidad de la zona controlada por Kiev en la provincia de Donetsk. Tenía algo más de 10.000 habitantes y en el pasado había llegado a producir el 40% de la sal de la Unión Soviética. Quienes hemos vivido en Moscú antes de 2014 recordamos los paquetes de color blanco y azul en los que la empresa Artiomsol comercializaba aquella sal hasta que los vetos y las sanciones hicieron desaparecer aquellos familiares envoltorios de los supermercados rusos.

Las minas de sal de Soledar tenían impresionantes galerías subterráneas y una excelente acústica que permitía convertirlas en buenas salas de conciertos. Izolyatsia aprovechó aquellas características y también consiguió una beca de un millón de euros de la Unión Europea para transformar un viejo club de cultura en un centro multidisciplinar. Además, logró que la embajada estadounidense en Ucrania financiara la transformación de un autobús en un espacio artístico itinerante. «Se trataba de un proyecto de descentralización cultural que recorría los pueblos donde no había Internet», explica Liuba Mijáilova por WhatsApp desde París. «Les llevamos cine, escribimos un libro sobre ochocientos tipos de *borsch*», explica. Y cuando parecía que Soledar iba a encontrar su sitio en los mapas turísticos, la ciudad se convirtió en blanco de los ataques rusos. El club de cultura fue destruido por las bombas en mayo de 2022. El equipo de Izolyatsia tuvo que escapar de nuevo, esta vez no solo hacia Kiev sino en múltiples direcciones. De su trabajo en Soledar no quedó nada.

La guerra obligó a reorientar el reparto de la beca europea que Izolyatsia había comenzado a recibir en enero de 2022. Las actividades humanitarias pasaron a ser la prioridad, según cuenta Mijáilova. Izolyatsia se incorporó a los proyectos de ayuda a refugiados, pero se dedicó también a apoyar proyectos culturales destinados a asegurar la supervivencia de los artistas, el gran potencial humano acumulado desde su fundación en 2010. Izolyatsia les proporcionaba exposiciones, los promocionaba, les buscaba becas y centros donde pudieran residir durante algún tiempo. Liuba viajaba de una parte a otra, negociaba con diversas fundaciones internacionales y se convirtió en una defensora de la «descolonización cultural de Ucrania», un concepto que es susceptible de diversas interpretaciones, incluida la de arrancar el factor ruso de la vida del país. Liuba, rusoparlante y buena conocedora del inglés, se puso a aprender la lengua ucraniana.

EL GRAN EXILIO

La etapa que Izolyatsia comenzó a vivir después de la guerra se proyecta en dos dimensiones, una interior, dominada por el factor humanitario, y otra exterior, de difusión, búsqueda de ayuda y solidaridad. Liuba constata que la «capacidad de adaptación y la flexibilidad» de Izolyatsia para moverse en un entorno turbulento es muy superior a la de otros museos más convencionales, que se mueven con mucha más lentitud en las situaciones excepcionales. «Cuando fundamos Izolyatsia en Donetsk yo entendía que era un experimento social. Era un centro de resistencia contra la corriente», opinaba Liuba en el verano de 2022. «Como resultado de la descarada invasión de tropas regulares de la Federación Rusa, los ciudadanos de Ucrania pueden encontrarse en un campo de concentración gigante similar a la prisión ilegal de Izolyatsia», señalaba un llamamiento que la plataforma cultural había divulgado al iniciarse la guerra. En 2023, con becas y ayudas internacionales, la plataforma creada por Mijáilova orientaba su potencial creativo hacia «la reconstrucción cultural» del país, y eso que la contienda y la destrucción no habían terminado. Era el momento de recordar las primeras palabras del himno nacional ucraniano: «*Escho ne merla Ukraina*» (Ucrania no ha muerto aún). Y parece que Izolyatsia tampoco.

La profesora de ucraniano

Katya y Artiom llegaron a Kiev en 2002 desde un pueblo deprimido de la provincia de Lugansk donde ella trabajaba como maestra y él podía optar por jugarse la vida en una mina esquilmada, asfixiarse en una planta química o abrasarse en una fundición.

Katya, Artiom y su hija Sofia son seres reales, pero por seguridad y porque la guerra afecta a sus vidas y a las relaciones con sus familiares, he cambiado sus nombres y eliminado los topónimos demasiado específicos, como el de su ciudad de procedencia, que en 2012 tenía una población superior a 50.000 habitantes e inferior a 100.000.

En Kiev, la familia alquiló un piso barato en uno de esos gigantescos barrios dormitorio que se extienden a la orilla izquierda del Dniéper. Él trabajó como albañil, camarero y taxista, pero nunca pudo ahorrar suficiente para pagar la entrada de una vivienda propia. En diferentes ocasiones, cambiaron de apartamento, siempre a la izquierda del Dniéper.

La Revolución Naranja no cambió su vida en 2004. Por inercia, votaron por Víktor Yanukóvich, que como ellos procedía del Donbás.

Oriundo de Rusia, el padre de Katya había llegado a Lugansk para trabajar en las minas. La madre es del Donbás y descende de cosacos y de campesinos acomodados expropiados durante la Revolución bolchevique. Sobre su pasado familiar sabe poco, porque en su casa siempre ocultaron su origen de clase.

En los veranos de su infancia Katya iba a visitar a su tía, la hermana de su padre, que vivía en una mal abastecida ciudad de Rusia. La familia entera iba a socorrerla en un utilitario atiborrado de mantequilla, aceite, carne y tocino.

Tanto en su casa como en la escuela, Katya hablaba en ruso. Recuerda que solo las abuelas hablaban en ucraniano, en sus tertulias en los patios de vecindad. Pero cuando se mudó a una localidad vecina menos industrializada, descubrió un entorno campesino que no había sucumbido a las sucesivas oleadas de emigrantes de otras repúblicas soviéticas.

«Todos, incluso los jóvenes y los niños, hablaban en ucraniano», cuenta la profesora. «Fue una sorpresa para mí. Comencé a explorar los pueblos de los alrededores y descubrí que en todos ellos se expresaban en esta lengua.»

Gracias a sus buenas notas, Katya estudió Filología ucraniana de forma gratuita. Cuando ingresó en la universidad, explica, todas las clases se impartían en ucraniano y la lengua sonaba natural. Eran los años noventa y Ucrania, con todos sus problemas, era percibida como un país con futuro, sobre todo en contraste con Rusia, que se había empantanado en la guerra de

Chechenia. «Recuerdo a un vecino mío que gritaba “viva Ucrania” cuando nos cruzábamos en la escalera. Ahora, aquel vecino combate contra nosotros en las filas de los separatistas», comenta la maestra.

Comenzó a dar clases en 1998 y su trabajo en la escuela local era reconocido y estaba bien pagado. Las clases se daban en ucraniano y Katya no recuerda que hubiera fricciones con el ruso. Los niños recitaban versos de Tarás Shevchenko en la fiesta de fin de curso.

Los padres de Katya encajaron mal la marcha de su hija a Kiev. Cuando comprendieron que no regresaría, vendieron el piso que le habían comprado en Lugansk para cuando fuese mayor. Por trescientos dólares.

En Kiev, Katya y Artiom pasaban apuros económicos. La grivna se desplomaba y él apenas podía pagar los plazos del crédito en dólares que pidió para comprar un vehículo propio. La situación mejoró cuando él obtuvo un empleo de repartidor en una distribuidora de arreglos florales para eventos y congresos. La empresa prosperó tras la elección de Víktor Yanukóvich como presidente de Ucrania, pues los paisanos y colaboradores del antiguo gobernador de Donetsk comenzaron a llegar en masa para ocupar los puestos claves de la Administración del Estado. La nueva élite política tenía un gusto poco refinado. Encargaba aparatosas mesas a las fábricas de muebles de la región de Valencia, y las adornaban con suntuosos arreglos florales que se renovaban regularmente.

Con la huida de Yanukóvich y sus allegados, la distribuidora de flores perdió a sus mejores clientes.

Los padres de Katya nunca quisieron que la Unión Soviética se disolviera y en 1991 votaron en contra de la independencia de Ucrania. La sangrienta culminación del Maidán de Kiev reabrió la herida y dividió a la familia.

Ellos, que seguían viviendo en Lugansk, consideraron que en Ucrania se había producido un golpe de Estado y que los «nazis» habían tomado el poder. Katya no pudo convencerlos de que eran víctimas de la propaganda rusa ni ellos de convencer a su hija de que los «fascistas» le había comido el coco. En mayo de 2014, el padre fue a votar en el referéndum convocado por los separatistas prorrusos para proclamar la independencia de las «repúblicas populares». Por orgullo, el padre renunció a la cuantiosa pensión que Kiev le pagaba por su larga trayectoria laboral.

Antes de que Rusia invadiera Ucrania, la madre iba regularmente a la capital para cobrar su pensión. Le gustaba pasear por las galerías comerciales y contemplar los objetos de lujo inexistentes en Lugansk. Katya y Artiom intentaron ganársela para la causa ucraniana: la llevaban al teatro y de excursión y le compraban los mejores embutidos. Pero ella no daba el brazo a torcer. El salchichón era peor que el soviético, decía, y aunque en las calles de Kiev no había visto a los fascistas denunciados por la propaganda rusa, cabía la posibilidad de que simplemente hubieran pasado por la calle de al lado y ¿cómo iba ella a saberlo?

A pesar de lo que observaba en Kiev, la madre nunca quiso reconocer que la realidad no era como la veía el padre, muy influido por las opiniones de su exaltada hermana, aquella tía a la que Katya visitaba en su infancia. Ahora, la tía era partidaria de lanzar ya una bomba nuclear sobre Kiev y la apabullaba con sus mensajes: «Vivís engañados», «Los nazis os han hipnotizado».

Durante la pandemia, los viajes regulares de la madre a Kiev se convirtieron en laberínticos periplos de varias jornadas. Los puestos de control entre la zona secesionista y el territorio leal a Ucrania estaban cerrados o se abrían a capricho y había que dar un enorme rodeo y cruzar dos veces la frontera.

Katya y Artiom se preparaban para emigrar y escuchaban lecciones de inglés mientras paseaban al perro. A sus 44 años, decidieron que ya eran algo mayores para recomenzar al otro lado del Atlántico, pero aún hoy siguen concursando por la *Green Card* estadounidense, aunque su meta se ha hecho más modesta.

Cuando Artiom comprendió que ninguno de los trabajos en Kiev iba a posibilitarle un despegue económico, se empleó como camionero especializado en Polonia. A menudo llamaba a Katya por el móvil y le enseñaba el paisaje que iba recorriendo. Mientras Artiom iba al volante y Katya hacía de copiloto virtual, imaginaban que viajaban juntos por las autopistas del continente.

Gracias a un reportaje sobre la literatura ucraniana y las preferencias literarias de los ucranianos, Katya se convirtió en mi profesora de ese idioma. En 2020, conversando con editores, críticos y libreros en Kiev y en Lviv, descubrí un «tesoro escondido», una colección de obras en ucraniano publicadas en los años veinte del siglo XX.

Yarina Tsimbal, investigadora del Instituto de Literatura de la Academia de Ciencias de Ucrania, había reunido un elenco de autores que en aquella década de la centuria pasada cultivaron diversos géneros, entre ellos el periodismo y la novela policiaca. En 2016, Tsimbal se puso al frente de una colección de libros en los que se recogía ese legado cultural olvidado.

Los años veinte fueron un «periodo único, caracterizado por la libertad temática y de expresión», me explicaba Tsimbal en Kiev. Yarina incluyó en su colección una serie de reportajes agrupados bajo el título «Caminos bajo el sol». Aquellos textos «rescataban y redescubrían» a una generación que floreció cuando la URSS promovía las culturas y las lenguas nacionales, en un periodo que en Ucrania se conoció como *ukrainizatsia* (traducible por «ucranización»). Después, en los años treinta, Stalin sofocó aquella política. Tres de los seis autores recogidos en «Caminos bajo el sol» perecieron en 1937 víctimas de la represión estalinista: Dmitri Buzko fue fusilado como nacionalista y contrarrevolucionario por criticar a Stalin; Geo Shkurupiy fue fusilado en el campo de concentración de la isla de Solovki, en el Ártico, y Valerián Polishchuk fue internado en Solovki y fusilado en los bosques de Sandarmoj, en Karelia.

Aquellos autores que empleaban el ucraniano para la creación literaria procedían de distintos puntos geográficos de Ucrania incluidos Jersón, Odesa y Besarabia, es decir, de los territorios «rusoparlantes» que muchos años después el presidente de Rusia Vladímir Putin reclamaría.

Desconocidos por el gran público, los escritores represaliados habían sabido liberar la lengua de un contexto local o folklórico y emplearla para abordar el mundo con mirada propia. Sus reportajes cosmopolitas trasladaban al lector al Ártico, a Irán, al Cáucaso, a las ciudades de Europa y a las minas de carbón de Lugansk.

Solo el conocimiento de la lengua iba a permitirme establecer una relación con la cultura de Ucrania no mediatizada por las interpretaciones rusas. Quise leer aquellos reportajes.

En 2022 Artiom era un cualificado chófer en una empresa polaca especializada en el

transporte de cargas delicadas. Un día estaba en Suecia y al siguiente en España. El 24 de febrero, cuando Putin ordenó invadir Ucrania, conducía por las carreteras de Francia. Al enterarse de la invasión, puso rumbo hacia Polonia, entregó el camión y regresó a Kiev para alistarse como voluntario. Lo acuartelaron en las afueras de la capital, donde comenzó a entrenarse. Habían pasado ya muchos años desde que hizo el servicio militar.

En febrero de 2022 los padres de Katya seguían residiendo en la zona controlada por los secesionistas. Cuando los rusos atacaron, el padre, que pasaba el día mirando la televisión rusa, la llamó. «Putin os va a salvar», le dijo.

En septiembre de 2022, en la ocupada Lugansk, el padre volvió a votar a favor de la integración de la república popular de en Rusia. La madre hizo lo mismo. La profesora no excluye que estuvieran bajo la influencia de su beligerante tía.

El 23 de febrero de 2022, la víspera de la invasión, yo estaba en Kiev y Katya me invitó a cenar en compañía de *Mango*, su perro. Para la ocasión, llenó la nevera, habitualmente casi vacía. Frugal y organizada, seguía apuntando las cuentas domésticas en un cuaderno escolar. Hasta la última grivna.

«En 2014 los rusos nos metieron un gol en Crimea y el Donbás. Ya por entonces Artiom quería ir al frente y yo lo disuadí porque no soportaba la idea de que combatiera contra nuestros primos y nuestros antiguos vecinos de escalera. Una cosa es ir a luchar contra los invasores y otra, contra nuestros compañeros de juegos. Ahora soy yo la que estoy dispuesta a ir al frente. Lamento no haberlo hecho en 2014», dice.

Hasta 2013, el padre de Katya era «una persona normal; escuchaba canciones en ucraniano y se reía de las bromas en ese idioma». Pero todo cambió tras la huida de Yanukóvich. «Es cierto que en Ucrania hay corrupción y desorden, pero las cosas están mejorando y sobre todo hay libertad. Mi padre no entiende que en Moscú hay una verdadera dictadura.»

Katya ya no puede hablar con sus familiares. Su padre y su tía la llaman «fascista» y su madre la riñe: «Eres idiota, Katya. Vuestras fábricas están arruinadas. Sois pobres y desgraciados. ¿Acaso crees que Putin es tonto y os va a mantener?».

«Hace tiempo que pienso que a los rusos no les importa la gente y que solo desean abrir un corredor hasta Crimea», me comenta Katya que sigue hablando en ruso con su madre. «Desde Donetsk, avanzarán hacia Zaporoyie, Jersón, Nikoláyev y Odesa, que para ellos son las auténticas tierras rusas. Los rusos dicen que necesitan el territorio de sus fronteras históricas y que solo ellos van a decidir cuáles son estas fronteras», subraya la maestra.

El 24 de febrero, mientras las sirenas sonaban en Kiev, mi profesora y yo decidimos que seguiríamos trabajando. Desde entonces las clases se convirtieron en un símbolo y en un deber moral. La actividad que fue un lúdico ejercicio lingüístico se ha adaptado a la guerra y cada lección comienza con el alma en vilo y la misma pregunta: ¿Cómo está Artiom?

Estos apuntes tratan de la guerra entre Rusia y Ucrania a partir de unas clases de idioma impartidas a distancia desde Kiev y recibidas en una isla del Mediterráneo. Son el testimonio de una rusoparlante del este de Ucrania que eligió ser ciudadana de su país.

4 de marzo de 2022

Los rusos están en Irpín, a algo más de una veintena de kilómetros de Kiev. Para animarse, Katya se ha puesto un jersey naranja. En su escuela se han interrumpido las clases, porque los alumnos han huido y están dispersos por Europa.

14 de marzo de 2022

Se escuchan sirenas y cláxones en la calle. Los sonidos mezclados me llegan por Zoom. Repasamos el vocabulario e intercambiamos las últimas noticias. Katya se ha suscrito a varios canales de Telegram. «Es difícil encontrar fuentes fidedignas sobre la guerra», dice.

«En algunos lugares las autoridades se han pasado al lado de los *okri* (término procedente de *El Señor de los Anillos* utilizado por los ucranianos para referirse a los rusos), pero los colaboracionistas son pocos porque temen la llegada de nuestros tanques. Los rusos tratan de neutralizar a quienes tienen cualidades de líder y podrían organizar la resistencia. En Melitópol, los ocupantes han raptado al alcalde y en Jersón, donde se celebran manifestaciones masivas a favor de Ucrania, han secuestrado a diputados y activistas civiles. Creo que hay gentes que aguardan la llegada de las tropas rusas, pero que callan al ver la envergadura de la resistencia. Si vence Ucrania, harán como si nada. Si triunfan los ocupantes, saldrán a recibirlos.»

«Nos hemos organizado y hemos llenado de provisiones el refugio del barrio. Ayer me enseñaron a usar un fusil Kaláshnikov por si acaso. Los rusos son muy agresivos y desprecian la vida, incluida la de su propia gente. No entiendo cómo un agresor puede presentarse como un salvador y cómo puede acumular tanto odio contra nosotros. Necesitamos ayuda de Europa.»

«Las bajas son muy numerosas. El presidente Volodímir Zelenski es actor y sabe cómo comunicar. No se desmoraliza y cada noche nos envía un mensaje de ánimo. Estamos con él».

20 de marzo de 2022

«Ayer de madrugada cayó un misil cerca de aquí. La casa temblaba y el sofá daba saltos. Nuestras ventanas resistieron, pero las de la escuela no, así que fuimos a comprar cristales mientras los hombres preparaban tabloneros para protegerlas. Nos pusimos a limpiar otro local que puede servirnos de refugio.»

«El entrenamiento de Artiom es agotador. La última vez que tocó un arma fue durante la mili. Ahora, además de la instrucción le dan clases de táctica, de medicina militar y de cómo trabajar en grupo. Por suerte, los preparan bien antes de enviarlos al frente.»

Llega Artiom desde su acuartelamiento en las cercanías de Kiev. Aún no les han enviado al frente por la falta de armas, de chalecos salvavidas y cascos. Desde Bielorrusia, dice, se acerca otra columna militar formada por *rashisti* –un término en el que se funden las palabras «ruso» (en inglés) y «fascista» (en ruso)–.

En el Donbás hay muchos insatisfechos, porque en 2014 creían que iban a vivir tranquilamente bajo la protección de Moscú y «ahora son los primeros movilizados contra los invasores. Uno de mis viejos conocidos murió en el frente y otro fue herido».

26 de marzo de 2022

«Los mandos militares les han dicho a Artiom y sus compañeros que se busquen los cascos y chalecos por su cuenta, pero los chalecos antibalas fabricados en Ucrania son de mala calidad.»

Junto con otras mujeres con maridos en las Fuerzas Armadas, la maestra busca voluntarios para traer chalecos antibalas de Polonia y evitar «que se pierdan por el camino». «No sé qué sería de nuestros chicos si no fuera por la ayuda de los voluntarios.»

La profesora está contra la militarización de la enseñanza y de vestir a los niños con uniformes militares, como hacen los rusos. «Nosotros a lo sumo nos ponemos blusas y camisas bordadas», comenta esta maestra vocacional que prefiere a los párvulos por ser estos los más receptivos a sus esfuerzos por inculcarles el concepto de honestidad, «más valioso que las matemáticas o la física». La experiencia de la pandemia le sirve para trabajar a distancia. Desde Portugal, España, Alemania, Austria y Polonia, y también desde las provincias occidentales de Ucrania, los niños de Kiev cuentan sus vivencias. El curso escolar 2021/2022 discurre más o menos así, y a menudo en circunstancias mucho más precarias.

«No soy creyente, pero participo en un grupo de Vyber que reza por nuestros militares. Somos 52.000 y nos conectamos diariamente a la misma hora, lo que es un importante apoyo psicológico», explica. «No hay que desear la muerte de nadie, pero cuando recito el padrenuestro quisiera que a todos nuestros atacantes y a sus cómplices se les paralizara la mano y que lloraran de impotencia.»

A la madre de Katya se le está acumulando la pensión en el banco sin que ella pueda ir a recogerla. En la RPL no le permiten sacar grivnas de su tarjeta de crédito ucraniana, aunque sí rublos a un precio abusivo. «Desde Kiev nos podemos hacer transferencias de móvil a móvil, así que, de vez en cuando, un vecino de mis padres recoge los móviles de quienes necesitan dinero y se los lleva todos juntos a una colina donde la cobertura telefónica permite completar las transferencias. Él cobra un porcentaje por el servicio.»

3 de abril de 2022

Junto con otros voluntarios, Katya confecciona redes de camuflaje para el Ejército a partir de camisetas, pijamas, jerséis y pantalones viejos. «Cuando Artiom viene por aquí se va directamente a la bañera y yo meto toda su ropa en la lavadora. Tiene suerte, porque sus camaradas de otras regiones no tienen adónde ir a descansar o a bañarse.»

Cuando la maestra relató a su madre las tropelías cometidas por los rusos, esta se limitó a afirmar que «así es la guerra» y que «los soldados están sobreexcitados». «Dijo que todo eso nos sucede por habernos propasado en nuestros juegos con los nazis. Le hablé de la desaparición de nuestros parientes en Mariúpol y ella solo comentó que era un “asunto desagradable”. Mis padres no ven nada, no oyen nada y no les ha sucedido nunca nada en esta guerra, pero están convencidos de haber pasado ocho años bajo las bombas. Y cuando les conté que los bombardeados éramos nosotros, la primera reacción de mi madre fue decir que ahora nos íbamos a enterar nosotros de lo que ellos han sufrido durante ocho años.»

Artiom oculta que está en el frente a su familia en el este. «Mi madre ya me advirtió que si se

alistaba en contra de la RPD y la RPL, lo consideraría una traición y sería una gran vergüenza para ella porque todos sus conocidos la señalarían con el dedo», comenta Katya.

6 de abril de 2022

«Sabemos hacia dónde luchar y qué hacer para combatir con más eficacia y menos pérdidas. Pero no hemos pensado mucho aún en cuál puede ser el final de esta guerra, porque no estábamos para eso. Aunque solo sea por nuestro futuro, vale la pena tener una idea orientativa de lo que aprobamos o de cuáles son los compromisos que nos convienen y si nos convienen.» Es una cita del texto «Hablemos de la victoria» del escritor Volodímir Gevkó.

«Hemos visto tantos muertos que ya no nos impresionan. Ahora soy capaz de cenar viendo cadáveres por televisión. Antes me espantaban y quería cambiar de canal, pero nos hemos acostumbrado a todo», dice Katya.

«Ayer llamó un hombre que estuvo refugiado con nuestros parientes en un sótano de Mariúpol. Dijo que están bien y que tienen agua y comida, pero que no se atreven a salir por temor a los tiroteos.»

10 de abril de 2022

Barbudo y desaliñado, el rostro de Artiom aparece en el móvil. El «hombre de la selva» está aprendiendo cómo hacer torniquetes, detener hemorragias y curar heridas.

19 de abril de 2022

Se cumplen 59 días de la invasión. «El Ejército ruso mantiene la intensidad de sus ataques y destruye toda la infraestructura. También destruyen los hogares y toda la memoria familiar que se guarda en ellos, nuestras fotos, nuestras cartas y nuestros recuerdos.»

28 de abril de 2022

«A la orilla izquierda del Dniéper, el metro vuelve a funcionar. En marzo nos cortaron la calefacción y el agua caliente aún sale tibia del grifo, pero estoy contenta de estar en casa. Las tiendas están abiertas y bien abastecidas. La unidad de Artiom sigue estacionada y él está irritado porque ni le dejan ir al frente ni marcharse del país», me dice Katya.

Nuestra clase se concentra hoy en la canción que Sviatoslav Vakarchuk, el solista del grupo de rock ucraniano Okean Elzy, ha dedicado a Mariúpol. Por la noche, la traduzco: «El sol salió sobre el [mar de] Azov, / el viento sopla sobre las dunas, / hace frío, pero la arena / huele a primavera. [...] El enemigo dispara los cañones, / Por la noche hasta el hormigón huele a guerra».

«Me acuesto y me levanto pensando en Mariúpol, en los bombardeos y la muerte en la ciudad. Vakarchuk es un gran tipo, canta en el metro y en el frente y da conciertos en todas

partes, en Járkov, en Chernígov o en Odesa», dice mi profesora, que sigue rezando con ayuda de la aplicación de móvil. «Ahora ya somos 150.000 en el grupo.»

13 de mayo de 2022

«Todos mis conocidos están en paro. Han comenzado a evacuar a los heridos de Azovstal en Mariúpol, donde no hay ni luz ni agua ni gas. La gente sale hambrienta y desorientada de los sótanos donde se refugiaron de los ataques rusos. Los rusos les están dando de comer. Los invasores golpean a sus víctimas con una mano y con la otra le reparten gachas», dice Katya.

21 de mayo de 2022

A Artiom le han aceptado los documentos en una brigada militar, pero, como todos los oriundos del este del país, tiene que someterse a una investigación antes de recibir el visto bueno. «La inspección corre a cargo de los Servicios de Seguridad de Ucrania (SBU) y, para mí, cuanto más tiempo dure, mejor», dice su esposa. Cuando se presentó voluntario en febrero, Artiom quería ingresar en el batallón del Sector de Derechas, pero no lo aceptaron porque había una larga cola de solicitantes. Los combatientes del Sector de Derechas están integrados en el Ejército y dependen del Ministerio de Defensa. Según Katya, de la experiencia de 2014, cuando se iniciaron en la guerra, «conservan la disciplina y la buena preparación física y militar».

29 de mayo de 2022

Hacia el frente partieron los padres de cuatro alumnos de Katya y también dos de sus antiguos estudiantes que ya tienen veinte años. «Hoy voy a limpiar los cristales. Los limpié al principio de la guerra y los limpio cada vez que quiero llorar», dice.

5 de junio de 2022

«¡Se han llevado a Artiom al frente!», exclamó Katya antes de comenzar la clase. La noticia no nos ayuda a concentrarnos en el texto de hoy, un poema sin rima de un escritor convertido en soldado.

La sesión anterior la dedicamos a la letra de una marcha ucraniana de la Primera Guerra Mundial que ha sido recuperada como un canto a la resistencia. La melodía («En el prado languideció el sauquillo rojo») procede de los Fusileros de Sich, la unidad de combatientes ucranianos que se formó en el Imperio austrohúngaro en 1914.

Damos la clase a medio gas, sin sobrecargarla con explicaciones de gramática. El ruso sigue siendo nuestro idioma de referencia, el que nos permite avanzar más deprisa a partir de las similitudes y diferencias entre las dos lenguas eslavas.

Ampliamos vocabulario. A los verbos «destruir» y «matar» (знищити, убити) se les suman hoy los sustantivos «conquista» y «derrota» (завоювання, поразки). En una hora aprendemos

que «lo más importante es avanzar» (рухатися вперед), aunque estemos exhaustas (виснажені).

Artiom hizo un transbordo de trenes en Kiev de camino al frente. Katya le llevó a la estación una pala, calcetines, chocolate, unas rodilleras protectoras y también cigarrillos.

«¡Que fume lo que quiera!»

15 de junio de 2022

«Todo sigue su curso. No hay buenas noticias, pero tampoco malas. Artiom está en el Donbás, en primera línea, y cuando sale en misión de reconocimiento, está incomunicado durante dos días», me cuenta Katya. «Estos chalados rusos han puesto nuestra vida patas arriba. A Putin le da igual guerrear durante veinte días o durante veinte años, ya ve que puso como ejemplo la guerra del Norte [1700-1721, contienda tras la cual Rusia se convirtió en imperio]. Sus soldados llegan a oleadas, una y otra vez, aunque los maten. A otros países les da igual cuánto durará la guerra con tal de que no les alcance a ellos.»

«El jueves llevaré al perro a esquila y luego iré a visitar a mi hija. Vivo como una gitana, entre mi casa y la de Sofia y su marido, que andan mal de dinero y están pensando en alquilar una furgoneta para servir café al borde de la carretera.»

22 de junio de 2022

Artiom ha vuelto al frente, tras pasar la noche en su casa. En la foto de la velada familiar parece el chico ingenuo de siempre, pero su esposa afirma que ya no es el que era. Antes de irse, asistió al funeral de un compañero muerto al tropezar con una mina. Katya le acompañó.

28 de junio de 2022

«Mariúpol huele a cadáver, pero nuestra parienta allí, que es una vendepatrias, no pierde el tiempo y ya ha comenzado a trabajar para la Administración ocupante. No deja que acojamos aquí a Anna, su hija adolescente, que pasó dos meses escondida en el sótano. Piensa que eso perjudicaría su carrera con los rusos. Pero Anna no es tonta y sabe quién es quién.»

5 de julio de 2022

Las familias de los combatientes se apoyan entre sí. Artiom se entrena en un campamento hasta que lo vuelvan a enviar al frente, donde ya han perecido trece de sus camaradas. Tiene problemas en la columna vertebral y su esposa le ha comprado una mochila que le aligere la carga.

Cree la maestra que el presidente Volodímir Zelenski «no podría parar la guerra aunque quisiera porque la población no lo aceptaría. No es verdad que Zelenski sacrifique a los soldados por mantener posiciones; más bien los retira cuando se hace evidente que, de lo contrario, estarían perdidos. Así ha sucedido en Azovstal, Sievierodonetsk y Lisichansk».

«Se necesita tiempo para que la sociedad rusa reaccione en contra de la guerra, si es que reacciona alguna vez, pero mientras esperamos, perdemos a nuestra mejor gente. No quiero pensar en ello, pero no hay lugar seguro en Ucrania.»

19 de julio de 2022

En el sistema de rotación en el que vive, Artiom mejora su cualificación profesional en algún lugar del oeste de Ucrania. «Vendrá convertido en un general, pero eso no es lo suyo. Ha sido integrado en las Fuerzas Armadas, pero aún no le han pagado el sueldo. Yo no quiero ese dinero sucio; quiero que vuelva a trabajar en su camión.»

«En septiembre volveremos a clase. Hemos habilitado un refugio en el sótano donde guardábamos los pupitres viejos.»

5 de agosto de 2022

La unidad de Artiom se ha retirado de sus posiciones en Jersón que han sido ocupadas por los *okri*.

10 de agosto de 2022

Rusia no abandonará la central atómica de Zaporíyia porque la usa como instrumento de chantaje, opina la profesora. Pero ¿acaso cree Putin que el viento no puede soplar en dirección a Moscú?

«Artiom está en otro centro de entrenamiento. Por la noche, los instructores le hacen correr por el bosque hasta que cae exhausto. Las armas ya no escasean, pero a veces pienso que nos las dan para experimentar con ellas.»

18 de agosto de 2022

«En septiembre comenzaré el curso. Una parte del alumnado asistirá a las clases y la otra trabajará a distancia, lo que es bastante complicado para los niños, que deben compaginar su educación en ucraniano con la escolarización de los países de acogida. Ayer, en un puente internacional, me comuniqué con mis alumnos en España, Bélgica, Polonia, Inglaterra, Francia, la República Checa, Alemania y Austria.»

«En cuanto a Artiom, hoy lleva horas corriendo detrás de un dron para aprender a manejarlo», dice Katya esbozando una sonrisa. «Rusia no devolverá Mariúpol, Jersón y Zaporíyia, por no hablar ya de Lugansk y Donetsk, dos territorios que, sinceramente, no necesitamos ya para nada.»

«Putin no se conforma con lo conquistado y una tregua le daría la posibilidad de recuperar fuerzas y continuar. Entendemos que Europa está harta de nuestras batallas, pero debemos aplastar a ese reptil.»

Lo único que tranquiliza a la maestra es sacar a pasear al perro.

«Tras las matanzas de Bucha e Irpín, el rechazo a los rusos es irreversible. Los invasores hablan en ruso y nosotros también podemos hablarlo, pero son dos idiomas diferentes. Los rusos arruinan a Ucrania y matan a nuestra gente. Este no es el momento de los grandes escritores rusos, como Dostoievski o Tolstói.»

«Los rusos bombardearon a los civiles escondidos en los sótanos de Mariúpol, pero luego vinieron con sus cámaras de televisión a “salvar a los niños” y a llevarlos de excursión a San Petersburgo, donde los vistieron a todos con camisetas iguales, los fotografiaron cargados de regalos e incluso los hicieron bailar. Los anfitriones se sintieron caritativos y generosos.»

9 de septiembre de 2022

Para llegar a fin de mes Katya da clases particulares y los niños le pagan con huevos y tomates. La Administración pública no tiene dinero. «A los maestros nos han recortado el sueldo, y eso que mi trabajo se ha multiplicado, porque tengo que combinar las clases presenciales para los que siguen en Kiev con las clases a distancia para los que han emigrado», explica.

En la escuela de Katya han acondicionado el refugio y ya lo han utilizado en dos ocasiones. Le pintaron las paredes y lo aprovisionaron con agua y galletas y hasta llevaron lápices de colores y papel para dibujar.

Hace unos días, habló con su madre. «Gorbachov acababa de morir y su único comentario fue que deberían haberle fusilado por haber destruido la URSS.»

24 de septiembre de 2022

Cuando la maestra se enteró de la movilización rusa se echó primero a llorar y luego, a reír. ¿Qué podía hacer? Tenía la esperanza de que Artiom volviera pronto del frente, pero ahora tal vez habrá que resistir durante más tiempo. Su madre «solo quiere conversar sobre el tiempo, el huerto y las mejoras que ha hecho en la casa».

La profesora me manda una foto de los calcetines que teje para relajarse. «No hay dos pares iguales», se jacta. Su meta es abastecer con ellos a 5.000 hombres. En total, 10.000 calcetines.

¿Por qué no repasar hoy el tiempo verbal de futuro?

31 de octubre de 2022

Katya manda un mensaje por WhatsApp: «Nos han dejado sin luz y sin agua. Me voy al trabajo». Ya ha tricotado quince pares de calcetines. Le quedan 4.985.

4 de noviembre de 2022

A la mesa de la maestra se sientan varios amigos afectados por los cortes de agua y de luz de hoy. A ella le tocó ayer sufrir estas privaciones causadas por los ataques rusos sobre la

infraestructura ucraniana. Antes de empezar con el *borsch* que ha cocinado, los invitados pasan por la bañera. A Artiom le dieron permiso y está en casa, aunque en cualquier momento le pueden enviar al frente y «hay que estar preparados».

24 de febrero de 2023

La guerra ha cumplido un año. Hemos dejado de contar los días. Los cortes de electricidad, los problemas con Internet y las alarmas nos impiden seguir las clases de forma regular, pero no nos rendimos. Continuamos enviándonos palabras sueltas o pequeñas frases por Telegram. En «Hablemos bien», el lema de nuestras transferencias sobre léxico, elegimos las palabras al azar: «estar triste», «recibir», «cansarse», «sufrir».

«Los caballos son bonitos, pero los leopardos son mejores», escribió la profesora cuando yo le mandé la foto que anunciaba (con un cuadro de caballos) una exposición de las vanguardias ucranianas en Madrid.

Cuando suenan las sirenas, Katya se refugia con el perro en el pasillo de su casa o conduce a sus estudiantes al refugio de la escuela. Artiom sigue en el frente y tiene pesadillas cuando va de permiso a su casa. Ha dejado de tejer *shkarpetki* (шкапетки, calcetines) y solo desea que acabe esta guerra.

Cronología orientativa

1918

9 de enero. La Rada Central de Ucrania (RCU) –órgano representativo formado por organizaciones políticas, sociales, culturales y sindicales– proclama la independencia de Ucrania. La RCU existió desde marzo de 1917 hasta abril de 1918 como órgano legislativo de Ucrania.

1922

30 de diciembre. Entra en vigor el Tratado de la Unión por el que se forma la Unión Soviética (URSS). Lo firman las repúblicas socialistas soviéticas de Ucrania (RSSU), Bielorrusia (RSSB), Rusia (RSSR) y la República Socialista Federada de la Transcaucasia.

1939

23 de agosto. Alemania y la URSS firman el pacto germano-soviético conocido por Pacto Mólotov-Ribbentrov, en virtud del cual la Unión Soviética incorpora a la RSSU los territorios de Volinia Occidental y Galitzia Oriental, que habían sido anexionados por Polonia en 1923.

1940

Se incorporan a la RSSU los territorios del norte de la Bucovina, que Stalin había anexionado a Rumania.

1944

18 de mayo. Deportación de los tártaros de Crimea a Asia Central (perecieron entre 34.000 y 195.471, según diversas estimaciones). Los tártaros fueron una de las comunidades nacionales de la URSS deportadas masivamente entre 1941 y 1944, a saber: alemanes, karacháis, calmucos, chechenos, ingusetios, balkarios, los turcos meshjetios, griegos, búlgaros y armenios.

1945

Se incorpora a la RSSU el territorio de la Transcarpatia.

1953

5 de marzo. Muere Stalin.

1954

3 de febrero. La RSSR transfiere el territorio de Crimea a la RSSU «por razones económicas, territoriales y culturales».

1967

5 de septiembre. La URSS revoca las decisiones estatales que contemplaban una acusación colectiva contra el pueblo tártaro de colaborar con el nazismo, pero a los tártaros les sigue vetado el retorno a Crimea.

1985

11 de marzo. Mijaíl Gorbachov es elegido líder del Partido Comunista de la URSS (primer secretario del Comité Central del PCUS). El nuevo dirigente del Estado pone en marcha un proceso de renovación y reformas liberalizadoras, que fue conocido como perestroika.

1986

26 de abril. Tiene lugar el accidente en la central nuclear de Chernóbil, en Ucrania, el más grave del uso civil de la energía atómica.

1989

8-10 de septiembre. Se celebra el congreso fundacional del RUJ, movimiento popular por la independencia de Ucrania.

28 de noviembre. El Sóviet Supremo de la URSS aprueba un documento en el que se contempla la total rehabilitación política del pueblo tártaro, se anulan todas las disposiciones represivas y

discriminatorias y se le reconoce el derecho a volver a sus lugares de residencia históricos. De hecho, el regreso de los tártaros a Crimea había comenzado de forma espontánea al iniciarse la perestroika. Unos 150.000 tártaros regresaron a Crimea hasta la desintegración de la URSS.

1990

14 de marzo. El Parlamento soviético abole el artículo 6 de la Constitución de la URSS, en el que se fijaba el papel dirigente del Partido Comunista.

15 de marzo. Gorbachov es elegido como primer (y último) presidente de la URSS por el Parlamento soviético. Ejerció este cargo hasta el 25 de diciembre de 1991, cuando la URSS dejó de existir.

13 agosto. Gorbachov firma un edicto por el que restablece los derechos de todas las víctimas de la represión política entre los años veinte y los cincuenta.

19 de noviembre. La RSSR y la RSSU firman un acuerdo bilateral por el que ambas repúblicas confirman la ausencia de reivindicaciones territoriales y garantizan las fronteras mutuas. Lo firman los presidentes de los parlamentos de la RSSR y de RSSU, Borís Yeltsin y Leonid Kravchuk respectivamente.

1991

17 de marzo. Se celebra el referéndum sobre la conservación de la URSS, en nueve de las quince repúblicas soviéticas (no participaron Estonia, Letonia, Lituania, Moldavia, Armenia y Georgia). El resultado es favorable a conservar la URSS como una federación renovada de repúblicas soberanas en igualdad de derechos. Participa el 80,03% de la población. De los participantes, 76,4% votan a favor y 21,7% en contra.

12 de junio. Yeltsin es elegido presidente de Rusia por sufragio universal. Permanece en el poder hasta 1999, siendo reelegido una vez en unas cuestionables elecciones plagadas de irregularidades el 3 de julio de 1996.

Junio. Los tártaros de Crimea forman su Mejlís, máximo órgano de representación de la nación tártara.

19-21 de agosto. Intento de golpe de Estado perpetrado por varios altos funcionarios soviéticos. Fracasa, pero impide que sea renovado el Tratado de la Unión, un documento para la refundición del Estado cuya firma estaba prevista para el 20 de agosto. Con este intento de golpe de Estado se inicia la etapa final de la desintegración de la URSS.

24 de agosto. Ucrania declara su independencia condicionándola a un referéndum que se realizará el 1 de diciembre. Otras repúblicas, comenzando por las del Báltico, proclaman también su independencia.

1 de diciembre. Se celebra el referéndum de independencia de Ucrania (para ratificar la declaración del 24 de agosto). En las primeras elecciones a la presidencia del Estado independiente es elegido Leonid Kravchuk. A favor de la independencia de Ucrania votaron también Crimea, incluida Sebastopol, y las provincias de Lugansk y Donetsk.

8 de diciembre. Los dirigentes de Rusia, Bielorrusia y Ucrania (Borís Yeltsin, Stanislav Shushkévich y Leonid Kravchuk, respectivamente) firman en Bielorrusia (en un pabellón de caza oficial en el bosque de Belovezha) el acuerdo por el que se da por finalizada la existencia de la URSS como sujeto de derecho internacional y se anuncia la creación de la Comunidad de Estados Independientes.

12 de diciembre. El Sóviet Supremo (Parlamento) de Rusia denuncia el Tratado de la Unión y aprueba el acuerdo firmado por los tres líderes eslavos en los bosques de Bielorrusia por 188 votos a favor, 6 en contra y 7 abstenciones (de un total de 247 diputados). Los parlamentos de Ucrania y Bielorrusia aprueban también el documento.

21 de diciembre. En Alma Ata, once países (los tres eslavos más otras ocho repúblicas exsoviéticas) se comprometen a no ser los primeros en emplear armas nucleares y a respetar las libertades, incluidos los derechos de las minorías nacionales.

25 de diciembre. Gorbachov cesa como presidente de la URSS y este país deja de existir.

1993

3 y 4 de octubre. La crisis constitucional y la confrontación por el poder entre el presidente Borís Yeltsin y el Parlamento ruso tienen un violento desenlace. El presidente ruso ordena el cañoneo del Parlamento. Se producen cerca de 150 víctimas, en su mayoría transeúntes y curiosos civiles.

1994

10 de julio. Ucrania elige a Leonid Kuchma como presidente. Fue reelegido el 14 de noviembre de 1999 y fue el único líder de ese país que sirvió dos mandatos.

Diciembre. Comienza la primera guerra de Chechenia, que dura hasta el verano de 1996.

5 de diciembre. En Budapest, los líderes de Ucrania, Rusia, Reino Unido y Estados Unidos

firman un memorando para garantizar la seguridad de Ucrania a cambio de que este país firme el Tratado de No Proliferación de las Armas Nucleares. Ucrania renuncia a los arsenales atómicos soviéticos estacionados en su territorio. Las partes se obligan a respetar la soberanía, la independencia y las fronteras de Ucrania.

1997

28 de mayo. Rusia y Ucrania firman tres acuerdos sobre la división de la Flota Soviética del Mar Negro.

31 de mayo. Los presidentes de Rusia y Ucrania firman un tratado de amistad y cooperación por el que se comprometen a respetar la integridad territorial mutua. El tratado entró en vigor en 1999, tras ser ratificado por los parlamentos de Ucrania y Rusia en 1998.

1999

7 de agosto. Es la fecha que marca el comienzo de la segunda guerra de Chechenia, que, en forma de operación contrterrorista, concluye oficialmente en 2009.

31 de diciembre. Yeltsin anuncia su cese como presidente y nombra presidente en funciones al jefe de gobierno, Vladímir Putin.

2000

26 de marzo. Putin es elegido presidente de Rusia. Repitió mandato en 2004, 2012, 2018.

2004

23 de abril. Los presidentes de Rusia y Ucrania, Vladímir Putin y Leonid Kuchma respectivamente, intercambian cartas de ratificación de los acuerdos sobre las fronteras estatales y de colaboración en el uso del mar de Azov y el estrecho de Kerch. Los documentos habían sido firmados por Putin y Kuchma y ratificados después por los parlamentos de ambos países el 20 de abril. El acuerdo sobre la frontera estatal coincidía con la frontera administrativa de las antiguas RSSU y RSSR en su parte terrestre. El acuerdo de colaboración en el mar de Azov y el estrecho de Kerch les atribuía el estatus de aguas internas de Ucrania y Rusia. El primero de junio de 2023 la Duma Estatal de Rusia (cámara baja del Parlamento) denuncia estos tratados alegando «una nueva situación» en la que el litoral del mar de Azov y el estrecho de Kerch «pertenecen solo a la Federación Rusa».

Noviembre-diciembre. En Ucrania se produce la llamada Revolución Naranja a favor del político prooccidental Víktor Yúshenko.

2007

10 de febrero. Putin pronuncia un discurso en Múnich que es considerado el punto de inflexión de su política. En él, acusa a Estados Unidos y Occidente de haberse aprovechado del fin de la Guerra Fría para intentar debilitar a Rusia.

2008

8-12 de agosto. Guerra entre Rusia y Georgia después de que el presidente georgiano, Mijeíl Saakashvili, intentara someter por las armas el territorio independentista de Osetia del Sur.

26 de agosto. Putin reconoce como Estados a Osetia del Sur y Abjasia, antiguas autonomías georgianas que se autoproclamaron independientes durante la desintegración de la Unión Soviética. Es la primera vez que Rusia reconoce nuevos Estados en el espacio postsoviético.

2010

25 de febrero. Víktor Yanukóvich es elegido presidente de Ucrania.

2013

Noviembre. Comienzan las manifestaciones y acciones de protesta como respuesta a la decisión del Gobierno de paralizar el Acuerdo de Asociación con la Unión Europea. Es el inicio del Euromaidán.

2014

18-19 febrero. El Euromaidán llega a una sangrienta culminación, después de varios meses de hostilidades entre manifestantes y fuerzas del orden en Kiev. Las provocaciones de una y otra parte llevan a choques armados en los que se produce más de un centenar de víctimas.

21 de febrero. El presidente Víktor Yanukóvich y los líderes de oposición firman un acuerdo para superar el enfrentamiento y la crisis política. Por la noche, Yanukóvich se marcha de Kiev.

22 de febrero. El Parlamento ucraniano destituye a Yanukóvich como presidente por el

«abandono de sus funciones». En su lugar, como presidente en funciones, estará Oleksandr Turchínov. Se convocan elecciones presidenciales para el 25 de mayo.

26-27 de febrero. Rusia se anexiona Crimea. Militares de élite rusos –pertenecientes a la Central de Inteligencia de Rusia del Ministerio de Defensa y a otras unidades militarizadas– toman el Parlamento de la República Autónoma de Crimea (RAC) en Simferópol y ocupan todos los puntos estratégicos y accesos a la península. Van enmascarados y sin señas de identificación. Un año más tarde, el presidente Putin admite que se trataba de comandos rusos que ejecutaban una operación planificada para hacerse con Crimea.

Finales de febrero y principios de marzo. Comienzan los enfrentamientos y las revueltas en las provincias ucranianas del este. Los insurgentes se hacen fuertes en Donetsk y Lugansk.

18 de marzo. Putin y los nuevos dirigentes *de facto* de Crimea firman en el Kremlin el tratado para «incorporar» Crimea a la Federación rusa. De pretexto para esta «incorporación» sirve una consulta popular ilegal celebrada el 16 de marzo bajo el control militar ruso, en la que se pregunta a los crimeos si quieren seguir siendo parte de Ucrania o convertirse en parte de Rusia.

2 de mayo. En Odesa, activistas prorrusos atacan una marcha de hinchas de fútbol ucranianos que reaccionan persiguiéndolos. Los activistas prorrusos se refugian en la sede de los sindicatos y durante el acoso de sus perseguidores se produce un incendio que concluye con 48 muertos en total (de una y otra parte).

25 de mayo. Petró Poroshenko es elegido presidente de Ucrania.

6 de junio. Los dirigentes de Francia, Alemania, Ucrania y Rusia forman el llamado «Cuarteto de Normandía» para regular la situación en el Donbás.

17 de julio. Un misil lanzado por los secesionistas derriba un avión de las líneas aéreas de Malasia con 298 personas a bordo sobre la zona de conflicto en el este de Ucrania.

Verano. Se suceden los combates entre los secesionistas y las tropas ucranianas. Rusia niega su participación, que sin embargo es evidente en episodios como el cerco de Ilovaisk.

5 de septiembre. Primera parte de los Acuerdos de Minsk. Se elabora un protocolo que contempla el alto el fuego, la salida de las tropas extranjeras del territorio de Ucrania, el comienzo de un diálogo nacional y la celebración de elecciones anticipadas en el Donbás de acuerdo con las leyes de Ucrania. Firman el expresidente de Ucrania, Leonid Kuchma, como apoderado por la dirección ucraniana, y el embajador de Rusia en Kiev, Mijaíl Zubárov. Además de la representante de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), también lo suscriben Aleksandr Zajárchenko e Ígor Plotnitski, en nombre de las

autodenominadas «repúblicas populares» de Lugansk y Donetsk.

2015

12 de febrero. En la capital bielorrusa se firma un acuerdo sobre el cumplimiento del protocolo de Minsk. Establece una zona de separación entre los combatientes en las provincias de Lugansk y Donetsk, un alto el fuego inmediato y general a partir del 15 de febrero, la retirada del armamento pesado de ambas partes para crear una zona de seguridad y la creación de una misión de observación de la OSCE. Firman Vladímir Putin, Angela Merkel, François Hollande, Petró Poroshenko, la representante de la OSCE y los líderes de las denominadas repúblicas populares de Lugansk y Donetsk, Aleksandr Zajáchenko e Ígor Plotnitski.

2017

Desde enero, nacionalistas ucranianos bloquean el tráfico de mercancías entre Ucrania y las zonas de Donetsk y Lugansk controladas por los secesionistas. Los rebeldes responden a principios de marzo incautando las empresas ucranianas ubicadas en sus dominios. El 16 de marzo, el presidente de Ucrania, Petró Poroshenko, firma un decreto por el que legitima el bloqueo –ya existente de hecho– con las «repúblicas».

2018

15 mayo. Se inaugura el puente sobre el estrecho de Kerch, con una longitud de casi diecinueve kilómetros.

6 de diciembre. La Rada Suprema de Ucrania aprueba un proyecto de ley por el que se da por finalizado el Tratado de Amistad y Cooperación con Rusia a partir del 1 de abril de 2019. El presidente Poroshenko firma la ley en diciembre de 2018.

2019

21 de abril. El actor y cómico Volodímir Zelenski es elegido como presidente de Ucrania en segunda ronda electoral por más del 73% de los votos, en competición con Petró Poroshenko.

9 de diciembre. Vladímir Putin y Volodímir Zelenski se reúnen en París con la canciller alemana Angela Merkel y el presidente francés Emmanuel Macron, los otros dos miembros del llamado «Cuarteto de Normandía». Los participantes reiteran su compromiso con los Acuerdos de Minsk, pero no hay progreso hacia una solución del conflicto en el este de Ucrania.

2020

1 de julio. En Rusia se aprueban en referéndum las enmiendas constitucionales que dan a Vladímir Putin la posibilidad de permanecer en el poder hasta 2036, al permitirle presentarse a la reelección en 2024 y para dos mandatos más de seis años cada uno.

2022

21 de febrero. Putin reconoce como Estados a las llamadas repúblicas populares de Donetsk y Lugansk.

24 de febrero. Las tropas rusas invaden Ucrania y comienza la fase más cruenta de la guerra que, con altibajos, se había mantenido viva desde 2014.

30 de septiembre. Rusia incorpora los espacios que ha ido ocupando en Ucrania (parte de las provincias de Zaporíyia y Jersón) como parte de su territorio nacional, además de las provincias de Lugansk y Donetsk, pese a no controlar totalmente ninguna de estas unidades administrativas ucranianas de las que formalmente se apropia en su integridad. Como pretexto para la anexión, Moscú convoca «referéndums» que no cumplen ningún requisito para ser considerados como tales (del 23 al 27 de septiembre de 2022).

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias por su ayuda y consejos a Margarita Bonet, Andrea Cembrero Bonet, Elsa Cembrero Bonet, Oksana Diakun, Rodrigo Fernández, Oksana Grytsan, Dolors Juncosa, Mercedes Mayans y María Ribakova. También deseo agradecer al diario *El País* la oportunidad de haber podido seguir sobre el terreno el curso de la historia en el espacio de la Unión Soviética y los países que la sucedieron, y gracias también a Guillermo Altares por los constructivos y apasionantes debates mantenidos entre crónica y crónica. Agradezco al *Diario de Menorca* el haber cedido la fotografía de la solapa. Quiero mencionar especialmente al historiador Vladimir Dolin, por su apoyo documental, y a José Guash, de Gráficas Pitiusas, por sus sugerencias de composición visual.